

Saga Conquista II

EN BUSCA

DE LA

Redención

MAR ÁLVAREZ

**EN BUSCA
DE LA
REDENCIÓN**

Mar Álvarez

Copyright © 2019 Mar Álvarez
Todos los derechos reservados

**A María del Mar y Victoria,
mis dos pequeños milagros
que me han enseñado a no rendirme,
por más que la vida se empeñe en poner obstáculos.
Sois la luz de mis ojos y mi mayor orgullo.**

**Os quiero,
Mamá**

Índice

[Capítulo 1 - El Pesar de don Felipe](#)

[Capítulo 2 - Un Asunto delicado](#)

[Capítulo 3 - La Visita de Javier](#)

[Capítulo 4 - Cruce de Miradas](#)

[Capítulo 5 - La Cárcel Real](#)

[Capítulo 6 - Un Alma Perdida](#)

[Capítulo 7 - Un hombre necesitado](#)

[Capítulo 8 - ¿Qué quiere de mí?](#)

[Capítulo 9 - Segunda escapada](#)

[Capítulo 10 - Hermana Ángel](#)

[Capítulo 11 - La lista](#)

[Capítulo 12 - La Sentencia](#)

[Capítulo 13 - Dar las Gracias](#)

[Capítulo 14 - Estúpida](#)

[Capítulo 15 - La Proposición](#)

[Capítulo 16 - Es Ella](#)

[Capítulo 17 - Un Nuevo Comienzo](#)

[Capítulo 18 - La Viuda](#)

[Capítulo 19 - Un Encuentro Inesperado](#)

[Capítulo 20 - Angélica](#)

[Capítulo 21 - Tonalna](#)

[Capítulo 22 - Un Trozo de Papel Inútil](#)

[Capítulo 23 - Doña Úrsula](#)

[Capítulo 24 - Salida Dominical](#)

[Capítulo 25 - No es tan Difícil](#)

[Capítulo 26 - Armonía Truncada](#)

[Capítulo 27 - ¿Quién te has creído?](#)

[Capítulo 28 - No huyas de mí](#)

[Capítulo 29 - ¿Qué conversación?](#)

[Capítulo 30 - Celos](#)

[Capítulo 31 - Un Nuevo Proyecto](#)

[Capítulo 32 - Familia Alonso](#)

[Capítulo 33 - Mariana](#)

[Capítulo 34 - La Desaparición](#)

[Capítulo 35 - Por las buenas o por las malas](#)

[Capítulo 36 - ¿Por qué?](#)

[Capítulo 37 - Mi Querido Ángel...](#)

[Epílogo - La Promesa](#)

[EL SENDERO DE LA VENGANZA - \(Saga Conquista III\) - Sinopsis](#)

[Sobre la Autora](#)

Capítulo 1

El Pesar de don Felipe

Sevilla, 1 de enero de 1496.

Don Felipe Espinosa era un buen hombre, de gran corazón y rectos principios, que había tratado de inculcar tanto en su hijo Manuel, como en su ahijado, Javier, a quien había criado y educado como si de otro hijo suyo se tratara, aunque en realidad no fuera de su propia sangre.

Sin embargo, en aquellos instantes, sobre ese gran corazón recaía un profundo pesar. En circunstancias normales, estaría celebrando la llegada del nuevo año junto a sus seres más cercanos, pero la noticia que le acababan de dar pesaba como una losa sobre el ánimo del buen señor.

Sólo unas horas antes, él también había tenido motivos suficientes para formar parte de la fiesta: Por un lado, su amado hijo, Manuel, díscolo y rebelde hasta hacía no mucho, había recuperado el sentido común y se estaba convirtiendo en lo que siempre había soñado para él: un hombre cabal y de provecho y, sobre todo, un hombre de bien. Por otro lado, su otro *hijo*, Javier, había regresado del Nuevo Mundo y habían vuelto a recuperar el contacto perdido desde hacía algún tiempo por circunstancias que era mejor dejar en el pasado. Además, lo había convertido en *abuelo* de un chiquillo que, si bien no era hijo natural de Javier, lo había adoptado de una familia nativa que había perdido la vida cuando el crío no era más que un recién nacido. Javier, como padrino del bebé, se había hecho cargo de la criatura y había decidido criarlo como si fuera sangre de su sangre, al igual que había hecho el propio don Felipe con él muchos años antes.

Pero su pesadilla había empezado aquella última noche del año cuando recibió aviso de que su ahijado, al parecer, se había llevado a su esposa de casa de sus padres a la fuerza. Don Ramón Balboa, conocedor del vínculo tan estrecho que unía a don Felipe con el que se decía su yerno, había requerido

su presencia para interceder como mediador de la situación, llegado el caso. Y en esa reunión acontecida en casa de Javier había sido informado de la terrible noticia que ahora lo atormentaba: su hijo, Manuel, era responsable directo de la matanza de hombres, niños y mujeres indígenas indefensos de una pequeña aldea cercana al asentamiento de La Isabela, en las Indias Occidentales, aquella de donde habían recogido al chiquillo que ahora consideraba su nieto.

Javier había tratado de ocultárselo para no causarle dolor. Sin embargo, su mujer, Mariana, no había tenido tanta consideración, furiosa como estaba por la pérdida de quienes consideraba grandes amigos a manos de los secuaces de su hijo. Don Felipe había buscado la confirmación de tales hechos en la mirada de su ahijado, sabedor de que no le mentiría ante un hecho de tal gravedad. Y para su desgracia, tuvo la certeza de que lo que allí se había dicho no faltaba a la verdad, haciéndole sentir el más absoluto fracaso como padre.

A pesar de esa certeza, don Felipe necesitaba que fuera su propio hijo quien se lo dijera a la cara y mirándole a los ojos, si es que le quedaba honor y vergüenza para ello. Nada más salir de la casa donde había sido revelado el secreto, y a pesar de ser altas horas de la madrugada, dirigió sus pasos errantes hasta el domicilio de Manuel. Declinó el ofrecimiento de don Ramón de llevarlo de vuelta a su hogar, ya que necesitaba caminar y, sobre todo, pensar. Además, el hombre regresaba a su propia casa acompañado de su hija, que había decidido volver a la protección de los suyos ante la falta de entendimiento con su marido. Se le antojaba incómodo desplazarse en compañía de la muchacha, aunque siendo la esposa de Javier, no tendría más remedio que aceptarla como nuera. Pero ese era un problema que en aquellos instantes se le antojaba secundario.

Al llegar a su destino, golpeó la puerta principal con fuerza, aún a sabiendas de que posiblemente a aquellas horas no encontraría a nadie despierto que pudiera abrirle con rapidez. Siguió insistiendo hasta obtener resultado, a pesar de que de alguna que otra vivienda cercana pudo escuchar una sarta de improperios por el escándalo formado a esas horas de la noche.

—Por el amor de Dios, ¿quién va? —oyó decir cuando al fin alguien se dispuso a atender su llamado. Reconoció la voz de uno de los sirvientes de la casa, así que se limitó a dar su nombre sin más.

El chirrido de un cerrojo que abría un pequeño ventanuco enrejado resonó en la oscuridad. Un confuso sirviente, que portaba una simple vela en la mano, elevó el candil para corroborar que el sonido de la voz del hombre era en verdad la del padre de su señor, tal y como le había parecido apreciar.

—Abra la puerta con urgencia, buen hombre —lo apremió don Felipe.

De nuevo el sonido de unos goznes y algún que otro cerrojo más se hizo notar en el silencio, abriendo lo suficiente para dejar el paso expedito.

—Mi señor, ¿qué le trae por aquí a estas horas? ¿Se encuentra usted bien? — Por la indumentaria que vestía aquel buen hombre, era evidente que lo había levantado de la cama.

—Mi hijo, ¿se encuentra en casa? —su tono serio y su gesto adusto no hacían presagiar nada bueno.

—Sí, mi señor. Llegó hace bastante rato y se retiró a sus aposentos. Si usted lo dispone, voy a avisarle de inmediato.

Nada más entrar en la casa, don Felipe pudo percibir el calor de hogar de chimeneas que debían haberse apagado no hacía mucho tiempo.

—Si me cede su candil, no será necesario que lo llame. Conozco el camino de sus habitaciones y yo mismo me encargaré de despertarlo —No obstante, antes de continuar, se giró hacia el joven que le había atendido—. ¿Sabe si mi hijo está solo o se encuentra acompañado?

El sirviente contuvo una medio sonrisa. A pesar del cambio obrado en los últimos tiempos en su señor, todavía se preciaba de llevar compañía femenina a casa con bastante asiduidad.

—No me consta que nadie lo haya acompañado a su regreso. Por tanto, me inclino a creer que debe estar solo, señor.

—Mejor así. Ahora, vuelva a la cama, buen hombre, y continúe durmiendo. A partir de ahora me las apañaré yo solo. Buenas noches.

Don Felipe continuó su camino hasta el dormitorio de Manuel, donde entró sin llamar para encontrar a su hijo cobijado bajo las mantas de su mullido lecho. Era una cama excesivamente grande con un gran dosel y cortinas de terciopelo en tonos granates con bordados dorados a su alrededor. Por fortuna, tal y como le habían dicho, estaba solo, así que se dispuso a despertarlo sin contemplaciones.

—Manuel, abre los ojos y levanta —lo increpó con voz seria. Como no respondiera a la primera, lo zamarreó hasta conseguir que despertara.

El joven, sumido en un profundo sueño y ante la insistencia de las sacudidas, alzó la cabeza lo suficiente para encontrarse con una vela encendida casi a la altura de los ojos.

—¿Padre?

—Vamos, hijo, despierta que debo hablar contigo de un asunto muy serio.

Manuel dejó caer la cabeza con pesadez sobre la almohada, tratando de despejarse de los vestigios del sueño. ¿Qué demonios quería su padre a esas horas de la noche?

—¿No podemos dejarlo para mañana, padre?

Como respuesta, éste se limitó a insistir con unos nuevos golpes sobre su hombro, por lo que a Manuel no le quedó otra que incorporarse con un suspiro de cansancio. No hacía mucho que se había acostado y se debatía contra el sopor del primer sueño.

—Ya va, hombre, por Dios... Encienda algo de luz y quíteme esa vela de la cara. Hay un candelabro sobre la chimenea. Deje al menos que me despeje un poco y me ponga algo de abrigo sobre los hombros —se quejó reprimiendo un bostezo.

Cuando don Felipe terminó de encender la luminaria, Manuel acababa de ajustar el cinto de la su bata de terciopelo azul, y se mesaba, aún medio dormido, su pelo negro.

Manuel se parecía mucho a su padre en cuanto a físico se trataba. Ambos eran altos, de algo más de metro ochenta y cinco, pelo negro azabache y unos profundos ojos verdes. De pómulos altos, labios finos y nariz bien proporcionada, ambos hombres estaban de muy buen ver. Pero si bien el cuerpo de Manuel era delgado, musculoso y bien formado, don Felipe había ganado bastante peso en los últimos años y ya se evidenciaban los rasgos del paso de los años en su hermoso rostro. Aun así, tanto uno como otro, siempre habían afrontado de distinta manera su trato con las mujeres: si bien el mayor era un hombre discreto a quien rara vez se le había podido emparejar con nadie más allá de su difunta esposa, Manuel era, o había sido, lo que se podía denominar un auténtico sinvergüenza sin escrúpulos de ningún tipo. Pero

claro estaba, a sus impetuosos treinta años, había tenido ocasiones más que suficientes de aprovecharse de la bendición del físico que Dios le había regalado, manteniendo relaciones con mujeres de todo tipo, condición y edad. Además, era un hombre que destilaba seguridad en sí mismo, rozando incluso la prepotencia, y si se lo proponía, era fácil que una mujer sucumbiera a sus encantos. Curiosamente, la única que no lo había hecho, había sido su prometida y desde que ella entrara en su vida, todo le había ido de mal en peor, hasta que por fin pudo levantar la cabeza y enderezar su rumbo de nuevo.

—¿Se puede saber que le trae por aquí a estas horas, padre?

—Vengo de casa de Javier.

Manuel levantó la ceja con ironía.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? ¿Me echaba de menos o es que mi amigo la ha vuelto a liar otra vez? Por el gesto de su cara, me inclinaría más por esto último. ¿Qué ha sido pues?

—Ha raptado a su mujer.

Manuel se llevó las manos a la espalda y sonrió.

—¿Será posible que mi *hermanito*, tan perfecto él, haya podido hacer algo malo que lo ponga de mal talante, padre?

Don Felipe desechó la cuestión con un gesto de mano.

—Esta noche ha demostrado que la niña es en verdad su esposa, así que tiene derecho a llevársela donde estime conveniente. Pero no es por él por quien he venido a buscarte, sino por ti.

Manuel suspiró.

—Era de esperar... y ¿qué se supone que he hecho ahora para que esté tan contrariado, padre?

—No es ahora, sino lo que he oído que hiciste hace dos años.

Al joven se le mudó el gesto por completo. La irónica sonrisa inicial que había mostrado había desaparecido al intuir lo que su padre iba a decirle a continuación.

—Acabo de escuchar una historia horrible sobre un suceso infame acaecido en La Isabela durante tu estancia y del que me aseguran fuiste parte

involucrada.

Cualquier resto de sueño que pudiera haber tenido Manuel desapareció al instante.

—¿Se lo ha contado él?

—No; fue su mujer, Mariana. Cuando cuestioné a Javier para que me confirmara lo que me acababan de relatar, no pudo negarlo.

—¿Desde cuándo sabe Mariana algo de lo que sucedió? Ella ni siquiera estuvo allí cuando tales hechos ocurrieron.

—Obviamente, desde que su marido la puso al tanto. Pero da igual quien me haya contado lo que pasó. Si he venido aquí es porque necesito que seas tú, mirándome a los ojos, quién me confirme si es verdad.

Manuel suspiró hondo y trató de mantener la compostura.

—No sé qué le habrán contado, por lo que no le puedo verificar con exactitud qué extremo desea saber. Pero si me está preguntando si participé en los hechos del poblado indígena ocurridos la noche previa a mi partida, no le voy a negar, más a mi pesar de lo que usted se imagina, que es cierto. —Cruzó los brazos delante del pecho y perdió la mirada en un punto indeterminado. No le resultaba fácil mirar a los ojos a su padre, tal y como él pedía—. No puedo decirle que esté orgulloso de aquello, pero no le mentiré. Promoví y participé aquella noche en la destrucción del poblado y sus habitantes, aunque por desgracia he de admitir que el asunto se nos fue de las manos. Mi intención era tomar venganza por lo que ocurrió en el Fuerte de Navidad y bueno —suspiró—, lo que sucedió entre Mariana y Javier también influyó, pero cuando el resto de participantes empezaron a desquiciarse, me di cuenta de que aquello había sido demasiado. Ya no podía hacer nada por detenerlo, así que me marché antes de que todo terminara.

Don Felipe cerró los ojos con pesar. Manuel no era un hijo perfecto, pero al menos quería pensar que tenía ciertos principios y cierto grado de honorabilidad. Pero no había honor alguno en asesinar a traición a un poblado pacífico en el que no solo había hombres, sino también mujeres y niños. Aquello no era un *incidente* como él lo había calificado; aquello era mucho más.

—¿Cuántos, Manuel? ¿A cuántos mataste tú?

Por primera vez en su vida, a Manuel se avergonzó de mirar de frente a su padre, así que se giró para no mostrar su propio dolor y sus propios remordimientos, que no dejaban de ser un síntoma de su propia debilidad.

—No lo sé... dos, tres, quizás cuatro.

—¿Alguna mujer o infante?

Manuel se volvió para fijar la vista en su padre de nuevo.

—¡No! Solo fueron hombres, que pudieron haber presentado batalla a poco que... —dejó la frase inconclusa.

—A poco que no les hubierais atacado a traición con nocturnidad y alevosía, ¿no?

Manuel respiró hondo.

—Así es.

Don Felipe asintió.

—En cualquier caso, me dicen que en el poblado podría estar formado por una cincuentena de almas. Y obviamente tú no pudiste participar solo. Quiero saber el nombre de los implicados.

—¿Para qué? ¿Devolverá ello acaso la vida a esas gentes?

—Ya sabes para qué.

Manuel le mantuvo la mirada a su padre antes de contestar.

—¿Vas a denunciarme?

—Sabes cuál es mi obligación, hijo. Mi conciencia y mi honor no me permite dejar las cosas así, por más hijo mío que seas.

Manuel se acercó hasta la ventana solo para perder la mirada en la oscuridad del exterior.

—Sabe, lo podría entender de Javier, ya que se podría decir que fue parte agraviada por los vínculos de afecto que le unían a los que murieron. Pero me dolería que fuera usted quien me entregara a la justicia, padre.

El tono de don Felipe se elevó.

—No te eduqué para que fueras un asesino sin corazón, hijo. No puedes imaginarte la honda pena que siento ahora mismo. Pero también te digo que no permitiré que seas el único que pague por esos crímenes. Quiero los

nombres del resto de participantes.

Manuel se volvió de nuevo hacia su interlocutor.

—Padre, éramos algo más de una docena, pero no le voy a dar sus nombres. La mayoría de ellos eran gente importante, con suficientes influencias para que esto quede en nada, ya que no hay más prueba que la palabra de un borracho y mi confesión. Yo fui el instigador y yo solo asumiré lo que me corresponda, aunque sé bien que me costará la vida.

Don Felipe aspiró con dolor. Su hijo debía pagar por sus fechorías, pero era sangre de su sangre y no deseaba verlo muerto. Y menos ahora que se estaba convirtiendo en el hombre que durante mucho tiempo había deseado ver. ¿Cómo poder actuar de manera correcta sin arriesgarse a perder lo que más amaba en la vida? Bien sabía de la amargura con la que su hijo había vuelto de aquel viaje del que tan felices se las prometía poco antes de partir.

Era la segunda expedición del Almirante Cristóbal Colón, y marchaba, junto a Javier, en busca de unas riquezas que le habían asegurado encontrar, capitaneando su propio barco y al frente de su propia tripulación. Acababa además de comprometerse en matrimonio, aún a su pesar, con Mariana Balboa, la joven que había estado pretendiendo durante los últimos meses y con la que tenía previsto contraer esponsales a su regreso. Asimismo, a la llegada a las nuevas tierras descubiertas, estaba previsto que se encontrara con su primo Fernando Espinosa, que había quedado en El Fuerte de Navidad, asentamiento construido en el primer viaje de Colón a las Indias Occidentales.

Pero nada, nada en absoluto, había resultado salir tal y como se esperaba.

Empezando por el final, se encontraron con el Fuerte de Navidad destruido y todos sus habitantes, desaparecidos, previsiblemente muertos. Nunca quedó claro qué sucedió en realidad, pero todos sospechaban que habían sido asesinados por los propios nativos debido a disputas entre ambos bandos. No obstante, el Almirante dio por buena la versión dada por los indígenas —la única de la que disponía — y todo quedó en nada.

En cuando a la joven Mariana, la muchacha que Manuel había dejado esperando su regreso, se había enamorado de Javier, su mejor amigo y casi hermano, y se había colado en su barco para estar con él. A pesar de sus reticencias iniciales, Javier se había terminado enamorando también de ella y

habían contraído matrimonio a escondidas de todos para evitar que nadie pudiera impedir su unión.

Y en cuanto a las riquezas prometidas, nada más lejos de la realidad. No solo no habían encontrado oro, sino que habían pasado continuas penurias de las que había podido escapar, por fortuna, embarcándose en la primera expedición de regreso a España.

Por todo ello, cuando su hijo regresó, no era ni la sombra del hombre despreocupado y feliz que había sido a su partida. Cierto era que nunca había sido un hijo ejemplar, pero sus desmanes no habían ido más allá de correrías, juergas nocturnas, alguna que otra disputa con algún marido al que su mujer le había puesto la cornamenta y un dispendio económico que podía permitirse.

Pero el hombre que llegó era un desecho humano, y todo lo peor que había vivido antes de marchar se multiplicó por mil. Su mala vida estuvo a punto de costarle la suya propia, contrayendo una enfermedad que a punto estuvo de llevárselo al otro barrio. Pero se recuperó y, por fortuna, verse tan cerca de la muerte lo hizo cambiar por completo. Esa nueva oportunidad que la vida le ofrecía lo estaba convirtiendo en un ser juicioso y correcto, y don Felipe se sentía orgulloso del cambio. Pero esa felicidad acababa de desmoronarse como un castillo de naipes.

¿Merecía esa segunda oportunidad que la vida, e incluso el propio Javier, estaban dispuesto a darle? ¿Debía mirar para otro lado como si nada hubiera pasado? Su conciencia no se lo permitiría... Si nunca hubiera sabido lo ocurrido, no habría pasado nada. Pero sabiéndolo...

El silencio se mantuvo entre ambos unos minutos, hasta que al fin Manuel se decidió a romperlo.

—Padre, le voy a decir lo mismo que le dije a Javier hace unos días. Si me denuncia, lo asumiré y responderé con lo que la justicia exija de mí. Pero créame, y no se lo digo a modo de disculpa, que nada más pesa en mí que mi propia conciencia. Mis pesadillas se ocupan muchas noches de que no olvide lo que hice, y me muestran la peor cara que puede tener un ser humano. Y yo he sido ese ser humano. Lo que haya de venir, bienvenido será. Soy lo suficiente adulto como para afrontar cualquier consecuencia que se derive de mis actos. Lamento no haberme dado cuenta antes y haberle fallado como

hijo. Haga usted lo que le dicte su conciencia, que nada le reprocharé.

Don Felipe se quedó sin saber qué decir. La ira que había sentido al llegar se había diluido ligeramente, pero la tristeza y el dolor seguían instalados en su corazón. Con un breve asentimiento de cabeza, se despidió de Manuel y se fue por donde había venido.

Capítulo 2

Un Asunto delicado

Unos golpes sonaron en la puerta del despacho que tenía en su casa don Diego Alvarado. A la voz de *adelante*, su hija asomó la cabeza con una sonrisa en su rostro de dulces facciones. Como era habitual en ella, llevaba su cabello dorado recogido en una trenza, cubierta en una redecilla del mismo tono, y sus ojos marrones brillaban con la simpatía que mostraba todos los días al amanecer.

—Buenos días, padre. ¿Da usted su permiso?

Don Diego levantó la vista de los papeles que tenía entre manos y los depositó en el escritorio.

—Buenos días, ángel mío. Pasa, por favor. Ya sabes que no es preciso que me pidas permiso cuando estoy solo. Nada me agrada más que tu compañía.

Micaela se enderezó y con un ligero golpe de cadera entreabrió la puerta lo suficiente para poder pasar con la bandeja que portaba en los brazos. Como era de complejión pequeña y delgada, no tuvo problemas para deslizarse por el hueco que había conseguido abrir con el golpe.

—Como le conozco bien y sé que, si no vengo yo, usted no va a ir a desayunar, me he permitido traerle yo misma las viandas para que después no llegue al almuerzo desfallecido.

Don Diego le devolvió la sonrisa y apiló los papeles en un rincón de su amontonada mesa para que su hija pudiera soltar su carga.

—Como siempre, estas en todo, hija mía. ¿Desayunarás conmigo?

La muchacha soltó la bandeja y se acercó a su padre para darle un beso en la mejilla.

—Ya desayuné con madre hace un rato.

Los ojos de don Diego se entristecieron ante la mención de su esposa.

—¿Cómo sigue? Esta noche la he sentido toser más de lo habitual.

—Bueno, ahora descansa. Parece que el último tónico que le ha recetado el doctor le está haciendo efecto y está tranquila. Y al menos no tiene fiebre, que ya es un avance de por sí. Esperemos que este remedio sí le funcione.

Don Diego tomó la mano de su única hija y se la besó con sincero cariño. ¿Qué haría sin ella?, se preguntó a sí mismo. La salud de su esposa siempre había sido frágil, pero ahí siempre estaba su amada hija pendiente de todo, aun cuando ello le supusiera sacrificar su propia vida. A veces, sentía remordimientos de que una muchacha como ella, joven, bonita, y en edad de haber formado ya su propia familia (Micaela estaba a punto de cumplir los veintidós años), hubiera decidido dejarlo todo de lado para consagrarse al cuidado de su madre enferma y ocupar el lugar de ésta en el hogar familiar. Cuando su padre le insistía en que debía casarse y tener sus propios hijos, Micaela siempre zanjaba la cuestión con una sonrisa y unos aspavientos de manos.

—Ah, padre, no volvamos otra vez sobre lo mismo, por favor —le decía cuando el tema salía a relucir—. Ya sabe que, de no haber enfermado madre, mi vocación hubiera sido ser religiosa. Estoy segura de que me sentiría más cómoda rezando a Dios que cuidando de una pandilla de chiquillos consentidos por su abuelo. Y como siempre hay tiempo para que nuestra Santa Madre Iglesia recoja a pobres almas como la mía, prefiero pasar el hoy con ustedes, que son lo que más amo en el mundo, y ya el día de mañana, Dios proveerá.

Y aunque su padre podría haberle buscado un marido y haberla obligado a contraer matrimonio para que se diera cuenta por ella misma de que no hay mayor bendición en esta vida que los propios hijos, su lado egoísta no la quería dejar ir. Y si esa era la decisión que había tomado la muchacha, él no tenía intención de forzarla a que hiciera algo que no deseara. Era una bendición tenerla con ellos, y más en los últimos tiempos en los que su mujer se pasaba más tiempo enferma que sana, y que los caudales que recibía como representante de la administración de justicia iban en su mayor parte al mantenimiento de la casa y de los médicos que atendían a su señora. No hubiera podido proporcionar una dote más que modesta a su hija, pero si había algo cierto, era que aquél que la quisiera, debía hacerlo por su inmenso valor como ser humano, y no por ninguna cuestión de índole económico.

—Pues entonces siéntate y acompáñame mientras como estas delicias, que

imagino que has preparado tú misma.

—Claro que sí, como todos los días...

Aunque su sueldo no daba para mucho, podían permitirse mantener una sirvienta y un mozo a su servicio, pero a Micaela le gustaba meterse en la cocina y encargarse ella misma de los fogones y los guisos. Su abuela le había enseñado a cocinar, ya que siempre habían sido una familia humilde. Aunque en ese momento podían permitirse una ayuda que se encargase de ese y otros menesteres, Micaela disfrutaba de la labor ya que además, la mantenía distraída de otras preocupaciones. Porque la salud de su madre la preocupaba de verdad...

Con movimientos gráciles, bordeó la mesa y se dejó caer en el asiento de en frente. De naturaleza dulce y sumisa, sentía también interés e inquietud por el trabajo que desempeñaba su padre. Hacía apenas unos días, con el comienzo del nuevo año, había sido designado alcalde para resolver los Casos de Hermandad, cargo importante que se nombraba anualmente y que conllevaba encargarse de juzgar los delitos más importantes y graves que venían recogidos en el Cuaderno de las Leyes de Hermandad aprobados en la Junta General de Torrelaguna de 1485, tales como robos, asaltos y muertes, entre otros.

Mientras su padre desayunaba, Micaela alargó la mano y tomó el último volumen de documentos que se encontraba apilado sobre la mesa y que su padre acababa de soltar. Lo ojeó por encima apenas un momento, curiosa por aquello que lo había mantenido tan atareado las últimas horas.

—Lo veo últimamente muy ocupado, padre...

—Como siempre, hija, como siempre... —Esa frase se había vuelto de lo más habitual de un tiempo a esa parte.

—¿Es este su primer caso de Hermandad, padre? Desde hace dos días no hago más que verlo con los ojos puestos en este puñado de legajos.

Don Diego asintió con la cabeza, sin evitar emitir un chasquido con la lengua.

—Es un asunto delicado, hija: Un padre denunciando a su propio hijo...

Micaela frunció el ceño.

—¿Acaso el hijo le ha provocado algún daño a ese señor?

—Humm —dijo mientras masticaba un trozo de pan con queso—. No a él,

sino a terceras personas. Pero el denunciante considera que los actos de su hijo no deben quedar impunes, así que ha actuado según lo que su conciencia le ha dictado. En verdad, siento pena por este señor. No debe haberle resultado fácil dar este paso.

—En tal caso, debe ser un hombre de honda moral. El padre me refiero, no el hijo...

—Sí, eso me parece a mí también. Pero debo tratar el asunto con delicadeza. El denunciante ostenta el título de Señor y su vástago es su único heredero. Además, es extraño la forma en que lo plantea, puesto que en la declaración que efectúa denunciando los hechos, que ciertamente son muy graves, solicita a la Hermandad que tenga indulgencia para con él al tratarse de actos que ocurrieron hace un par de años y considera que hay sincero arrepentimiento. Además aduce que el presunto acusado tiene voluntad de cambio para convertirse en un hombre de bien.

—Si considera que es así, ¿por qué lo denuncia?

—Como tú misma has mencionado, debe ser un hombre de rectos principios.

—Desde luego, grave ha de ser ese delito cuando se ha de juzgar como Caso de Hermandad. ¿Puedo preguntarle de que se trata, padre?

Don Diego levantó la mirada del plato y observó a su hija. Tomó la servilleta y se limpió la boca con rapidez. Aunque el desayuno estaba delicioso —había que reconocer que tenía una hija que cocinaba como los ángeles —debía terminar lo que tenía entre manos lo antes posible. Estaba previsto que esa misma mañana tomaría declaración al presunto responsable de los hechos, y quería terminar de ver el expediente completo para llevar preparadas las preguntas que debía formular. Así que sonrió a su hija y le guiñó un ojo con aprecio. Era su estreno en el cargo que tanto había deseado, en especial porque supondría unos mayores ingresos en la economía familiar, y le habían insistido en que su resolución se tratase con premura y delicadeza. Le habían pasado otros expedientes que debían repasar correspondientes a otros casos, pero este gozaba de prioridad absoluta.

—No quieras saber tanto, pequeña. No es un caso agradable para una muchachita que podría impresionarse con facilidad.

—Padre, ya no tengo cinco años. Soy una mujer adulta y sé bien qué tipo de casos son los que usted debe juzgar durante el año que dure su

nombramiento. Créame, dejé de ser una *muchachita fácilmente impresionable* hace ya algún tiempo —dijo entre sonrisas—. Ande, dígame al menos de qué se acusa al joven...

Don Diego suspiró. No le cabía duda que si su hija hubiera nacido varón hubiera seguido sus mismos pasos, pero siendo mujer, su destino debía ser diferente. Aun así, era cuestión de tiempo que más pronto que tarde le sonsacara el asunto que tenía entre manos, así que se encogió de hombros dispuesto a hacer al menos tal concesión. Mejor eso que no ver sus papeles sospechosamente movidos cuando regresara a casa.

—Está bien: se le acusa de haber causado la muerte a todo un poblado nativo cercano al asentamiento de La Isabela. Fue uno de los expedicionarios que marcharon hacia allá hará casi tres años. Ya sabes lo que se dijo en su día de aquel viaje: que hubo mucho descontento y fracaso respecto a lo que los españoles esperaban encontrar en aquellas tierras. Además, según parece, un familiar cercano a él fue muerto de manos de los indios y se ve que tanto el acusado como otros hombres pagaron sus frustraciones y tomaron venganza contra aquellos pobres aldeanos.

—¿Pero esos aldeanos fueron los que causaron la muerte de su familiar?

—No parece. Era un pueblo pequeño y pacífico, y según he leído en el expediente, fue aniquilado en su totalidad por un grupo armado de castellanos sin escrúpulos, entre los que se encuentran el acusado. Lo peor de todo es que también había niños a los que se le dieron espada sin mayor contemplación.

Micaela dio un respingo y se santiguó presta.

—¡Virgen María Purísima! Pero el asesinato está penado con la muerte.

—Así es, hija. Y por eso siento pena por ese padre que ha debido sufrir mucho a la hora de tomar una decisión así. Sea como fuere, tengo que saber bien que fue lo que ocurrió y como acontecieron los hechos en cuestión. El proceso ya está abierto y hoy mismo le tomaré declaración al joven, a ver qué es lo que me tiene que contar.

—¿Me permite que lo acompañe, padre? Siento curiosidad por este caso.

Don Diego le sonrió. De tal palo...

—Cielo, no es agradable y ya sabes que no me gusta tenerte por allí porque siempre andan maleantes pululando. ¿Acaso te agradaría vértelas cara a cara

con un asesino despiadado?

—Usted lo hace, padre.

—Porque es mi trabajo. Si fuera un hombre acaudalado que no necesitara de estos quebrantos, ten por seguro que no me metería en estas friegas.

Micaela le devolvió la sonrisa.

—Sí lo haría padre. Aparte de ser su trabajo, a usted le encanta lo que hace.

—Ay, bonita, si es que en nuestra situación no nos queda otra sino ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente. Por fortuna tengo una profesión que es de mi agrado, eso no te lo he de negar, pero en circunstancias como ésta, y siendo padre como soy, no me agrada tener que lidiar con un asunto tan feo . Pero este es el pan nuestro de cada día. Por desgracia, siempre hay hijos ingratos que no saben apreciar lo que tienen y que no valoran nada, ni siquiera la vida humana.

—Muy cierto es, padre. ¿Tiene previsto marcharse de casa pronto?

—A más tardar en una hora. Dentro de dos está previsto que el ciudadano, Manuel Espinosa, acuda al tribunal a prestar declaración según la citación que se le ha cursado al efecto.

—Manuel Espinosa... el nombre me resulta conocido.

—Es improbable que lo conozcas, hija. Es un hombre que se codea con una gente de un nivel diferente al nuestro. Aunque su padre sí es conocido por su bondad y sus obras de caridad, por eso quizás te parezca familiar el apellido.

—Sí, es posible que sea eso. —Micaela se levantó y se dispuso a recoger la bandeja—. En cualquier caso, ya bastante tengo aquí como para preocuparme por asuntos ajenos. Mejor no lo molesto más para que pueda terminar con sus quehaceres a tiempo. Pero al menos, si no le importa, debo salir al mercado a comprar algunos alimentos para la despensa. Si usted da su permiso, aprovecharé para acompañarlo ya que llevamos la misma ruta, y ya después seguiré mi camino.

—En tal caso, tu compañía será bien apreciada.

Capítulo 3

La Visita de Javier

El reo tenía permitidas las visitas. Desde que lo encerraran, tres días atrás, se reunía con su abogado con asiduidad, buscado, paradójicamente, por su propio padre entre los mejores letrados del país, para evitar que su condena fuera la previsible para estos casos: la muerte.

A pesar de todo, no podía decirse que estuviera en malas condiciones —hasta para eso había clases—, aunque tener unos barrotes como puerta y un pequeño ventanuco que mal iluminaba su habitáculo, no fuera el lugar más idóneo ni placentero del mundo. Pero al menos tenía un jergón, un tosco escritorio de madera con un par de taburetes donde se entrevistaba con su abogado y un rincón discreto donde hacer sus necesidades más básicas. Además, cada mañana le llevaban un poco de agua para asearse lo indispensable... y eso, a buen seguro, también se lo debía a su padre.

Pero le faltaba la libertad, y aunque llevaba relativamente bien su recién estrenado cautiverio, sabía que el estar encerrado, sin poder moverse a su libre albedrío, tarde o temprano le acabaría pasando factura. Le habían dicho que se estaba haciendo todo lo posible para que su juicio no se demorase demasiado, lo cual podía ser tanto una buena como una mala noticia: podría suponer que sus horas de vida estuvieran contadas, o no.

En cualquier caso, lo sorprendió que quien lo fuera a visitar aquella mañana fuera Javier, su amigo de la infancia. ¿Qué podía encontrar en él? ¿A su compañero de juergas, su hermano, su confidente? ¿O a aquél otro hombre que se había alejado de él, que le había robado la novia y se había casado con ella a sus espaldas, burlándose por completo de su confianza? Porque esa era otra cuestión... Su declive personal había empezado cuando conoció a Mariana Balboa, de quien se había encaprichado nada más verla. No porque fuera de una belleza deslumbrante, sino porque le atrajo su desparpajo, su vivacidad y su ímpetu. Sin embargo, lo que lo decidió en convertir a Mariana

en su esposa fue justamente su rechazo. Él, que siempre había tenido una facilidad pasmosa en conseguir cuanta mujer se le antojara, por fin había dado con una que le decía que no. Y aquello picó su ego hasta límites insospechados, haciéndolo obsesionarse en conseguirla de un modo u otro. Se dijo que la tendría a como diera lugar, así tuviera que casarse con ella como moneda de cambio. Al fin y al cabo, tarde o temprano tendría que hacerlo y estaba seguro de que disfrutaría de cada instante que durase el juego de conseguir el sometimiento pleno de su mujer, que no dudaba que acabaría por lograr.

Al principio había contado con las trabas de su padre, a quien la joven no le convencía como nuera, habida cuenta de que además era la hija de un mercader de cerámica (eso sí, bastante acaudalado) y que además poseía demasiado atrevimiento para una chica de su edad. Pero al fin dio su brazo a torcer cuando vio que la decisión de su hijo era firme y que no iba a conseguir hacerle cambiar de idea. Además, Manuel en verdad parecía estar ilusionado con el compromiso, y como siempre había deseado que sentara la cabeza de una vez por todas y se dejara ya de tantas juergas, terminó dando su aprobación.

En realidad, no podía decir que hubiera estado enamorado alguna vez de Mariana; eso sería faltar a la verdad. Pero su interés sí había sido sincero. Que su motivo principal fuera doblegar a la chica, aún en contra de su voluntad, quizás no fuera lo más honorable del mundo para contraer matrimonio, cierto, pero sí supondría romper con la monotonía que ya empezaba a ser la facilidad con que las mujeres caían a sus pies. No es que se quejara de ello, en absoluto, pero necesitaba un nuevo aliciente y pensó que con Mariana lo tendría. Lo que no imaginó nunca fue que ella se encaprichase a su vez de Javier y, sobre todo, que éste hubiera sucumbido a la tentación. Jamás hubiera imaginado que su amigo lo traicionara de tal manera, más sabiendo lo ilusionado que estaba con su compromiso. Esa traición, junto con la de la propia Mariana (menos dolorosa ya que no desconocía sus sentimientos adversos hacia él), fueron las culpables de que se llenara de tanta ira que llegó a tocar fondo como nunca hasta entonces. Sabía que no era excusa suficiente como para provocar el daño que infligió durante su estancia en La Isabela, pero sí que fue el detonante de todo lo ocurrido allí. A su vuelta a España, el horror y la sangre fueron dejando paso a los

remordimientos, y para combatirlos, empezó a beber cada vez más y más, y a hundirse aún más como persona. Tantos desfases y devaneos, lo empujaron al borde de la muerte, hecho que supuso un antes y un después en su decadencia. Fue al verse las caras con la Parca cuando se dio cuenta de lo hermosa y valiosa que era la vida como para tirarla por un precipicio. No obstante, lo que ya había hecho, no tenía solución.

A raíz de su enfermedad se prometió a sí mismo ser mejor persona, aunque era consciente de que eso era algo que no se aprendía de la noche a la mañana. Además, las pesadillas regresaban con demasiada frecuencia para obligarlo a recordar lo que había sido y lo que debía reparar de ahí en adelante. Esperaba o, mejor dicho, confiaba que, si cambiaba lo suficiente como para redimirse, los sueños que le atormentaban desaparecerían para siempre. Pero habían pasado dos años desde la matanza de La Isabela y nada había cambiado en ese sentido.

Tras la recuperación de su enfermedad, incluso se había vuelto a reencontrar con Mariana, a la que por primera vez (y esta vez, sí la) había encontrado en verdad hermosa. Algo en ella había cambiado desde que se vieran por última vez... un halo distinto que no podía definir, pero que lo dejó subyugado. Quizás en ese momento sí pudo afirmar que se estaba enamorado de ella, así que, ante la ausencia de Javier, volvió a acercarse a ella, pero con un tono más amable y no con el prepotente y engreído de antaño. Y, a pesar de que ella se mantuvo distante, Manuel consiguió por fin que dejara de temerlo. En el pasado no se había portado bien con ella, cierto era, pero si quería convertirse en mejor persona, sin duda la joven sería su mejor aliciente. Pero Mariana volvió a rechazarlo de plano, aunque con cierta amabilidad y cortesía, que era mucho más de lo que cabía esperar. Según todo el mundo decía, se había vuelto una mujer fría, distante y que no quería a nadie, pero él sabía bien que no era así. Quizás Mariana seguía languideciendo por Javier, su supuesto esposo, pero él estaba dispuesto a hacer realidad el dicho de "a rey muerto, rey puesto". Pero con el transcurrir de las semanas, se dio por vencido y tuvo que admitir que con Mariana había pinchado en hueso. No obstante, había conseguido que no le temiera y confiaba que algún día llegaran a ser amigos. Y en el futuro, quien sabía si... Siempre y cuando no descubriese lo que había hecho él en el pasado...

Y así hubiera sido de si no haber vuelto a aparecer Javier. Cuando supo de su

regreso, y a pesar de lo que les separaba, se tragó su orgullo y fue a verlo. Sin ninguna animosidad. Y entonces fue cuando supo que su secreto había salido a la luz. Y de boca de Javier, la noticia pasó a Mariana, y de Mariana a su padre. Y ese era el motivo por el cual, en aquellos instantes, se encontraba en aquel lugar.

Manuel aspiró hondo, sacudió la cabeza y se recompuso de sus recuerdos al escuchar los pasos que se acercaban por el pasillo. Un soldado acompañaba al visitante, y tras indicarle la celda en que se encontraba, se retiró otra vez a su puesto de guardia. La celda solo la abrían cuando acudía a verlo su abogado. Para otro tipo de visita, su entrevista debía llevarse a cabo con los barrotes de por medio.

Ambos hombres se quedaron mirándose fijamente cuando estuvieron de frente, sin saber quién debía comenzar la conversación. Manuel llevaba las mismas calzas negras que portara el día de su detención, y la camisa holgada de lana por fuera para su comodidad. Javier, en cambio, iba vestido en tonos oscuros, como era habitual en él, y de manera impecable.

—Tienes buen aspecto, Manuel...

—Espero disculpes que mi atuendo no sea el que estás acostumbrado a ver en mí, pero hace un poco de calor y tampoco recibo tantas visitas como para tener la necesidad de verme bien —le contestó con ironía—. Sabes, te ofrecería asiento, pero estos barrotes dificultan mucho que te pueda pasar un taburete.

Javier carraspeó. Empezaba a preguntarse qué demonios estaba haciendo allí.

—Yo no te delaté, Manuel. Pero si estás aquí, es por tu culpa —le recordó.

Manuel se llevó las manos a la espalda; volvió a sonreír.

—No estás diciendo nada que no sepa ya —. Javier se mesó el pelo con las manos, incómodo—. ¿A qué has venido, Javier? ¿Vienes a hacer leña del árbol ahora que por fin ha caído?

Javier lo miró con sus grandes ojos color miel.

—Aunque no lo creas, he venido a ver como estabas y a preguntarte si necesitabas algo.

—Vaya, que detalle por tu parte. Pues mira, si haces que me traigan mi cama, mis vestimentas, mandas a mi cocinera para que me prepare todas las

comidas del día, y si les dices a los que están ahí fuera que hagan desaparecer estos barrotos y que me devuelvan la libertad, no estaría nada mal. ¿Acaso puedes hacer eso por mí?

—Bien sabes que no.

—Entonces, poco puedes hacer por ayudarme. No hubiera estado mal gozar de ciertos placeres antes de que me condenen a muerte, pero si no puede ser...

—se encogió de hombros restando importancia a su previsible futuro.

—Manuel, a pesar de lo ocurrido, yo no deseo tu muerte. Solo quería decirte que cuando me llamen a declarar, haré lo que pueda por aliviar tu condena.

—¿Por qué habrías de hacer eso por mí? —preguntó extrañado.

Javier lo miró fijamente.

—Porque, aunque en los últimos años hemos estado alejados, hay muchos más en los que hemos estado unidos. Os debo mucho a ti y tu padre, y aunque has causado grave daño a gente que he querido, no puedo olvidar lo importante que has sido en mi vida.

Manuel se llevó la mano al pecho.

—Que conmovedor...

Javier suspiró. A veces resultaba muy difícil hablar con el que había sido su amigo. Le costaba creer que, a pesar de ir hasta allí con un tono conciliador, Manuel se mofara de sus buenas intenciones. Así que decidió que era mejor volver por donde había venido.

—Mira, piensa lo que quieras. Si me he acercado hasta aquí es solo para decirte esto y que, si lo deseas, digas a tu abogado que venga a verme. Como ya te dije el otro día, no voy a mentir por ti, pero tampoco trataré de perjudicarte.

Y dicho esto, se volvió dispuesto a marcharse. Sin embargo, la voz de Manuel lo detuvo en seco.

—Javier, espera.

Desanduvo los pocos pasos que había llegado a dar. Esta vez fue Manuel quien trató de mostrar un tono más conciliador.

—Está claro que contigo me cuesta mantener un buen talante, pero, de todos modos, te agradezco el gesto. —Javier se limitó a asentir con la cabeza a

modo de respuesta—. Dentro de un rato está previsto que vengan a buscarme para llevarme ante el juez que llevará mi caso para tomarme declaración. Mi abogado estará presente, así que le diré que deseas hablar con él.

—Muy bien. Cuando quiera. Aunque dile que no se demore mucho. Tengo previsto regresar a casa en uno o dos días. De lo contrario, tendrá que desplazarse hasta Cádiz para hablar conmigo.

—¿Vuelves a El Puerto? ¿Has conseguido por fin convencer a Mariana para que te acompañe?

Javier se puso tenso. No le gustaba hablar de su mujer con Manuel.

—Eso ya se verá. Espero que así sea.

—Así que todavía seguís sin limar vuestras asperezas, ¿no?

—Eso no te incumbe.

Manuel no pudo evitar reírse.

—Oh, vamos, ten compasión de mí. Estar aquí resulta muy aburrido. Dame algún chisme que me mantenga entretenido durante mis largas horas de soledad.

—Creo que tienes demasiadas cosas en que pensar y en las que preocuparte más allá que en saber si mi mujer y yo nos hemos reconciliado.

—Precisamente son de esos pensamientos de los que deseo mantenerme apartado. No es muy gratificante imaginar qué va a ser de uno el día de mañana; si estaré en este mundo o acabaré haciéndole una visita permanente y antes de tiempo al Que Está Ahí Arriba.

Javier se mantuvo unos segundos en silencio antes de contestar.

—Haré que te hagan llegar un par de libros. Con eso podrás entretenerte.

Manuel ladeó la cabeza, pero no borró la sonrisa de su rostro.

—Siempre has sido un poco desabrido. Pero esos libros me vendrán muy bien.

Unos pasos volvieron a resonar en el pasillo. El mismo guarda que había acompañado a Javier hasta la celda se estaba acercando a él por el corredor.

—El tiempo ha terminado —dijo cuando estuvo lo bastante cerca como para que el caballero lo hubiera escuchado—. El reo debe ser llevado ante la Hermandad.

Javier se volvió de nuevo hacia Manuel.

—Te deseo mucha suerte, lo creas o no. Y no olvides lo que te he dicho.

Se acercó hasta los barrotes y estiró la mano a través de ellos. Manuel hizo lo mismo y le devolvió el gesto.

—No lo haré. Muchas gracias, amigo.

Capítulo 4

Cruce de Miradas

—¿Ve usted como siempre viene bien un poco de ayuda, padre? —le preguntó Micaela a don Diego cuando dejó caer uno de los fajos de documentos que portaba en la mesa de despacho de su padre.

—Es cierto: tu presencia me ha venido bien. Pero que conste que principalmente por la compañía que me ofreces; con los papeles ya me hubiera apañado yo como hubiera podido. Además, ya te he dicho que no me gusta que me acompañes hasta aquí donde solo podrías cruzarte con mala gente...

Ella sonrió con afecto.

—Y a mí no me gusta que vaya siempre tan cargado, padre, que ya no está usted en edad de ir con tanto peso de un lado para otro.

—¿Acaso me estás llamando viejo?

—Nada más lejos de mi intención, pero ya no es un niño y yo no quiero que cargue tanto. ¿Para qué está entonces su hija si no es para ayudarlo?

—Hay otras personas que podrían hacerlo.

—Sí, pero que tienen sus propios quehaceres y a los que usted nunca pide ayuda; habida cuenta de que a mí no me importa, no hay discusión que valga. Además, ya que he cumplido con mi misión, y para el bien de su conciencia, le dejo tranquilo pues no quiero entretenerle en sus obligaciones. ¿Tiene previsto llegar temprano a casa, padre?

—No me esperes para almorzar, cielo, pero para la cena estaré sin falta.

Micaela lo miró con reprobación.

—Por supuesto que estará para la cena. De lo contrario, vendré yo misma a por usted para llevarlo a casa. ¡Se me va a enfermar con tanto trabajar!

Don Diego le devolvió la sonrisa.

—No exageres, cariño. Y ahora, vete al mercado antes de que se agoten las mejores mercancías.

—Por supuesto, pero no se preocupe que todavía llevo a tiempo.

—Lo sé, hija, lo sé.

Don Diego le dio un beso en la mejilla y despidió a su hija para centrarse en las tareas pendientes del día, no sin antes asegurarle algo.

—Y no te preocupes que haré todo lo posible por llegar temprano.

—Eso espero, o tendré que cumplir con mi palabra...

Cuando Micaela salió del despacho y dirigió sus pasos hasta la entrada del edificio donde se juzgaban los Casos de Hermandad, un palacete construido hacía poco para cuestiones judiciales, iba con una sonrisa en los labios. Sin embargo, algo o, mejor dicho, alguien, llamó su atención cuando llegó a la altura de la escalera. No pudo evitar detenerse para fijarse en el caballero al que escoltaban dos guardias bien uniformados y al que llevaban custodiado, a pesar de que sus manos iban engrilladas.

Era un hombre joven, de alrededor de unos treinta años, alto y delgado. Debía medir al menos un metro ochenta o más de estatura, y su complexión, a pesar de la ropa, se percibía fuerte. Tenía el cabello negro azabache, fuerte y espeso, pero lo que más le llamó la atención, a medida que los tres se iban acercando hasta donde ella se encontraba, fueron unos enormes ojos color verde agua perfectamente enmarcados por unas espesas pestañas negras que más de una mujer hubiera querido para sí. Además, tenía una nariz bien proporcionada y unos labios finos que en aquel momento mostraban un rictus serio.

Sin embargo, bien fuera porque no pudo apartar los ojos de él tan rápido como debiera, bien fuera porque, sencilla y casualmente, él giró la cabeza en ese preciso momento hasta donde ella estaba, ambas miradas acabaron encontrándose.

Al instante Micaela percibió algo inédito para ella hasta entonces: un remolino en el estómago que le hizo, sin darse siquiera cuenta, detener la respiración. Y aunque creyó que era de mala educación mantener la mirada de aquel desconocido, no pudo desviar sus ojos de aquellos otros verdes que por unos instantes había conseguido mantenerla subyugada. El joven, por su

parte, no pudo impedir que una sonrisa asomara a sus labios, mostrando una bonita sonrisa y unos dientes cuidados y parejos. A Micaela no le cupo duda alguna, por su manera de mirarla, de que él era consciente del efecto que provocaba en las mujeres, pero, aun así, le fue imposible apartar la vista de él. La sonrisa del hombre se ensanchó aún más al llegar al final de la escalera, donde se atrevió a guiñarle un ojo y a lanzarle un pequeño beso cuando estuvo lo bastante cerca como para que ella lo percibiera.

Aquellos gestos fueron suficientes para sacar a la muchacha de su ensimismamiento. Micaela apartó la mirada y bajó la escalera con paso apresurado. Sin embargo, no pudo evitar volver la cabeza cuando iba a mitad de camino, para observar la espalda del hombre que se perdía por los pasillos del edificio.

Varias horas después, ya en casa, Micaela estuvo rondando el despacho de su padre toda la tarde-noche. No había podido quitarse de su mente ni un solo momento al joven que había visto en el Tribunal mientras era escoltado por los guardias. Aquellos ojos verdes la habían tenido hipnotizada por completo, y esa sonrisa... Dios mío, no había visto nada tan sensual en toda su vida. ¡Sensual! Madre de Dios... no creía que jamás hubiera utilizado, ni imaginado usar esa palabra en toda su vida, pero no se le ocurría otra mejor para definir la mirada que le había dispensado aquel hombre esa misma mañana. Y se la había dirigido a ella. ¡A ella!

Cerró los ojos y suspiró. ¿Qué le estaba pasando, por Dios? Ese hombre, en el supuesto de que le interesara, no sería ni de lejos lo que buscaría en un pretendiente. Se notaba a leguas que era un ufano conecedor de su belleza y con suficiente ego y con tanta seguridad en sí mismo que echaría para atrás a cualquier joven de buena familia y de estrictos principios religiosos, como los suyos. Jamás se interesaría por alguien que no estuviera dispuesto a pasar por el altar para someterse al sagrado vínculo del matrimonio... y por supuesto, no toleraría una infidelidad de su esposo. Su marido debía tener los mismos principios y creencias que ella. Y aunque no se vanagloriaba de juzgar a las personas por su aspecto, era más que evidente que aquel joven ni de lejos sería jamás un partido opcional para ella. Micaela se paró en seco al darse cuenta de los derroteros de sus pensamientos, y por un momento quiso darse de bofetadas por tan ridículas cavilaciones.

Había acompañado a su padre por pura curiosidad, a qué negarlo. Quería saber quién era el reo del que habían estado hablando aquella misma mañana y al que tanto interés tenía su padre de tomar declaración. Y esta vez reconoció para sus adentros que, de corazón, deseaba que el joven con el que se había cruzado no fuera esa persona; sus delitos eran demasiado graves y, con probabilidad, tendría que pagar sus fechorías con su vida. Esperaba que se tratase de otro reo distinto...

Por fin oyó como la puerta de la casa que se abría y se cerraba. Su padre debía estar de regreso. Por fin. Fue rauda en su búsqueda, aunque trató de no parecer ansiosa. En efecto, el hombre se estaba deshaciendo de la capa que lo protegía del frío, y para variar, iba cargado de un montón de documentos. Micaela se acercó a él y le ofreció la mejor de sus sonrisas y un beso de bienvenida.

—¿Otra vez trayéndose el trabajo a casa, padre?

Don Diego le acarició la mejilla.

—Qué le vamos a hacer, hija... Pero esto podrá esperar hasta después de que cenemos. Estoy famélico...

La muchacha frunció el ceño.

—¿Acaso se ha vuelto a olvidar de almorzar, padre?

—Tenía trabajo que atender, cielo —admitió encogiéndose de hombros—. Sin embargo, he picado algo hace unas horas y he podido aguantar toda la tarde. Pero no negaré que me vendría bien un poco de sopa caliente y un buen plato de lo que sea que se esté preparando en la cocina y que desde aquí huele de maravilla.

Micaela suspiró con resignación. Eso era algo más habitual de lo que a ella le gustaba.

—Ande, déme todos esos papeles que se los llevaré a su despacho. Mientras tanto, vaya a asearse un poco, que enseguida le llevaré un buen plato de guiso al comedor.

—Gracias, mi vida. ¿Qué haría yo sin ti? —Y añadió—: Y tu madre, ¿cómo ha pasado la tarde?

—Sigue tranquila. Lleva todo el día sin fiebre, aunque continúa débil. Al menos, he conseguido que tome un poco de caldo, que ya es algo...

—En cuanto me lave un poco iré a verla. Echo de menos su compañía y sus buenos consejos.

La muchacha trató de reconfortarlo.

—Ya verá como pronto la tendremos otra vez repuesta. Vaya tranquilo, padre, que ya me encargo yo de todo.

Don Diego dio otro beso a su hija en la coronilla y se alejó con paso cansado en dirección a sus aposentos. Si no fuera porque estaba muerto de hambre, se dejaría caer en la cama sin más, cerraría los ojos y recuperaría parte del sueño perdido. Pero eso sería más tarde.

Micaela se fijó en el lote de carpetas que había depositado sobre la mesa auxiliar junto al portón de entrada. Al verlos, volvió a fruncir el ceño. No le gustaba que trajese trabajo a casa. O al menos, no tanto. Eso le robaba demasiado tiempo que podía dedicar a su familia. Tomó la pila y con un suspiro, la llevó al despacho de su padre. Sin embargo, al dejarla caer con estrépito sobre el escritorio, fue inevitable que unos documentos resbalaran de la primera carpeta.

Micaela los miró... sin mirarlos. La tentación era tan grande... Podría curiosear un poco entre los papeles, con la excusa de recolocarlos en su lugar, y ver qué encontraba de la declaración de esa mañana. ¿Se trataría de la misma persona que le había tenido con la mente dispersa todo el día? Levantó la vista esperando ver a su padre cerca, acechándola de algún modo, pero por supuesto, estaba sola.

No haría nada malo si echaba un rápido vistazo a los documentos, ¿no?

Tomó el primer de ellos, recelosa. No le gustaba hurgar en los papeles de su padre, no era correcto, pero la tentación era demasiado grande. Bueno, decidió, sólo sería el primer folio y después, lo dejaría todo donde estaba. Sólo uno, el primero, y nada más.

Bajo la mirada despacio y pudo leer:

"Causa penal por Caso de Hermandad contra el reo Manuel Espinosa Salazar

Motivo de la causa: Asesinato"

El corazón de Micaela empezó a latir apresurado.

"En la ciudad de Sevilla, a fecha de nuestro Señor de 5 de enero de 1.496,

comparece el acusado, don Manuel Espinosa Salazar, acompañado de su abogado, don Antonio Solís y Carvajal por la causa penal abierta mediante denuncia cursada por don Felipe Espina Salguero en relación con los hechos que el demandante declara producidos durante el año de Nuestro Señor de 1.494 en la Villa conocida como La Isabela y cuya declaración se incorpora como documento anexo número I"

Micaela levantó la mirada esperando ser descubierta de un momento a otro. En la primera página venían un par de párrafos más, pero ya había visto demasiado de estos para saber que allí no iba a encontrar nada interesante. Tendría que ver las *tripas* de la carpeta para saber que era lo que había ocurrido. Desplegó un poco el expediente a ver si encontraba algo más que saciara su curiosidad. Era solo una miradita, se repitió a sí misma.

Fue buscando hasta ir dando con párrafos sueltos que llamaban una y otra vez su atención:

"¿Cómo se declara el reo de los delitos que se le imputan?"

Culpable, aunque se quiere hacer constar circunstancias atenuantes que fueron causa del final que nos ocupa".

...

"¿Recuerda usted a cuántas personas consiguió dar muerte con su propia espada o por sus propios medios?"

Con exactitud no lo puedo precisar. Quizá tres o cuatro, todos varones."

A la muchacha se le empezó a formar un nudo en el estómago. Aquel hombre era un asesino, por más atenuantes que pudiera o quisiera esgrimir. Ella nunca podría estar con una persona responsable de la muerte de otra.

¡Otra vez con aquellos pensamientos ridículos! Se repitió, una y otra vez, que no tendría por qué tratarse de la misma persona. Además, ella no iba a compartir la vida con nadie, solo con su familia, y el día de mañana, cuando ellos no estuvieran, con Dios. Sabía lo que quería y tenía claro cómo debía ser su vida. Una vida sencilla y sin sobresaltos. Por otra parte, un hombre como aquel, suponiendo de nuevo que fuera el mismo, jamás pondría los ojos en ella. Así que, ¿por qué le venían a la cabeza de forma tan recursiva conjeturas tan absurdas?

Cerró de un golpe seco el expediente mientras refunfuñaba para sus adentros.

Su padre iría pronto al comedor en busca de algo que llevarse a la boca y a ella nada más se le había perdido en aquel despacho. Así que volvió a poner los documentos debidamente apilados en el centro de la mesa. Era un tema demasiado delicado como para estar metiendo sus narices en el trabajo de su padre. Sencillamente no era correcto.

Antes de arrepentirse por haber recobrado el sentido común, dejó todo bien colocado y salió en dirección a la cocina en busca del plato de sopa caliente que su padre le había pedido.

No tuvo que esperar mucho a que se reuniera con ella en el comedor. Cuando la vio sentada en la silla contigua a la suya, le sonrió con cariño y ocupó su lugar en la mesa. La muchacha destapó la sopera y se dispuso a verter el caldo caliente tanto en el plato de él como en el suyo.

—Me alegro que comas conmigo, pequeña.

—Para una vez que llega a una hora decente a casa, no me iba a perder el placer de su compañía, padre.

Después de llevarse un par de cucharadas a la boca, la joven volvió a entablar conversación.

—¿Qué tal ha ido el día, padre?

—Bien, bien... como siempre. —Don Diego estaba más centrado en disfrutar de su plato que de hablar de trabajo, pero, aun así, Micaela insistió.

—¿Y qué tal fue la declaración del caso del que me habló esta mañana?

¿No era que iba a dejar el caso estar?, se preguntó a sí misma. Don Diego levantó la vista de su cuchara.

—Pues una declaración más, como tantas otras. Al menos el hombre fue cooperador y contestó a mis preguntas sin reparo.

—¿Y ha sacado alguna conclusión al respecto?

El hombre soltó al fin la cuchara y se dejó caer sobre el respaldo de su asiento.

—Cariño, ¿tienes algún interés especial en este caso?

Micaela se mostró contrita.

—Padre, ya sabe que me preocupo por todo cuanto usted hace. Y como esta mañana hablamos del asunto y se cuan inquieto estaba, solo quería saber si

todo había marchado bien. Disculpe mi intromisión.

Don Diego volvió a sonreírle.

—No hija, discúlpame tú a mí. Tienes razón en todo cuanto has dicho, pero ya sabes que me cuesta comentar ciertos asuntos de trabajo porque, como ya te he repetido hasta la saciedad, me preocupa que te puedas impresionar por ciertos aspectos desagradables. Pero en esta ocasión, he de reconocer que todo ha ido mejor de lo que esperaba. Nunca hubiera parecido, por su porte de caballero, que pudiera haber estado implicado en algo tan escabroso. Pero el pobre muchacho ha reconocido los hechos al completo, si bien su abogado insiste en que existen atenuantes.

—¿Acaso se trata de un hombre joven?

—Así es. Parece mentira que pueda echarse a perder una vida de esta manera, cuando se está en su plenitud, y todo por un arrebató de locura y celos. Para que veas que por las apariencias nunca se debe juzgar a nadie. Este señor, joven, apuesto, bien vestido y bien hablado, ha mostrado la peor cara que puede revelar el ser humano. Pero los hechos son así...

Definitivamente Micaela no tuvo lugar a dudas de quien era la persona con la que se había cruzado por la mañana.

—¿Y en cuanto a los atenuantes que el señor letrado esgrime, en verdad los hay? —preguntó ella con un tono de voz más esperanzado del que hubiera gustado mostrar.

—Ya se verá. Por lo pronto, he de tomar un par de declaraciones más al respecto, y después ya se estudiará cual es la pena que debe corresponderle.

—¿Salvará su vida entonces?

Don Diego tomó la mano de su hija y se la apretó con afecto.

—No pienses en eso, cariño. Cada cual tiene lo que se merece. Y lo que a este muchacho le depara el porvenir aún está por concretar. Quiere resarcir el daño infligido, pero las leyes son muy claras sobre eso.

—Pero si un hombre cambia y desea redimirse, ¿no es posible un perdón o una condena más benévola que se le pueda aplicar?

—No te preocupes por causas ajenas que para eso ya estoy yo. Como ya he dicho, aún tengo que trabajar sobre el asunto antes de tomar una determinación. Sé que eres de corazón noble y sufres por las almas perdidas

que buscan su expiación. Pero tu padre es un hombre justo y tomará la decisión que considere más acertada. Y ahora, cómete la sopa que con tanta charla se nos está enfriando a los dos.

Pero a Micaela se le había pasado el hambre por completo.

Capítulo 5

La Cárcel Real

Un mes después de su inicio, aún no se había avanzado gran cosa en el proceso desde que don Diego tomara declaración al señor Espinosa. A pesar de la premura con la que le habían instado para la resolución del caso, poco o nada se había avanzado.

Por su parte, Micaela tampoco había vuelto a preguntar a su padre respecto al tema, a pesar del interés que había despertado en ella. Sin embargo, cuando éste llegaba a casa, y aprovechando que siempre le llevaba los documentos con los que volvía de la mesita de la entrada hasta el escritorio del despacho, echaba una ojeada rápida por si hubiera algo que pudiera despertar su interés. El volumen de trabajo de su padre había aumentado en aquellas semanas y ello lo obligaba a tener más expedientes pendientes de enjuiciamiento, por lo que el de Manuel Espinosa se había convertido en uno más de entre tantos. No obstante, y con excusas de lo más peregrinas, había aprovechado para hacer un par de escapadas al trabajo de su padre con la intención de, si se daba la circunstancia, cruzarse con el prisionero en algún momento. Por desgracia, no había vuelto a coincidir nunca más con él.

Por eso, con el transcurrir de las semanas, Micaela logró serenarse y ver el asunto desde una perspectiva distinta. Se decía a sí misma que se había obsesionado con un caso que a ella no le incumbía y por el que nada podía hacer. Si era cierto que aquel señor era tan malo como él mismo había asegurado ser en su propia declaración, y si de verdad el arrepentimiento que decía sentir era tan sincero como trataba de aparentar, estaba segura de que Dios perdonaría sus pecados y le dejaría entrar en el Reino de los Cielos... Porque estaba convencida de que la condena de aquel joven tan sumamente apuesto no iba a ser otra más que la muerte.

Sin embargo, una noche como otra cualquiera, su padre sacó sin darse cuenta el asunto a colación durante la cena. Ese día, don Diego había llegado

alterado y molesto por algo que le había sucedido en el trabajo. Se percibía su inquietud y a su hija no le quedó otra más que preguntar por la causa de su desasosiego.

—Padre, ¿puedo preguntarle qué le ocurre? Apenas ha mediado palabra en toda la noche y su gesto me indica que está preocupado. ¿Acaso le ha ocurrido algo hoy que le haya disgustado?

Don Diego fijó la mirada en su hija, que esta vez no consiguió arrancarle una sonrisa como ocurría casi siempre.

—Nada, pequeña. No te preocupes.

—Debo hacerlo si observo que tiene la mirada ausente y que, además, apenas ha probado bocado.

—Son asuntos de trabajo, nada más.

—¿Acaso no están contentos con la labor que lleva prestando en su nuevo puesto? ¿Cree que lo van a destituir del cargo? —Eso era algo que sí preocupaba a Micaela, en tanto que otra vez, y con lo más duro del invierno, su madre había recaído en su enfermedad de pulmones y se estaban gastando unos buenos cuartos en tratar de atenderla lo mejor posible. Ahora más que nunca, no podían prescindir del sobresueldo del cabeza de familia.

Sin embargo, éste desechó tal posibilidad con un aspaviento de manos.

—No te inquietes por eso, hija mía. Lo que me enerva tanto no es otra cosa más que la tozudez y la necedad humana.

Micaela se sorprendió de tal declaración.

—¿Por qué dice eso? —preguntó abriendo mucho los ojos.

Don Diego tomó la servilleta de su falda, la soltó con brusquedad sobre la mesa y se dejó caer sobre el respaldo de su asiento. Estaba cansado y deseaba retirarse, tranquilizarse y despejar sus pensamientos de lo acontecido durante el día. Pero aún le quedaban un par de declaraciones que revisar antes de poder irse a descansar.

—¿Recuerdas aquel caso que te mencioné una vez, nada más recibir el cargo? ¿El del padre que denunció a su hijo?

El corazón de la muchacha, de repente, dio un vuelco. Había tratado de no pensar mucho en ello; no lo había conseguido, pero, al menos, lo había intentado.

—Claro que sí. Lo recuerdo bien, padre.

—Hasta ayer no tuve oportunidad de tomar declaración al padre del joven, ya que, aunque el reo ha admitido la mayor, necesito que también el padre se reafirme en lo dicho. Además, era preciso conocer las atenuantes que tanto él como el abogado se empeñan en aseverar que existen.

De nuevo, las mariposas en el estómago que ya creía, si no desaparecidas, si al menos controladas, empezaron a revolotear inquietas. Sin ir más lejos, el día anterior había estado revisando por encima la documentación, pero no había encontrado nada.

—El padre del muchacho, como es lógico, no quiere que recaiga sobre él la condena a muerte, y alega que otros caballeros de alto linaje participaron en los hechos que se juzgan, lo cual es lógico puesto que dudo mucho que un solo hombre haya podido cometer los hechos que se enjuician. Aparte de los típicos argumentos de locura, trastornos del carácter, carga emocional, etcétera, etcétera, etcétera... solicita la indulgencia del Tribunal a cambio de los nombres del resto de los implicados. No cree justo que su hijo pague por unos sucesos que fueron cometidos por más de una docena de personas.

—¿Y?

—Pues que hoy he hecho traer al prisionero y a su abogado a mi presencia, esperando o confiando que quisiera un acuerdo al respecto, y el reo, por primera vez, se niega a cooperar. Por más que su abogado ha insistido una y otra vez, el señor Espinosa se cierra en banda, a pesar de saber que con ello se está jugando la vida. ¿No te parece increíble?

—¿Significa entonces que, si él proporciona esos nombres, podría atenuarse la pena?

—Al menos podría estudiarse la posibilidad.

—Y si no lo hace, ¿se le va a condenar a muerte?

—No me lo está poniendo fácil, hija. Aún me resta tomar declaración a un tal Alonso que ha insistido en presentarse ante el Tribunal ya que se encontraba en La Isabela cuando se produjeron los hechos.

—Y eso, ¿cuándo será?

Don Diego se encogió de hombros.

—No antes de un mes. Tengo la agenda copada y no puedo encontrar un

hueco antes. La verdad, me da pena que un solo hombre pague por los crímenes de muchos otros, pero si él lo quiere así, poco o nada puedo hacer. La ley es muy clara sobre eso...

Micaela no puedo decir nada más. Se rebujó en su asiento, abatida, y pensando en aquellos bonitos ojos verdes que, si nadie lo impedía, muy pronto se quedarían sin luz.

A finales de esa misma semana, y tras salir de misa de nueve a la que solía acudir siempre que sus quehaceres se lo permitían, y aprovechado que tenía las tareas de la mañana organizadas, había pedido permiso a su padre para permanecer un rato más en la Iglesia aduciendo que quería dedicar un poco de tiempo a trabajos con las religiosas. Desde que su madre había empeorado no había tenido ocasión de dedicarse a obras de caridad. Gustaba de cooperar sirviendo la comida que las monjas preparaban a los más necesitados y sentarse a escucharlos para aliviarles, al menos con su compañía, ya que económicamente no podía permitirse grandes dispendios.

Pero esa vez su intención, o la tarea que deseaba realizar no era esa. Cuando se encontró sola en la iglesia, se acercó a la sacristía donde el Padre Gabriel se encontraba recogiendo sus enseres litúrgicos.

—Padre Gabriel, ¿tiene usted un momento?

El padre levantó la mirada y se encontró con Micaela, una de sus feligresas favoritas por la devoción que mostraba en su adoración a Dios y la paciencia y cariño que dedicaba a los necesitados.

—Me disponía a salir, hija, pero dime en qué puedo ayudarte.

—Padre, ¿aún va usted a dar misa y a confesar a las almas perdidas que se encuentran encarceladas?

Don Gabriel frunció el ceño.

—Por supuesto que sí. En este preciso instante iba a salir a ofrecer tales bendiciones.

Micaela se agarró las manos delante de la falda en actitud sumisa y bajó la mirada.

—Querría saber si me permitiría acompañarlo hoy, Padre. Sé que siempre es Sor Teresa quien le asiste durante la misa, pero le ruego que de su

consentimiento para ser yo quien ocupe hoy su lugar.

El sacerdote no pudo evitar sorprenderse con la petición.

—Hija, la cárcel no es un lugar agradable para ir de visita.

—Soy consciente de ello, Padre. Pero ya sabe usted que mi vocación es tomar los hábitos en unos años, y quiero estar preparada para saber ofrecer mi consuelo a las pobres gentes que están privadas de libertad, y también a los que están pendientes de conocer su futuro que, en algunos casos, está más cerca de Dios que de los hombres.

—Tu alma es buena y generosa, pero no sé si es apropiado para una joven, que ni siquiera ha comenzado con su noviciado, se enfrente a personajes de semejante calaña.

—Además, Padre —continuó ella omitiendo por completo el comentario del cura—, desde que mi padre tomó el cargo de alcalde de justicia, aún soy más consciente del sufrimiento interno que deben estar padeciendo esos infelices. Sean hombres buenos o malos, todos son hijos de Dios y, por lo tanto, todos necesitan ser atendidos. Por favor, le ruego de nuevo que me permita acompañarle.

El sacerdote se dejó convencer por los argumentos de la joven.

—He de admitir que en eso tienes razón, hija mía. Está bien entonces. Pero debes saber que trayecto es largo y que yo me desplazo a pie.

—Eso no es inconveniente para mí.

—Pues si tan segura estás de tu decisión, no nos demoremos más. No voy a negar que tu compañía y conversación siempre es bien recibida, ya que la de Sor Teresa —se persignó antes de advertir—, de la que tengo que decir que es un alma pía como ninguna, brilla por su ausencia.

El servicio se desarrolló en un pequeño patio interior rodeado por altos muros de piedra con pequeños ventanucos con rejas pertenecientes a las celdas de los prisioneros que ocupaban la prisión. Solo a unos pocos, los encerrados allí por *delitos menores*, se les permitía su salida para recibir el servicio, y, quien lo deseara, tomar el Cuerpo de Cristo. Sin embargo, los penados por causas de mayor gravedad se limitaban a oír la misa a través de los barrotes de aquellas ventanas que daban a la zona donde se congregaba el resto.

A esos reos no se les negaba la eucaristía, pero debía ser el sacerdote quien fuera a ofrecérsela uno por uno a cada celda que ocupaban. Previamente, se dedicaba a confesar a aquellos que así lo desearan. Durante la misa, Sor Teresa, o en este caso Micaela, le asistía en cuanto necesitara. Sin embargo, cuando llegaba el momento íntimo de las confesiones, la religiosa debía ausentarse y se encargaba de dar consuelo o acompañar a aquellos que no quisieran prestar confesión.

Cuando el Padre Gabriel y Micaela salieron del patio, los prisioneros ya se encontraban preparados para recibir la misa. Muchos de ellos ansiaban ese momento ya que eran instantes de semilibertad que se les ofrecía durante su cautiverio y que no deseaban dejar pasar por nada del mundo.

Observó con rapidez que a quien buscaba no estaba entre los presentes. Aquello no le sorprendió, aunque provocó su nerviosismo durante todo el servicio. La única oportunidad que tendría para verlo sería, si él no pedía confesión, cuando dedicara tiempo a hablar con los reos que quisieran pasar unos minutos con alguien dispuestos a escucharlos. Pero si esto no sucedía, su atrevimiento habría sido en vano.

Sabía que era una osadía lo que se proponía, y ahora que se acercaba el momento, estaba perdiendo el coraje que la había impulsado a dar el paso que la había llevado hasta allí. Su nerviosismo hizo que no estuviera tan atenta como debiera en la asistencia que debía ofrecer al Padre, que incluso, en un par de ocasiones, tuvo que atraer su atención fingiendo una carraspera.

Por primera vez en su vida, la liturgia se le estaba haciendo eterna, aunque habiendo perdido gran parte de su valor inicial, ya no tenía claro si deseaba que terminase o no. Pero finalizó, y tras ofrecer el cura la bendición final, fue el momento en que, con manos temblorosas, procedió a recoger las hostias consagradas que habían sobrado para depositarlas en el cáliz que debían llevar a los presos que no habían salido al patio. Un par de guardias armados los acompañaron durante el trayecto, y apenas habían cubierto un par de pasillos cuando pudo ver a Manuel Espinosa. El temor a que pudiera reconocerla de aquel día que se cruzaron en la Casa de Hermandad, hizo que bajara la cabeza a su paso. Pero ella ya sabía lo que quería: sabía dónde estaba y que pasillo debía recorrer para llegar hasta él.

A continuación, el sacerdote y ella fueron llevados a un pequeño habitáculo

que hacía las veces de confesionario. Allí los presos acudían debidamente engrilletados y en parte inmovilizados, ya que ante todo se intentaba asegurar la integridad del sacerdote, que en esos momentos íntimos debía permanecer en solitario con su interlocutor.

Cuando todo estuvo dispuesto, uno de los guardias acompañó a Micaela a los pasillos que había transitado apenas unos minutos antes. Al salir, observó primero con detenimiento la hilera de los presos que sí deseaban recibir confesión, y suspiró, no sabía bien si de alivio o de inquietud, al comprobar que el señor Espinosa no estaba entre ellos.

Y eso solo podía significar una cosa: había llegado el momento de verlo y tener la oportunidad de hablar con él. ¿Sería capaz de decirle todo aquello que deseaba? ¿Atendería la petición de una desconocida, o se reiría de ella?

Y una nueva cuestión más le vino a la mente, aunque no era la primera vez, pero en ese momento la asaltó con más intensidad, porque la pregunta siempre había estado ahí: ¿la reconocería?

Capítulo 6

Un Alma Perdida

No sabía de cuánto tiempo dispondría para hablar con él. Se dejó guiar por uno de los pasillos que antes había recorrido con el Padre Gabriel, sin poder evitar sentirse nerviosa cuando comprobó que iba a empezar su ronda justo por la galería que le interesaba. Puso los ojos en la celda de Manuel, pero antes de llegar allí, debía atender a varios reos que ocupaban las mazmorras anteriores a la suya. Así pues, con paciencia, y a través de los barrotes, fue escuchando las penas y las inquietudes de sus moradores quienes, principalmente, pedían que la Iglesia no abandonase a su suerte a sus familias fuera cual fuera el destino que el futuro les deparase a ellos. A pesar de no llevar hábito, todos la tomaron por religiosa, y aunque recibió alguna que otra mirada lasciva que la hizo sonrojar, nadie realizó ningún comentario inapropiado que provocara la incomodidad de una de las pocas personas que se dignaban a acercarse a ellos para atenderlos y consolarlos en su pesar.

Como era de esperar, casi todos se mostraban arrepentidos de sus delitos, asegurando a la vez, y de modo contradictorio, que su estancia en prisión se debía a un gran error. En cualquier caso, el nexo común de todos ellos era la preocupación por los seres queridos que los aguardaban en el exterior.

En cada entrevista, el guardia que la acompañaba se retiraba unos metros de manera discreta para permitir que la *religiosa* realizase su labor de ofrecer consuelo que aquellas pobres almas tanto lo necesitaban. Al menos, se mostraba respetuoso en ese aspecto, no queriendo interferir entre lo humano y lo divino.

No fue hasta la quinta celda cuando por fin llegó al que se había marcado como su objetivo. Nada más verlo, a Micaela se le aceleró el corazón. Era absurdo negar que aquel señor, por un motivo incomprensible para ella, provocaba algo en su interior que le era desconocido e inquietante a la vez, pero que la hacía sentirse inusitadamente viva.

A pesar de la escasa luz del lugar, lo identificó de inmediato. Aquel rostro, que aquel momento mantenía ladeado, su porte, su estampa, lo había mantenido grabado a fuego a pesar de haberlo visto tan solo durante un par de minutos. ¿Cómo una persona podía llegar a impresionar a otra con tanta intensidad en apenas unos instantes? ¡Era absurdo a la vez que increíble! Pero era así.

Empezó a notar que le sudaban las manos y trató de serenarse agarrando con fuerza los pliegues de su capa. Como era habitual en ella, vestía de forma modesta: una falda ancha de algodón en color crema, una camisa blanca gruesa y una capa en tonos burdeos que la cubría de pies a cabeza, y que mantenía puesta, a pesar de que en el interior de la prisión la temperatura era más elevada que la que había tenido que sufrir en el patio. Llevaba el pelo recogido en la misma trenza de todos los días, con la que había formado un moño bajo que llevaba cubierto con una tela oscura que apenas dejaba a la vista el tono castaño de su cabello. No llevaba ningún tipo de abalorio, cuenta o joya que pudiera llevar a confusión sobre si en verdad se trataba de una religiosa o no, por lo que supuso que ese era la causa de que nadie la hubiera cuestionado al respecto.

Manuel estaba tumbado en el jergón, en una postura relajada: piernas cruzadas, brazos estirados y portado un libro en una de sus manos mientras trataba de buscar la luz suficiente que le permitiera leer un rato.

—Buenas tardes tenga usted, mi señor —lo interrumpió Micaela, al notar que no había reparado en su presencia—. ¿Desea un poco de conversación para aliviar su alma?

Manuel no apartó la vista de su lectura, mostrando un completo desinterés en el ofrecimiento. A pesar de llevar varias semanas encerrado, y de que, a esas alturas, su hastío era tal que agradecía cualquier tipo de visita, después de un par de entrevistas previas con Sor Teresa, no le habían quedado energías ni ánimo para escuchar las bondades del Reino de los Cielos donde todo el mundo daban por hecho que pronto iría a parar.

—Mi alma ya está perdida, Hermana. No malgaste el tiempo conmigo y dedicádselo a otro pobre que vaya a agradecerse más que yo.

—No diga eso, bueno hombre. Todos tienen la posibilidad de alcanzar la salvación a través del perdón. Todos merecemos una nueva oportunidad, mi

señor.

Aquel comentario atrajo la atención de Manuel, que desvió la vista del libro y se centró en aquella figura pequeña que le hablaba a través de los barrotes. Algo en ella llamó su atención, a pesar de la mala iluminación del pasillo. Dejó la lectura a un lado y se incorporó en el jergón.

—¿Acaso tiene usted la facultad de redimir mi alma, Hermana?

—Ese poder sólo lo tiene Dios, pero usted podría echarle una mano al Santísimo para que el destino le pueda brindar tal posibilidad, señor Espinosa.

Definitivamente, aquella muchacha logró captar por completo su atención al oírla llamarlo por su nombre. Era evidente que lo conocía, y la curiosidad lo llevó a levantarse de su catre para observar con atención a su interlocutora.

—¿Acaso me conoce, Hermana? ¿Conoce de mis faltas?

—No lo suficiente como para saber de todos sus pecados, que no dudo que serán muchos como cualquier hijo de Dios... pero sí le puedo decir que soy conocedora de aquel que le ha traído hasta aquí.

Él se llevó las manos a la cintura y frunció el entrecejo.

—¿Y puedo preguntarle por qué motivo una religiosa como usted está al tanto de mi desdicha? Dudo mucho que mis antiguas amistades vayan por las iglesias de la ciudad comentando mis fechorías, y aunque a buen seguro me he convertido en un paria, no creo ser tan famoso como para eso.

—Yo también dudo que eso ocurra, pero he de informarle que no pertenezco a ninguna orden religiosa; mi información no proviene de la Santa Madre Iglesia.

Manuel dio un par de pasos, acercándose despacio a la puerta de la celda y provocando que ella reculase hasta dar con su espalda en la pared de enfrente.

—¿Quién es usted y de qué me conoce tan bien? —preguntó cada vez más intrigado.

—¿Acaso importa eso, señor?

Manuel se aferró a los hierros y la miró con detenimiento. Una sonrisa ladeada asomó en su rostro.

—La reconozco, muchacha. Recuerdo haberla visto en la Casa de Hermandad

la primera vez que me llevaron allí. ¿Acaso ha estado prisionera? No, no tiene pinta de eso. ¿Quién es usted, pues?

«La recordaba», pensó al instante. «¡Se acordaba de su encuentro!».

—Señor, por favor, eso es intrascendente en estos momentos. Lo único que deseo hacer es ayudarle.

—Déjeme que os observe mejor, mujer —pidió, haciendo un gesto con la cabeza—. En aquella ocasión no tuve oportunidad de contemplarla como hubiera deseado, y no quiero perder ahora la ocasión, ya que su Dios así lo ha propiciado.

—¿Mi Dios? ¿Acaso no es usted católico?

—Aquí dentro es fácil perder la fe. Pero esa no es la cuestión. Por favor, acérquese para que pueda verla.

—No pienso moverme de donde estoy. Y le ruego que no sea blasfemo, que con la situación que tiene, solo Dios puede echarle una mano en su salvación.

Manuel no pudo evitar sonreír; gozaba de tan pocas diversiones allí dentro... y su instinto le decía que, con aquella muchacha, podría disfrutar de un buen rato de conversación, algo que tanto había anhelado desde que los días de cautiverio empezaron a hacérsele demasiado pesados.

Sin embargo, la joven parecía que no deseaba dejarse ver mucho, aunque él la recordaba perfectamente de aquel breve encuentro en las escaleras, aunque no recordaba los detalles que le hubiera gustado memorizar. Recordaba, eso sí, que en efecto era pequeña de estatura y de complexión delgada, y que apenas le llegaría a la altura de su hombro. También recordaba el tono dorado de sus cabellos, así como los pómulos altos y la boca pequeña de labios generosos. Pero, entonces, no pudo apreciar el color de sus ojos, ni tampoco podía hacerlo en esos instantes.

—Muy bien. ¿Y puede saberse de que manera puede ofrecerme su ayuda, señorita? ¿o debo llamaros señora? ¿o Hermana? ¿o Sor? No sé cómo debo dirigirme a usted. Si me dice su nombre, facilitaría mucho nuestro trato.

—Señorita estará bien. Ya le he dicho que no soy religiosa, al menos aún no.

—¿Aún? No me irá a decir que tiene intención de consagrar su vida al Santísimo. No veo persona menos apropiada para ello que usted.

—Y ¿por qué no? —Su afirmación la tomó por sorpresa, distrayéndola por un

momento del motivo de su visita.

—Cielo, con ese rostro tan angelical, sería un desperdicio que dedicara su porvenir a adorar a Dios cuando, en verdad, debería ser usted quien recibiera la alabanza por ser poseedora de semejante belleza.

—Señor, no sea grosero.

—No lo soy, ángel mío. Mi intención no es faltarle al respeto, sino brindarle un cumplido del que es justa merecedora.

Micaela se sonrojó, por su falta de costumbre de a recibir lisonjas. Además, ¿qué insistencia tenía aquel hombre en querer hablar de ella?

—Señor, estamos perdiendo el tiempo en cuestiones que carecen de importancia, y por desgracia, no es mucho del que dispongo.

A pesar de la penumbra, Manuel advirtió su sonrojo, y trató de contener la sonrisa para evitar que la muchacha se sintiera incómoda.

—Si es así, usted gana. Dígame, si es tan amable, en qué manera puede ayudarme. Ardo de curiosidad por saberlo...

—Señor, tiene que desenmascarar a aquellos otros que participaron en lo sucedido en La Isabela —afirmó agarrándose las manos con fuerza—. No puede permitir ser solo usted quien daba pagar por un crimen que se ha consumado de forma mancomunada junto a otros criminales. Debe colaborar con la justicia, se lo ruego; estoy segura de que el juez sabrá recompensarle de la misma manera.

De repente, toda la chanza de Manuel desapareció para convertirse en una máscara de seriedad.

—En primer lugar, le doy las gracias por llamarme por lo que soy: criminal. Cierto que no soy un ángel como usted, pero nadie se ha atrevido a decídmelo de modo tan directo. Aunque siendo honesto, tampoco puedo culparla por ello, ya que, al fin y al cabo, no falta a la verdad.

—Pero... usted está arrepentido y quiere redimirse. Eso no puede caer en saco roto.

Manuel ladeó la cabeza, se cruzó de brazos y la miró con curiosidad.

—¿Cómo sabe tanto de mi caso?

—Ya le he dicho que eso carece de importancia en estos momentos.

—Quizás para mí si la tenga.

Micaela separó las manos y las dejó caer a ambos lados de su cuerpo. Había cosas en las que no podía transigir.

—Lo siento, pero es algo que no puedo revelarles, señor. Si pudiera, no tendría inconveniente en hacerlo, pero ese dato... me es imposible facilitárselo.

Manuel descruzó entonces los brazos.

—En tal caso, no tengo nada más que hablar con usted, *señorita*. La oferta que me propone no me interesa.

¿Su padre le había hablado de la tozudez y la necesidad humana? Ahora entendía bien el por qué y la razón de que el señor Espinosa fuera un buen ejemplo de ello. Aun así, Micaela no pensaba darse por vencida. No tenía intención de haber dado ese paseo en balde.

—Señor, debe comprender que no podrá aliviar su conciencia si lo condenan a muerte. ¿Es consciente de eso?

—¿Pero es que también está al tanto del padecer de mi conciencia? Desde luego es usted una caja de sorpresas. Y viendo que tiene tanta información, que es evidente que procede de una fuente muy fiable, ¿debo suponer por sus palabras que mi condena ya está dictada?

—Lo que sé es que si no colaboráis con quien os juzga, va a ser muy difícil poder daros un castigo distinto del que ya dais por hecho.

—¿Y no ha pensado, señorita sabelotodo, que quizás prefiera la muerte a pasarme el resto de mis días encerrado entre cuatro paredes? Incluso suponiendo que salvara mi vida —hizo un gesto significativo con la mano—, cosa que está por ver, poco puedo reparar si permanezco aquí encerrado por el resto de mis días.

—¿Entonces su arrepentimiento no es sincero? ¿Solo lo esgrime para tratar de huir de esta prisión?

—Mis sentimientos personales son eso, personales. Pide mucha información a cambio de ofrecer muy poca, señorita y no tengo el gusto de conocerla lo suficiente, por no decir nada, como para compartírselos con usted.

—No le estoy pidiendo que me abra su alma. Solo quiero saber si es sincero en aquello que aduce para intentar ayudarlo.

Manuel volvió a sonreír.

—Al menos, en eso se diferencia de Sor Teresa.

—¿En qué?

—En que no pretende que le abra mi alma.

Micaela se estaba impacientando. Tenía la impresión de que aquel hombre de ojos verdes estaba jugando con ella a su antojo. Además, esperaba que, de un momento a otro, el carcelero se le acercara para acompañarla hasta el siguiente preso.

—Señor, con su charla se empeña en desviarnos del tema que me ha traído hasta aquí.

—¿Qué tema? ¿Acaso no venía a ofrecerme consuelo?

Uchhh, este hombre era imposible. Que frustrante era hablar con él.

—¿Quiere que le ayude o no?

—Quiero que se acerque y me deje ver el color de sus ojos. Desde aquí no puedo apreciarlo.

A Micaela se le cayó la mandíbula por la sorpresa. ¿Cómo podía hablar de algo tan trivial cuando sus razones para ir a verlo eran tan importantes?

—No puede estar hablando en serio, señor.

—Muy en serio, muchacha. Me gusta saber con quién hablo, y de nuevo le repito que poco o nada me ha dicho sobre usted. Sin embargo, usted sabe mucho sobre mí y eso no me parece equitativo.

Ella se mantuvo callada unos instantes, sin saber qué decir.

—¿Se está riendo de mí? —preguntó al fin.

—Nada más lejos de mi intención. Por el contrario, aprecio que haya venido a verme para ofrecerme una ayuda que, he de decir, y de lo cual me parece que es de lo único que no está informada, ya había rechazado antes.

—Me consta que ha declinado ese acuerdo, pero lo que no alcanzo a entender es el motivo.

—Señora, hemos de pasar a la siguiente celda. El próximo reo nos espera y no merece la pena que pierda tanto tiempo con el cadáver andante con el que está. —oyó decir al guardia unos pasos atrás.

—Es que no puedo hacer nada por usted si a cambio no me ofrece algo con lo que colaborar.

—Déjeme ver sus ojos y lo pensaré.

¿Se lo pensará? ¿Acababa de oír que se pensaría propiciar un acuerdo tan sólo por atender a un capricho tal fútil?

—Son de color marrón claro.

—Acérquese un poco y déjeme comprobarlo por mí mismo.

—Si yo me acerco, usted tiene que retirarse un poco.

—¿Acaso me tiene miedo? Comprenda que, si hago lo que me pide, no podré verificar que me ha dicho la verdad. Como usted misma puede apreciar, la iluminación del lugar es muy pobre.

Micaela no podía creerse lo que estaba oyendo. Finalmente accedió, aunque no se acercó tanto como a él le hubiera gustado. Levantó la vista y clavó sus ojos en aquellos otros de color verde que la mantenían hechizada desde el primer momento en que sus miradas se cruzaron. Y él hizo justo lo que ella pensaba que podía ocurrir. Manuel alargó una de sus manos a través de los barrotes y le sostuvo la barbilla para evitar que desviara el rostro.

—Eh, esas manos fuera de la señorita. Está prohibido tocar —se oyó decir desde el fondo del pasillo.

Sin embargo, Manuel no hizo caso, y Micaela tampoco hizo ademán de separarse. Él le sonrió seductoramente, pero ella estaba tan absorta en su mirada que ni siquiera se percató.

—No ha sido sincera del todo conmigo, señorita. Sus ojos son más dorados que marrones. Puedo apreciarlo a pesar de la penumbra que nos rodea... muy parecidos al tono de pelo que se ve bajo ese pañuelo tan tosco que está de más ya que no la favorece en absoluto. Y tal y como me pareció ver la vez en que nos cruzamos, tiene uno de los rostros más dulces y atractivos que haya visto en mi vida. Si quiere un consejo, no le prive al mundo de su presencia y belleza encerrándoos en un convento; no iría con usted. Sin lugar a dudas, es una pena que nos hayamos conocidos en estas circunstancias...

A Mariana le pareció increíble que, a pesar de su situación, perdiera el tiempo en seguir brindándole lisonjas.

—Si ya ha satisfecho su curiosidad, ¿cumplirá con su parte y revelará el

nombre de los implicados en el caso?

—No he dicho que lo desvelaría, sino que me lo pensaría. Y así lo haré, le doy mi palabra. Vuelva pronto y le daré una respuesta.

—Pero yo no puedo volver —exclamó alarmada—. Venir aquí hoy ha sido algo excepcional.

—En tal caso, nunca sabrá si estaba dispuesto a colaborar. Una pena, ¿no creé?

Micaela dio unos pasos atrás.

—Está bien, usted gana. Trataré de acudir en cuanto pueda, pero no le prometo nada.

—En tal caso, aguardaré impaciente su llegada.

Mientras la veía alejarse, pegado aún a los barrotes de su celda, la sonrisa de Manuel se ensanchó. Para la próxima visita tendría que arreglárselas de alguna manera para sonsacarle el nombre a aquella joven tan bonita.

Capítulo 7

Un hombre necesitado

El camino de vuelta transcurrió prácticamente en silencio. Micaela estaba tan absorta en sus pensamientos que apenas prestaba atención a cualquier intento de conversación que trataba de entablar el Padre Gabriel. No sabía cómo calificar el encuentro con el señor Espinosa. Como siempre le ocurría cuando pensaba en él, algo en su interior se había removido, haciéndola vibrar de arriba a abajo. No era tan tonta como para seguir negándose a sí misma que aquel hombre le gustaba, y mucho. Pero claro, con esa planta, ¿a qué mujer no habría de gustarle? Y ya no era solo su físico, sino también su voz, sus maneras y su forma de expresarse. Todo él destilaba masculinidad por cada uno de los poros de su cuerpo, y habría que estar ciega y sorda como para no sentirse atraída por un hombre así. Y a pesar de haber conseguido ponerla nerviosa con tantos requiebros, debía reconocer que había sido una ingenua pensando que ella, una auténtica desconocida, conseguiría el éxito donde ni su abogado ni su propio padre habían tenido suerte.

Pero, ¿a alguno de ellos habría llegado a decirle acaso que se lo pensaría? Eso no lo sabía. ¿O solo era una excusa para obligarla a volver a la prisión? ¿Por qué tenía tanto interés en que regresara?

«Qué pregunta más tonta», se dijo en silencio. «Ese señor tiene que estar tan aburrido allí encerrado que ha encontrado en ti alguien que lo proporcione diversión». Porque tenía la sensación de que el peso de la conversación siempre la había llevado él y había estado bromeando en todo momento. Dudaba mucho que quisiera que volviera por un motivo distinto a ese. Siendo sincera, hasta se cuestionaba que se planteara de verdad la posibilidad de acogerse al trato que le estaba ofreciendo el Tribunal.

Pero, ¿y si no era así? ¿Y si, por algún extraño motivo, al fin hubiera decidido pensárselo? No podía dejar pasar esa posibilidad argumentando que su único interés era mofarse de ella.

—Hija, llevas todo el camino muy callada. Por más que intento entablar conversación contigo, apenas consigo arrancarte un par de monosílabos.

Micaela levantó la cabeza del suelo adoquinado que pisaba y centró su mirada en el sacerdote.

—Lo siento, Padre. ¿Qué me decía?

—¿Ves? Por más que trato de hablar contigo, no hay manera. ¿Te encuentras bien? Creo que no ha sido buena idea permitir que me acompañaras. Tu visita a la prisión debe haberte causado una profunda impresión, porque llevas cabizbaja y pensativa todo el camino.

Micaela le sonrió para tranquilizarle.

—No le negaré que algunos presos me han causado gran pena. Sus familias dependen de ellos y temen que queden desprotegidos durante su cautiverio.

—Querida, no olvides que los allí encerrados son delincuentes, y que, si están en tal situación, es a consecuencia de sus malas decisiones.

—Algunos no niegan sus delitos, pero me conmueven aquellos que se han visto abocados a robar por necesidad, Padre. ¿Quién puede culparlos por haber tomado dinero para comprar alimentos y ofrecérselos a sus hijos?

—¿Y quién dice que ha sido para eso y no por avaricia? Si en verdad fuera como dices no voy a negar que tienes razón. Pero siempre es mejor pedir ayuda que convertirse en ladrón.

—Pero la Iglesia no puede ayudar a todos los necesitados... —reflexionó para sí misma—. Ojalá así fuera.

—¿Entonces eso es lo que te aflige?

—Supongo que sí —mintió. Por más que le inquietara el devenir de aquellas almas que penaban en su encierro, mucho más le preocupaba un diablo de ojos verdes que la tenía hecha mermelada.

—Hacemos cuanto podemos, hija —continuó el cura—. Por eso vamos a verlos, para estar al corriente de sus situaciones personales y de sus verdaderas necesidades, a fin de brindarle auxilio dentro de nuestras posibilidades. Pero no olvides que no son solo ladrones necesitados los allí recluidos, sino también asesinos y otro tipo de delincuentes sobre los que debe recaer la Justicia. Pero como Dios es Misericordioso, tenemos la obligación de amparar sus almas; debemos acercarnos también a ellos para

proporcionarles paz y consuelo, y tratar de que se arrepientan de sus pecados. Micaela meditó bien sus siguientes palabras antes de continuar.

—Padre, ha sido una experiencia muy enriquecedora para mí. ¿Sería posible volver con usted en unos días?

El sacerdote se sorprendió.

—Por lo que acabas de decirme, pensé que no te habían quedado ganas de regresar nunca más.

—Todo lo contrario, Padre —afirmó encogiéndose de hombros—. Como le digo, ha resultado muy enriquecedor, y aunque solo me he limitado a escucharlos, me he dado cuenta de que hay gente que precisa solo que alguien se siente con ellos y los trate como a seres humanos normales y corrientes.

—Sí, eso es cierto...

—¿Me permitirá entonces acompañarlo de nuevo? —le insistió.

El padre Gabriel chasqueó la lengua.

—No sé... ¿Qué opina tu padre? Porque doy por sentado que él está al corriente de tu visita de hoy, ¿verdad? No creo que considere una buena idea que la hija del Alcalde de Hermandad, encargado de juzgar los casos de algunos de los presos con los que has estado, vaya a verlos en persona. Y la verdad, yo tampoco lo termino de ver claro.

—A mi padre no le molesta que me dedique a obras de caridad. Como sabe, económicamente mi familia no puede contribuir en demasía, por lo que no le parece mal que dedique mi escaso tiempo libre a prestar mis servicios a la Iglesia.

—Pero eso no contesta a mi pregunta. ¿Está de acuerdo con que prestes este tipo de servicio?

—Padre, no le voy a mentir diciendo que él sabe dónde he estado. Reconozco que se ha tratado de un impulso que no he llegado a compartir con él, porque sé que se opondría. Pero mi padre aún me trata como si fuera una cría pequeña, y como ya le dije esta mañana, desde que desempeña este cargo, todavía soy más consciente de los desgraciados con los que tiene que lidiar. Y no porque sean pobres pecadores se merecen menos el consuelo de Dios, ¿no cree?

—¿No has llegado a pensar que, si alguno de los reos supiera quién eres, podría tratar de provocarte algún daño buscando conseguir bajo presión o amenaza un mayor favor de tu padre?

Micaela sonrió.

—Padre, no soy corta de entendederas. Todos han supuesto que soy una religiosa más, ya que mis vestidos son modestos — no hizo alusión a que a Manuel le había confesado que no lo era—. Pero, aunque hubieran adivinado que no dedico mi vida a Dios, jamás se me ocurriría desvelar mi verdadera identidad a ninguno de ellos.

—No obstante, considero que el riesgo es demasiado alto. No me convence que vengas de nuevo conmigo.

¿Qué podría argumentar para convencerlo?

—Padre, se lo ruego encarecidamente. No tengo nada en contra de servir alimentos a los pobres, pero tras pasar por esta experiencia, creo que soy más útil aquí, acompañándolo a usted en esta labor.

El sacerdote se quedó pensativo unos segundos.

—Está bien. Si doy mi consentimiento, deberás vestir de manera apropiada para evitar riesgos. Aunque como dices, tus ropas son humildes, no son las propias de una religiosa, y puede dar lugar a confusión e incluso a situaciones incómodas para ti. No puedo negarte el favor de brindar tu apoyo a quienes lo necesitan, pero en tal caso, le pediré a una de las hermanas que te facilite al menos una indumentaria de novicia. Creo que será lo más apropiado.

En esos instantes, Micaela se sintió tan feliz que tuvo que contenerse para no abrazar al sacerdote.

—Padre, muchas, muchas gracias. No sabe lo que esto significa para mí.

La sonrisa de la muchacha le resultó contagiosa al hombre.

—Está bien, hija. Nunca hubiera sospechado de tu entusiasmo, pero si este servicio te hace feliz, me complace poder brindarte mi colaboración. Pero te agradecería que cuando creas que la ocasión es propicia, se lo comentes a tu padre. No me gusta tener que andar haciendo estas cosas a sus espaldas.

—Cuenta con ello, Padre.

Cuando llegó a su casa, Micaela estaba de un humor excelente. Fue a su habitación unos instantes a soltar su capa y su pañuelo, y antes de regresar a la cocina, fue a ver a su madre a quien tenía *abandonada* desde temprano.

Llamó con suavidad a la puerta y abrió con cuidado por si se encontraba descansando. Por el contrario, y para su sorpresa, la halló recostada en la cama, con un par de blandos y mullidos almohadones tras su espalda. Se la veía muy despierta y con relativo buen color, salvo por sendas marcas profundas bajo los ojos, así que, si alegre había llegado de la calle, mucho más feliz se sintió de encontrarla de esta guisa.

—Madre, que bueno verla así. ¿Cómo se siente hoy?

Doña Carmela le dedicó a su hija una sonrisa cansada y le hizo señas para que se acercase a sentarse junto a ella en el filo de la cama.

—Parece que un poco mejor, cariño. Tu padre ha estado hace un momento por aquí y me ha ayudado a incorporarme un poco. Ya estaba cansada de permanecer tanto tiempo acostada. Además, si me tumbo, esta tos tan pesada que tengo se empeña en no dejarme descansar, por más ganas que tenga yo de perderla de vista.

Micaela sonrió al ver el buen humor de su madre.

—Desde luego, se la ve mucho mejor que ayer....

—Porque me siento mucho mejor que ayer...

La joven se sentó junto a los almohadones y tomó un peine de madera de la mesita adjunta, donde siempre guardaba la medicación junto con una jarra y un vaso de agua.

—En ese caso, déjeme que la ponga hermosa, que padre le habrá colocado bien los cojines, pero no se ha molestado en peinarla ni un poco siquiera.

El comentario arrancó una sonrisa a doña Carmela, que acabó degenerando en un ataque de tos. Micaela frunció el entrecejo, pero no dijo nada.

—No te preocupes, cariño. La tos no va a desaparecer de la noche a la mañana, pero de verdad que me siento mejor. Y ahora sonrío de nuevo que así es como me gusta verte.

A la joven no le quedó otra que tragarse su preocupación y volver a mostrar un rostro afable a ojos de su madre.

Ambas se parecían mucho físicamente. No podía negarse que Micaela era

digna sucesora de doña Carmela, tanto en belleza y físico, como en gracilidad y dulzura. Las dos tenían el cabello castaño claro, casi dorado, y sus ojos también eran de un tono muy similar, si bien los de doña Carmela tenían matices violetas que no todo el mundo era capaz de percibir. Las dos tenían el rostro pequeño y ovalado, que las hacían parecer más jóvenes de lo que en realidad eran. Si no hubiera sido por la voluptuosidad de su figura, Micaela podría haber pasado por una joven cinco o seis años menor.

La joven empezó a alisar el cabello dorado de su madre, deshaciendo con cuidado los nudos que se habían formado en sus hebras durante el reposo.

—Y bien ¿qué tal ha ido hoy el día, hija? Me dijo tu padre que te quedaste en la iglesia tras la misa para ayudar a las monjitas.

La joven se limitó a hacer un sonido gutural en señal de asentimiento, pero sin dar más explicaciones. Eso llamó la atención de su madre, que la conocía bien y sabía que a su hija le gustaba explayarse para mantenerla entretenida.

—¿Acaso no fue bien la mañana?

—Sí, bien...

Sin lugar a dudas, a su hija le ocurría algo. Volvió la cabeza para mirarla, lo que hizo que Micaela detuviera su labor.

—¿Ocurre algo, cariño?

—No, madre...

—No me mientas, pequeña. Te he parido y te conozco mejor que nadie. Sé que algo te preocupa porque de lo contrario no estarías tan callada.

Micaela dejó el peine en su lugar y puso las manos sobre su falda.

—Madre, no puedo negarle que hay algo que me inquieta un poco.

—¿Y qué es eso, cielo mío?

La muchacha suspiró buscando las palabras más apropiadas para exponerle la cuestión que le rondaba por la cabeza, pero sin tener que llegar a dar demasiadas explicaciones. Nunca había sido de guardar secretos para con sus padres, con quienes le unía una relación abierta y de confianza. Pero nunca antes se había sentido atraída por ningún hombre, que además era un asesino confeso y que, por ende, su padre se estaba encargando de enjuiciar. Desde luego, no se podía decir que fuera el candidato a marido (que era obvio no era el caso) que una madre pudiera desear para su hija.

—Hoy he cruzado conversación con un señor necesitado al que estoy interesada en ayudar, pero su trato resulta difícil y no llego a discernir si desea ser ayudado.

—Cariño, por más buena fe que tengas, si ese señor no quiere aceptar una ayuda que le ofreces, no tiene sentido que insistas. Es de agradecer que te preocupes por sus circunstancias, pero si deniega tu auxilio es porque en realidad no lo precisa.

—Créame, madre: lo necesita y mucho, ya sea de mi parte o de cualquier otra persona. Si no se deja ayudar, su vida corre peligro.

—¿Acaso tiene problemas de salud? ¿No puede hacerse ver por alguien que lo trate?

—Su dolencia no es física, madre, sino más... espiritual. —¿Cómo podía explicarlo mejor?

—En tal caso corresponde al Padre Gabriel su auxilio, no a ti. Si es una cuestión espiritual como dices, ese buen hombre, como siervo de Dios, sabrá guiar el alma de ese señor.

—Es que digamos que con la única persona con la que ha mostrado cierto grado de reflexión es conmigo, pero sin terminar de definirse. Y mi duda es que no sé si está siendo sincero o solo se está burlando de mí y de mis esfuerzos.

Doña Carmela frunció el ceño.

—Cariño, no deseo que nadie se ría de ti y abuse de la buena fe con la que ofreces tu ayuda. Por tanto, no creo que debas ser tú quien se ocupe de la situación. Explícaselo al padre Gabriel que es quien debe ocuparse de ello.

—No es tan fácil.

—Sí lo es, pero tú lo haces complicado. Esa es la misión de los sacerdotes.

Sabía que su madre no estaba entendiendo la magnitud del problema, pero es que ella tampoco podía explicarlo mejor.

—Sabe, es un hombre que creo que lo ha tenido todo en la vida, y ahora que ha caído en desgracia, no sabe cómo afrontar que alguien se interese por sus problemas de manera sincera y desinteresada. Quisiera convencerle de que acepte la ayuda que se le ofrece, pero no sé cómo hablarle para que me tome en serio y acepte mis consejos. ¿Qué debo hacer, madre?

—¿De verdad piensas que a ti sí te escucharía, hija?

Micaela se encogió de hombros.

—No lo sé. Me dijo que se lo pensaría, pero ignoro si fue sincero o no. Lo que si es cierto es que ya es más de lo han conseguido otras personas que han tratado de ayudarle antes que yo.

Doña Carmela meditó lo escuchado, aunque el esfuerzo por mantener el hilo de la conversación estaba empezando a pasarle factura y comenzaba a fatigarse.

—Hija, no sé qué aconsejarte. Me gustaría decirte cual es la mejor opción, pero no alcanzo a comprender el origen del problema de ese hombre, que quizás sea donde radique su negativa a dejarse ayudar.

La mujer se dejó caer sobre los almohadones y cerró los ojos.

—Quizás si me explicas mejor el asunto, pueda servirte de más ayuda.

Micaela miró a su madre y suspiró. No podía hacer lo que ella pedía, y mucho menos, después de comprobar que de nuevo comenzaba a agostarse.

—Mejor en otro momento, madre. Ahora descanse un poco y despreocúpese, que todo estará bien. En un rato volveré con su comida.

Se levantó de la cama con mucho cuidado y besó con cariño la frente de doña Carmela. Un suspiro de sopor fue la única respuesta que recibió. Con el mismo sigilo con el que había entrado, Micaela dio media vuelta para salir de la habitación.

Capítulo 8

¿Qué quiere de mí?

Manuel se pasó toda la semana pendiente de las visitas. Se había descubierto a sí mismo, en más ocasiones de las que quería aceptar, pensando en la muchacha que le había ido a ver días atrás. Claro estaba que tampoco es que tuviera gran cosa mejor que hacer durante las horas muertas de reclusión, así que no podía evitar que el recuerdo recurrente de la muchacha le arrancara una sonrisa cada vez que acudía a su mente.

Sin lugar a dudas, con ese aspecto tan *monjil*, era de la típica mujer que hubiera huido de él como alma que lleva el diablo (que oportuna comparación), sobre todo desde que su vida diera un vuelco un par de años atrás. Ya había tenido suficientes problemas como para buscarse otros nuevos con correrías con muchachas inocentes que más tarde reclamaran algo que él no estaba dispuesto a dar. Después del fiasco de Mariana, no tenía ninguna intención de sentar cabeza tal como a su padre le hubiera gustado, aunque hacerlo ya no era opción, en cualquier caso, debido a su situación.

Teniendo en cuenta que era un hombre de pasiones fuertes, acostumbrado a gozar de compañía femenina, daría lo que fuera por pasar un rato a solas con alguna de sus *amigas*. Sin embargo, con el cejo fruncido, reconoció que no era la compañía de cualquiera la que deseaba, sino la de aquella muchacha que tanto interés parecía tener en ayudarlo. Como si ella pudiera hacer algo realmente por él.

Al escuchar pasos en el corredor, se acercó a los barrotes notando que el corazón latía en su pecho de forma apresurada a causa de la expectación. No obstante, la esperanza se tornó en decepción cuando comprobó que la persona que se acercaba no era la que él deseaba y que pasaba de largo por delante de su celda.

No todos los días se daba el servicio de misa en la cárcel, pero si se ofrecía con bastante frecuencia, dependiendo de los compromisos del cura. Desde

que ella había estado allí, se habían prestado dos servicios más, y como él tenía prohibido la salida al patio, en ambas ocasiones se las ingenió como pudo para asomarse al ventanuco, tratando de ver quien era la persona que asistía al sacerdote. Sin embargo, en ninguna de esas ocasiones divisó a quien él esperaba. Incluso se sintió tentado de confesarse con el Padre Gabriel, y aprovechar para sonsacarle alguna información sobre la joven en cuestión. Lo ignoraba todo de ella, hasta su nombre, lo que dificultaba hacerlo sin que se notara su interés en demasía. Lo único que la joven le había revelado era que no se trataba de ninguna religiosa (a Dios gracias, y nunca mejor dicho), aunque, que lo fuera o no carecía de importancia mientras estuviera allí encerrado.

Al ver pasar de regreso al vigilante que había acompañado al visitante de antes, lo detuvo alzando la voz.

—¡Eh, carcelero! —su voz profunda retumbó en el estrecho corredor. El guardián se detuvo y se volvió hacia él.

—¿Qué quieres? —preguntó con brusquedad.

—¿Sabes quién viene acompañando al Padre Gabriel para la misa de hoy?

—Y yo que voy a saber... Ese no es mi problema.

—Entonces no sabes si ha venido la muchacha con la que estuve hablando el otro día... Ya sabes, la jovencita, no Sor Teresa.

El carcelero se acercó a la celda y se llevó las manos a la cintura con gesto desafiante, concedor de su posición dominante.

—¿Y a ti que te importa? ¿Qué pasa, acaso te gustó la chica? La gente como tu ni siquiera respeta a las siervas de Dios... ¡Qué asco me dais! Mejor olvídala, que ella es territorio prohibido.

—¿Por qué dices eso? ¿La conoces acaso? ¿Sabes su nombre? —sabía que con tantas preguntas dejaba en evidencia su interés, pero aun así se arriesgó a que le lanzaran un exabrupto. El guardia se acercó un poco más para decirle en tono amenazador:

—Ya te he dicho que la olvides. Es una sierva de Dios y no voy a tolerar que, si regresa, le faltes el respeto de ninguna manera. Vi el otro día que le tocaste la cara, así que, te advierto que si intentas ponerle las manos encima de nuevo, te las corto. ¿Te queda claro?

No le dejó opción de contestar. Sin añadir nada más, el guarda dio media vuelta y enfiló sus pasos de vuelta a su puesto. A Manuel no le quedó otra que regresar a su jergón y tumbarse en él, no sin antes coger de la mesa el libro que había estado leyendo hasta entonces. Y como le pasara en los últimos días, lo abrió por la página que tenía marcada. Pero no consiguió leer más que un par de líneas. De todas maneras, tampoco le importó demasiado; era la segunda vez que lo leía desde que estaba encerrado.

Cinco minutos después, incapaz de concentrarse en las letras que tenía ante sí, suspiró audiblemente y dejó caer el tomo junto a su cuerpo. No estaba receptivo. ¿Y por qué? Porque no podía sacarse a la dichosa *monjita* de su cabeza. Intentó distraerse rememorando otras aventuras del pasado, pero por más que lo intentaba, unos ojos dorados volvían a su memoria de manera recurrente. No había nada más tentador que jugar con lo prohibido, y el saber que nunca podría tenerla, estaba haciendo que su mente se desbocara cual caballo salvaje al que tratan de poner una soga por primera vez.

Maldijo en silencio por las frustraciones insatisfechas y por el aburrimiento que le hacía imaginar aquello que no debía. De nuevo, y con más intensidad que antes, cogió el libro dispuesto a conseguir pasar de la página donde llevaba estancado desde hacía tres días.

No obstante, fue un intento vano. Cerró los ojos y trató de recordar la conversación que ambos habían mantenido, que de tanto repetírsela a sí mismo ya se la tenía aprendida de memoria. La muchacha (que fastidioso era no poder pensar en ella atribuyéndole ningún nombre) le había pedido que reconsiderase su postura a fin de llegar a un acuerdo con La Hermandad, y con ello tratar de salvar su vida.

¿Qué interés podía tener ella en el asunto? Estaba absolutamente seguro que no se conocían de antes (de lo contrario, no la habría olvidado). Y, sin embargo, estaba enterada de su caso a la perfección y parecía tener un interés especial en su salvación. Trató de buscarle una explicación racional, pero por más que pensaba en ello, no conseguía dar con la tecla. No se movía por sus círculos de amistades, ya que su atuendo denotaba que era de origen más bien humilde, aunque también eso podía ser una mascarada. Debido a su profesión de marino, había viajado muchísimo y había conocido a muchísimas mujeres, y aunque era imposible que recordara a todas ellas, estaba seguro que a esta no la habría olvidado.

Siguió pensando...

Su encuentro se había producido en la Casa de Hermandad. Lo más lógico sería pensar que había ido allí acompañando a alguien. Quizás algún familiar estuviera acusado de algún delito de gravedad, y por pura casualidad, se había cruzado con él.

La idea empezó a cobrar sentido... Pero no explicaba las razones por las que ella podía saber tanto de su caso. Deducía que la respuesta estaba ahí, que rondaba cerca, pero no conseguía terminar de unir los cabos.

¿Qué se le estaba escapando?

¿Para qué o por qué querría ayudar a un desconocido?

¿Qué esperaba conseguir ella a cambio?

¿Esperaba que aceptase esa oferta de colaboración para después pedirle algún favor en retribución? A pesar de estar preso, su aspecto no era la de un hombre necesitado, y quizás, si él salía libre, podía acudir a él en busca de algún tipo de auxilio. Quizás, ¿el económico?

Manuel sonrió imaginando el tipo de pago que le gustaría proporcionarle, aunque de seguro no sería el que ella estaría buscando de él. Sonrió cuando sus demonios empezaron a asaltarle. ¿Y si hubiera una loba debajo de aquella piel de cordero? ¿Podría ser que se hubiera encaprichado de él cuando se cruzaron y hubiera pensado...?

¡Qué agradable era imaginar que así fuera!

A lo largo de sus treinta años de vida, había aprendido que no debía juzgar a nadie por sus apariencias, y mucho menos a las mujeres, ya que las había conocido de todo tipo y condición y había visto prácticamente de todo. Y si bien no negaba que él se había aprovechado con generosidad del físico que Dios le había dado, también las mujeres habían jugado sus cartas para obtener de él lo que deseaban, o al menos aquella parte de la que podían gozar ambos. Aunque en cuanto alguna trataba de echarle el lazo, se encargaba de poner tierra de por medio y pasar a la siguiente conquista.

En cualquier caso, se estaba desviando de lo primordial: le había dado su palabra sobre pensar en la posibilidad de llegar a un acuerdo con el Tribunal, y por su cabeza estaba pasando de todo menos lo que debería. Hacía ya tiempo que había decidido no obviar su responsabilidad por lo ocurrido en La

Isabela; pero no era menos cierto que tampoco debía nada a aquellos otros que participaron en el suceso.

Si había callado hasta ese momento era porque, transcurrido tanto tiempo y tratándose en general de gente importante, no tendría sentido denunciarlos cuando estaba seguro que hacerlo no llevaría a ninguna parte. Además, no podía negar que él había sido el instigador de la ofensa, y por eso creía que era el único que debía pagar por los crímenes cometidos. Y no sólo eso, le angustiaba recordar que fue tan cobarde que, tanto él como el resto de los implicados, huyeron para no ver las consecuencias de sus desmanes. Nadie más que él merecía el castigo por la masacre que se había perpetrado. Como le había asegurado a su padre hacía ya tiempo, esas consecuencias seguían vívidas en sus sueños, o mejor dicho en sus pesadillas, y en los tremendos remordimientos que lo asediaban continuamente. Si al final lo ejecutaban, se libraría de ese sufrimiento interior que lo llevaba acosando durante demasiado tiempo ya. Pero si, por el contrario, continuaba con vida, ¿cómo iba a soportar el resto de su vida que lo atormentasen sus fantasmas? Nadie podía salvarlo de ellos..., excepto, quizás, una *monjita* que se empeñaba en asegurarle que la redención era posible...

Definitivamente, lo pensaría, tal y como le había prometido. Y no porque hubiera cambiado de opinión al respecto, sino porque en su maldita mente calenturienta empezaba a abrirse paso la idea de que ella estuviera buscando algo concreto de él. Y daría lo que fuera por saber qué era.

Capítulo 9

Segunda escapada

Micaela seguía buscando el momento oportuno para poder hacer otra escapada a la cárcel a escondidas de su padre, ya que, aunque le había asegurado al Padre Gabriel que trataría de hablar con él y exponerle sus motivos, sabía que recibiría una negativa tajante por parte de su progenitor si se lo decía. Así que decidió actuar según su conciencia y velando por lo que creía que era lo mejor.

La ocasión surgió dos semanas después de la primera visita a la prisión. Su madre estaba casi recuperada de su última recaída, y aprovechó aquella mañana que no era tan necesaria en casa para acudir en busca de la respuesta que llevaba días esperando.

El Padre Gabriel volvió a mostrar sus reticencias a que lo acompañara, pero como ya había accedido la vez anterior, no pudo desdecirse de la palabra dada. Por su parte, Micaela también cumplió con lo acordado y acompañó al sacerdote debidamente ataviada como una religiosa. De nuevo tuvo que esperar a que terminara la celebración de la misa para pasar a conversar con los reos que no deseaban confesión. El trayecto que recorrió fue igual al de la vez anterior. Incluso la acompañó el mismo carcelero, que nada más verla, le dirigió una sonrisa socarrona. Y, de nuevo, se vio obligada a pasar por varias celdas antes de poder alcanzar su destino final.

Cuando llegó por fin el momento esperado, se encontraba muy nerviosa, ansiosa y expectante por encontrarse otra vez con él. Confiaba en que tuviera preparada la respuesta a su petición. Él le había asegurado que se lo pensaría, y por alguna razón que desconocía (era consciente de que no podía confiar en la palabra de un asesino confeso), sabía que no iba a faltar a su palabra. Solo rogaba a Dios que fuera un hombre cabal y juicioso y adoptara la opción más sensata, habida cuenta de la situación en que se encontraba.

Al llegar junto a los barrotes, Manuel la esperaba de pie, con las manos en la

espalda frente a la puerta cerrada. En su rostro asomaba una medio sonrisa que hizo que las dichosas mariposas de su estómago volvieran a revolotear con más entusiasmo que nunca. ¿Es qué nunca iba a parar ese aleteo que sentía cada vez que se encontraban?

Él sabía que ella estaba allí. Si bien no la había podido identificar con total seguridad mientras la joven permanecía en el patio (quizás debido a su vestimenta), su voz sí que le resultó familiar, a pesar de haberla escuchado tan sólo una vez en su vida. Había soñado con esa voz y con sus palabras durante muchos días como para no reconocerla en cuanto la escuchó conversar con sus *vecinos* de corredor.

—Aquí te dejo a la hermana, Espinosa —le dijo el carcelero en tono de advertencia—. Mucho ojito con lo que haces, que te estaré vigilando. No olvides lo que hablamos la última vez...

Manuel no perdió el tiempo en contestarle. Estaba demasiado absorto contemplando el rostro aniñado, que aún lo parecía más con la toca que llevaba, de la muchacha que tenía delante. No pudo evitar fruncir el ceño ni borrar su sonrisa al verla ataviada como una monja de pies a cabeza.

—La última vez me dijo que no era religiosa, hermana. Sin embargo, ahora su indumentaria me indica lo contrario. ¿O es que acaso ha cambiado tanto la Iglesia como para que en apenas dos semanas una muchacha pueda consagrarse y tomar los hábitos? —se encogió de hombros antes de continuar—. Ignoraba que fuera un proceso tan rápido. ¿Es esa la causa de su demora en venir a verme?

Micaela no hizo amago de aproximarse a los barrotes dada la proximidad de Manuel. Temía que, de hacerlo, él conseguiría leer sus pensamientos, o, mejor dicho, los sentimientos que le inspiraba. Aún no había querido recapacitar sobre los motivos de su nerviosismo cada vez que pensaba en él, porque temía que, por primera vez en su vida, se estuviera enamorando de otro ser que no era Dios. Alguien completamente prohibido. Y eso... no podía ser.

—Buenos días tenga también usted, mi señor. Le pido disculpas por mi retraso, pero ya le advertí que no me iba a ser fácil venir a verle de nuevo. Debe entender que tengo circunstancias personales que atender.

—Señora, es usted quien se empeñó en ayudarme; yo no la busqué —dijo en

tono frío—. Por eso supuse que estaría más interesada en conocer mi respuesta a la proposición que me formuló el otro día.

—¿Ha pensado entonces en ello, señor?

—Querida, aún no ha contestado a mi pregunta. ¿Por qué va vestida de religiosa? ¿Ha tomado ya los hábitos?

Como ya ocurriera la vez anterior, él parecía más interesado en sonsacarle información personal que en cualquier otro asunto. Pasó por alto el hecho de cómo se había dirigido a ella. "Querida" no era en absoluto apropiado, pero todo cuanto a él concernía era tan poco apropiado, que prefirió pasarlo por alto. Además, podía haber sido un simple desliz, acostumbrado, como seguro lo estaba, a hablar con mujeres utilizando tales términos.

—Como bien ha supuesto, eso es imposible. No es plausible pensar en que te acepten en la Iglesia sin más en apenas dos semanas. Lleva su tiempo convertirse en una sierva de Dios.

—Entonces, ¿por qué su indumentaria? Prefiero sus ropas sencillas, con las que debo decir que lucía usted divinamente, al traje que lleva ahora.

Micaela negó con la cabeza con resignación.

—Señor, ¿por qué se empeña en hablar conmigo de nimiedades? ¿Qué más da la ropa que llevo puesta?

—Porque fantasear mientras se está encerrado es demasiado fácil. ¡Cómo me gustaría verla brillar con hermosos vestidos de seda y lujosos brocados! Me hubiera gustado tanto conocerla en otras circunstancias...

—Señor... —le reprendió sonrojándose.

—Está bien, dejémoslo estar. Como bien dice, estamos hablando de nimiedades. Concentrémonos en algo más importante. —Empezó a pasearse de un lado a otro con lentitud, sin apartar los ojos de ella—. ¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¿Por qué va vestida de monja? Con esa toca no se ve ni una hebra de su cabello. Supongo que, si se lo pido, no se lo quitaría, ¿verdad?

—Obvio que no. Y ya que tanto interés tiene, habida cuenta de que hasta que no le explique la causa de mi indumentaria no va a abordar temas serios, le diré que la idea del hábito no ha sido mía, sino del Padre Gabriel. ¿Satisfecha ya su curiosidad?

Manuel se detuvo delante de ella.

—Por supuesto que sí. ¿Ve como no era tan difícil? Pero necesito que me conteste a otra cosa antes de continuar.

Micaela suspiró y empezó a dar golpecitos con el pie en el suelo. ¿Por qué este hombre siempre conseguía hacerla perder la paciencia?

—¿Y ahora de qué se trata?

—Me gustaría que me dijera su nombre. No sé cómo dirigirme a usted, porque lo de señorita o señora me resulta demasiado... impersonal.

—Mi nombre no es importante.

—Pero si vamos a colaborar juntos, ¿no cree que debería existir un poco más de *comuni3n* entre los dos?

—¿Eso significa que est1 dispuesto a cooperar?

—Todo a su tiempo, señorita... Uff, no me gusta como suena. No es por falta de respeto, se lo aseguro, pero de verdad necesito un nombre con el que dirigirme a usted.

Micaela mir3 al techo y volvi3 a pedir paciencia en silencio. No estaba dispuesta a darle su nombre bajo ning3n concepto. No era demasiado habitual y podr3an relacionarla, a poco que indagara, con su padre.

—No puedo darle mi nombre, se1or. Cr3ame que no es por capricho, sino porque de verdad no puedo.

—¿Por qu3? ¿Tan feo es?

Una leve sonrisa asom3 a los labios de la joven.

—No s3, creo que no. Pero por favor, no insista m1s.

El tono suplicante de ella, adem1s de esa leve sonrisa, desarmaron a Manuel. ¿Desde cu1ndo se hab3a vuelto tan d3bil?, pens3.

—Est1 bien... por ahora. Pero, aun as3, me sigue pareciendo inapropiado lo de se1orita. ¿Qu3 le parece que le d3 yo un nombre hasta que se encuentre en situaci3n de darme el suyo?

—Como desee. Pero por favor, pasemos a temas m1s sustanciales. A3n no ha contestado a mi pregunta.

—De acuerdo. En tal caso, la llamar3 1ngel, pues en este encierro, eso es usted para m3... un 1ngel de la guardia. ¿Le parece?

Se abstuvo de comentar que aquel era un hombre de varón, pero como deseaba dar por zanjado el asunto, dio su conformidad.

—Me parece perfecto sin con ello podemos pasar a otros asuntos, ya que el tiempo apremia.

La sonrisa de Manuel se ensanchó y se acercó a los barrotes hasta quedar pegado a ellos.

—En tal caso, acérquese que lo que le voy a contar es confidencial y no deseo que aquel guardia —dijo señalando al carcelero de turno— se entere de lo que tengo que decirle.

—Está demasiado lejos; no creo que nos esté escuchando siquiera...

—Por si acaso. Por favor, no tenga miedo de mí.

Micaela dio un par de pasos al frente y se acercó tal y como él había pedido. En efecto, no le tenía miedo; lo único que la asustaba de su cercanía era lo que conseguía provocar en su interior.

—Ejem, ejem... —se escuchó carraspear al fondo del pasillo—. Mucho cuidado con lo que haces, Espinosa —volvió a advertirle el carcelero.

Sin embargo, no le prestó atención. Sabía lo que quería y a esas alturas de la vida, no se iba a dejar impresionar por ningún vigilante que tratara de aparentar una rudeza que a él le resultaba por completo indiferente.

—No le prestes atención, Ángel. ¿Te importa si te tuteo? Tampoco me sale tratarla con tanta formalidad, y otra vez le aseguro que no es porque no la merezca, sino porque creo que lo que nos une es algo más personal. ¿Por qué no me llama Manuel, como lo hacen mis amigos? Desde que nos conocemos aún no le he oído mencionar mi nombre ni una sola vez.

—Señor, por favor...

—Manuel... solo es una petición de hombre que quizás tenga sus días contados. ¿Le importa acaso tener un poco de caridad cristiana con alguien como yo?

—Concibe la caridad cristiana de una manera muy peculiar, señor.

—Manuel...

—Manuel...

Él se asió más fuerte a los barrotes, como si pudiera acercarse un poco más a

ella, lo que era a todas luces imposible.

—Ves como no es tan difícil, Ángel.

Micaela cruzó los brazos delante del pecho y volvió a pedir paciencia y comprensión en silencio.

—¿Hemos terminado ya con las cuestiones *previas*, señor... Manuel?

—Por supuesto. Estoy a su completa disposición.

¡Por fin!

—¿Sería tan amable de decidme que decisión ha tomado respecto a la cuestión que le planteé?

—Claro que sí. Te dije que lo haría, ¿no?

—¿Y...?

—Es posible que acepte la oferta de colaboración que me han propuesto. Pero, ¿quién me asegura que eso salvará mi vida o me permitirá obtener una condena más benévola? Como te dije, por mucho que conserve la vida, no me apetece pasar el tiempo que me resta hasta que Dios me acoja en su seno encerrado entre cuatro paredes. ¿O es que acaso tiene usted acceso al alcalde que me juzga para influir sobre él en mi favor?

A ambos le sorprendió la conjetura que había aventurado. A Manuel porque ni se le había ocurrido antes tal posibilidad, convencido como estaba en que el interés de la joven por ayudarlo se debía a alguna contraprestación que quisiera obtener a cambio. Y a Micaela porque, muy a su pesar, se aproximaba peligrosamente a la verdad.

—¡No! —exclamó ella con más vehemencia de la que le hubiera gustado mostrar. Bajó el tono de voz y desvió la mirada para evitar que él pudiera adivinar en sus ojos el nerviosismo y el pánico que empezaba a sentir—. Eso es una memez. Ojalá fuera así, pero no tengo ese poder...

—¿Entonces quién me asegura que si hago lo que me pide me servirá de algo?

—Señor —carraspeó—, Manuel, no se lo puedo asegurar tanto como quisiera, pero usted mismo ha podido comprobar, por los datos que le he dado, que tengo acceso a su caso y sé que puedo ayudarle. —Con mirada limpia le suplicó—: Le ruego que confíe en mí.

—Y si lo hago y acepto, ¿qué buscará de mí a cambio?

Micaela volvió a mirarlo de frente, un tanto perpleja.

—Nada.

La risa de Manuel se oyó por todo el corredor. Eso sí que no se lo creía.

—Vamos, Ángel mío. No puedo creer que esté poniendo tanto empeño en ayudarme para no conseguir nada a cambio. ¿Acaso le avergüenza decirme que busca en mí?

—¿Por qué razón habría de avergonzarme? Ya le he dicho que solo busco, si no su liberación, porque es obvio que el daño causado no puede quedar sin castigo, si al menos una condena justa que le permita recuperar su vida.

—¿Para qué?

Micaela no entendía el motivo de tantas dudas.

—¿Tan difícil es entender que como ser humano quiera colaborar con otro de forma altruista?

—No conozco a ese tipo de ser humano.

—Pues permítame decirle, señor, que, aunque ignoro vuestra edad, puedo afirmar que, desde luego, no habéis debido estar muy bien relacionado en estos años. Hay que tener un poco más de fe en el prójimo— le reprendió.

—Las únicas personas en las que he confiado ciegamente me han fallado por uno u otro motivo, es posible que porque yo también les haya fallado a ellos: por un lado, mi padre, que fue quien me denunció e hizo que acabase aquí; y por otra, alguien al que consideraba un hermano y que... bueno, no importa. La historia es demasiado larga, y como dices, el tiempo apremia.

—Pero en ambos casos, y a su manera, están dispuestos a prestar declaración a su favor para conseguir lo mismo que yo.

Manuel entrecerró los ojos.

—Pero, ¿cómo demonios sabes todo eso? ¿Acaso eres una espía? Créeme que me tienes desconcertado.

De nuevo Micaela tuvo que pararse a pensar en lo que contestaba. Otra vez estaba desvelando más de lo que debía, pero aquel hombre tenía facilidad para hacerla hablar sin pensar en sus palabras. Debía tener cuidado con sus comentarios porque al final podía terminar descubriendo su identidad.

—¿Una espía, yo? ¿Acaso tengo pinta de serlo? —preguntó sirviéndose del humor para distraerlo de sus argumentos.

—Supongo que no. Está bien, Ángel. Por ahora ganas tú. Daré los nombres de los implicados a cambio de una condena más leve. Pero hay un problema con eso.

¿Aceptaba? ¿De verdad aceptaba? Dios, iba a conseguir lo que ninguna otra persona había logrado.

—¿De verdad? ¿Me lo está diciendo en serio?

—Sí. No le debo nada a esos señores, y si algún día salgo de aquí, acabo de descubrir que tengo nuevos *intereses* con los que ilusionarme.

—Eso es realmente maravilloso. No se imagina cuanto me agrada oírle decir eso. Y ese problema del que me habla, seguro que tiene solución.

—Claro que sí, pero para ello necesito de ti.

—¿De mí?

—Así es. Mi abogado me ha dado por imposible y hace tiempo que no aparece por aquí. Y supongo que mi padre debe estar molesto conmigo porque le pasa tres cuartos de lo mismo. Por tanto, necesito que te pongas en contacto con alguno de ellos para que venga a hablar conmigo y transmita al alcalde mi decisión.

—¿Y cómo podría localizarlos?

De nuevo la sonrisa ladeada de Manuel asomó a su boca.

—¿No es que sabías tanto de mi proceso? Creía que no tendrías problemas en hablar con mi abogado o con mi padre.

—Señor, mi acceso al...

—Manuel ... —volvió a corregirla.

—Manuel, mi acceso a la información es limitado.

—No lo parece.

Ella cuadró los hombros, satisfecha de los resultados que estaba obteniendo.

—No importa; me las arreglaré para conseguir lo que me pide.

Micaela no sabía cómo contener la sonrisa que amenazaba por salir de un momento a otro. Se mordía el labio inferior tratando de no exteriorizar su

felicidad, aunque al final se dio por vencida y mostró a Manuel su contento, para deleite de éste.

—Solo una cosa más, Ángel mío.

—Usted dirá.

—Ven, acércate más, por favor.

Estaba tan feliz que así lo hizo. En ese instante, a través de los barrotes, Manuel estiró ambos brazos para llegar hasta ella. Con uno, le tomó el mentón, elevando el rostro de la muchacha hacia el suyo. Con el otro, la tomó de la cintura para arrimarla a su cuerpo tanto como le fue posible.

—Si alguna vez salgo de aquí, hermosa mía, no te olvides de mí. Averiguaré quién eres y te iré a buscar para agradecerte todo lo que intentas hacer por mí.

—No, no debe hacer tal cosa...

Y antes de que ella pudiera continuar la frase, Manuel la asió con firmeza de la nuca para depositar un beso sobre los labios de la joven.

Al instante, un dolor agudo en las costillas hizo que se separase de ella, que, por su parte, fue apartada con brusquedad hasta la pared de enfrente.

—¡Maldita bazofia! Te dije que mantuvieras las manos apartadas de la hermana... Ahora te vas a enterar de lo que se le hace a la gente que no se comporta como es debido.

Ante la amenaza lanzada, y a pesar de estar aún aturdida tanto por el beso como por el empujón, Micaela saltó como un resorte hacia el guardia.

—¡No, por favor! ¡Déjele en paz, señor!

—Hermana, no puedo permitir que sucedan estas cosas en mi presencia. Él ya estaba advertido de que debía guardarle respeto.

—Señor, se lo ruego...

—Hermana, no se preocupe por esta basura. Acompáñeme y salgamos de aquí. —Se volvió hacia Manuel para espetarle—: Luego me ocuparé de ti.

Sacó de allí a Micaela prácticamente a la fuerza, y más preocupada que nunca por lo que pudieran hacerle a Manuel por culpa de su imprudencia.

Capítulo 10

Hermana Ángel

Al Igual que ocurriera la vez anterior, Micaela caminó de regreso casi en silencio. Esta vez, el Padre Gabriel respetó su mutismo (imaginó que seguiría igual o más impresionada que en la otra vez) y apenas trató de entablar conversación con ella.

La joven iba preocupada, principalmente por dos motivos:

El primero de ellos, era que no podía dejar de pensar en la suerte que correría Manuel después de haber tenido la osadía de besarla. Por más que había rogado e implorado al guarda que no tomara represalias contra del reo, mucho se temía que su petición caería en saco roto. Trató de explicarle que todo había sido un desafortunado malentendido y le dijo que debía tener piedad de un hombre que estaba prácticamente condenado a muerte. Había utilizado todos los argumentos que había pasado por su cabeza, pero no creía haber conseguido nada. Aquel hombre se había limitado a contestar que no podía permitir que hechos así ocurrieran en su presencia y que el prisionero estaba advertido de que debía guardarle respeto. Le informó que días atrás se había interesado en demasía por ella, y que le había formulado preguntas que corroboraba dicha apreciación. Y eso era algo que él, como carcelero, no podía tolerar, mucho menos tratándose de una religiosa.

Aquello sí que la sorprendió, porque el guarda le dejó claro que Manuel había estado preguntando por ella tras su primera visita. Además, Manuel (qué fácil le resultaba llamarlo así cuando se hablaba consigo misma) le había pedido que no lo olvidara y que iría a buscarla si conseguía escapar del embrollo en que se encontraba... ¡A ella!

Pero eso era algo que ella no podía permitir. Él nunca debía conocer ni su identidad, ni la relación que le unía con la persona que lo estaba juzgando. Por él, por ella y por su padre.

Si todo salía bien, y ojalá así fuera, se tendría que conformar con saberlo a

salvo y eso le debía bastar. Eso sí, siempre le quedaría el beso como recuerdo de los momentos que habían pasado juntos; aunque escasos, estaba segura que iban a ser los más intensos de su vida.

Sabía que soñaría con ese beso muy a menudo. Porque cuando sintió aquellas manos apretándola, estrechándola contra él a través de los hierros de su celda, supo, como en una revelación, que de manera irremediable se había enamorado de él.

Y cuando la besó... De no haberla tenido sujeta con firmeza, se habría caído al suelo por culpa del estremecimiento que sintió en las rodillas. Al recordar aquella húmeda caricia, cerró los ojos y suspiró. Se repitió de nuevo a sí misma (por enésima vez,) que aquel no era hombre para ella. Su futuro estaba definido y no pensaba dar marcha atrás. En los años venideros se consolaría pensando que había conocido el amor humano antes de entregarse en cuerpo y alma al amor divino.

Deseó con fervor que la voluntad de Manuel por cambiar de vida y redimirse fuera sincera, y que Dios le guiara para encontrar a una mujer que lo amara, le diera hijos, y que le ayudara a convertirse en un hombre cabal y sensato.

La segunda preocupación que ocupaba su mente era cómo dar con el paradero del abogado o del padre de Manuel para transmitirle el recado que le había encargado él. Recordaba haber leído el nombre del letrado entre los documentos que guardaba su padre, aunque ignoraba cómo podía hacer para localizarlo. Por lo tanto, se focalizó en la manera de encontrar al padre, convencida de que sería más fácil hallarlo a él.

¿Cómo era que se llamaba aquel hombre? Hizo memoria y trató de recordar... Felipe Espinosa. Su nombre sí le era conocido porque tenía referencias de él a través de la Iglesia. Según había llegado a sus oídos, era un buen hombre, caritativo y piadoso, que gustaba de ayudar a gente necesitada. Rebuscó aún más en sus recuerdos, y tras darle muchas vueltas, creyó recordar que quizás lo había visto en alguna ocasión. Si era quien pensaba, se trataba de un señor de edad aproximada a la de su propio padre, y, si hacía caso a las imágenes que le venían a la mente, con cierto parecido físico con el propio Manuel.

Pero, ¿cómo dar con él?, se repetía.

De repente se le ocurrió una idea: podría servirse del Padre Gabriel. Con un poco de suerte, quizás el sacerdote lo conociera, o conociera a alguien que

podiera darle referencias tuyas.

—Padre, ¿puedo hacerle una pregunta?

El sacerdote la miró con afecto.

—Claro, hija.

—Hoy, mientras visitaba a los prisioneros, ha habido uno que me ha hecho una petición especial. Desea que me ponga en contacto con su familia, pero no me di cuenta de pedirle los datos para localizarlos. Estaba pensando que quizás usted me pudiera ayudar a encontrarlos.

—Micaela, desconozco donde viven todas las almas que moran en la prisión, pero si en verdad es importante para ti, puedo preguntarlo el día que vuelva y pedirle a una de las hermanas que le transmita el mensaje que deseas a la familia

—Me he comprometido con el reo que sería yo quien lo haría, padre —dijo la joven con el ceño fruncido—. Espero que no le moleste. Además, es posible que usted lo conozca, dado que su nombre es conocido hasta para mí.

—¿De quién se trata?

—A quien busco es a un caballero llamado Felipe Espinosa. Su hijo, Manuel, está preso desde principios de año y es quien me pide que hable con su padre para transmitirle una cuestión importante que puede afectar a su futuro.

Don Gabriel meditó unos instantes.

—Sí, sé quién es, aunque no pertenece a nuestra parroquia, y, por tanto, no sé dónde vive. Pero dudo que sea difícil dar con su paradero. Hablaré con personas que, a buen seguro, lo conocen y que me podrán indicar una dirección donde encontrarlo.

—Eso sería estupendo, padre.

—Haré las gestiones oportunas, y espero darte la información que necesitas en un par de días a lo sumo.

En efecto, el Padre Gabriel cumplió su palabra y apenas dos días más tarde, se acercó a Micaela al finalizar la misa para facilitarle los datos que había conseguido averiguar.

—Don Felipe vive a la espalda de la parroquia de Santa Marina. No creo que

tengas problemas en encontrar su casa.

Ella asintió satisfecha.

—Padre, ¿podría hacerme otro favor?

—¿Otro más, hija? Esto se está convirtiendo en una costumbre —le dijo con humor—. ¿De qué se trata ahora? Ya sabes que si está en mi mano...

—¿Sería posible que hablaseis con las Hermanas para que me presten de nuevo el hábito de novicia?

El sacerdote la miró extrañado.

—¿Y para qué lo quieres, hija?

—Padre, cuando fui a la cárcel, todos me tomaron por religiosa, y aunque quizás fuera un atrevimiento por mi parte, yo no negué serlo. Por eso, creo que debo seguir representando el mismo papel si voy a ir a ver al señor Espinosa. Además, como bien me aconsejó, sería conveniente que, debido a la identidad de mi padre, mantenga mi anonimato cuanto me sea posible. Y pienso que resultaría más sencillo si aparento lo que finjo ser.

El sacerdote había seguido con atención los argumentos de Micaela, y no podía sino entender y compartir todo cuanto exponía.

—Tienes razón, hija. No creo que a Dios le importe una pequeña mentira si es para ayudar al prójimo. Hablaré con sor Teresa para que te preste el hábito del otro día.

—Se lo agradezco, Padre. ¿Sería posible tenerlo preparado todo para mañana?

—Claro, no creo que haya ningún problema.

Micaela asintió y volvió a agradecerle su colaboración antes de irse. Ahora solo quedaba solventar su último trámite antes de olvidarse del asunto por completo. Con un poquito de suerte, podría sacarse a Manuel de la cabeza de una vez por todas.

Al día siguiente, y debidamente ataviada, se dirigió hasta la dirección que le había facilitado el cura. Nerviosa por tener que enfrentarse al padre de Manuel, tiró con firmeza de la campanilla de la puerta principal y aguardó con paciencia hasta que un sirviente apareció para atenderla.

—Buenas tardes, señor —lo saludó con cortesía—. Ando buscando a don Felipe Espinosa. ¿Está en casa?

El criado, al verla vestida con la túnica sobria y la toca gris de religiosa, la trató con suma amabilidad.

—Buenos días, Hermana. El señor sí se encuentra, pero si viene a pedir limosna, mejor vaya a ver a la señora Luisa. Es la encargada de la casa y quien se ocupa de las dádivas a la Iglesia, en nombre de don Felipe.

—Señor, discúlpeme, pero he de insistir en ver al señor Espinosa. En esta ocasión no he venido a pedir ayuda para la Congregación, con la que estoy segura ya colabora, sino porque debo transmitirle un mensaje de su hijo.

—¿De don Manuel? Pero el señor Manuel está... —No continuó la frase.

—Señor, no es preciso que me diga donde está don Manuel. Debido a mi labor con la Iglesia, he tenido ocasión de entrevistarme con él en varias ocasiones, y ha sido él mismo quien me ha pedido que le transmita un mensaje de suma importancia a su padre.

El sirviente no dudó ni por un momento que la religiosa estuviera diciéndole la verdad.

—En tal caso, acompáñeme —indicó haciéndose a un lado para dejarle paso.

Atravesaron un patio rodeado de columnas y arcos adornados con macetas de fina cerámica cuyas plantas de hojas verdes y cuidadas apenas portaban flores, dada la época del año en que se encontraban nada propia para la floración. La hicieron pasar a un despacho repleto de libros, con una gran mesa central de fina madera de carey y patas bellamente labradas. Nada tenía que ver aquel escritorio con el que utilizaba a diario su padre cuando se llevaba trabajo a casa, salvo por las montañas de papeles que se amontonaban en una esquina de la misma.

—Hermana, aguarde usted aquí un instante mientras voy a buscar a mi señor. ¿Puedo ofrecerle algo mientras espera?

—Se lo agradezco, pero así estoy bien. Vaya usted tranquilo, buen hombre, que aquí le esperaré cuanto sea menester.

Apenas cinco minutos después de haberse quedado sola, sintió pasos que se aproximaban hasta donde se encontraba. Cuadró los hombros y esperó a que las puertas se abrieran para dejar paso al que sin lugar a dudas era el señor de

la casa. Nada más verlo, no le cupo duda alguna de que ese hombre era a quien estaba buscando. No hacía falta más que verlo para comprobar el parecido entre padre e hijo. Si bien el hombre que tenía delante mostraba una silueta mucho más oronda, por no hablar de las muestras del paso del tiempo reveladas en su pelo y en su rostro, era innegable la conexión entre don Felipe y Manuel. Los mismos ojos, el mismo pelo, la misma altura...

—Hermana, he sido informado que deseaba hablar conmigo. Me han dicho que debía transmitirme un mensaje de mi hijo —dijo don Felipe nada más verla

Micaela se ruborizó al sentirse descubierta en su escrutinio, aunque aquel señor, seguramente por educación, no hizo mención alguna al respecto.

—Así es, mi señor. El asunto que me trae es de suma importancia.

—Si tan grave es, ruego que tome asiento y comience a hablar, hermana, pues me tiene en ascuas. ¿Puedo ofrecerle algo caliente que tomar?

—No señor, no será necesario. Lo que me trae sólo me llevará unos minutos.

Aceptó el ofrecimiento de sentarse, haciéndolo en una silla situada delante del escritorio, mientras que don Felipe ocupaba la que le correspondía al otro lado de la mesa.

—Dígame entonces cómo puedo servirla y qué noticias trae de mi hijo.

Micaela se aclaró la garganta.

—Como le he dicho a su sirviente, he tenido ocasión de hablar un par de veces con su hijo durante las pasadas semanas. No sé si usted sabe que el capellán de la iglesia falleció hace poco y que el Padre Gabriel, sacerdote que da la misa en la parroquia de Santa Clara, es ahora el encargado de ofrecer el servicio religioso a los penados hasta que envíen a un nuevo capellán. Varias hermanas, entre las que yo me encuentro, hemos acudido a estos servicios y hemos tratado de ofrecer consuelo a los reos que así lo deseen. Y debido a ello, tuve la oportunidad de conocer a su hijo Manuel. Él me contó de sus desventuras y sus problemas. Aunque he de reconocer que fue reticente a aceptar mi ayuda en un principio, pude conocer de los motivos de su encierro y del proceso en que se encuentra y su negativa a aceptar la ayuda que la Justicia le ofrece a cambio de desenmascarar a los delincuentes que actuaron con él en los hechos causantes de su proceso.

Don Felipe suspiró, como si no supiera ya de la posibilidad que se le había ofrecido a su hijo para salvar el pellejo y de cómo había rehusado él tal posibilidad.

—Hermana, no me está diciendo nada que ya no sepa. Tanto su abogado como yo le hemos insistido hasta la saciedad para que acepte el acuerdo que le han propuesto, pero el niño es tozudo como una mula y se niega. Se obceca en decir que, como instigador del ataque, es el único responsable de los hechos y que no desea remover más la basura. Lo más triste de todo es que cada vez me siendo más culpable de haber propiciado que se encuentre en esta situación, ya que fui yo quien lo denunció. Confiaba en la benevolencia de la justicia, pero he sido un ingenuo. Si hubiera mirado para otro lado no estaría penando por pensar que mis manos pueden mancharse con la sangre de mi propio hijo.

—Señor, no sea tan duro consigo mismo. Entiendo que no debió ser una decisión fácil de tomar como padre, pero sus principios y sus valores lo honran.

—¿Y de qué me valen si solo conseguiré ver a mi hijo colgando de una soga? Ahora entiendo cuando aseguraba que los remordimientos y las pesadillas que le atormentaban eran el peor castigo que estaba sufriendo por las atrocidades que cometió. Ahora soy yo quien padece de los mismos remordimientos pensando en lo que el porvenir le deviene.

—Señor, si le sirve de consuelo, creo que lo que vengo a transmitirle aliviará en parte su dolor: Don Manuel ha recapacitado y ha decidido dar los nombres de los implicados. Va a aceptar el acuerdo de salvar su vida a cambio de su confesión, y confiemos en que con ello obtengamos la benevolencia de su juzgador. No me cabe duda de que apreciará las circunstancias personales en las que se encontraba su hijo en aquel momento, su deseo de redención y los pasos que está dando para colaborar con la Justicia.

Don Felipe la miró sin creer lo que estaba oyendo.

—¿Mi hijo ha cambiado de opinión?

—Así es, mi señor. Me ha pedido que le comunicara este mensaje para que a su vez usted se lo haga llegar a su abogado, ya que por lo visto el letrado lo ha dado por imposible y no lo visita desde hace tiempo.

—¿Cómo que no lo visita? No le estoy pagando una fortuna para que se

desentienda del proceso a la primera complicación.

Micaela carraspeó.

—Señor, el letrado no es el único que lo ha abandonado. Tengo entendido que usted también hace tiempo que no va a verlo.

Don Felipe no se molestó por el reproche. La noticia era demasiado importante como para detenerse en recriminaciones que en cierta medida no dejaban de ser ciertas.

—Hermana, ¿puedo preguntarle el motivo del cambio de opinión de mi hijo? He de decirle que Manuel no es fácil de llevar y, como le he dicho antes, a testarudo pocas personas le ganan.

—Quizás haya dado con una persona igual de testaruda que él, que se ha empeñado en ayudarlo a toda costa —contestó ella con una sonrisa.

Don Felipe se levantó de su asiento y bordeó la mesa para buscar las manos de la supuesta religiosa, quien se las ofreció con humildad.

—Hermana, ¿es usted esa persona? Porque si es así, mi deuda con usted es infinita.

—Señor, hemos de darle las gracias a Dios, y con eso será suficiente. Él ha sido quien lo ha iluminado en este camino de tinieblas.

—Manuel no es una persona religiosa, pero en este caso, no puedo más que agradecerles al Santísimo y a la Divina Providencia por haberla puesto en su camino y que haya conseguido abrirle los ojos sobre lo preciso de su colaboración. Con independencia de cómo finalice el proceso, mi gratitud eterna estará con usted y su Congregación. Mientras yo y mis descendientes vivan, haré cuanto esté en mi mano para colaborar con su parroquia y su convento.

—Señor, soy consciente de que usted ya contribuye sobradamente en obras de caridad. No he hecho nada más que ayudar a un buen hombre que lo necesitaba.

—No sabe cuánto me agrada que tenga a mi hijo por tal. —Sonrió—. No faltó a la verdad si afirmo que durante mucho tiempo me ha creado muchos dolores de cabeza, pero siempre he sabido que es un buen muchacho. Solo necesitaba de alguien que supiera ver lo bueno que hay en él.

—Señor, todos merecemos una segunda oportunidad, y su hijo no ha de ser

menos.

A don Felipe se le formó un nudo en la garganta. No era de los que les gustaba mostrar sus sentimientos en público, pero el hecho de que se abriera un halo de esperanza lo embargaba de emoción. Y que esa jovencísima monja fuera la responsable de dicha posibilidad, además de ser la única que parecía ver lo bueno que podía encontrarse en Manuel, lo conmovió intensamente.

—Muchas gracias, Hermana. Dígame vuestro nombre para mentarla en mis oraciones y poder agradecerle todos los días por su labor.

Ella se lo quedó mirando. ¿Qué debía decirle? De repente, una sonrisa asomó a sus labios.

—Puede llamarme Hermana Ángel.

Capítulo 11

La lista

Un par de días más tarde, tras cenar con su hija, don Diego se retiró a su despacho para preparar unos documentos que debía dejar listos para el día siguiente. No llevaba mucho tiempo trabajando cuando Micaela fue a interrumpirlo.

—Padre, ¿da usted su permiso?

—Claro, hija, pasa —contestó sin levantar la vista de sus papeles.

Se acercó a la mesa, posando su mirada de modo disimulado sobre los escritos.

—Iba a retirarme, pero antes quería preguntarle si necesitaba algo.

—Nada, cariño. Descansa, que después de todo el día cuidando de tu madre, debes estar cansada.

—Sí, un poco...

—En tal caso, te deseo buenas noches y un feliz descanso.

Sin embargo, Micaela no se movió del sitio. Paseó la mano al descuido sobre el escritorio, fingiendo recolocar algunos utensilios de su padre.

—Creo que mañana voy a poner un guiso de patatas para el almuerzo. ¿le parece bien?

—Lo que tú consideres, pequeña...

—Y si encuentro ternera a buen precio en el mercado...

—Hija, ¿deseas algo de mí? —la interrumpió don Diego dejando lo que estaba haciendo, al darse cuenta que su hija no tenía intención de ir a su alcoba, tal y como había anunciado.

Ella se encogió de hombros tratando de aparentar indiferencia, pero su padre la conocía bien y sabía que algo se traía entre manos. Lo cierto era que, desde que hablara con don Felipe, no había sabido nada nuevo sobre el proceso de

Manuel y quería o, mejor dicho, necesitaba, saber si el abogado había ido a verlo a prisión o si había facilitado la lista de implicados que le habían requerido. Aunque había vuelto a husmear entre los papeles de su padre, no había hallado ninguna información que resultara de interés.

En aquel instante, resolvió que no había manera de indagar sobre la cuestión más que siendo clara y directa. Así que, sin más preámbulo, preguntó por el estado del proceso que tanto le interesaba.

—¿Micaela, otra vez con lo mismo? A pesar de que te he mencionado otros casos, este es el único que de verdad despierta tu interés. ¿Por qué es este tan especial para ti, hija?

Ella volvió a encogerse de hombros. No obstante, no pudo evitar sonrojarse al sentirse descubierta.

—No sé, padre. Quizás porque fue el primero del que se hizo cargo cuanto obtuvo el nombramiento. Y no puede negarme que, de todos, es el más interesante...

—Sólo es uno más... La única diferencia con el resto es que se trata de un señor con linaje y no un pobre paria como lo son el resto de casos que me ha tocado juzgar.

—Para mí todos son hijos de Dios, aunque es probable que tenga razón —afirmó, valiéndose de la excusa que le había proporcionado su padre—. Recuerdo que me comentó que le habían urgido para que finalizara el proceso a la mayor brevedad posible. ¿Queda aún mucho para que pueda dictar sentencia y se pueda desentender de una vez de él?

—No vas a dejar el tema hasta que no sacie tu curiosidad, ¿verdad? —El hombre resopló vencido—. Está bien... Si Dios quiere, mañana tomaré declaración a un tal Alonso, aquel señor que fue compañero de aventuras del prisionero y que afirma tener algo que alegar.

—¿Significa entonces que todavía tiene posibilidades de salvarse?

—Cariño, no lo sé. Si hubiera estado dispuesto a colaborar como se le ofreció, te diría que sí, pero...

Micaela lo miró sorprendida. Por algún motivo, le resultó difícil creer que no hubiera cumplido con su palabra. Sería un patán y un sinvergüenza atrevido, pero estaba convencida de que había sido sincero cuando le aseguró que lo

haría.

—¿No le ha facilitado la lista que le solicitó a cambio de su vida?

—No; esa ha sido su decisión y hay que respetarla. Y mira hija, ya a estas alturas, con el ansia que tengo de terminar con este proceso, no sé si desearía que lo hiciera, ya que supondría implicar a nuevas personas con lo que todo volvería a retrasarse todavía más.

—Padre, no diga eso. Es mejor sacrificar tiempo que sacrificar una vida, ¿no cree?

—Una vida que, no debes olvidar, ha reconocido su culpabilidad de los delitos que se le imputan.

Un escalofrío invadió a la muchacha al asaltarle imágenes del cuerpo de Manuel balanceándose inerte en el patíbulo.

—Entonces, ¿mañana vuelve a retomar el caso? —preguntó tratando de recuperar la compostura.

—Dios mediante, a primera hora.

—¿Y el reo estará presente en la declaración del señor Alonso?

—Claro, hija. Debe estarlo, tanto él como su abogado, por si tienen algo que alegar.

—Y, padre, ¿puedo hacerle una última pregunta?

—Cómo si no lo fueras a hacer de todas maneras... Anda, suéltala y ve a dormir, que con tanta retahíla no me dejas trabajar.

—Supongamos que el reo al fin accediera a revelar el nombre del resto de implicados. ¿Qué pasaría entonces? ¿Lo dejaríais en libertad?

—Micaela, una cosa es clemencia y otra, indulgencia. Sus delitos no pueden quedar impunes, aunque ciertamente, cumpliría mi palabra y no tendría que pagar sus faltas con la vida. Tendría una segunda oportunidad, que no es poco.

—Pero ¿no cree que esa segunda oportunidad que estaríais dispuesto a ofrecerle sería inútil si pasara el resto de sus días encerrado en la cárcel? —preguntó con intención.

—Hija, llegado el caso, ya se vería.

—Pero...

—¿No iba a ser la última pregunta?

Micaela se mordió la lengua, ofreciéndole a cambio una sonrisa a modo de disculpa.

—De nuevo tiene razón. No le molesto más. Sólo me queda desearle buenas noches y rogarle que no vaya a quedarse trabajando hasta muy tarde.

Ya una vez fuera del despacho, supo que no iba a tener fácil conciliar el sueño. Y, en efecto, así fue. La noche fue larga para Micaela, incapaz de pegar ojo. No podía sacarse a Manuel de la cabeza, preocupada por lo que pudiera acontecer al día siguiente. Al amanecer, desistida ya de todo intento de descanso, decidió levantarse y dirigirse al pequeño reclinatorio que tenía en su dormitorio. Rezó para que todo saliera bien, para que iluminara a Manuel, al tal Alonso y, sobre todo, a su padre, en cuyas manos quedaba el futuro del hombre del que se había enamorado.

Más tarde, tomó su capa color burdeos y se dispuso a salir en compañía de su padre, con la excusa de dirigirse al mercado. Pero, una vez que se despidieron en la puerta del juzgado, situado en la Casa Cuadra, Micaela no se movió de los alrededores. Se dirigió a una esquina de la plaza y se dispuso a esperar. Sabía que, debido a la cercanía entre la Cárcel Real y el Juzgado, el reo haría el camino a pie debidamente custodiado. Y pensando que quizás aquella fuera la última vez que tuviera la posibilidad de verlo, se mantuvo en su puesto aguardando a que apareciera.

Su espera no duró demasiado, apenas quince minutos. Y cuando por fin lo distinguió, se sintió sobrecogida. Sin meditar en lo que hacía, salió de su escondite con la intención de acercársele y observarlo más de cerca. A un metro escaso de distancia, pudo comprobar que su apreciación había sido correcta. Manuel llevaba un ojo hinchado y morado que apenas podía abrir. En la comisura del labio inferior se apreciaba un corte que parecía profundo, rodeado de un color rojizo donde se atisbaba que también había sido golpeado. Andaba con dificultad y, aunque en un primer momento creyó que se debía a grilletes en los tobillos, tras fijarse bien en sus botas de cuero negro, comprobó que no era así. Solo llevaba inmovilizadas las manos. Se percató entonces de que uno de sus antebrazos lo llevaba apoyado sobre el costado, como si se protegiera del dolor que parecía sentir en las costillas a

cada paso que daba.

Dedujo, sin el menor género de duda, cuál había sido la consecuencia del beso que le dio en la prisión. Una ola de creciente indignación se adueñó de ella. Ciertamente que su comportamiento no había sido el más correcto para con una monja, pero tampoco había sido como para darle tal paliza.

Con gesto de rabia, observó a los guardias que lo custodiaban, esperando encontrarse con aquel que se había ganado su odio infinito, dispuesta a enfrentarse a él. Manuel no reparó en ella hasta que la joven estuvo prácticamente junto a ellos. A pesar de ir cubierta por completo con su habitual capa burdeos, la reconoció de inmediato. Por el gesto de su rostro, que evidenciaba sin duda su enojo y malestar, Manuel adivinó su intención. En el momento que ella desvió la mirada de sus guardianes hacia él, el reo le hizo un gesto negativo con la cabeza que detuvo su avance. Una cosa era que se encontraran en la privacidad que les ofrecían los muros de la prisión; otra muy distinta que mantuviera contacto con él en plena calle, donde cualquiera podría reconocerlos. En esos instantes, Manuel no se sentía digno de que ella le dedicara su atención o preocupación en público. Si hubiera sido un hombre libre, con sus cuentas con la Justicia saldadas, todo sería distinto; podría volver a ir por la calle con la cabeza bien alta. Pero siendo trasladado así, engrilletado y custodiado por carceleros debidamente armados y uniformados, hizo que le invadiera una enorme vergüenza al pensar que ella pudiera tener tratos con un paria como él.

No obstante, lo conmovió profundamente que hubiera acudido a verlo (no dudaba de que ese encuentro había sido intencionado, teniendo en cuenta lo informada que estaba su Ángel de cuanto le concernía) y deseó, por enésima vez, haberla conocido en circunstancias muy diferentes.

Micaela se detuvo al percatarse del gesto de Manuel, quien no pudo evitar que una leve sonrisa asomara a sus castigados labios, provocando de inmediato un gesto de dolor a causa de la tirantez de su boca partida. Los ojos de su Ángel eran un espejo y, a medida que pasaba frente a ella, manteniendo enlazadas sus miradas, pudo leer su preocupación por el aspecto que presentaba. Hizo un esfuerzo más y le volvió a sonreír, transmitiéndole de alguna manera que estaba bien, antes de seguir caminando hasta entrar en el edificio.

Micaela suspiró cuando lo perdió de vista. No tenía sentido permanecer más tiempo allí. Se pertrechó bien la capa sobre los hombros, y se fue cabizbaja al mercado sumida en profundos y negros pensamientos.

Solo había dado media docena de pasos cuando se detuvo de nuevo al ver a don Felipe Espinosa acompañado de un hombre joven con quien conversaba con gesto serio. Se trataba de un señor de edad similar a la de Manuel. Por fortuna, ninguno de los dos reparó en aquella joven que los miraba con fijeza (sobre todo don Felipe, que pudo haberla reconocido) enfrascados como estaban en su propia charla.

A pesar de saber que estaba cometiendo una imprudencia, se recolocó la capucha de su capa para ocultar su rostro lo mejor posible, y decidió seguirlos en dirección a la Casa Cuadra. Desde la distancia, no podía oír lo que ambos hombres se decían, pero tuvo la sensación de que entre ellos existía un alto grado de confianza. Micaela pensó que, o bien se trataba del abogado de Manuel, o bien del tal Alonso que estaba citado a declarar. En cualquier caso, necesitaba cruzar un par de palabras con aquel joven.

Entró en el edificio sin dificultad; al fin y al cabo, los guardias que custodiaban la puerta la conocían de verla acompañando a su padre. Siguió a los hombres escaleras arriba con el mayor sigilo posible; no podía permitir que don Felipe la viera sin los hábitos, por temor a ser reconocida.

Aguardó en el pasillo que llevaba a la antesala del tribunal donde trabajaba su padre, esperando la ocasión de abordar, si era posible, a quien deseaba. Después de un tiempo, y cuando a punto estaba de darse por vencida, don Felipe se separó del joven y entró en la Sala donde con seguridad se seguía el juicio de Manuel. El desconocido comenzó a pasear delante de la puerta, esperando a ser llamado, así que decidió que era el momento idóneo para abordarlo.

—¿Señor Alonso? —le intercedió ella.

El hombre se paró en seco y la miró de frente.

—¿Sí?

Su respuesta corroboró que en efecto se trataba de quien ella creía. El señor Alonso era un joven bien parecido, aunque ni de lejos como Manuel. De estatura inferior a la del reo, compartía su gallardía y su fuerte complexión. Su rostro redondeado y sus ojos color miel no envidiaban en nada a los de

Manuel.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —le preguntó al ver que ella no decía nada.

—Discúlpeme por mi intromisión, señor. Supongo que usted es el amigo del señor Espinosa que va a declarar en unos momentos.

Javier asintió.

—¿Y usted es...?

—Yo también soy amiga suya, nada más. Solo quería pedirle que, por favor, haga cuanto esté en su mano para aligerar su condena. Sé que es culpable de lo que se le acusa, pero también estoy firmemente convencida de que su arrepentimiento es sincero y de que merece una nueva oportunidad en la vida. Necesita más que nunca de personas que puedan ayudarlo a salir de este trance para que pueda convertirse en un hombre de bien.

Javier la observó con atención. Era una muchacha guapa, y en sus ojos dorados se percibía la misma preocupación que expresaba con sus palabras. Se había identificado como una amiga de Manuel, y él sabía mejor que nadie la cantidad de *amigas* que éste podía llegar a tener. Su inquietud, y la manera de expresarse, evidenciaban que, además, los sentimientos de la joven estaban fuertemente implicados.

—Señorita, el futuro de Manuel no está en mis manos, sino en las del señor que debe dictar sentencia. Él ha causado un daño irreparable a gente a la que yo apreciaba y que, por su causa, hoy no están entre nosotros. Pero al igual que usted, también creo que su contrición es real y que su pena deber ser por ello más benévola, si bien ésta ha de darse. No puede salir indemne de sus crímenes, pero confío en que la persona que tiene su vida en sus manos, le brinde la posibilidad de rehacer su vida una vez que haya cumplido una condena justa.

—Por favor, señor, no lo hunda con su declaración, se lo ruego.

—No es mi intención hacerlo; sólo vengo a contar lo que sé, que no es mucho. No obstante, vengo dispuesto a implorar clemencia para él.

Micaela no pudo refrenar el impulso de tomarle una de sus las manos y apretársela con afecto.

—Si esa es su intención, se lo agradezco con todo mi corazón.

Javier sonrió.

—Mire, no la conozco de nada, pero me parece que es una buena muchacha. Parece que por fin Manuel ha sabido elegir bien sus amistades, pero le aconsejo que no se haga ilusiones. Entienda que debe pagar por sus actos, así que no espere mucho de él.

Micaela se separó al darse cuenta de que Alonso se había percatado de sus sentimientos hacia Manuel.

—Señor, como os digo, el señor Espinosa es solo un amigo. Con saberlo a salvo me doy por satisfecha; no busco nada más.

En ese instante, la puerta que comunicaba la Sala de Vistas se abrió y un funcionario llamó a viva voz al señor Alonso. Javier se dispuso a entrar, pero antes de cruzar el umbral, se giró para despedirse de la muchacha. Al voltear la cabeza, pudo comprobar como la pequeña figura de capa oscura se perdía rauda por los pasillos del edificio.

Al caer la tarde, Micaela estaba exhausta. Los nervios y el insomnio de la noche anterior le empezaban a pasar factura y sólo deseaba que llegara la hora para poder retirarse a su habitación. No obstante, esperó a que llegase su padre para servirle la cena y excusarse por no compartir mesa con él aduciendo no encontrarse bien. Había sopesado volver a preguntarle por el proceso, aunque declinó la posibilidad; resultaría demasiado sospechoso y su padre ya estaba escamado por su interés desmesurado hacia ese caso. Debía averiguar lo que pudiera por ella misma...

Aprovechando que su padre se acababa de sentar en el comedor para dar cuenta de sus viandas, entró en el despacho con sigilo y, sin ningún reparo, se dedicó a husmear entre los documentos que había llevado a casa esa misma noche. Necesitaba saber qué había ocurrido aquella mañana durante la declaración, o corría el riesgo de sufrir otra noche en vela.

En esta ocasión no le fue difícil encontrar lo que buscaba. Lo primero que encontró fue la declaración transcrita del señor Alonso. En ella se decía que ambos hombres habían coincidido en La Isabela en los tiempos en que acontecieron los hechos, si bien el declarante no ofrecía detalle del ataque que se juzgaba dado que cuando aconteció él estaba prisionero en la villa por cuestiones de índole personal. Sólo tuvo conocimiento del ataque con

posterioridad y su única contribución fue ayudar a enterrar los cuerpos de los habitantes de la aldea a la mañana siguiente. Había relatado que conoció de la implicación del señor Espinosa por un marinero al que apodaban "El Maera" y que también había participado en el ataque. Por último, se rogaba clemencia para el detenido y poco más de interés pudo leer en aquella declaración.

En un margen del manuscrito, había una anotación efectuada de puño y letra de su padre que señalaba: "*Declaración no concluyente*".

En fin, que no había nada nuevo que ya no se supiera.

Sin embargo, al levantar el documento, hubo otro que le llamó la atención, dirigido al tribunal y redactado por Antonio Solís y Carvajal, en representación de su defendido, don Manuel Espinosa Salazar. Un listado con diez nombres escritos aparecía a continuación y Micaela supo de inmediato qué era aquello. Lo leyó con atención. En efecto, en ella se indicaba a aquellos que aparecían como colaboradores en el exterminio de la aldea indígena.

Al terminar, no pudo evitar tomar el papel y acercárselo al pecho para abrazarlo mientras una sonrisa asomaba a sus labios. Manuel había cumplido su palabra. Y seguramente, con ese acto, acababa de salvar su vida.

Micaela se fue a dormir aquella noche con la felicidad reflejada en su rostro.

Capítulo 12

La Sentencia

Sevilla, junio de 1496

Habían transcurrido varios meses, y el proceso se encontraba casi en el mismo punto en que se hallara por el mes de febrero, cuando Manuel dio a conocer la lista de implicados en el incidente de La Isabela. Ante la dificultad de localizar a gran parte de ellos, prácticamente no se había avanzado nada. Los pocos que sí habían logrado aprehender, habían negado de plano cualquier participación en el asunto; si bien reconocían y aceptaban conocer al señor Espinosa como uno de los capitanes que habían viajado en el segundo viaje del almirante Colón, desmentían cualquier conocimiento siquiera de la existencia del poblado indígena. Como hecho inculpatario, sólo constaba la declaración de Manuel, y eso no era suficiente. Además, poco tiempo después de la declaración del señor Alonso, aquel marinero al que apodaban *El Maera* había sido hallado muerto en extrañas circunstancias en las aguas del río Guadalquivir.

Por lo tanto, don Diego carecía de argumentos de peso a los que poder agarrarse para procesar al resto de los implicados. Eso conducía a estar en el mismo punto que en el mes de enero cuando el proceso comenzó.

La única diferencia era que don Diego tenía un compromiso con el encausado, y sabía que debía cumplir su palabra. El reo había colaborado en todo cuanto se le había solicitado, y por ello, debía ser recompensado, aunque en este caso la inoperancia de la justicia había llevado a que todo quedara en nada.

Además, don Diego se encontraba con otro problema a tener en cuenta. El estatus jurídico de los indígenas aún no estaba claro dentro de la legislación vigente. Era conocido que la reina Isabel tenía en consideración a estos pobladores del Nuevo Mundo, y que tenía la intención de legislar sobre el asunto para otorgarles la misma protección que a un español en plenitud de

sus derechos. Los reportes sobre los abusos contra los indígenas iban aumentando, y era un asunto que estaba en visos de regular. Pero, en cualquier caso, esas leyes aún no existían, por lo que don Diego tenía que agarrarse a lo poco que había y la palabra comprometida con el prisionero.

Una mañana, durante el desayuno, don Diego le comentó a su hija que aquella misma jornada tenía intención de dar por concluido el proceso, al menos en cuanto a él se refería (ya que cabía la posibilidad de que se planteara recurso a la sentencia, en cuyo caso, otra instancia se encargaría de dirimirla). Pero él, por fin, dejaría atrás el tema y podría centrarse en otros casos que no le exigían tanta urgencia. No cabía duda de que el veredicto iba a ser de culpabilidad, ya que contaba con la propia inculpación del detenido. Pero aparte de eso, Micaela no fue capaz de sonsacarle ni un ápice más de información.

—¿No pretenderás conocer tú la sentencia antes que el propio encausado? — le había dicho su padre con chanza.

—No, no, claro que no.

Y no volvió a insistir más sobre el tema. Pero la joven ya no pudo dejar de pensar en el asunto durante el resto del desayuno. Cuando su padre se marchó, atendió las necesidades de su madre y dejó organizado el trabajo de la casa con rapidez. Después, se dispuso a salir, sin dar explicaciones a nadie.

A esas alturas del año, el calor empezaba a apretar con fuerza. Por fortuna, todavía era temprano y corría una ligera brisa matutina que era de agradecer. Sabía que, en una o dos horas a lo sumo, si se repetían las temperaturas de días anteriores, iba a ser muy molesto estar en la calle a pleno sol. Pero eso no iba a detenerla. Tomó su cesto del mercado y algo de dinero y se dirigió hacia la plaza de San Francisco. No tenía intención de comprar nada, pero como siempre, aquella sería su coartada. Esta vez no tenía capa que la ocultase a los ojos de nadie, y era consciente de que con lo que pretendía hacer, se iba a ganar la reprimenda de su padre a buen seguro, aunque no le importó.

Los meses transcurridos desde que se cruzaran en la misma plaza con Manuel no había servido para olvidarle, tal y como pensaba que ocurriría. Muy al contrario. Los pocos recuerdos de los que disponía los guardaba en su interior como un tesoro, rememorándolos una y otra vez cuando llegaba la noche y se

refugiaba en la intimidad de su habitación.

Al llegar, se dirigió directamente a la Sala de Vistas de la vez anterior. Eran cerca de las once de la mañana y no tenía ni idea de si llegaba o no a tiempo. Un secretario del tribunal la reconoció en un momento que tuvo que salir de la Sala, extrañándose de verla allí a aquellas horas.

—Buenos días, Micaela. ¿Ocurre algo? ¿Su madre se encuentra bien? —le preguntó preocupado, pensando que la delicada salud de la señora pudiera ser la causante de aquella inesperada visita.

—Sí, gracias. No pasa nada, señor —lo tranquilizó con una sonrisa—. ¿Puedo preguntarle si mi padre sigue aún dentro en la Sala?

—Así es. Pero ya sabe que no puede atenderla ahora. Si necesita decirle algo, puedo transmitirle su mensaje cuando entre.

—No, por favor, no se moleste. Sólo pasaba por aquí y sentí el impulso de entrar a verle. Ya sabe usted cuanto me complace verlo ejerciendo sus quehaceres...

—Sí, lo sé. Pero no es apropiado que venga aquí, Micaela. Ya sabe que a don Diego no le agrada que se acerque a este lugar donde sólo hay delincuentes.

—Solo será un momento y le prometo que me marcharé en seguida. ¿Sabe si ha visto ya muchos casos?

—No, apenas un par de ellos. Le quedan tres vistas más.

—Por cierto, me comentó que hoy tenía previsto concluir un proceso que lo tenía particularmente inquieto. ¿Sabe si ya ha terminado con ese asunto?

—Sólo tiene uno listo para sentencia, así que supongo que se refiere a ese caso. Pero no, todavía no le ha llegado el turno. Si no me equivoco, creo que es último de la jornada.

—Ah... Bueno, en tal caso, marchó a comprar unas viandas al mercado y, a mi regreso, aprovecharé para pasarme por si hubiera terminado. Así le *obligo* a que vuelva conmigo y coma hoy con nosotras.

—Como desee. Y ahora, si me disculpa, tengo trabajo que atender. Le diré en todo caso que vendrá más tarde para buscarlo.

—No es necesario, mi señor, no vaya a ser que termine antes de tiempo en el mercado y al final no alcance a llegar a tiempo a recogerle.

—Como guste. —Y con una reverencia cortés, se despidió de la muchacha y se perdió por uno de los pasillos del edificio.

Sin embargo, Micaela no tenía intención de irse muy lejos. Se pasó el resto de la mañana merodeando por las calles adyacentes, haciendo tiempo para volver, mientras estaba pendiente de que Manuel volviera a atravesar la plaza de un momento a otro.

Los minutos transcurrían y cada vez se hacía más insoportable permanecer bajo el sol, cada vez más implacable. Cansada de esperar, decidió regresar al interior de la Casa Cuadra y se dispuso a esperar en un banco de la antesala donde tiempo atrás había estado hablando con el señor Alonso.

Por fin, lo vio aparecer por uno de los pasillos y supo que el momento que estaba esperando se aproximaba. No le sorprendió verlo con barba crecida y un poco más delgado que en su último encuentro pero, aparte de eso, volvió a detenerse la respiración cuando sus ojos se posaron en su figura. Manuel también la vio y se sorprendió de encontrarla allí, ya que hacía mucho tiempo que no había vuelto a saber nada de ella. Buscó su mirada, pero tras mantenerla durante unos segundos, la rehuyó.

Manuel la vio tan hermosa como siempre. O incluso más, puesto que no llevaba aquella odiosa capa que tanto la cubría, así como tampoco el velo que le tapaba el cabello. Algo bueno debía tener el calor habitual de la ciudad en aquella época del año. Por fin tenía un momento para poder apreciarla como deseaba, mientras esperaba a ser llamado a Sala. Le hubiera gustado cruzar algunas palabras con ella, aunque solo fuera para preguntarle cómo estaba y, sobre todo, saber por qué había desaparecido así de su vida. De forma tan sorpresiva como había llegado, se había ido. Hasta ahora.

Pero estaba demasiado lejos y los guardias que lo custodiaban le impedían moverse del sitio. Por primera vez que podía contemplarla sin la penumbra de los pasillos de su celda, así que no perdió ocasión y no le quitó el ojo de encima en todo momento. Alguna que otra vez, sus miradas se cruzaban, pero ella siempre desviaba la vista con rapidez para fijar su atención en cualquier punto indeterminado.

Diez minutos después, se dio por concluido el juicio que precedía al suyo. En el instante en que se abrieron las puertas de la Sala, Micaela se coló en ella y se sentó en una de las bancadas más alejadas de la tarima principal. Rogó en

silencio para que su padre no se percatara de su presencia, aunque al levantar los ojos para mirar de frente, se encontró con los de don Diego, reprobadores. Hubiera sido demasiada suerte que eso no ocurriera, pero siempre tendría la excusa de que había ido a buscarlo tal y como le había dicho a su secretario. Sin embargo, su padre no era ningún lerdo y, consciente del interés que aquel caso despertaba en su hija, esta iba a tener complicado argumentarle algo diferente a su intención de conocer de primera mano la resolución del caso.

Acto seguido, Manuel fue llevado ante la presencia de don Diego. Por fortuna, el prisionero no le hizo ningún gesto ni señal que pudiera delatar delante del juez que ambos jóvenes se conocían. Gracias a Dios, ni siquiera la miró; entró directo a ocupar su posición en la Sala, junto a su abogado, que lo esperaba de pie delante del estrado. Micaela distinguió a don Felipe que también se encontraba en la estancia, aunque, por suerte, él no lo había visto llegar. De nuevo dio gracias al cielo porque aparentemente el padre de Manuel no había reparado en ella. Y desde luego ella, no tenía intención de hacerse ver. En cuanto averiguara el contenido del dictamen de su padre, se levantaría de su asiento con el mayor sigilo posible y se marcharía antes de que nadie pudiera reconocerla.

Unos golpes secos retumbaron en la Sala para hacer callar a los pocos asistentes que se congregaban en ella. Don Diego entregó una documentación al secretario que, en pie, empezó a leer su contenido. Empezó con la identificación de las partes y de los hechos que se encausaban, pasando a exponer los antecedentes y las escasas averiguaciones conseguidas durante el desarrollo del proceso. Cuando llegó a las conclusiones, Micaela juntó las manos sobre la falda y, si no se puso a rezar en ese momento, fue por no perder el hilo de lo que a continuación se iba a exponer.

«Visto en juicio oral, público y en primera instancia la presente causa seguida ante esta Sala por delito de asesinato contra el acusado don Manuel Espinosa Salazar, sin antecedentes penales y con solvencia tanto personal como económica.

Habiendo quedado reflejado en el expuesto anterior los hechos que han de darse por probados en el presente procedimiento, según lo expuesto en los antecedentes antes indicados, así como los fundamentos jurídicos a los que se acoge este tribunal para dar cumplimiento a la normativa en vigor...

Por el presente debemos condenar y condenamos a don Manuel Espinosa Salazar a la siguiente pena:

Primero: Atendiendo a la petición de clemencia, y conforme a lo pactado entre las partes con este Tribunal, se condena al prisionero a una pena de no menos de 7 años de destierro, debiendo volver al lugar donde causó el daño, quedando obligado a resarcir el mismo con su trabajo y esfuerzo según lo dispuesto por el Gobernador de la Indias. Esta marcha tendrá carácter inmediato a la vista de la inminente expedición que está prevista zarpar en breves fechas. Si durante dicha estancia, el Gobernador o la persona en quien éste delegue no estimase la redención y resarcimiento del condenado del daño con su trabajo, la pena podrá incrementarse en otros siete años más, lo cual deberá ser comunicado a este tribunal tan pronto como sea posible.

Segundo: Proceder a la incautación de todos los bienes materiales del condenado, ya sean de carácter monetario o de propiedades a su nombre, que han de ser repartido de la siguiente manera una vez que los segundos hayan sido liquidados en su totalidad: El 30% de los mismos serán destinados a la Hacienda Real, de los cuales un 5% serán para sufragar las costas procesales de esta causa penal. Un 15% será destinado a la Santa Madre Iglesia que se encargará de gestionarlo como mejor considere para la realización de aquellas obras de caridad que resulten más necesarias en esta ciudad. Por último, el 55% restante, deberá ser invertido en reparar el daño infligido a los pobladores de las Indias Occidentales del modo en que determine el Gobernador de dichas tierras.

Tercero: Acceder a la petición de ambas partes y conceder un permiso excepcional de 5 días al condenado para preparar todo cuanto le sea necesario para su marcha, quedando bajo la custodia de don Felipe Espinosa Salguero, a quien se le declarará responsable de no personarse el condenado en la fecha indicada en el Puerto de Sevilla.

Cuarto:...»

Para Micaela fue suficiente. Se levantó con discreción y a hurtadillas entreabrió lo suficiente la puerta de la sala para que nadie notara su marcha.

Al salir, llevaba sentimientos encontrados. Por una parte, podía respirar

tranquila porque, tal y como estaba segura que ocurriría, su padre había cumplido con su palabra. Aún sin entender de estos temas más allá de lo que el buen juicio le dictaba, creía que la sentencia había sido justa. Como le había dicho su padre en varias ocasiones, no podía dejar el delito sin castigo, porque los hechos eran demasiado graves, a pesar de que ella tratara una y otra vez de olvidarlo. Pero, por otra parte, el destierro alejaría a Manuel de su lado para siempre... Eran siete años que podían convertirse en catorce. Y aunque esta última posibilidad no se diera, ya que su imposición quedaba ya en manos de terceras personas, siete años daban para mucho. Con seguridad él volvería a rehacer su vida y, de corazón, le deseaba la mejor de las suertes para el futuro.

Lo peor fue saber que se marcharía de manera inmediata y se alejaría de ella de modo definitivo, aunque, al fin y al cabo, ¿no sabía eso ya de antemano? ¿Creía acaso que podía tener alguna posibilidad de que él se volviera a fijar en ella una vez recuperase su vida? Micaela solo había querido luchar porque siguiera vivo, y en eso, había tenido éxito. Sin embargo, sentía como si con esta sentencia, aquello que había acaparado sus pensamientos durante tantos meses hubiera llegado a su fin. Solo le quedarían los recuerdos... y poco más. Esperaba que no se diluyesen con el paso del tiempo. Su vida era demasiado monótona como para olvidar esos meses que le habían resultado los más interesantes de su existencia y que la había hecho sentirse más viva que nunca.

Era el momento de pasar página y volver a su vida cotidiana.

Volver a sus pequeños problemas y su rutina diaria.

Volver a centrarse en su madre, su padre, su hogar y sus obras de caridad.

Volver a pensar en el momento en que dejaría su vida laica para consagrar definitivamente su alma a Dios.

Y por un momento, todo aquello le pareció de lo más tedioso.

Apenas dos horas más tarde, Manuel salía de la Casa Cuadra acompañado de su padre y su abogado. Era la primera vez en mucho tiempo que podía moverse sin la odiosa escolta de sus pegajosos guardias y sin los grilletes que tanto lo molestaban. Ansiaba llegar a casa y darse un buen baño para quitarse tantos meses de impurezas que sentía adheridas a su cuerpo a pesar de que

nunca le había faltado una pequeña jofaina de agua fría para asearse. Pero aquello era insuficiente. Necesitaba volver a sentirse persona de nuevo. Sobre todo, porque tenía muy claro lo que debía hacer en cuanto pudiera lograr deshacerse de la mugre que lo acompañaba. El tiempo apremiaba y no podía dormirse en los laureles. Un Ángel vagaba suelto por la ciudad y, por Dios, y así le costara los cinco días que tenía por delante antes de su marcha, lo encontraría antes de que el destino los separara de manera definitiva.

Capítulo 13

Dar las Gracias

Micaela se pasó el resto del día encerrada en su dormitorio, alegando un repentino dolor de cabeza. Con ello, intentaba que su padre no la amonestara durante la comida, aunque sabía que tarde o temprano tendría que dar la cara. Sin embargo, su ardid no sirvió de mucho cuando fue el propio don Diego quien, a media tarde, golpeó la puerta de su habitación para preguntarle por su salud. Y aunque no dudaba de que su preocupación fuera sincera, también era consciente de que era improbable que solo hubiera ido a interesarse por su estado...

—¿Por qué, Micaela? —le había preguntado cuando se sentó en el borde de la cama junto a ella—. A pesar de saber cuánto me desagrada que vayas a mi lugar de trabajo y que te mezcles con delincuentes a los que ni en sueños querría ver cerca de ti, me desobedeces a sabiendas de que ello supone un gran disgusto para mí. ¿No te has parado a pensar que algún malhechor podría identificarte o vincularte conmigo y tratar de hacerte daño?

—Lo siento, padre —dijo contrita.

—¿Por qué? Solo quiero que me contestes a eso —le volvió a preguntar.

—Padre, no sabría decirle el motivo. Fue un impulso, nada más. No era mi intención causarle una pena con mi comportamiento. Le prometo que no volverá a ocurrir.

Don Diego suspiró.

—Sé que no volverá a ocurrir, pero por una simple razón: Este caso se ha acabado para mí y, por lo tanto, también para ti. Lo hecho, hecho está, pero no puedo permitir que esto vuelva a suceder. Si de verdad me das tu palabra de que no se repetirá, me quedo tranquilo, porque nunca has incumplido una promesa. Sería muy triste y desagradable, porque dejaría de confiar en ti —le recriminó con dureza.

—No volverá a ocurrir, padre. Se lo prometo —volvió a repetir.

Don Diego asintió.

—En tal caso, me doy por satisfecho. Y ahora, me gustaría que bajaras, que te sentaras a la mesa a comer algo conmigo y olvidemos este asunto de una vez por todas.

Micaela sonrió levemente. Después de todo, la regañina no había sido para tanto, así que no pudo menos que congratularse en silencio por tener un padre tan benévolo. Sin embargo, los nervios que había sufrido a lo largo del día, le habían pasado factura y era cierto que no tenía ganas ni de bajar a comer, ni de mantener ningún tipo de conversación, ni con su padre ni con nadie. Deseaba descansar tranquila, olvidarse de los hechos del día y de todo lo acontecido en los últimos meses. Necesitaba empezar a recuperar la calma de la que siempre había hecho gala antes de que Manuel Espinosa apareciera en su vida y lograra quitarle el sueño cada noche. Había llegado el momento de cerrar el libro de esa historia y volver a su día a día.

—Padre, le aseguro que no me encuentro bien. Si no le importa, preferiría quedarme en mi habitación descansando hasta mañana.

Don Diego suspiró y se acercó a su hija para darle un beso en la frente.

—Como desees, pequeña. Al menos deja que te pida que te traigan algo para cenar. No quisiera que te durmieras sin nada en el estómago.

—Muchas gracias, padre —contestó, sólo para darle gusto.

A día siguiente, Micaela sabía que le quedaba una cosa pendiente por hacer, antes de pasar definitivamente página. Debía dar las gracias a quien correspondía y por ello, una vez que hubo organizado todo en casa, salió hacia la iglesia del convento de Santa Clara para agradecer al Señor su intercesión en el destino final de Manuel.

Se sentó en su lugar acostumbrado y se dispuso a oír misa. Oír la palabra de Dios y la liturgia del padre Gabriel la calmaba y la hacía olvidarse durante un rato de aquellas preocupaciones que la atormentaban a diario: su casa, su madre, Manuel... Sin embargo, cuando terminó la misa, Micaela se quedó sentada en el banco esperando que la iglesia se vaciara tanto de religiosas como de parroquianos. Quería mantener una conversación privada con el

Señor, sin que nada pudiera perturbarla o distraerla. Apenas empezaba a ordenar sus pensamientos cuando una voz familiar le susurró a su espalda.

—Buenos días, Ángel mío.

Micaela se quedó petrificada en su asiento, incapaz de girarse para comprobar si la voz era real o fruto de su imaginación. Como ella no contestara, ni hiciera amago de haberle oído, Manuel volvió a hablarle.

—He de reconocer que creí que sería más difícil dar contigo, pero qué lugar más apropiado para un ángel que refugiarse en una iglesia, ¿no crees?

Despacio, la joven fue girándose hasta encontrarse de frente con el rostro sonriente de Manuel, que la miraba con gesto divertido. Estaba arrodillado en el reclinatorio del banco donde ella se sentaba, así que sus miradas se encontraron a poca distancia. De inmediato, percibió el cambio en su aspecto. Aunque nunca tuvo un aseo especialmente descuidado, la barba que llevaba el día anterior había desaparecido, dejando su bello rostro al descubierto como cuando lo vio por primera vez. Su tez era pálida, pero no le extrañó después de tanto tiempo de cautiverio. Sus ropas, limpias y elegantes, en nada se parecían a las que llevara en la jornada anterior, tremendamente sucias y desgastadas. Pero, sobre todo, lo que pudo comprobar fue que la oscuridad de la cárcel no hacía justicia a su guapura, ya que le pareció verlo más atractivo que nunca.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo me ha encontrado? —consiguió preguntar al fin, una vez superada la impresión y la sorpresa.

La sonrisa de Manuel se amplió.

—Dios, ahora que puedo observarte de cerca, eres más hermosa de lo que recordaba —le confesó con el corazón en la mano.

—Señor, por favor. Este no es lugar para decir cosas así.

—¿Señor? ¿Volvemos a los formalismos?

—Manuel...

Volver a escuchar su nombre en los labios de Micaela le tocó el corazón. Seguía sin entender cómo aquel ángel había logrado colarse de manera perenne en sus pensamientos, pero lo cierto era que su recuerdo le había ayudado a sobrellevar muchas horas de tedioso encierro.

—Como te he dicho, pensaba que sería más complicado encontrarte. Ayer,

cuando me soltaron, esperaba verte a la salida y que pudiéramos hablar, pero no fue así. No te negaré que me sentí decepcionado, pero sabía que era sólo cuestión de tiempo que nos volviéramos a encontrar. —Ladeó la cabeza y le dedicó una sonrisa torcida—. Mi padre me puso al tanto de la visita que le hizo la *Hermana Ángel* y me dio el nombre del sacerdote que le mencionaste y la parroquia a la que pertenecía, así que vine dispuesto a hablar con él y preguntarle por ti. Lo que no esperaba era verte aquí sentada.

—No debió venir a buscarme.

—Ángel, ¿no entiendes que llevo meses soñando contigo? ¿Con vernos como un hombre y una mujer normales?

Aquella afirmación la hizo ruborizarse. Le costaba creer que fuera así, pero de lo contrario, ¿qué hacía él en aquella parroquia?

—¿Por qué te fuiste ayer? —volvió a preguntar él—. ¿Por qué no me esperaste, después de todas las molestias que has tomado conmigo?

—Manuel, tengo una vida —fue su simple justificación—. Ahora si me disculpa, debo marcharme. Tengo asuntos personales que atender. Me alegro que se encuentre bien y le deseo la mejor de las suertes.

Micaela se levantó para abandonar la iglesia. No deseaba que el padre Gabriel la viera conversar con aquel hombre tan apuesto con tanta familiaridad. A buen seguro, llamaría su atención y en cuanto tuviera ocasión, la interrogaría al respecto.

Pero Manuel no tenía intención de dejarla ir. Sin pensarlo, se puso en pie y la siguió de cerca hasta que ambos estuvieron fuera del recinto eclesiástico. Micaela lo sabía a su espalda, y apresuró el paso. Manuel la imitó y mantuvo la escasa distancia que los separaba. Finalmente, la joven se detuvo en seco y se giró para enfrentarlo.

—Señor, le ruego que no me siga. Le he dicho que debo atender cuestiones personales; por favor, déjeme en paz.

—Ángel, te recordaba más amable durante nuestros anteriores encuentros, en los que incluso te preocupabas por mí. Ahora no pretenderás echarme de tu vida, ¿verdad?

—Señor, por favor, nadie conoce mi relación con usted, por lo que no sería conveniente que nos vieran juntos...

Una sombra turbia oscureció los hermosos ojos verdes de Manuel.

—¿Tanto te avergüenzas de mí que no deseas que te vean en mi compañía? Si es así, dímelo con franqueza; yo lo entenderé.

Micaela suspiró. No estaba en su intención herir los sentimientos del hombre. Solo quería que la dejara irse sola, dado que, junto a él, le era imposible volver a casa. Cambió de rumbo y empezó a caminar en dirección al mercado; un lugar más concurrido, pero también, más neutro. Sin pensarlo, él comenzó a caminar a su lado.

—No es eso, señor.

—Manuel...

—Sus cuentas con la justicia está en vías de ser solventadas, por lo que no soy quien para renegar de usted. Solo quiero que comprenda que, como le he dicho, nadie sabe de mi relación con usted y deseo que siga siendo así.

—Ángel, son pocos los días que me quedan en esta mi tierra. ¿No puedes entender que quiera pasarlos con la persona que me ha salvado la vida? Lo que más deseo en este escaso tiempo que me resta aquí es poder conocerte y poder hablar contigo.

—No hay mucho de lo que usted y yo podamos hablar. Por mi parte, ya nada puedo hacer por ayudarlo —se encogió de hombros y le mostró sus manos vacías—. Siento que haya sido despojado de sus posesiones y que lo destierren, pero una vez dictada la sentencia, nada puedo hacer por cambiarla.

—¿Qué habrías de sentir, Ángel mío? Has salvado mi vida y te prometí que, si eso ocurría, te buscaría para darte las gracias en persona. ¿Acaso lo has olvidado?

—No tiene nada que agradecerme; lo único que hice por usted fue persuadirle para que aceptara el acuerdo que le habían propuesto. —Micaela le sonrió con su dulzura natural—. Siga usted su camino, que por mi parte le libero de cualquier tipo de reclamo que piense que podría realizarle.

—Es que ese es otro de los motivos por el que quería hablarte... Necesito que me digas que buscabas de mí.

—No le entiendo.

—¿Por qué te empeñaste tanto en ayudarme cuando no soy más que un desconocido para ti? —se detuvo y la agarró del brazo, haciendo que ella

parase también—. Porque lo soy, ¿verdad? Sentiría miedo de haberte conocido hace años y no recordarte.

Micaela no pudo evitar que una media sonrisa volviera a dibujarse en sus labios.

—Ya le dije que debería tener más confianza en el ser humano. No hubo más interés ni voluntad que la de ayudar a un semejante necesitado. Solo eso.

—Pero, ¿por qué yo? —le preguntó llevándose la mano al pecho—. No soy lo que se dice un buen hombre cuyo delito ha sido robar un mendrugo de pan para dárselo de comer a su familia hambrienta. Por eso no entiendo que, en vez de rehuirme como lo que soy, te empeñases en ayudarme. ¿Qué tiene mi lamentable historia que te hizo apiadarte de mí? Si es dinero lo que buscas, ya has visto que me han retirado todos mis bienes y que no volveré a ser el hombre acaudalado de antaño hasta Dios sabe cuándo, suponiendo que alguna vez me reponga de mi quebranto.

—¿Acaso no le parece acertada la sentencia?

—Ángel, estoy vivo, que es mucho más de lo que esperaba al principio. No debo sino agradecer al destino que te haya puesto en mi camino y que haya dado con un hombre que ha cumplido su palabra a pesar de que el esclarecimiento de los hechos, tal y como él pretendía, ha quedado en nada.

—Me alegro que piense así.

—Pero eso no ha contestado a mi pregunta.

—¿Creía que mi interés en ayudaros era por un motivo monetario? Quiero pensar que tal deducción es por curiosidad y no por deseo de ofenderme.

—Jamás pretendería tal cosa.

—Está bien. En tal caso, olvídense del asunto, que no tiene mayor trascendencia.

—No puedo... —admitió encogiéndose de hombros. Hizo una pausa antes de continuar—. ¿Es por mí? ¿Acaso deseas algo de mi persona?

Ella lo miró con extrañeza.

—¿Qué habría de desear yo de usted?

La pregunta resultó extraña hasta para los castos oídos de Micaela. No pudo evitar que sus ojos recorrieran al joven de arriba a abajo para verse

descubierta en su escrutinio por unos ojos verdes que parecían anhelantes. Aquella mirada hizo que Micaela se ruborizase y sintiera un sofoco repentino. Había tantas cosas que deseaba de él. Cosas que sabía que jamás tendría. Cosas que nunca podría tener...

Bajó la mirada, dio media vuelta y siguió su camino con paso presuroso.

—Manuel, insisto en que retome su camino y que, de verdad, si piensa que me debe algo por lo pasado, lo olvide por completo, porque nada le he de exigir. Ahora le ruego que me deje marchar.

—Eso no es posible.

De nuevo, ella se detuvo en seco.

—¿Por qué no habría de serlo?

—Apenas dispongo de un par de días para moverme con libertad, ya que el resto de los que me han concedidos debo dedicarlos a poner mis bienes a disposición de la justicia para que puedan proceder a su reparto y liquidación, así como a preparar las pertenencias que me permiten llevarme a mi exilio. Es por eso que debo aprovecharlos contigo.

—¿Conmigo? —lo miró sorprendida—. No, señor. Debe usted pasar estas horas con sus seres más queridos...

—Eso intento, pero me lo estás poniendo difícil...

—Manuel, no puedo llevarle pegado a mi falta todo el día. Tengo trabajo que atender.

Micaela apuró de nuevo el paso, pero él la retuvo por el brazo obligándola a aminorar su marcha.

—¿Por qué corres? ¿Dónde trabajas? ¿Acaso sirves en alguna casa?

—La única casa que debo servir es la mía. Tengo un padre y una madre a los que debo cuidar.

—En tal caso, quisiera conocerlos.

—¡No! —le espetó asustada—. Por favor, me está haciendo perder el tiempo y no dispongo de mucho. Si no me va a dejar marchar hasta que sacie su curiosidad o lo que sea que lo mantiene inquieto, dígame qué quiere de mí y permítame seguir mi camino, se lo ruego.

—Está bien. Para empezar, quisiera conocer tu nombre. El real. Por mucho

que me guste llamarte "*Mi Ángel*", sé que no es el tuyo. Necesito saber cómo te llamas.

Ella lo miró con extrañeza.

—De verdad que no alcanzo a comprender su insistencia. Ya le advertí que me resulta imposible facilitarle ese dato.

—¿Por qué?

—Los motivos que me lo impiden son los mismos que los de la última vez; no insista más...

—¿Tendré que seguir llamándote Ángel entonces?

—Lámeme como usted considere. —al fin y al cabo, dudaba mucho que volviera a versa nunca más... Poco importaba un simple nombre.

—Está bien, vuelves a ganar; ya aclararemos ese punto más adelante.

—Entonces, ¿sería tan amable de soltarme ya el brazo?

Manuel ladeó la cabeza y sonrió. En lugar de hacer lo que le pedía, le cogió la mano para que no escapara y pasó el brazo por debajo.

—Por cierto, ¿dónde vamos? —le preguntó él mientras comenzaba otra vez la caminata.

—Yo, al mercado; usted no sé... —contestó mientras trataba de soltarse, sin conseguirlo.

—Yo voy donde vayas tú.

—A ver, Manuel... ¿Acaso no ha oído que no deseo que nos vean juntos?

—En tal caso, no creo que el mercado sea un buen lugar, mi hermosura.

—Su padre me dijo que era tozudo, y estoy empezando a comprobar que el buen señor no mentía.

Una risa jovial salió de los labios de Manuel.

—Mi padre me conoce bien...

—Sigue sin decirme qué desea de mí para que me deje marchar... sola.

—Quiero saberlo absolutamente todo: quién eres, dónde vives, como transcurren tus días, si alguien te pretende, si hay posibilidad de convencerte para conocer a tu padre... todo, excepto tu nombre, que por ahora sigue vetado para mí.

—Se está burlando de mí...

—En absoluto, Ángel. Debes comprender que, durante los meses de encierro, te convertiste en mi mejor pensamiento y en mi más grato recuerdo. Cada día esperaba con impaciencia a que el cura apareciera, y que, con él, lo hicieras tú; pero fuiste cruel al regalarme tu presencia en tan pocas ocasiones. He soñado con tu rostro, con tu pelo, con tus ojos, con tus labios... Te he imaginado paseando junto a mí por estas calles como si fuéramos una pareja de enamorados. Cuando cerraba los ojos, te sentía pegada a los hierros de la celda y tus labios volvían a unirse a los míos... y me encendía de solo pensarlo, convirtiendo mi anhelo por repetir esa experiencia en la mayor de mis ambiciones.

A medida que andaban, Manuel la iba conduciendo por caminos que no llevaban en absoluto al destino que ella le había marcado. Micaela se sentía tan atrapada en sus palabras, que ni siquiera se había percatado de que la conducía por callejuelas cada vez más estrechas y solitarias. Debía tener miedo de él, de aquellas palabras que estaban provocando que se sonrojase más y más, y que al mismo tiempo la inquietaban y la complacían.

De repente, él se detuvo y la apoyó contra el muro de una casa que parecía abandonada. Una voz de alerta seguía palpitando en la cabeza de Micaela, pero no era capaz de hacer nada para acallarla o poner a salvo sus sentidos. La mano de Manuel ya no estaba sobre la suya, sino que se había deslizado por su cintura mientras afirmaba la otra sobre la pared, impidiéndole escapar. La acercó a su cuerpo y bajó la cabeza lo suficiente para que ella pudiera sentir su aliento sobre la mejilla.

—¿Cómo puedes decirme que te deje marchar sin más? ¿No entiendes lo absurdo que resulta que me pidas que pase el día con nadie más cuando tú eres la única que ocupa mis pensamientos? —le dijo con voz ronca.

El corazón de Micaela palpitaba descontrolado, pero seguía sin poder articular palabra. Aquel hombre tenía la capacidad de obnubilarla hasta el punto de no ser consciente de nada más allá de cuanto la rodeaba. Y estaba convencida de que él era conocedor del efecto que le producía.

Manuel sabía lo que debía y quería hacer. Ante la falta de resistencia de la joven, aprovechó el momento para fundir sus labios con los de ella buscando la respuesta que tan deseoso estaba de obtener. Micaela sabía que aquello no

podía estar bien, pero no era capaz de hacer nada para detenerlo.

Manuel se sirvió de toda su experiencia para provocar que ella le devolviera el beso. Jugó primero con sus labios, rozándolos con los suyos y acariciándolos con su lengua. Poco a poco, los fue abriendo hasta conseguir morderlos con suavidad, tirando de ellos con una leve succión. Pero aquello era insuficiente. Movi6 la cabeza y uni6 m6s profundamente sus bocas, mientras lograba que ella mantuviera sus labios separados para deleitarse con perderse en la humedad de su interior. La busc6 una y otra vez, incit6ndola, sabore6ndola, hasta que ella empez6 a besarlo de la misma manera. Y cuando por fin Micaela se rindi6 a su abrazo, uniendo su lengua con la de 6l con frenes6, Manuel sinti6 que se perd6a. La mano que ten6a sobre la pared vol6 a juntarse con la otra y estrech6 su delicado cuerpo contra el suyo con fuerza y determinaci6n, como si pretendiera fundirse con su piel. Todos los meses que llevaba sin gozar de compa6aia femenina comenzaban a pasarle factura de una manera que ni 6l mismo hab6a alcanzado a imaginar. Y aunque pod6a haber buscado un alivio a tantos meses de abstinencia forzosa entre sus *amistades*, ni siquiera se plante6 estar con nadie m6s que con aquella que ahora se rend6a a sus caricias con su mismo 6mpetu e intensidad. Baj6 sus manos hasta posarlas en su trasero, apret6ndola contra su miembro hinchado que evidenciaba su necesidad.

—Ángel, ven conmigo a un sitio m6s tranquilo donde podamos estar solos. Gocemos juntos de este deseo que nos invade —le dijo Manuel en un susurro.

No debi6 hablar. Aquellas palabras sacaron a Micaela del trance en el que se encontraba. Deb6a parar aquella locura antes de que fuera tarde. Lo que estaba haciendo con Manuel estaba mal, muy mal. Iba a tener que rezar muchas novenas para implorar perd6n por su comportamiento imp6dico.

—No...

—Ángel...

—Manuel, por favor, su6ltame —le pidi6 asustada mientras empezaba a forcejear intentando separarse de 6l.

—Ángel, me has demostrado que no es eso lo que deseas. Ven conmigo, por favor...

—No, no, no...

En ese instante, una voz al fondo del callejón detuvo a Manuel.

—¡Eh, usted! ¡Suelte a la damisela de inmediato! —se oyó decir a un hombre que había reparado en la situación de la muchacha que trataba con insistencia de separarse del hombre que parecía atacarla.

Manuel se detuvo y en aquel momento fue consciente de que la muchacha parecía realmente asustada. Se había dejado llevar hasta tal punto por su pasión que no había reparado en que ella ya no se mostraba tan dispuesta como al principio.

El señor que los había interrumpido, se aproximaba con rapidez espada en mano, dispuesto a combatir por el honor de aquella dama en apuros.

—¡Suelte a la señora, rufián!

Manuel se separó de ella y dio un paso atrás, momento que aprovechó Micaela para poner distancia entre ellos. Sin embargo, cuando vio a su salvador con la espada en la mano, se empezó a preocupar de verdad de que aquel incidente pasara a mayores. No se había preocupado en que Manuel salvara la vida del patíbulo para que cayera al día siguiente bajo la espada de un desconocido.

—Señor —lo detuvo de inmediato alzando los brazos e interponiéndose entre este y Manuel—, le agradezco su intervención, pero no es preciso que este incidente pase a mayores.

—¿Se encuentra bien? ¿Le ha causado algún daño este maleante? —le preguntó sinceramente preocupado.

—No, no, mi señor. Solo ha sido una disputa de enamorados —se excusó con la primera mentira que le vino a la cabeza—. Le ruego que envaine su espada, pues como ve, mi prometido no va armado.

—¿Está segura? Puedo llamar a unos oficiales para que la asistan y coloquen a este hombre en su lugar.

—¡No! —gritó asustada—. No será necesario, por favor. El señor ya se marcha a casa y yo, haré lo propio. De verdad, le repito que aprecio su ayuda, pero le rogaría encarecidamente que el incidente que ha presenciado no salga de este callejón.

El hombre pareció aceptar la petición, ya que en efecto podía tratarse de una simple riña de pareja, visto el interés de la muchacha en proteger a su

supuesto agresor.

—En tal caso, marche tranquila, joven dama. Yo me quedaré acompañando a su *prometido* para evitar que vaya tras usted en busca de una posible represalia.

—No será necesario, caballero —intervino Manuel que había permanecido en silencio. El miedo que Ángel había demostrado acabó con toda la pasión que por un momento le había poseído, dejándole una profunda tristeza en el alma —. Ella sabe cuán lejos de mi intención queda causarle daño alguno.

—Es posible, pero yo no le conozco e ignoro sus intenciones.

—Señor, si me voy, ¿me da su palabra de que mi prometido no sufrirá daño alguno y que tan pronto como me haya marchado lo dejará ir en paz? — preguntó Micaela al desconocido.

—Si así lo desea, cuente con ello, mi señora.

Con un gesto de asentimiento, que a su vez pudo entenderse de agradecimiento, Micaela dio media vuelta y salió corriendo en dirección a su casa.

Capítulo 14

Estúpida

Al día siguiente, Manuel regresó a la iglesia donde había encontrado a su Ángel, aún a sabiendas de que era improbable que volviera a hallarla allí. Llevaba un sobre en las manos y tuvo que esperar a que finalizara la misa que se oficiaba en ese momento para acercarse a la sacristía.

—¿Padre Gabriel? —preguntó al hombre que en aquellos instantes se despojaba de los sagrados hábitos.

—¿Sí?

—¿Podría hablar con usted un momento? No lo entretendré mucho tiempo, pero preciso que me dedique unos minutos.

—Por supuesto, joven. Los siervos de Dios siempre estamos disponibles para aquellos que nos necesitan. Pase usted, buen hombre, y siéntese. —Manuel ocupó el asiento que el sacerdote le indicaba—. Y bien, ¿en qué puedo ayudarle?

—Me llamo Manuel Espinosa y acabo de salir de la cárcel real donde he estado prisionero durante los últimos meses por un asunto de gravedad. Acabo de ser juzgado y condenado al destierro durante los próximos años, y antes de marcharme, necesitaría pedirle un favor.

—¿Desea acaso confesarse ante Dios?

—No, no. Lo que vengo a implorar de usted es un asunto mucho más terrenal. —Carraspeó buscando las palabras que debía decir—. Durante mi cautiverio, conocí a una religiosa que me ayudó mucho y a la que deseo dar las gracias en persona antes de partir. Desconozco su nombre y no sé cómo hacer para encontrarla y agradecerle por sus sabios consejos y su ayuda desinteresada. Lo único que sé es que lo acompañó en varias ocasiones que fue a dar misa a la cárcel. Es por eso que acudo a usted para rogarle, si está en su mano, que me ayude a encontrarla antes de mi marcha.

El padre Gabriel lo miró con ojos escrutadores.

—Supongo que su padre es don Felipe Espinosa, ¿cierto?

—Así es. ¿Lo conoce?

—Sólo de oídas, pero recuerdo que alguien me preguntó por él hace unos meses. No hace falta que me dé más detalles; conozco a la joven por la que pregunta.

—¿Podéis ayudarme a dar con ella?

El Padre Gabriel se encogió de hombros.

—Lo lamento, joven. No puedo proporcionarle información sobre la muchacha, ya que debo preservar su anonimato. No obstante, si tan importante es para usted, puedo transmitirle nuestro sincero agradecimiento para que pueda ir en paz. Es lo único que puedo hacer por usted.

Manuel suspiró.

—Lo comprendo y, en cierto modo, tampoco me sorprende su negativa ya que desconozco el funcionamiento interno de las órdenes religiosas y cabía la posibilidad de que la joven no pudiera atenderme personalmente. No obstante, me he atrevido a escribirle una nota para expresar esta gratitud y, aunque desconozco si la muchacha sabe leer, confío en que usted pueda hacérsela llegar antes de mi partida. Así podré embarcarme con la conciencia tranquila al haberle transmitido cuan agradecido estoy por su intercesión.

—La muchacha sabe leer y escribir —dijo el cura con una sonrisa satisfecha—, y hoy mismo sin falta le haré llegar su misiva para que pueda partir tranquilo. Incluso, si lo desea, le pediré que la lea tan pronto como le sea posible, por si ella a su vez desea transmitirle algún mensaje antes de que se vaya.

Aquello era todo cuanto Manuel deseaba oír.

—Con eso me basta, padre. Podré abandonar mi tierra con un peso menos en mi conciencia, así que sólo me resta agradecerle su tiempo y su colaboración.

—No tiene nada que agradecer, buen hombre. Me agrada poder ayudarlo.

Manuel asintió.

—No lo molesto más, Padre. Imagino que debe estar ocupado y no deseo entretenerlo más de lo preciso.

Ambos hombres se levantaron y se dirigieron hacia la puerta.

—Vaya usted con Dios, señor Espinosa. Y que el Santísimo guíe sus pasos en esta nueva etapa de su vida.

—Eso espero, Padre. Eso espero.

Sin embargo, una vez que hubo salido de la iglesia, Manuel en vez de tomar cualquier dirección, aguardó escondido en una calle aledaña a que el padre Gabriel saliera, con la esperanza de que cumpliera su palabra de llevar aquel mismo día la carta a su Ángel.

No le extrañó que el cura tampoco quisiera darle información sobre la muchacha. Si ésta no lo había hecho, alguna razón había, y era obvio que el sacerdote debía ser conocedor del motivo.

Tuvo que esperar bastante rato hasta que por fin vio salir al sacerdote, y se dispuso a seguirlo con la mayor discreción posible. Si todo salía según sus planes, antes de finalizar el día, conocería, si no la identidad de la mujer que se había adueñado de su corazón, al menos sí de su paradero.

El padre Gabriel se dirigió primero a un par de iglesias cercanas donde se demoró en salir un buen rato. Era posible que estuviera ofreciendo nuevas misas, pero Manuel no estaba dispuesto a entrar para comprobarlo. A continuación, se dirigió a la Cárcel Real, y allí tuvo que esperar pacientemente hasta que el sacerdote diera su siguiente paso. De ahí partió hacia un corral de vecinos de aspecto humilde, y mientras trataba de fijarse en las casas en las entraba, rogó por que ninguna de ellas fuera la de su Ángel, de lo contrario, le iba a resultar muy difícil dar con ella. Era ya la hora de almorzar cuando el cura se dirigió a una última residencia que, sin ser tan humilde como las anteriores, parecía de gente modesta. Se trataba de una vivienda de estilo castellano, a saber, con un zaguán que conducía al interior de la casa que permanecía cerrado hasta que alguien acudiera al llamado de la aldaba. El cura golpeó el portón con fuerza, y para satisfacción de Manuel, su Ángel en persona fue quien acudió a abrirle, saludando al religioso amablemente y haciéndolo pasar.

Ahora sí, sabía dónde encontrarla.

—Padre, ¿qué le trae por mi casa a estas horas? —le preguntó Micaela mientras lo acompañaba al comedor—. Me disponía a almorzar cuando ha llegado, por lo que, si lo desea, puede hacerme compañía. Mi padre no ha venido a comer, así que hay suficiente para los dos.

—En tal caso, y si no es mucha molestia, acepto encantado. Necesito un poco de reposo, antes de continuar mi camino. O al menos algún refrigerio, que el calor aprieta demasiado.

—Siéntese entonces y póngase cómodo; ahora mismo lo atiendo.

Una vez estuvo todo dispuesto, y la comida servida, Micaela volvió a preguntarle por el motivo de su visita; no era habitual que el sacerdote pasara por su casa a esas horas de la tarde.

—¿Cómo sigue doña Carmela? —se interesó el cura.

La mirada de Micaela se ensombreció.

—No muy bien, padre. Pensábamos que una vez que se fuera el frío, ella mejoraría, pero no solo no ha sido así, sino que ha empeorado.

—¿Y qué dice el médico?

—Que su mal es interno y que, cuando sufra una crisis y sus dolores de huesos se vean agravados, sólo podemos ayudarla con pociones que alivien su dolor. Pero esas medicinas solo contribuyen a que pase los días más dormida que despierta. La verdad, es que nos tiene muy preocupados.

—Lamento oír eso, hija. Si te sirve de consuelo, trataré de pasarme más a menudo en estos días.

—No puedo asegurarle que la encuentre despierta, Padre.

—No importa; de todas maneras, trataré de visitaros más a menudo por si necesitarais de mí.

—Se lo agradezco.

—Pero en esta ocasión, he de decirte que no he pasado por tu casa a causa de tu madre, sino para verte a ti, Micaela. —Meció la cabeza antes de continuar—. Hoy, un señor ha pasado por la sacristía preguntando por ti.

Micaela supo de inmediato de quien se trataba. Aquello fue suficiente para que de repente se le formara un nudo en el estómago y se le quitara el apetito por completo. No obstante, trató de disimular y aparentar indiferencia a pesar

del creciente rubor de sus mejillas.

—¿Por mí? ¿Y qué señor era ese?

El sacerdote sacó el sobre ya arrugado de su bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

—Se trata del señor Espinosa, aquel hombre por cuyo padre me preguntaste una vez. ¿Lo recuerdas?

—Sí, padre.

—Por lo visto ya le han dictado sentencia y ha de marcharse desterrado durante un tiempo. Debe sentirse satisfecho con la pena impuesta pues ha mostrado mucho interés en de localizarte para darte las gracias por tus consejos.

De repente, Micaela sintió pavor de que el cura le hubiera dicho dónde podía encontrarla.

—¿Y lo ha hecho, padre? ¿Le ha dicho acaso donde vivo?

—¿Cómo iba a hacerlo, hija mía? Aún recuerdo nuestra conversación sobre la inconveniencia de que se conociera tu identidad. Le dije que no podía proporcionarle esa información. A cambio, le ofrecí ser yo el encargado de transmitirte su agradecimiento, ya que parecía muy interesado.

—Yo no hice nada por él, Padre. Solo le aconsejé que debía colaborar con la justicia para que ésta fuera benévola con él. Nada más.

—Sea lo que fuere lo que hiciste, él parecía sinceramente agradecido. Y como había supuesto que yo no iba a proporcionarle la información que venía buscando, me entregó esta carta para que la leyeras antes de su partida. Le prometí que lo harías y por eso me he acercado a visitarte.

Micaela desvió sus ojos hacia el documento, deseosa de cogerlo y salir corriendo hacia la intimidad de su habitación donde la leería con tranquilidad. Pero debía contenerse; más en presencia de su invitado.

—Me pareció un hombre muy educado y cortés —continuó el sacerdote.

—Sí, a mí también me lo pareció, aunque sólo lo atendí en un par de ocasiones. Si su causa ha resultado favorecedora, no puedo sino alegrarme por él.

—También me pareció un hombre muy atractivo. Y se le notaba muy interesado en tu persona.

¿Tan evidente era su azoramiento que el Padre le estaba tratando de sonsacarle información? ¿O sólo era impresión suya a causa del remolino de sensaciones que sentía en su interior?

—Bueno, la verdad es que no creo ser merecedora de tanto reconocimiento. Como le digo, solo fueron un par de veces lo que tuve ocasión de hablar con él y fue de manera muy superficial y breve. Como con los demás prisioneros.

—¿Seguro que como los demás prisioneros? —le preguntó al verla que cada vez se ponía más y más colorada.

—Claro. ¿No pensará que el señor Espinosa pudiera tener algún interés en mí o yo en él...? —le dijo intentando sonar graciosa—. Además, ¿no se dice que el diablo tiene los ojos de color verde?

—¿Dónde has escuchado semejante tontería?

—Se lo oí decir una vez a Sor Teresa.

—Hija, el demonio está en el interior de cada persona, no en color de sus ojos.

—Sea como fuere, no puedo sentir ningún tipo de interés por una persona que lleva en sus espaldas los delitos que el señor Espinosa ha cometido.

—¿Estás segura?

—Muy segura, padre.

El sacerdote no insistió más. Si algo tenía guardado Micaela, no dudaba que tarde o temprano acudiría a él para contárselo en confesión. Aunque, siendo una muchacha tan inocente y casta, a buen seguro que ni siquiera había reparado en la apostura y gallardía del tal Manuel Espinosa.

Cuando el cura se marchó de casa, Micaela dejó el comedor sin recoger, tomó la carta y se marchó rauda a su alcoba. Desde su encuentro con Manuel del día anterior, no se había atrevido a salir de casa. Se había pasado toda la tarde rememorando sus besos, y parte de la noche rezando para clamar perdón por sus pensamientos impuros. No era propio de ella tener ese tipo de ansías, y estaba segura que estaba muy mal sentir deseos más propios de una mujer libertina que de una futura religiosa. La lucha que se debatía en su interior estaba dejándola exhausta.

Por primera vez, se alegró de saber que pronto se marcharía lejos para no tener tentaciones que hicieran flaquear su debilitada fortaleza; al menos, su

paz y su tranquilidad se lo agradecería... y a esas alturas, era lo único que deseaba.

«Embustera. Mentirosa», le gritó su conciencia.

Se ahogaba por dentro al pensar que nunca más volvería a verlo. En más de una ocasión se había tenido que morder los labios para reprimir las ganas de llorar que sentía de pensar que Manuel pronto se iría y que ella tendría que volver a su monótona y organizada vida.

Abrió la carta con dedos algo temblorosos y se sentó de un golpe en su cama para empezar a leerla con atención:

«Ángel mío,

Sabes que debo llamarte así porque no tengo otro nombre con el que poder hacerlo.

Ante todo, quisiera pedirte perdón si con alguno de mis actos he podido llegar a ofenderte, pero sabes que lejos de mí está o ha estado la intención de causarte algún daño o pena.

Como sabes, marcho mañana temprano a cumplir mi condena en el extranjero. Todo está previsto para que suba a un barco que me llevará a Cádiz y desde allí pondré rumbo al que será mi hogar durante los próximos años.

Sé que no tengo derecho a pedirte esto, pero deseo agradecerte personalmente todo cuanto has hecho por mí. Me sentiría muy honrado y complacido si pudieras venir a despedirme a casa de mi padre, donde me estoy hospedando estos días. Alguien me dijo que debía pasar estas pocas horas que me quedan en mi patria con mi familia y mis seres queridos. Y eso estoy tratando de hacer de todo corazón. Solo hay una persona que me falta para poder cumplir con ese cometido.

Siempre agradecido,

Manuel Espinosa.»

Micaela releyó la carta un par de veces más, y se sintió un poco decepcionada porque le resultó bastante neutra. ¿Qué esperaba acaso? ¿Una declaración de amor?

«Estúpida».

Solo le daba las gracias por su intervención, lo mismo que le había dicho el Padre Gabriel, y le pedía perdón por sus actos. ¿Acaso se arrepentía de haberla besado? Por supuesto, ella era consciente de que no había estado bien, pero, ¿tanto como para pedirle perdón?

Micaela soltó la carta sobre la cama, se puso en pie y se arrodilló en el reclinatorio.

—Virgen Santísima, Madre de Dios, ayuda a esta tu sierva que está llena de confusión y zozobra. ¿Por qué me molesta que me pida perdón? ¿Acaso no es esa la actitud correcta por haberme faltado como lo hizo? Sin embargo, a Ti no puedo engañarte. A pesar de que mi mente me dice que mi comportamiento indecoroso debe avergonzarme, mi corazón se hincha de emoción de recordar sus besos y sus abrazos. ¿Qué me está pasando? ¿Soy peor persona por ello? Estoy segura de que fue Tu intercesión la que hizo que aquel hombre apareciera en el callejón para evitar que cometiera una locura. Me dejé llevar por mis sentidos inexpertos y por las profundas emociones que él provoca en mí, sin pararme a pensar que aquello estaba mal. Y te doy las gracias, Virgencita. Pero entonces, ¿por qué siento tantas ganas de llorar? ¿Por qué no puedo dejar de pensar en su boca y en aquellas cosas que me hacía? ¿Por qué siento estas ansias de querer ir más allá cuando sé que sería el error más grave que podría cometer en mi vida? Te ruego, te imploro, que lo saques de mi cabeza y de mi corazón. Si esto es una prueba para demostrar si soy digna de entrar a Tu Servicio, debo decirte que jamás pensé que fuera tan duro. Pero debo ser fuerte y aceptarlo como una buena cristiana, pero por el amor de Dios, ayúdame. Por favor, guíame en este tormento interior y sálvame de la tentación.

Se dispuso a rezar un Ave María cuando unos golpes retumbaron de nuevo en la puerta de entrada. Aunque podía dejar que otra persona abriera, era probable que estuvieran ocupados con otros quehaceres, así que se santiguó, dejó sus rezos para más tarde y acudió a atender la llamada.

Al abrir ésta, aquellos ojos verdes que tanto la atormentaban se clavaron en los suyos para saludarla con un jovial «*Buenas tardes, Ángel mío*».

Capítulo 15

La Proposición

Micaela no podía salir de su asombro al ver a Manuel en la puerta de su propia casa. Su gesto de desconcierto debía ser tal que Manuel no pudo aguantar la risa de ver su espanto.

—Por el amor de Dios, ¿qué haces aquí?

Estaba tan sorprendida, que ni siquiera se dio cuenta que había dejado el trato formal que siempre le dispensaba.

—¿Pensabas acaso que podía dejar nuestra conversación de ayer sin terminar?

—¡No puedes estar aquí! Por favor, márchate.

—¿Vives aquí?

—¡No!

Manuel sonrió.

—Sí... ¿Tu padre está? Me gustaría hablar con él.

Micaela se congratulaba de ser una persona serena y poco propensa a nerviosismos, pero este hombre conseguía romperle todos sus esquemas.

—Pero que insistencia en hablar con mi padre, por el amor de Dios. Él no está —a Dios gracias, pensó—, y mi madre está enferma. Por favor, no puedo atenderte. Márchate.

—No voy a irme. ¿Te entregó el Padre Gabriel mi carta?

Las aletas de la nariz de Micaela empezaron a hincharse en una respiración profunda.

—¿Es así como me has encontrado? ¿Has seguido al padre hasta aquí? Te tendría que dar vergüenza servirte de un buen hombre como él para conseguir tus fines.

Manuel se apoyó de manera descuidada sobre la pared.

—Hermosura, no me lo estás poniendo fácil. Me tengo que servir de lo poco que tengo. No me has dejado otra opción.

—Si solo has venido hasta aquí para saber si el Padre me ha entregado tu carta, la respuesta es sí. Ya la he leído y te deseo mucha suerte. Ahora vete de aquí.

—¿No me vas a invitar a pasar?

—¡No! ¿Estás loco?

—Está bien. Entonces acompáñame.

—¿Acaso no has oído que tengo a mi madre enferma? No me puedo marchar.

—Deseo hacerte una proposición. Necesito hablar contigo unos minutos.

—Sí, como para fiarme yo de tus proposiciones. Ya me dejaste claro ayer que tus intenciones no son buenas, así que ni loca he de seguirte.

—Y por ello te he pedido disculpas en la carta, por si no lo has leído.

Micaela estaba empezando a impacientarse.

—Sí, la he leído. Muy bien, acepto tus disculpas. Ahora márchate.

Viendo que Manuel no se movía, Micaela hizo ademán de cerrar la puerta en sus narices, pero él lo evitó plantando una mano en la hoja al tiempo que hacía fuerza para impedir que ella consiguiera sus fines.

—¿De verdad me estás echando, Ángel?

—Manuel, me estás empezando a desesperar. Esta es mi casa, mi terreno. No tienes derecho a venir a mi puerta e importunarme a mí o a los míos. Creo que no merezco esto.

—Te he dicho que tengo una proposición que hacerte, pero no quisiera formularla aquí en medio de la calle. Te prometo que no te entretendré mucho tiempo.

—Sea lo que sea, no me interesa. Vete de una vez.

Manuel se encogió de hombros, y sin ser invitado, se coló en el zaguán de la vivienda.

—Cielo, ahí fuera hace un calor espantoso, y puesto que tú no estás dispuesta a atenderme, insisto de nuevo en hablar con tus familiares. Si tu madre está enferma como dices, no tengo ningún problema en esperar a tu padre el tiempo que sea necesario. En realidad, esto era algo que prefería hablar

previamente contigo, pero puedo hacerlo con él si tu no me das opción.

—Pero, ¿qué te traes ahora entre manos, por Dios?

—Acompáñame y lo averiguarás.

—Si no fuera blasfemia, estaría dispuesta a jurar por lo más sagrado que no entiendo esta insistencia que muestras.

—Por favor. Es importante... —fue su única respuesta.

Micaela sopesó qué debía hacer. Aunque ya era tarde para que su padre hiciera acto de presencia para comer, no podía permitirse el riesgo de que por cualquier motivo éste llegara y viera a Manuel allí en su propia casa.

—Si accedo a acompañarte, debes darme tu palabra de que no tratarás de socavar mi voluntad como ayer en ningún momento. Que te comportarás como un auténtico caballero.

—Ángel, me comportaré tal y como tú quieras que me comporte.

Sin embargo, con aquella afirmación se sintió tan tranquila como un cordero acechado por el lobo.

—Maldita sea... Tienes diez minutos, no más.

Mientras Micaela daba aviso en casa de que debía ausentarse un momento, Manuel se dedicó a buscar un coche que les llevara a ambos con rapidez al lugar que él tenía pensado, ya que el trayecto no era corto.

Cuando la joven vio el coche parado en la esquina de la calle, aún se sintió más temerosa. No debía dar el paso, lo sabía. Era una locura acompañarlo dondequiera que él quisiera llevarla, pero él le había dado su palabra de que se comportaría con corrección. ¿O no?

—¿Dónde se supone que vas a llevarme? —le preguntó mientras el joven la ayudaba a subir al coche.

—A mi casa.

—¿A la de tu padre?

—No, a la mía.

Micaela, que acababa de sentarse en el asiento, volvió a ponerse en pie con la intención de bajar por el mismo sitio por donde había subido.

—Ah, no...

—Vamos, Ángel, fíate de mí. No voy a comerte.

«De quien no me fío es de mí», se dijo a sí misma.

—Manuel, ¿no te das cuenta de que no es correcto que me lleves a tu casa?

—Entonces, ¿dónde preferirías ir para sentirte cómoda?

—Me da igual, siempre que sea un lugar público y lleno de gente.

El joven suspiró.

—¿A estas horas de la tarde? ¿Con el calor que hace? Hermosura, como no te lleve a orillas del río poca gente te vas a encontrar por la calle.

—Pues entonces, vayamos allí. Estoy segura de que lo que tienes que decirme puede hacerse en poco tiempo. Y después me vuelvo a mi casa.

Manuel se sentó a su lado y aseguró ambas portezuelas para impedir cualquier nuevo intento por parte de ella para bajarse del vehículo.

—Ángel, no sé cómo hacer para que te fíes de mí. ¿Qué debo prometerte? ¿Qué debo decirte para que te relajes en mi compañía?

—Es que no me resulta fácil. No estoy acostumbrada a tener compañía masculina.

Y mucho menos una como la suya...

—Pues en esta ocasión tendrás que hacerlo.

Cuando llegaron, apenas veinte minutos más tarde, Manuel la condujo a la que debía ser una de las salas principales de la casa. Estaba tan nerviosa que no podía concentrarse nada más que en la mano del hombre que se empeñaba en coger la suya para guiarla a donde él quería. Sin embargo, Manuel chasqueó la lengua cuando comprobó que todos los muebles estaban movidos y la mayoría de ellos estaban cubiertos con grandes sábanas.

—Vaya, olvidé que todo se está disponiendo para su venta. Ves, esta es una de las consecuencias de mis actos: pierdo mi casa con todo lo que hay dentro. Por fortuna, me permiten conservar aquellos enseres más personales. Ven, acompáñame arriba.

—¿Qué hay arriba?

—Una habitación sin más, como tantas otras. Pero espero que al menos allí no hayan quitado aún los muebles de en medio.

Micaela sabía que se estaba metiendo en la boca del lobo, pero ya no tenía sentido arrepentirse. Sin embargo, la voz interior que todos llevamos dentro le empezaba a gritar que diera media vuelta y saliera corriendo de allí. Manuel abrió una de las puertas del corredor y la hizo pasar al que era su dormitorio, que todavía permanecía intacto.

—¿Serías tan amable de sentarte? Junto a la ventana tienes una silla.

—¿No podríamos ir a hablar a otro lugar?

—Ya has visto como tengo la casa... Además, aquí nadie nos va a interrumpir.

—¿Acaso hay alguien? —eso sí la tranquilizó.

—Es probable que haya todavía algún que otro sirviente recogiendo sus pertenencias. Van a trasladarse a casa de mi padre, que ha aceptado cogerlos a su servicio para que no se queden sin empleo.

—Tu padre es un buen hombre.

—Sí, lo es.

—Y bien, ¿qué era lo que tanto interés tenías en contarme?

—Toma asiento, te lo ruego —insistió él.

—Está bien —cualquier cosa con tal de terminar de una vez con aquel sufrimiento que la tenía con los nervios hechos polvo.

—Ángel... —Manuel carraspeó. Por primera vez desde que lo conociera, Micaela tuvo la impresión de que se encontraba tan nervioso como ella (bueno, quizás no tanto...)—. A ver cómo te digo esto sin que te parezca demasiado chocante.

Cogió una silla junto a los pies de la cama y la situó frente a la de la muchacha.

—A ti no puedo decirte que soy una buena persona ni tampoco tengo intención de engañarte aparentando que me he vuelto un dechado de virtud al que merezca la pena conocer. Nadie mejor que tu conoce mis miserias y el lado más oscuro de mi pasado. Pero también tengo la certeza de que has sido la única persona que ha mirado dentro mi alma y has creído en mí como ser humano.

«Aún me queda mucho por aprender y bastantes cuentas por saldar, pero me

he dado cuenta de que contigo siento que puedo ser una mejor persona. Desde que te conocí, rara era la noche que no rondabas mis pensamientos, y todos los días esperaba con ansia que tuvieras a bien venir a verme, porque no había nada que anhelara más que tu presencia y tu compañía, aunque solo fuera durante unos pocos minutos».

«Y cuando ayer por fin te encontré, fuera de la cárcel y sin rejas de por medio, tuve muy claro lo que tenía que hacer. No deseo que, una vez que todo esto ha pasado y mi proceso ha terminado, desaparezcas de mi vida para siempre. Sé que es una osadía por mi parte, y que no tengo nada que ofrecerte, ya que como ves, mis pertenencias me están siendo despojadas. Lo único que puedo ofrecerte es mi persona y la promesa de que, una vez que haya cumplido mi condena, trataré por todos los medios de reponerme social y económicamente para poder brindarte todo cuanto soy y todo cuanto mereces».

«Nuestro encuentro de ayer me ha confirmado que no te soy indiferente, y es por todo esto que te he traído hasta aquí para pedirte que te conviertas en mi esposa y que me acompañes en mi exilio, hasta que podamos volver. Sé que es muy precipitado, que mañana me marcho, pero si accedes, puedo dejar todo arreglado para que, a través de mi padre, podamos concertar un matrimonio por poderes. Y en cuanto sea posible, nos reuniremos los dos en las Indias».

Cuando Manuel terminó de hablar, Micaela no podía articular ni una sola palabra. Sus hermosos ojos dorados lo miraban con sorpresa, y a la vez, con recelo.

—¿Qué respondes a mi proposición, Ángel mío? —le preguntó con solemnidad.

Poco a poco la muchacha comenzó a reaccionar, negando con la cabeza, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—No puedes estar hablando en serio, ¿verdad?

—Muy en serio.

—Esto... esto es de locos. No sé si me estás tomando el pelo, si quieres reírte de mí, o si...

Micaela no se atrevió a dar una tercera opción, porque aunque fuera la más

dulce y la más hermosa, no podía dejarse llevar por un momento de enajenación. Porque la propuesta que él acababa de formularle no podía ser sino la propia de un ser enajenado.

—O si te estoy diciendo la verdad... —terminó él por completar la frase con las palabras que ella no se había atrevido a pronunciar. Micaela lo miró con asombro, al darse cuenta de que había conseguido leer sus pensamientos.

Manuel dejó la silla que ocupaba y se arrodilló a su lado, cogiéndola de la mano.

—Ángel, te quiero. Quiero que estés junto a mí, que me hagas crecer como hombre, como persona. Que me enseñes a perdonar, y sobre todo, a amar al prójimo como lo haces tú...

La joven volvió a negar con la cabeza. No quería dejarse obnubilar por sus palabras, porque, aunque sonaran sinceras, estaba segura de que un hombre como él debía haber declarado su *amor* a una cohorte de mujeres antes que a ella. Sabía cómo hablarles para lograr lo que quería, y si se dejaba arrastrar, acabaría cayendo en sus redes sin remedio.

—Manuel, no digas eso —le contestó, a pesar de todo, con dulzura—. Ya te dije que no me debes nada. Lo que hice lo hice de manera totalmente desinteresada; no necesitas ni regalarme los oídos ni proponerme algo que sólo es una locura...

—¿Es que no lo ves? ¿Es que no lo entiendes? Eres la primera mujer en mi vida a la que le digo que la quiero. La única. Si no tuviera ese sentimiento aquí dentro—dijo golpeándose el pecho—, jamás te lo diría, así hubiera salido libre y sin ningún precio a pagar. Nunca he abierto mi corazón como ahora lo abro ante ti.

Sin embargo, Micaela no le creyó. No le podía creer... Se levantó y se separó unos pasos, consciente de que su proximidad, y aquellas palabras con las que sólo podía soñar, empezaban a afectarle.

—No me conoces de nada, Manuel. A las personas no se las quiere así porque sí, porque... —no fue capaz de continuar. ¿Acaso ella no se había enamorado de él sin conocerlo apenas?

Manuel se puso en pie y agachó la cabeza con pesar.

—Entiendo...

Aquella simple afirmación, dejó descolocada por un instante a la joven.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Que lo que te aleja de mí no soy yo como hombre, sino mis circunstancias... Ayer, mientras nos besábamos en el callejón, te sentí mía. No me puedo creer que no sientas algo por mí, pero es lógico que quieras huir de un paria como yo.

—¡No!

—Ángel, no lo niegues. Prefiero una verdad dolorosa a una mentira piadosa —le dijo con el dolor clavado en cada una de sus palabras.

Micaela sintió ese pesar como suyo propio. Sin poder evitarlo, se acercó de nuevo hasta él y le tomó la cara entre sus manos.

—Manuel, no... Ya te dije que no es eso lo que me aleja de ti. Jamás te juzgaría o te rechazaría por algo que hiciste en el pasado, pero de lo que estás arrepentido. Todos somos pecadores, y Dios sabe perdonar a sus hijos por igual.

—Es posible que todos lo seamos, pero has de reconocer que algunos lo somos más que otros, mi Ángel.

—No, no es eso... ¿Cómo puedo convencerte de que no miento?

Los ojos verdes de Manuel se quedaron clavados por unos segundos en aquellos otros dorados que le tenían absorbido el juicio.

—Bésame, mi Ángel. Demuéstrame que no te repugno como persona.

Micaela cerró los ojos.

—No me pidas eso...

—Por favor. Bésame —le volvió a implorar con la necesidad impregnada en la voz.

Su petición encogió el pecho de Micaela. No era tanto lo que le pedía, y ella, por más que su sentido común le gritara que no debía dar ese paso, sólo deseaba hacer caso a los designios de su corazón. Al fin y al cabo, ¿qué de malo podía haber en un beso?

Se alzó sobre las puntas de sus pies y unió sus labios a los de Manuel, que sorprendido, se abrazó a ella como si fuera la única tabla de salvación en medio de un profundo y oscuro océano.

Al primer beso le siguió un segundo, y un tercero... Sin darse cuenta, empezaron las caricias, las palabras no pronunciadas que colmaban de dicha el corazón de ambos por igual.

Y a cada roce, a cada suspiro, la voz de su alma y de su sentido se imponía a la de su propia conciencia.

Con paso lento, Manuel fue caminando con ella a través de la habitación, sin detener el contacto. A cada paso que daba, iba buscando con sus dedos los cordones del corpiño de la joven, que, sin percatarse de su maniobra, acabo tirado en el suelo en medio de la estancia. Jaló de la camisa que había quedado suelta hasta sacarla por completo de la falda. Al instante, Micaela pudo sentir el calor de sus dedos acariciando su piel, subiendo lentamente por su cuerpo hasta cubrir con ellos uno de sus pechos. Las sensaciones, todas nuevas, se acumulaban en el interior de la joven con una intensidad inusitada e indescriptible.

Sus piernas tropezaron con algo que la detuvo; supo que era la cama cuando Manuel, con delicadeza, la tumbó sobre el colchón. Había fantaseado tantas veces con ese instante que no podía creerse que su sueño se estuviera haciendo realidad. Micaela se contrajo de placer al sentir los labios de Manuel recorriéndole el rostro y más todavía cuando se detuvieron en su cuello y fueron sustituidos por su lengua, una lengua hábil y ardiente que dibujó un camino de caricias hasta llegar a sus senos. Haciendo gala de su maestría, la boca de Manuel le rodeó primero un pezón y luego el otro, provocándole un estremecimiento desconocido que le llegó a las entrañas. En un intento por asumir las sensaciones que vagaban por su cuerpo, se agarró a las sábanas con fuerza mientras unas nuevas sacudidas la recorrían de arriba a abajo. Manuel agradeció la inexperiencia de la joven porque dudaba que pudiera soportar que le devolviera las caricias que él le dedicaba.

Cada vez más enardecido, colocó una de sus rodillas entre las de Micaela mientras su mano comenzaba a alzarle la molesta falda. Necesitaba tocarla, conocer cada recodo de ese pequeño cuerpo, acariciar la tersura de aquella piel suave y firme. Desesperado ya, tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no perder el control. Sabía que no debía apresurarse con ella. Deseaba hacerla llegar a un extremo de deseo tal que fuera ella quien le implorara que la colmara. Su mano subió por las piernas hasta encontrar el vértice de su cuerpo y moviendo los dedos con maestría consiguió colarse en

su cálido interior, arrancándole un incontrolado y gozoso gemido. Micaela se sentía húmeda y con una tensión interior que la hacía querer más, aunque no sabía el qué. Y aunque los dedos de Manuel estaban obrando auténtica magia en su cuerpo, la voz interior que le alertaba siempre de los peligros apareció en ese momento, recriminándola por haber llegado hasta ese punto.

—Manuel... —logró articular con dificultad.

—Sí, mi Ángel. Sé lo que necesitas; déjame que te lo brinde —contestó él con la voz enronquecida por el deseo.

—No debería... —protestó débil intentando acallar su conciencia.

—Por Dios, Ángel... —dijo al tiempo que se colocaba entre sus piernas—. No me pidas que me detenga ahora. ¿Acaso no te gusta lo que sientes en tu interior?

El cuerpo de Micaela era como una burbuja a punto de estallar, sensaciones que no sabía cómo manejar. Aquella mano la había estado tocando tan íntimamente que no se atrevía ni a respirar por temor a que todo aquello que sentía pudiera desaparecer dejándola rendida, no sabía si de puro placer o de frustración.

—Esto no está bien, esto no está bien —dijo sin convicción antes de que él volviera a silenciarla con un beso.

—Amor, te equivocas. Esto que sentimos ahora mismo es un regalo de Dios. No puede estar mal jamás. Y ahora mírame.

Manuel subió sus manos hasta colocarlas a cada lado de ella. Le tomó la cara y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Mírame —le rogó—. Necesito mirarte en estos instantes...

Si sus manos le sostenían la cabeza, ¿qué era aquel miembro largo y duro que se introducía en aquella parte de su cuerpo que ni siquiera ella se había atrevido a tocar jamás?, se preguntó. Pero antes de tener ocasión de protestar, en caso de haber tenido la fuerza para hacerlo, él la colmó hasta que un ligero dolor se abrió paso entre tanto placer. Manuel sintió la membrana que proclamaba su virginidad. Se mantuvo quieto, aguantando la respiración como si de repente el tiempo se detuviera entre ambos.

—Sólo dolerá un momento; te juro que después sólo sentirás placer...

—Soy una pecadora... —y por primera vez en su vida, no le importó serlo.

Aunque su cabeza gritara que estaba cometiendo el mayor error de su vida, su corazón se abrazaba a esa sensación de plenitud, de plena unión con el hombre que amaba, que se formaba dentro de su ser.

—Eres un ángel, mi ángel. Dios, te quiero tanto. Eres tan perfecta —contestó él mientras terminaba de hundirse en ella.

Micaela cerró los ojos cuando supo que se había consumado su vergüenza. Ya habría tiempo de recriminaciones y pesares, pero en ese instante supo que no existía otro lugar en el mundo donde pudiera estar mejor que en sus brazos.

—Ángel, mírame —le conminó él con suavidad mientras le acariciaba el rostro con dulzura. A duras penas estaba consiguiendo no moverse en su interior y descargar las ansias que sentía por ella.

Sin embargo, la única respuesta que obtuvo fue un movimiento negativo con la cabeza.

—Ángel, mírame, por favor —repitió—. ¿Te he hecho daño?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces, déjame enseñarte lo que es el amor entre un hombre y una mujer. Déjame darte el placer que tu cuerpo necesita.

Micaela ya no tuvo fuerzas para responder ni para resistirse más, si es que se podía decir que había habido alguna resistencia por su parte. Otra vez las emociones comenzaban a embargarla y a superarla a medida que él entraba y salía de su cuerpo, con suavidad al principio y luego con mayor ímpetu.

Las palabras dejaron de salir de sus labios para convertirse en gemidos mientras él le mostraba cómo seguir el ritmo para aumentar su placer. Unos instantes después, el remolino que sentía rebullir en el interior de su estómago explotó dentro de ella para extenderse por todos los rincones de su ser. Manuel, incapaz de contenerse más, se dejó ir hasta derramar su simiente en ella, en una experiencia como nunca antes había sentido.

Recuperaron el aliento lenta y progresivamente. Micaela, sin saber cómo actuar y Manuel, demasiado extasiado como para concentrarse en algo más allá del cuerpo que ahora tenía pegado a su costado.

Darían su vida por poder quedarse con ella hasta el fin de sus días y volver a vivir de nuevo lo que acababan de compartir. Resultaba paradójico que el

mayor regalo que Dios le había hecho en la vida, le fuera a ser arrebatado con tanta prontitud si él no lograba convencerla de que debía convertirse en su esposa.

Si no lo lograba, sería la mayor condena que la vida le tenía destinada.

Capítulo 16

Es Ella

Una vez que los vestigios de la pasión hubieron desaparecido, Micaela se sintió como la peor persona del mundo. Al darse cuenta del estado en que estaba su ropa, de la que ni siquiera se había desecho durante el encuentro amoroso (o debía decir, lujurioso), se sonrojó al percatarse de que sus piernas se mostraban desnudas hasta la altura misma de su zona íntima. Su maldito cuerpo había reaccionado de la manera más vergonzosa en la que una mujer podía comportarse. Se sentía tan abochornada que pensó que nunca más podría mirarse a la cara, ni mirar a sus padres que con tanta prudencia la habían educado, sin sentir pesar o vergüenza por su forma de actuar. Se incorporó lo suficiente para cubrir sus vergüenzas, y cuando intentó sacar los pies de la cama, Manuel la detuvo.

—No te vayas aún, Ángel. Quédate conmigo.

Ella lo miró con la rabia, aunque esa ira estaba destinada tanto a él como a sí misma, por haberse mostrado tan débil cuando la empezó a besar.

—¿No es suficiente el daño que ya has provocado? ¿Aún necesitas humillarme más? —le espetó con furia.

Manuel la soltó al oír sus palabras. Deseaba pasar el resto de la tarde, de su vida en realidad, abrazado a ella y repetir lo que acababan de compartir de forma más pausada y serena. Pero en sus ojos dorados pudo leer lo profundo de su pesar.

Micaela consiguió levantarse y se apresuró a recolocarse cada prenda de ropa en su sitio. Él aprovechó también para recomponer su vestuario, dispuesto a hablar con ella de un modo más calmado.

—Ángel, debemos hablar y lo sabes. Esto que ha pasado no debe avergonzarte.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Ah, ¿no? ¿Acaso debo estar orgullosa de haberme comportado como una cualquiera?

Manuel respiró hondo e intentó acercarse a ella para tranquilizarla, si bien se detuvo al ver que la muchacha daba un paso atrás para mantener las distancias.

—No digas eso... Distas mucho de ser eso que dices, ya que ha quedado demostrado que tu inocencia era tan pura como la de una niña pequeña.

—Tú lo has dicho: ¡Era! Maldito seas, me has convertido en una mujer indigna a los ojos de Dios. ¿Qué voy a hacer ahora con mi vida? ¿Con mi futuro?

—Cásate conmigo, mi Ángel. Estamos hechos el uno para el otro y esta unión es prueba de ello. Jamás he sentido con nadie lo que he sentido contigo. No permitamos que esto que hay entre los dos se pierda.

—No, yo me he de casar con Dios. Así debe ser.

—¿Por qué? ¿Acaso él te puede ofrecer lo que acabamos de compartir?

—¡No seas blasfemo!

—Es que no entiendo esta obsesión que tienes con la Santísima Madre Iglesia.

—Y yo no entiendo el empeño que tienes en deshacer los planes de vida que desde hace años tengo organizados.

Aquella actitud tan cerrada estaba empezando a cansarle.

—¿Acaso crees que puedes planificar todos y cada uno de los días de tu existencia? Lo siento, cariño, la vida no funciona así. Nadie tiene escrito su futuro en un pergamino, ni tú, ni yo, ni nadie.

—¡Yo sí! Mi futuro está con Dios.

—Me pones como rival a un Ser muy difícil de superar, Hermosura —espetó Manuel con los brazos en jarra—. No eres justa conmigo. ¿Por qué te niegas a darme una oportunidad? No soy un ángel como tú, pero trato de ser una persona mejor. Ayúdame y convierte mi causa en la tuya.

—Ya te ayudé todo cuanto estuvo en mi mano. Ahora debes seguir camino y arreglártelas tú solo. No sé cómo hacerte entender que mi vida está or-ga-ni-zada. No voy a dejar a mi familia por ti.

—¿Quién es ahora la egoísta? ¿Necesitas la protección de papá y mamá para sentirte segura? ¿Y cuando ellos no estén? ¿Te encerrarás tras los muros de un convento para que nadie pueda rozarte? Vive, Ángel, ¡vive! No sabes lo que te estás perdiendo.

—¿Y qué me estoy perdiendo? —Los ojos de la joven rezumaban enfado—. ¿Qué un sinvergüenza como tú se pueda aprovechar de mis sentimientos para llevarme a retozar en cualquier sitio en cuanto tenga ocasión?

—¿Cómo puedes hablarme así? Te he propuesto matrimonio, el santo sacramento que *limpiará* el hipotético pecado que acabamos de cometer.

—Ah, y ya está, ¿verdad?

—¿Pero acaso crees que todas las mujeres lleguen vírgenes al matrimonio?

—Yo no sé las demás. Desde luego, si yo tuviera el pensamiento de casarme, por supuesto que sí. Pero eso es algo que tú, con tu acto vil, has impedido.

—Pues si tu matrimonio ha de ser con el Señor, te informo que hay más mujeres *indignas* —escupió la palabra—, dentro de la iglesia que fuera.

—Por eso entran al servicio de Dios, para limpiar sus pecados.

—Ah, entonces resulta que te he acabado de proporcionar la excusa perfecta para que entres a servir al Santísimo.

—Es mi elección. No eres nadie para decirme qué he de hacer con mi vida.

Manuel respiraba agitadamente. ¿Cómo era posible que hubieran pasado de un momento tan placentero a pelearse como lo estaban haciendo?

—¿No soy nadie? Puedo ser el hombre que vaya a tu casa a hablar con tu padre y le diga lo que acaba de pasar entre nosotros. Creo que no me resultarías difícil convencerlo para que me conceda tu mano en matrimonio.

—No te atreverías...

Manuel no tenía intención de hacer semejante barbaridad, pero se sentía tan molesto porque ella no estaba dispuesta a darle ni una mínima oportunidad, que necesitaba enrabiatarla tanto como él lo estaba en esos instantes.

—¿Y por qué no?

Micaela levantó la cabeza con orgullo.

—Porque mi padre respeta mi buen juicio.

—¿Qué juicio? ¿El que te ha llevado a yacer en la cama de un hombre al que

has conocido en la cárcel?

—Tú mismo acabas de decirlo: ¿Crees que mi padre se atrevería a entregar a su única hija a un asesino sin piedad? —Soltó señalándole con un dedo acusador.

Aquello si dolió. Y mucho. Era la primera vez que ella lo llamaba asesino, además con una ira sincera.

—Pues a ti no ha parecido importarte mucho que lo fuera, cariño —se defendió atacando.

—Eres odioso. ¿Cómo no lo he visto antes? No te acerques a mí. No te acerques a mi familia. Si lo haces yo, yo....

Levantó el puño con la intención de golpearle y Manuel esperó el manotazo que sabía que se había ganado a pulso. Pero no llegó. En cambio, pudo ver que los ojos de ella se llenaban de lágrimas antes de dar media vuelta para salir de la habitación como alma que lleva el diablo.

Él la dejó marchar, arrepintiéndose de inmediato del acceso de furia que había sentido con su rechazo. No era el momento para ir tras ella y pedirle perdón, si no quería empeorar la situación. Y aunque le faltaban pocas horas para marcharse, por nada del mundo quería hacerlo dejando tanta rabia entre los dos.

Por Dios, ella le hacía falta como el aire para respirar, y le dolía en lo más profundo que se negara a tener nada con él. El hecho de saber que prefería una vida contemplativa a otra a su lado resultaba demasiado doloroso, pero si de verdad la quería, debía respetar su elección.

Se llevó las manos a la cara y gritó de frustración. Cualquier cosa antes de volver a escuchar que lo odiaba.

Caía la tarde cuando Manuel llegó a casa de su padre. Tras la fuga de su Ángel de la casa, y una vez que se hubo tranquilizado, pasó parte del tiempo meditando qué debía hacer y cómo debía actuar. Por dos veces puso rumbo a la casa de la joven, dispuesto a arreglar de alguna manera la tensa situación que se había generado entre los dos, y en ambas ocasiones, había desandado sus pasos al recordar que ella le había dejado muy claro que no quería volverlo a ver por su casa ni en pintura. Al pensar en sus palabras, llegó a la

conclusión de que algo importante le estaba ocultando, pero después del encontronazo sufrido, no se encontraba con ánimo de empeorar más la situación.

La tercera vez que salió de su casa fue para dirigirse al domicilio de su padre. Cada vez eran menos las horas que restaban para su partida y lo cierto era que apenas había pasado tiempo con él. Su necesidad de solucionar sus problemas sentimentales, le había llevado a relegar al que siempre había estado apoyándolo. Hablar con él en busca de consejo sería una opción, ya que, por primera vez en su vida, se encontraba completamente perdido en tema de mujeres.

Don Felipe estaba encerrado en su despacho, revisando papeles, cuando Manuel hizo acto de presencia. Al verlo, dejó los documentos sobre el escritorio y se concentró en el recién llegado.

—Vaya, el hijo pródigo ha vuelto... Por fin te veo, aunque no sé si preguntarte si vienes o te vas.

Manuel se acercó a la mesa y se dejó caer con pesadez sobre uno de los sillones dispuestos frente a ella. Como respuesta, se limitó a suspirar con cansancio, llevándose las manos a la cara.

—¿Pasa algo, hijo? ¿Acaso algo va mal? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Casi todo va mal, padre...

Don Felipe se reclinó en su asiento para prestar toda su atención al muchacho.

—¿Qué pasa, Manuel?

Él joven meditó como plantear la cuestión que tanto lo preocupaba.

—Padre, usted estuvo muy enamorado de mi madre, ¿verdad?

La pregunta tomó por sorpresa a don Felipe, que no esperaba una cuestión así.

—Sabes que sí, hijo. Tu madre ha sido y será la única mujer que ha ocupado mi corazón. Y así será hasta que Dios tenga a bien llevarme junto a ella para disfrutar en la otra vida de todo el tiempo que nos faltó en esta ¿Por qué lo preguntas?

—¿Y cómo supo que ella era la mujer adecuada para usted? Quiero decir, ¿cómo descubrió que era la mujer de su vida?

Don Felipe no pudo evitar que a sus labios asomara una sonrisa triste mientras empezaba a recordar tiempos pasados.

—No hubo un cómo. Sencillamente siempre supe que era ella. A pesar de que el matrimonio fue concertado por nuestros padres y sin que siquiera nos hubiéramos visto, todavía hoy doy gracias al cielo por haberme brindado una compañera como lo fue tu madre. Lo único que lamento es que nuestra dicha durase tan poco tiempo; ten por seguro que no hay ni un solo día que no la recuerde y que siempre está en mis oraciones. Daría lo que no tengo porque ella no nos hubiera dejado cuando tu naciste y que hubieras tenido la oportunidad de conocerla. A buen seguro algunas cosas malas de las que han ocurrido en tu vida no habrían sucedido si hubieses disfrutado de su compañía y de sus consejos, pues era una mujer muy sensata. Por desgracia, el Señor nos la quitó antes de tiempo y quizás yo no he sabido guiarte como lo hubiera hecho de haber estado ella.

—Padre, usted ha sido un buen ejemplo tanto para mí como para Javier, no lo dude. Me hubiera gustado conocer a mi madre, pero no puedo añorar lo que nunca he tenido. En cambio, usted siempre ha estado ahí y no tengo ningún reproche que hacerle. Por el contrario, soy yo quien debe pedirle disculpas por no haberme comportado con los principios y el buen hacer que usted se empeñó en enseñarme.

—Lo que sí puedo asegurarte es que lo hice lo mejor que pude. Pero eso no contesta a mi pregunta: ¿Por qué quieres saber de tu madre?

Manuel desvió la mirada de los ojos inquisidores de su padre, fijando los suyos en un pisapapeles redondo que tomó para jugar con él.

—Me siento ridículo al decirle esto, padre, pero estoy tan perdido que no sé cómo actuar... Me he enamorado como un tonto, pero resulta que ella no quiere saber nada de mí. No sé qué hacer, padre...

La cara de sorpresa de don Felipe fue tal que incluso a Manuel, si no hubiera sido por la gravedad de la situación, le hubiera costado contener la risa.

—¿Y se puede saber de quién te has enamorado?

¿Era muy absurdo decir que no conocía su nombre? Seguramente sí, así que decidió omitir ese detalle.

—De una mujer.

—Sí, hijo, eso ya lo supongo. Pero, ¿de quién?

—Padre, en verdad eso no importa ahora. Como le digo el problema está en que no quiere atenderme, a pesar de que... —espera, no iba a decirle a su padre que acababan de hacer el amor apenas unas horas antes: eso era algo demasiado íntimo y que prefería guardarlo para sí. De otras mujeres no le hubiera costado fanfarronear en otra época, pero sobre su Ángel, no—. A pesar de que estoy prácticamente convencido de que ella siente lo mismo por mí. O por lo menos, sé que no le soy indiferente.

—¿Acaso la joven está casada?

—No, no lo está.

—¿Comprometida en matrimonio acaso?

—Tampoco.

—Manuel, no quiero parecer cruel, pero has de entender que tus actuales circunstancias personales son difíciles. Quizás ese sea el motivo de su rechazo...

—Ella está al tanto de mi situación y nunca ha parecido importarle. Al contrario, ha sido un apoyo importante en todo este tiempo que he estado encarcelado. Por tanto, no creo que sea la razón de que haya rechazado mi proposición de matrimonio.

Don Felipe casi se atraganta al oír aquello.

—¿Le has propuesto matrimonio a la chica?

—Sí, hoy mismo. Y su respuesta ha sido tacharme de loco.

—Quisiera que me hablaras de ella. ¿La conozco? ¿Es una buena muchacha de verdad o es una más de tus muchas mujercitas?

Manuel no pudo evitar sonreír.

—No, padre, nada que ver. Es... un ángel... mi ángel. No es una más. Es ella. Simplemente ella— admitió con una sonrisa casi infantil, sin darse cuenta de que estaba utilizando las mismas palabras que su padre había utilizado para describir la relación con su madre.

Don Felipe no podía salir de su asombro.

—¿Cómo lo sabes? También te creíste enamorado de Mariana en su día. ¿Acaso es lo mismo?

—No tiene punto de comparación. Reconozco que Mariana fue un capricho y me doy cuenta ahora más que nunca. Después de conocer a mi Ángel, puedo apreciar la diferencia y no tengo dudas de mis sentimientos. Nunca había sentido algo similar por nadie, se lo aseguro. Y me está matando la idea de irme y dejarla atrás cuando de verdad pienso que ella también me ama, aunque ahora mismo esté disgustada conmigo.

—¿Ella es la razón de que apenas te haya visto en estos días?

—Así es. Necesitaba encontrarla para pedirle que se casara conmigo.

—Y ella te ha rechazado...

Manuel asintió.

— Y lo peor de todo es que, con mi maldito genio, es posible que lo haya estropeado del todo. Lo último que me ha dicho ha sido que me odia y que le he arruinado la vida. Y eso me está carcomiendo las entrañas.

—¿Cómo que le has arruinado la vida? ¿Qué le has hecho, Manuel? —le preguntó don Felipe que sabía bien cómo se manejaba su hijo con las mujeres. No pudo evitar sonrojarse como un crío. ¡Por Dios, que incómoda era la situación!

—Digamos que no me he tomado bien ni su negativa ni los argumentos que ha esgrimido para rechazarme —se excusó sin aportar más datos—. Y ahora solo pienso en que debo partir en pocas horas y en cómo puedo solucionar esta situación.

Su padre movió la cabeza de un lado a otro, incrédulo.

—No puedo creer que me estés pidiendo consejo en cuestión de mujeres, hijo.

—Le estoy pidiendo consejo en cuestión de amor, padre. Es un campo nuevo para mí y no sé cómo actuar.

Don Felipe se levantó, bordeó el escritorio y se acercó a su hijo para darle unos golpes afectuosos en los hombros.

—Vamos, hijo, no desesperes. ¿Por qué no le escribes una carta y vuelcas tus sentimientos en ella? Si tan seguro estás, tanto de tus sentimientos como de los suyos, ella no podrá mantenerse indiferente a tus palabras. Cierto es que tu partida no ayuda, pero me ofrezco a interceder entre los dos, si lo deseas.

Manuel suspiró y apretó con cariño la mano de su padre que continuaba sobre

su hombro.

—Agradezco su ofrecimiento, padre, pero no me atrevo a revelarles más datos de ella porque ignoro cómo se lo podría tomar. —Por no decir que lo único que podía ofrecerle era un nombre inventado y una dirección recién descubierta—. En cualquier caso, meditaré lo de la carta. Y ahora, si me disculpa, voy a asearme un poco y a prepararme para la cena. Hoy será nuestra última noche juntos en mucho tiempo y, a pesar de todo, merecemos también un poco de tiempo para nosotros.

—Ve, hijo, y no olvides que me tienes para lo que necesites.

—Gracias, padre.

La noche la pasó casi en blanco. Y aunque escribió la misiva, la dejó guardada entre sus cosas sin saber qué hacer con ella. No se la entregaría a su padre para que se la hiciera llegar, de eso estaba seguro, y solo se la entregaría a su destinataria si su Ángel acudía al día siguiente a despedirlo. Ella sabía cuándo y desde donde marcharía, y si sentía al menos parte de lo que él intuía, acudiría a verlo una última vez, como lo había hecho en otras ocasiones. O al menos, eso quería creer.

A la mañana siguiente se sentía triste y melancólico mientras se subía al barco que lo llevaría lejos de su tierra. Aunque había viajado muchísimo a lo largo de su vida, aquella era una situación diferente porque, en esta ocasión, no deseaba marcharse. Nunca había sido hombre de sentimentalismos, pero notaba que un nudo le atenazaba la garganta.

Su padre lo había acompañado y se había despedido de él con un fuerte abrazo e igual de emocionado que el joven, quizás pensando que era mayor y que aquella podría ser la última vez que viera a su hijo.

Una vez a bordo, miró el muelle desde la cubierta buscando la silueta que tanto ansiaba ver. Llevaba dentro del jubón la carta, pero su destinataria no había acudido a despedirlo, y, por lo tanto, nunca conocería la profundidad de los sentimientos que había volcado en aquellos renglones. Se sentía como un tonto y se prometió a sí mismo que no volvería a caer en las trampas de aquello que la gente llamaba amor... un sentimiento estúpido que solo conseguía dejar una profunda pena en el corazón.

Cuando su barco zarpó, Manuel volvió la vista a su padre y le dijo adiós con la mano, sin poder reprimir una sonrisa triste.

No llegó a percatarse de que, detrás de un carro de heno, una muchacha con ojos inundados en lágrimas también lo veía partir. Ahí se marchaba el amor de su vida para no volver a verlo nunca jamás.

Capítulo 17

Un Nuevo Comienzo

Santo Domingo (Isla La Española), 1500

Como había ocurrido desde su descubrimiento, la situación en La Española, aunque había mejorado, seguía estando lejos de lo deseable. O al menos de lo que deseaban los Reyes españoles. A finales de 1493, Cristóbal Colón había fundado la Villa de La Isabela, donde se construyó el primer asentamiento de los españoles en la isla después de que el Fuerte de Navidad, reducto que había quedado del primer viaje efectuado un año antes, hubiera sido devastado por completo.

Entre los hombres que habían viajado en aquella segunda expedición de Colón, figuraba un caballero onubense llamado Francisco Roldán, que acompañó al Almirante como mayordomo de éste y proveedor de la Armada. Y aunque en los años posteriores se fueron construyendo nuevas villas en la isla, que más bien eran fortalezas, este caballero consiguió ganarse el favor y la confianza del genovés y fue nombrado Alcalde Mayor de La Isabela, supliendo al primer alcalde de la villa, Antonio de Torres.

Cuando en 1496 Colón volvió a España, dejó a sus hermanos al mando de la isla, dando a Bartolomé el cargo de Adelantado, a lo que Roldán se opuso abiertamente. Fue en el verano de ese año cuando Manuel llegó a la Isla. La ciudad era una mezcla de puerto, astillero, aduana y almacén. Por suerte, no solo no lo encerraron en ninguna celda, sino que gozaba de un estado de cierta libertad, ya que, aunque lo pusieron a trabajar en el puerto, nadie controlaba en realidad sus pasos. Los problemas de la isla eran demasiado importantes como para perder el tiempo con un hombre que tiempo atrás había mostrado el mismo descontento que seguía existiendo entre los pobladores del lugar, así que, en la práctica, se despreocuparon de él.

No obstante, Manuel había decidido que, ya que debía permanecer allí

durante años, trataría de que su estancia fuera lo más provechosa posible. Y aunque nadie estuviera pendiente de que cumpliera con la obligación de resarcir el daño que había causado tiempo atrás, trataría de hacerlo por voluntad propia. Aún resonaba en sus oídos aquella frase que su padre le dijo cuando descubrió sus fechorías: «*¿Ese es el legado que pretendías dejar en el Nuevo Mundo?*», así que se prometió que la próxima vez que lo viera, le daría motivos para sentirse orgulloso de él.

Sin embargo, debido a los huracanes sufridos en años anteriores, la vida en La Isabela estaba llamada a desaparecer. Aprovechando que Bartolomé Colón se había desplazado hasta el sur de la isla para fundar un nuevo asentamiento, Santo Domingo, en la Isabela se produjo una rebelión encabezada por Roldán, que acaudilló a un grupo de descontentos entre los que se incluían numerosos nativos, a los que les prometió eximirles del pago de tributos si se adherían a su causa.

Roldán, conocedor del pasado que arrastraba Manuel, ya que como Alcalde Mayor debía estar al tanto de las cuestiones judiciales de la ciudad, le prometió un trato de favor si se unía a sus propósitos rebeldes. Manuel aceptó, si bien la decisión la tomó por determinación propia y no por interés, ya que prefería esta opción a estar bajo el yugo de los hermanos Colón.

A Manuel nunca le habían gustado los Colón. Aunque su amigo Javier había conseguido fraguar una genuina amistad con el Almirante, don Cristóbal, a él nunca le había unido ese vínculo con ninguno de los genoveses. Estaba convencido de que, si bien como marineros podrían ser buenos profesionales, como gestores eran unos absolutos inútiles. Aquella experiencia les estaba resultado demasiado grande y quedaba patente a ojos de todos, su inoperancia en saber llevar el gobierno y la administración de aquellas tierras.

Por otro lado, no se podía obviar que Colón defendía la esclavitud de los nativos, a pesar de que Isabel de Castilla se había opuesto de manera tajante a esta práctica, prohibiéndola taxativamente y determinando que los indígenas eran hombres tan libres como los hombres de Castilla. Sin embargo, el Almirante hizo todo lo posible para que en la Corte no se supiera que se había iniciado un incipiente tráfico de nativos para su venta.

Y a pesar de que la rebelión no prosperó, la debilidad de Cristóbal Colón se hizo patente a su regreso a La Española, en 1498, en su tercer viaje. No solo

no aplicó mano dura a los sublevados, sino que realizó numerosas concesiones para aplacar los ánimos. Inició un pacto con los rebeldes que se firmó en 1499, donde cedió al admitir el uso de indígenas como servicio personal, así como dio las pagas atrasadas de los dos últimos años a todos ellos, hubieran o no trabajado. Repartió tierras, se declararon falsos los delitos cometidos, permitió a los españoles unirse a las taínas y que regresaran a España cuando lo desearan. Además, restituyó a Roldán en el puesto de Alcalde Mayor de la nueva capital sureña, donde se desplazó junto con el resto de los sublevados.

A Manuel le pareció ridículo que, aunque él hubiera salido ganando con el trato, a unos sublevados se les *recompensara* de aquella manera por rebelarse contra los Colón, señal inequívoca de la flaqueza del genovés tanto en este como en otros aspectos. Pero lo aceptó sin quejas porque tampoco era cuestión de mirarle los dientes al caballo, como se solía decir. Le habían regalado una gran parcela de terreno y le habían pagado dos años de trabajo, así que no protestó y siguió viviendo su vida de la mejor y más discreta manera posible.

Una vez instalado totalmente y disfrutando ya de completa libertad (salvo por el hecho de que no podía regresar a su patria aún), seguía con la sensación de que no estaba cumpliendo con la promesa que había hecho al llegar. A partir de entonces, se dedicó a frecuentar aldeas vecinas, participando en incursiones del interior, donde se establecían nuevos asentamientos, velando en cierto modo de que no se causaran daños a los indígenas y controlando, dentro de lo que le era posible, que no se apresaran a los nativos con la intención de mandarlos a España para venderlos como esclavos, a pesar de la prohibición. No siempre lo conseguía, pero por lo menos en su conciencia quedaba la seguridad de que hacía todo lo posible por ellos, consciente de que tenía una gran deuda de sangre que aún debía saldar.

En una de esas expediciones conoció a una persona que, a partir de entonces, se convirtió en un pilar importante en su vida. A ella acudía cada vez que sus demonios volvían para atormentarlo; porque si bien sus pesadillas habían disminuido, no había conseguido hacerlas desaparecer por completo.

Se trataba de una mujer nativa de avanzada edad que vivía al oeste de Santo Domingo, de nombre Tonalna. Aunque cuando la conoció apenas sabía desenvolverse en el lenguaje taíno, aquella mujer supo leer en sus ojos que

ocultaba un dolor profundo en su alma, así que lo acogió como a un hijo y trató de calmarle en sus tormentos. Manuel al principio se resistió en aceptar su afecto; no se consideraba digno de recibir la compresión y la ternura de alguien de su raza. Por su cabeza volvían las imágenes recurrentes de la matanza de la aldea de 1494 y se imaginó a sí mismo asesinando a algún pariente de aquella mujer que lo trataba con tanto respeto y cariño.

Pero por alguna razón, Manuel se sentía atraído por el consuelo que le ofrecía Tonalna. De esa manera, se vio obligado a aprender su idioma con rapidez, ya que la mujer no mostraba interés en el castellano. Y cuando supo comunicarse con la suficiente fluidez, no dudó en confesarle el motivo de su dolor y pesar y, por ende, la causa de que se encontrara allí y no en su propia tierra junto a su familia.

Para su sorpresa, Tonalna no solo no lo rechazó, sino que lo consoló y le abrió las puertas de su humilde choza para que pudiera quedarse con ella y con su pueblo. Junto a ellos, podía aprender que los nativos eran personas tan normales y corrientes, con sus preocupaciones y sus dichas, como podría tenerlas aquellos extranjeros que habían venido a invadirlos. La mujer no sentía rencor hacia él y su pasado, lo que no dejaba de sorprenderle. En cambio, le decía que disculpaba a los hombres de buen corazón que buscaban el bien para los suyos y que el pasado ya nada ni nadie lo podía cambiar. Él le preguntaba que como podía ser tan benevolente con él y los invasores, pero ella se encogía de hombros y le sonreía, aunque ambos eran conscientes de que el número de pobladores nativos cada vez era menor a causa de las nuevas enfermedades que habían llevado los colonos y para las cuales los nativos no tenían cura.

La noche de su confesión, Manuel lloró junto a ella mientras rememoraba tan infames recuerdos. Comprendió entonces el dolor de Javier y Mariana cuando supieron de la atrocidad que había cometido por una ira injusta e irracional y por una sed de venganza mal entendida y que le llevaron a pagar sus desdichas personales con seres inocentes. Lloró por los hombres, mujeres y niños muertos y le aseguró a Tonalna que, aunque era consciente que no podía protegerlos a todos, cuidaría de aquellos que estaba a su alcance.

Por eso, en cuanto tomó posesión de sus tierras, tiró de cuantos pudo para llevárselos a vivir con él, aunque apenas aceptaron unos pocos. Cultivó todo tipo de alimentos para no pasar necesidad y poder autoabastecer su cocina

con los alimentos del huerto. También se dedicó al cultivo de la caña de azúcar como actividad principal, con la intención de mercadear con la península. Para este fin, contrató a nativos a cambio de un salario justo, si bien una vez que terminaban la jornada, marchaban a su aldea y a sus respectivas casas con sus familias. Por más que insistió a la anciana Tonalna a que se mudara con él, ésta declinó su ofrecimiento y prefirió quedarse en su choza, así que a Manuel no le quedaba otra que desplazarse hasta allí cuando quería verla y oír sus sabios consejos.

La verdad era que, con el tiempo, su estancia en la isla se había vuelto bastante plácida. Más de lo que había esperado cuando partió de Sevilla.

Gracias a sus tierras cultivadas no le faltaba el alimento más básico. La colonia española prácticamente se había desplazado en su totalidad a la nueva capital, dejando a La Isabela abandonada, por lo que tampoco le faltaba gente española con quien tratar, en especial con las mujeres jóvenes que durante aquellos primeros años difíciles habían enviudado y estaban deseosas de que un joven apuesto, elegante y educado como él les alegrara el alma en aquella tierra tan inhóspita donde se habían quedado solas. Sin embargo, a pesar de su fama, solo había tenido cuatro amantes en aquellos años, de las que huía precipitado cuando percibía que buscaban de él un compromiso mayor en el que no estaba interesado.

Habían transcurridos ya cuatro años desde su destierro, y empezaba a sentir a aquella tierra como su hogar. Por eso, no tenía claro qué haría en el futuro cuando tuviera la oportunidad de regresar: si deshacerse de sus posesiones y marchar definitivamente a casa o conservar éstas como fuente de ingreso, ya que nada le había quedado en España.

Sólo volvería para a ver a su padre, de quien tenía noticias por cartas que le llegaban en alguna nueva expedición. Pero para tomar una decisión aún restaban varios años. Mientras tanto, los pasaría tan tranquilo como le fuera posible.

Sevilla, finales de julio de 1500

Don Diego observaba desde la puerta como Micaela, su hija, terminaba de recoger sus cosas. Vio lágrimas en sus mejillas, y al hombre se le encogió el corazón de tristeza. El último año había sido muy duro para todos y la decisión tomada había sido consensuada entre él y su hija. Desde que su mujer falleciera varios meses atrás, ninguno de los dos se terminaba de encontrar a gusto en la que, durante tantos años, había sido su casa. Demasiados recuerdos inundaban sus paredes, y aunque el tiempo lo curaba todo, aún se hacía demasiado difícil permanecer allí donde tan buenos momentos había compartido la familia Alvarado.

Por eso, cuando le ofrecieron un nuevo puesto que suponía romper con todo lo anterior y empezar una nueva vida más allá del océano, don Diego se lo planteó a su hija antes de dar una respuesta al ofrecimiento. No iría a ninguna parte sin su familia, y si ella prefería quedarse, no habría más que hablar al respecto. Sin embargo, Micaela tuvo clara la respuesta nada más oír la propuesta. Al igual que él, necesitaba un cambio de aires y ese nuevo destino les vendría bien a ambos. El puesto que le ofrecían, aunque fuera de ayudante, no era digno de despreciar. Y en cuanto a ella, con aquella marcha también se le abriría las puertas a empezar una nueva vida... crearse, si no una nueva identidad, si al menos una historia que no provocara que la mirasen con pena o desprecio, según quien se cruzara en su camino. Había sido una tonta pensando que el desliz cometido años atrás pudiera pasar inadvertido a los que la rodeaban (eso hubiera sido tener demasiada suerte), y ya estaba más que cansada de oír comentarios maldicientes y jocosos como: «*Ahí va la monjita...*» o «*Vaya con la que se daba golpes de pecho...*», de aquellos vecinos que la miraban con malos ojos. Necesitaba dejar atrás su pasado y empezar a levantar de nuevo el vuelo.

Hacía mucho tiempo que había abandonado la idea de ingresar en algún convento, así que había consagrado su vida a cuidar de los suyos. Se sabía indigna de brindar su vida a Dios como su sierva, así que tenía que pensar en su futuro ya que, ahora que su madre no estaba, era más consciente que nunca de que algún día su padre también faltaría y tendría que ser ella misma quien tuviera que labrarse un porvenir para mantenerse en la vida. Aunque sabía que su padre estaba guardando dinero para no dejarla totalmente desamparada

el día de mañana, aquello no dejaba de ser una solución temporal. Debía pensar en el futuro, lo quisiera o no.

Y al igual que había descartado servir a Dios como religiosa, a sus veintiséis años, y teniendo en cuenta el pasado que arrastraba, también había descartado por completo encontrar un buen hombre que quisiera casarse con ella y que consintiera mantenerla. En definitiva, se había convertido en una solterona sin solución y debía pensar en el día de mañana.

La forma de pensar de Micaela disgustaba a su padre. No le gustaba que se hubiera obcecado en que nunca iba a encontrar un marido decente, o en que tuviera que trabajar para poder ganarse el pan el día de mañana. Pero Micaela ya no era la niña inocente de antaño y tenía los pies bien firmes sobre la tierra. Era lo bastante sensata como para ver más allá del hoy y ahora, algo que a su padre aún le costaba aceptar. Además, con el pasar de los años, se había descubierto más fuerte de lo que incluso ella misma se hubiera creído antes de conocer a...

Micaela dejó lo que estaba haciendo y miró al techo con desesperación.

¿Por qué su nombre volvía a aparecer en su cabeza después de más de cuatro años?

¿Hasta cuándo su fantasma la estaría persiguiendo?

Tenía muchas razones para odiarlo y una sola para amarlo...

Suspiró con fuerza, recuperó la calma y volvió a lo que estaba haciendo, totalmente ajena a los ojos escrutadores de su padre.

Aunque para algunos aquella marcha no era más que una huida, ella lo consideraba como un nuevo comienzo, aunque fuera a muchas millas de distancia. Sabía que Manuel estaba también en La Española, pero confiaba en que la isla fuera lo suficiente grande y poblada como para no cruzarse con él.

Según le había dicho su padre, en los últimos tiempos había llegado noticias del mal hacer y de la mala gestión de los hermanos Colón en La Española, por lo que los monarcas no estaban satisfechos con los reportes periódicos que les llegaban: que si se estaba ocultando dinero a los Reyes, que si se esclavizaba a los indígenas a pesar de las órdenes expresas en contra, que si se estaban produciendo rebeliones contra el mando imperante...

Por todo ello, los Reyes habían decidido poner orden en todo aquel

desbarajuste tratando de averiguar cuánto de verdad había en las noticias que llegaban a la Corte. Para ello, en mayo del año anterior otorgaron el cargo de juez pesquisidor a Francisco de Bobadilla, hombre de carácter fuerte y caballero de la Orden de Calatrava que debía encargarse de investigar los sucesos que acontecían en los nuevos territorios.

Sin embargo, y a pesar de llevar en el cargo más de un año, cuando empezaron a correr rumores de deslealtad por parte de Colón que parecía que tenía la intención de entregar la isla a una nación extranjera, fue cuando los soberanos decidieron mandar a Bobadilla con destino a La Española. La expedición estaría formada por quinientas personas, entre los que se encontraban varios indios que volvían a su tierra después de que la reina Isabel hubiera mandado ponerlos en libertad, ya que habían llegado en una expedición anterior para ser vendidos como esclavos, algo que enfureció a los Reyes Católicos.

Y entre esos expedicionarios, también acudirían funcionarios que colaborarían con el nuevo gobernador en las funciones que llevaba encomendada, entre los que se encontraba don Diego y lo que quedaba de su familia.

—Cariño, sabes que esta marcha no es definitiva y que aún estamos a tiempo de quedarnos si has cambiado de opinión.

Micaela dio un respingo de sorpresa al oír la voz de su padre. Lo miró, enjugó otra lágrima y le sonrió para tranquilizarle.

—No, padre. Ya hemos tomado la decisión y juntos hemos llegado a la conclusión de que es lo mejor para todos. Ambos precisamos de un cambio de aires y, si vemos que no nos sentimos bien en su nuevo destino, nos queda la tranquilidad de saber que el puesto de aquí lo tiene reservado, y que podremos regresar cuando lo deseemos.

—Pero no me gusta verte llorar, pequeña.

Ella se le acercó y le acarició el rostro con cariño.

—Es normal... Son muchos años aquí, padre, y no es fácil cerrar la puerta a tantos recuerdos. Pero no me cabe duda de que pronto estaremos mejor. Además, no es serio echarse atrás a tan solo unas pocas horas de partir. No habría tiempo para buscarle un sustituto que estuviera dispuesto a marchar con tanta premura.

—Eso no me preocupa. Mi prioridad absoluta es mi familia.

—Padre, es una buena oportunidad para usted y lo sabe.

—Pero no debemos olvidar que no sabemos a ciencia cierta qué nos podemos encontrar allí. Lo único que nos ha llegado es que hay mucho desorden, y no he de negar, ahora que estamos próximos a partir, que me preocupa estar obrando erróneamente.

—Por favor, no se preocupe por eso. No sé cuántas veces tengo que repetirle que en esta decisión hemos formado parte los dos, por lo que no debe responsabilizarse por ello. Lo que tenga que pasar, pasará, ya sea aquí o en tierras lejanas.

Don Diego le devolvió la sonrisa a su hija, asintiendo con la cabeza.

—Está bien, no volvamos más sobre lo mismo entonces. ¿Lo tienes todo preparado?

Micaela se esforzó por mostrar una sonrisa que en su interior no sentía.

—Sí. Sólo guardaba las últimas pertenencias y aprovechaba para despedirme de algunas de mis cosas, aunque espero volver a verlas pronto. Además, me tranquiliza que el padre Gabriel nos haya asegurado que cuidará de la casa en nuestra ausencia. Así sabemos que cuando volvamos no nos encontraremos un hogar abandonado.

Fue el hombre quien se arrimó a ella en ese momento y la abrazó con cariño. La besó en el pelo y trató de reconfortarla como cuando era pequeña.

—Claro. Ya verás cómo antes de que nos demos cuenta estamos de regreso y, con suerte, podremos dejar atrás esta mala racha que ahora arrastramos.

—Eso espero, padre. Eso espero...

Capítulo 18

La Viuda

Santo Domingo (Isla La Española), Finales de Agosto de 1500

En aquellos días una nueva expedición había llegado desde la península. Y como siempre ocurría desde que unos años antes, el número de viajes entre uno y otro continente aumentase, la expectación era máxima, tanto entre los recién llegados que, después de pasar casi un mes en altamar estaban deseosos de pisar tierra firme y comprobar qué podía ofrecerle aquel Nuevo Mundo, como también entre los ya residentes, que ansiaban nuevas noticias de su tierra y de sus familiares a través de cartas que eran llevadas en aquellos barcos. También estaban los interesados en los cargamentos de vituallas que se transportaban en sus bodegas. El vino era uno de los bienes más preciados, y muchos hombres impacientes de catar un buen caldo, rogaba para que el líquido no se hubiera echado a perder durante la travesía. Casualmente, si llegaba en buen estado, el número de borrachos alrededor del muelle aumentaban de forma considerable. Aquellos que podían permitírselo, compraban varias barricas para su propio abastecimiento, haciendo un mejor uso de ellas que los bebedores ansiosos, pues solían moderar su consumo para que el selecto licor durase el mayor tiempo posible.

La mañana en que llegaron los barcos, Manuel había acudido como tantos otros, no tanto con la intención de abastecerse de alimentos, sino con la de informarse sobre la próxima partida rumbo a España, ya que sus cultivos de caña de azúcar comenzaban a dar sus frutos. Además, deseaba hacer llegar una carta a su padre, y necesitaba encontrar a alguien de confianza a quien poder entregársela sin temor a que acabara arrumbada en cualquier parte de la nave.

Mientras observaba el trasiego de personas y de bienes, Manuel dejó vagar sus recuerdos a aquella época en la que él mismo se encargaba de capitanear

un barco como los que acababan de llegar. Eran otros tiempos; ni mejor ni peor, sólo diferente. Había encontrado en la profesión de marino cosas buenas, y otras... no tanto, pero desde entonces, había llovido bastante. Una voz a sus espaldas lo distrajo momentáneamente de sus pensamientos.

—¿Capitán Espinosa? ¿Manuel Espinosa?

Manuel se giró al oír su nombre. Un hombre moreno, alto y de ojos azules, lo miraba con una sonrisa franca y abierta. Rondaba la treintena de años, era delgado y con un porte que haría suspirar a cualquier mujer que posara los ojos en él.

—Ya me parecía que eras tú. Te he visto desde lejos y no estaba seguro. Pero a medida que me he ido acercando me he dicho a mí mismo: claro que sí. Por supuesto que es él.

—¡Alfonso Salvatierra! —le devolvió la sonrisa con sinceridad—. Por Dios, cuanto tiempo sin verte.

Ambos hombres se fundieron en un abrazo de pura camaradería. Cuando se separaron, se miraron mutuamente como signo de reconocimiento.

—No sabía que estuvieras por aquí, Manuel. Hace años que te perdí la pista, aunque la verdad es que me he estado moviendo mucho últimamente.

—Pues sí, llevo por aquí bastante tiempo.

—¿Qué te parece si nos ponernos al corriente de cómo nos ha ido la vida durante estos últimos años? ¿Tienes algo que hacer ahora?

—Nada mejor que atender a un buen amigo al que hace tiempo no veo.

—Vayamos entonces a beber un buen vaso de tinto y nos pondremos al día. Necesito echar algo en esta reseca garganta.

—Eso está hecho.

Los dos se acercaron a un edificio destinado a almacenaje que en ocasiones hacía las veces de posada improvisada y que en aquel momento estaba atestado de gente. Se hicieron un hueco entre la multitud y, a voz en grito para vencer al ruido, pidieron un par de vasos de vino. Una vez servidos, salieron al exterior del local y se sentaron en unos bancos dispuestos junto a una larga mesa de madera para que los *clientes* dieran cuenta de sus bebidas.

—Y bien, ¿has llegado hoy en uno de los barcos? —preguntó Manuel con franco interés.

—Sí, así es. Ya me habían advertido que aquí se suda como cerdos, pero Madre de Dios, lo que hay es una humedad que ahoga. Tengo la sensación de no poder ni respirar... Este trago me viene mejor que bien.

—Ya te acostumbrarás... —Manuel sonrió con condescendencia—. Pero bueno, ¿cómo es que has venido a parar aquí?

El otro se encogió de hombros.

—Me ofrecieron embarcarme en esta aventura y ya me conoces... como todavía no había probado suerte por estos lares, me dije, ¿y por qué no? ¡Probemos suerte a ver que encuentro!

—Amigo —chasqueó la lengua divertido—, no esperes maravillas. Aunque la situación ha mejorado desde hace algún tiempo, todavía está todo muy revuelto. Desde que el Almirante se volvió a marchar a otros de sus viajes al interior, su hermano Diego es quien está al mando, y como suele ser habitual, aquí no hay orden ni concierto. La ciudad funciona a base de empujones y porque no queda otra. Y quienes tienen influencias con los Colón, son los que se llevan el gato al agua. —Negó con la cabeza como si aquello fuera una fatalidad—. Pero llega un momento que consigues adaptarte al caos y vivir con él. Aquí no te queda otra. Aunque no estés de acuerdo con muchas cosas, los que mandan son ellos y hay que saber cómo sobrellevarlos para conseguir lo que quieres sin desafiar su poder.

—Algo de eso se oye por Castilla. Con nosotros ha venido un juez pesquisador nombrado por los Reyes para que investigue que está pasando y ponga orden aquí. Don Francisco de Bobadilla es su nombre. Además, sospechando que la labor ha de ser ardua, viene acompañado de un equipo de funcionarios para que lo ayuden en la labor.

—Mucho me temo que va a llevarse una sorpresa desagradable, y si no, al tiempo.

—Bobadilla no es un hombre fácil. Tiene fama de duro y riguroso, así que no te extrañe que esto acabe como el rosario de la aurora.

—Bueno, ya se verá. Nosotros, o al menos yo, soy un simple poblador que debo permanecer aquí sin remedio. Me adapto y trato de actuar con inteligencia para no meterme con nadie y que nadie se meta conmigo. Tuve mis enfrentamientos al llegar, pero he decidido mantenerme al margen en lo que respecta a los movimientos de la ciudad. Mis preocupaciones se centran

más en proteger, dentro de lo que puedo, a los de aquí, que desde que llegamos los españoles, son los que en verdad se encuentran más indefensos. A poca gente le importa que los hayamos sacado de sus hogares y puesto a trabajar a nuestro servicio, los hemos cargado con tributos desmesurados para enriquecer a unos Reyes a los que no reconocen y, para colmo, hemos mermado su número por culpa de nuestras enfermedades. Pero están todos tan preocupados en el oro y en las riquezas que pocos somos a los que nos importa el lado humano de esta conquista.

Alfonso lo miró con seriedad mientras escuchaba las palabras de su amigo.

—Manuel, te oigo y no te reconozco. Nunca te había visto tan preocupado por el prójimo como hasta ahora.

Él suspiró.

—Las personas cambian, Salvatierra. Y eso fue lo que me trajo aquí: los errores cometidos en el pasado y que provocaron mi regreso a estas tierras a las que nunca imaginé que volvería cuando partí en 1494. Pero al hacerlo, pude verlo todo con una perspectiva muy diferente. Ojalá lo hubiera hecho antes y no hubiera cometido las atrocidades que cometí antaño. Pero el pasado no tiene vuelta atrás, por lo que debo expiar mi culpa a través de mis actos presentes y futuros.

—No entiendo bien lo que me dices. Si no querías regresar, ¿por qué lo hiciste? ¿Por preocupación por los nativos? Me cuesta reconocerte. No te ofendas, amigo, pero el Manuel que yo conocí estaba más preocupado en sus intereses personales que en los ajenos.

Manuel sonrió sin alegría y asintió con la cabeza.

—Tienes razón, pero te repito: las personas cambian. O al menos yo estoy intentando hacerlo.

—Y eso que has dicho antes... ¿Qué errores son esos que comentas que te trajeron hasta aquí? Recuerdo que hace unos años, oí una historia muy rara sobre algo que te había pasado en Sevilla, pero como nunca más volvimos a coincidir, no pude preguntarte sobre aquello.

—Es una larga historia. Hay hechos en mi pasado de los que hoy me arrepiento profundamente y que acarrearán mi desgracia. Ahora mismo me encuentro desterrado hasta que cumpla mi condena, de la que ya sólo me

quedan apenas tres años. Cuando finalice, podré volver a casa si así lo deseo, pero mientras tanto... —dijo encogiéndose de hombros.

—Por Dios, hombre, pero ¿qué fue lo que hiciste? ¿Tanto castigo merecían tus actos?

—Lo merecían. Eso y mucho más, por eso no me quejo de la suerte que tengo. Créeme si te aseguro que el juez que llevó mi caso fue benevolente conmigo.

—No quise creer cuando me dijeron que habías caído en desgracia, pero ahora que tú mismo lo confirmas, me cuesta ver lo bien que lo estás llevando. ¿Puedo preguntarte cuanto tiempo llevas aquí?

—Algo más de cuatro años.

—¡Cuatro años! Nunca hubiera imaginado, con lo que te ha gustado viajar, que pudieras permanecer tanto tiempo en un mismo sitio.

—No me queda otra, querido amigo. Pero bueno, quitando el calor, los mosquitos, las tormentas, los huracanes y las escaseces, tampoco se está tan mal. El paisaje es bonito y la gente de es amable.

Una sonrisa socarrona asomó a los labios del recién llegado.

—¿Te refieres a las nativas? ¿Qué tal son? —preguntó con interés—. Aún no he tenido tiempo de ver a ninguna en condiciones. Aún no he salido de estos muelles desde que llegué hace un rato.

Manuel se echó a reír.

—Ay, Alfonso... Tu como siempre.

—Venga Manuel, no me vengas con que, además de buen samaritano, te has vuelto monje. Eso sí que no me lo creo, con lo que te han gustado unas faldas...

—Aunque no lo creas, no he tenido contacto íntimo con ninguna indígena... No está bien visto ni por los españoles y muchísimo menos por los propios nativos. Y a estas alturas de la vida, de verdad que no quiero más líos. Hay muy buenas viuditas españolas que se sienten solas y que están deseosas de que alguien les alegre el cuerpo. Así que, en ese aspecto, no tengo quejas.

—Ya me estabas asustando, amigo —bromeó llevándose la mano al pecho—. Eso sí que hubiera sido impropio de ti, con las buenas juergas que nos hemos pegado los dos por los burdeles de medio mundo.

—Bueno, admito que también en eso he cambiado un poco. A causa de mis últimos desenfrenos, tuve serios problemas de salud y, la verdad, se me han quitado las ganas de arrimarme a determinado tipo de mujeres. Me va bien con lo que tengo. Sigo disfrutando de mis placeres sin tener ningún tipo de compromiso con nadie que me ate en corto.

Salvatierra levantó la copa para hacer un brindis.

—En tal caso, si eres feliz así, viejo, brindo por ti y por tu nueva vida.

Manuel levantó su vaso para chocarlo con el del otro.

—Muchas gracias, amigo. Pero ya está bien de hablar de mí. ¿Cómo te ha ido a ti? ¿Cómo ha resultado el viaje?

El capitán Salvatierra bebió de un trago su brebaje y depositó su vaso vacío sobre la mesa.

—Por fortuna, hemos tenido un viaje tranquilo y sin incidentes, en el que el buen tiempo nos ha acompañado. —Chasqueó la lengua con pesar—. Lo cierto es que hubiera preferido un poco más de aliciente....

—¿A qué te refieres?

Alfonso suspiró con desgana.

—A una viuda que viajaba con su familia en mí mismo barco. Por más que he tratado de bailarle el agua a la mujer, no me ha dejado hincar el diente a tan dulce bocado.

Manuel se rió.

—Definitivamente, tú sí que no has cambiado en absoluto...

—A ver, no me voy a pasar tantos días mirando el horizonte sin nada más que hacer. Cierto que el mar me gusta mucho, pero donde se pongan una buena hembra... Y créeme, la muchacha, aunque madurita, estaba de muy buen ver. Pero nada, la jodida no me ha dado opción a nada.

—No me puedo creer que con lo bien que se te ha dado siempre un lío de faldas, no hayas conseguido nada...

—Vamos, viejo, no metas el dedo en la llaga. ¿Acaso tú no has pinchado alguna vez en hueso?

Un recuerdo fugaz cruzó por la mente de Manuel que dejó pasar tan rápidamente como había llegado.

—Supongo que sí, como todo el mundo —contestó sin tanta chanza.

—Pero vamos —se acercó hasta él y lo señaló con el dedo—, salvo que encuentre otra cosa mejor por aquí, no pienso perderle la pista a mi viudita...

—Me estás picando la curiosidad, Salvatierra. Me gustaría conocerla, a ver si la incluyo en mi listado de desesperadas para el futuro.

—Sí, claro... No pretenderás que te la presente para que acabes levantándome a la polluela.

—Venga, hombre, yo no haría algo así a un amigo.

El más joven bufó.

—No me vengas con eso, Manuel, que nos conocemos...

—Es cierto, pero no me metería con nadie que de verdad fuera importante para ti. No es mi culpa que nunca te hayas tomado a ninguna mujer en serio. Además, ¿acaso no te has divertido haciendo tú exactamente lo mismo conmigo? ¿Acaso no recuerdas aquella francesita de Marsella? Vamos, me pasé una semana cortejándola y en dos días llegas tú y me la quitas delante de mis narices.

—Tienes razón, pero eso pasó hace mucho. —Se rio al recordar aquello—. Reconozco que es más divertido cuanto más prohibida sea la presa. Y ésta ha sabido cubrir con creces todas mis fantasías calenturientas de tantas veladas a bordo.

Manuel sonrió. Aquella conversación era como si lo retrotrajese muchos años en el tiempo.

—¿Qué pasa? ¿Acaso era la única moza que había a bordo?

—Apenas han venido unas cuantas mujeres en este viaje, y esta era, con diferencia, la que estaba de mejor ver. Y si no, júzgalo por ti mismo. Si miras hacia tu derecha, verás pasar a la muchacha de la que estamos hablando...

Manuel giró la cabeza en un acto reflejo y al hacerlo, la sorpresa casi le tira al suelo.

No podía ser...

Cerró los ojos unos instantes para deshacerse de la visión que por unos momentos había nublado su vista. Al volverlos a abrir, fijó de nuevo la mirada en la persona que cruzaba delante de ellos a media distancia.

Hubiera reconocido esa figura en cualquier parte del mundo. Los años transcurridos no habían servido para olvidar esos andares y ese cuerpo. Por un momento, se sintió tan absorto que no fue capaz de apartar la mirada de la mujer que atravesaba el lugar sin mirar a ningún lugar más que hacia delante.

¿Cómo podía estar su Ángel allí?

¿Sería una pesadilla que había vuelto para atormentarlo? ¿O sólo era alguien que se le parecía de una manera asombrosa? La observó con detenimiento hasta llegar a una rotunda conclusión: Era ella. Sin lugar a duda, era su Ángel.

Salvatierra tuvo que llamarlo tres veces hasta conseguir volver a atraer su atención.

—Eh, ¿qué pasa contigo? ¡Te has quedado embobado!

Manuel salió de su aturdimiento y giró la cabeza hacia su compañero. Al ver sus ojos verdes abiertos de par en par, Salvatierra no pudo evitar soltar una carcajada.

—Pues no sabría decir si me ha impresionado más a ti que a mí —continuó el recién llegado con sorna—. Como ya te he dicho, esta de muy buen ver, pero al menos yo no he dejado la baba por ahí colgando.

Manuel trató de recomponerse de su estupor, apretó la mandíbula y buscó cortar las bromas de Alfonso antes de que fueran a más.

—No te pases. Reconozco que la chica no está mal, pero es una más como tantas otras.

—No me has dado esa impresión, amigo.

Manuel gruñó por lo bajo.

—Si la quieres, para ti entera. No seré yo quien me entrometa en esta ocasión. —Calló durante unos instantes—. Me has dicho que era viuda, ¿no?

—Eso tengo entendido.

La respuesta lo molestó.

«Vaya, pues no ha perdido el tiempo el *Angelito*. ¿Dónde quedaron esas ansias religiosas de las que hacía gala unos años atrás? Se suponía que no podía unirse a mí porque iba a hacerlo con Dios, pero es evidente que no tuvo ningún impedimento en casarse con otro», recriminó su conciencia.

—No va vestida de luto. ¿Cuándo perdió a su marido?

—¡Yo que voy a saber! Apenas hemos mantenido algunas conversaciones sin trascendencia, todas de lo más formal. Ella no ha dado opción a que me meta en cuestiones más personales.

—¿Y puedo preguntarte por su nombre?

—¿No acabas de decir que no te interesaba?

—Y no me interesa. Es simple curiosidad.

—Se llama Micaela Alvarado. Viaja con un hombre mayor, que según creo, es su padre.

Micaela.

Manuel apenas sonrió y repitió el nombre en su cabeza. ¿A quién se le habría ocurrido semejante nombre? No le pegaba en absoluto. Ángel era más apropiado para ella.

—¿Te cuento una anécdota? — continuó Alfonso.

Manuel no quería saber nada, pero su demonio interior no pudo contener su lengua cuando le contestó:

—Suelta...

—¿Ves a esos dos marineros que están bebiendo en aquella mesa? —le preguntó señalando a un par de hombres que se encontraban sentados en una mesa cercana a la suya. Manuel se limitó a asentir—. El rubio también trató de probar suerte, pero de una manera más directa. Ya le había soltado un par de lindezas al cruzarse con ella por cubierta, pero la joven ni siquiera se molestaba en mirarlo cuando le largaba una de las suyas. Y una de las veces, ni corto ni perezoso, no se le ocurrió otra cosa que palmearle el culo cuando la muchacha pasaba junto a él. Ni te imaginas la bofetada que le arreó. Creo que al infeliz todavía le duele la cara —comentó entre risas.

Manuel volvió a fijar los ojos en el par de hombres que conversaban ajenos a lo que se decían de ambos, para volver de nuevo a fijar la vista en la figura de la mujer que se alejaba con paso firme.

¿Qué habría pasado para que ella modificara su perfecto y planificado futuro? ¿Habría conocido a alguien a quien hubiera amado tanto que por fin le hiciera ver lo ridículo que era pensar que se podía tener la vida tan milimétricamente organizada?

Manuel suspiró con pesar. En realidad, le daba igual, se dijo a sí mismo. Ella ya no le importaba en absoluto. Sin embargo, sentía una sensación de inquietud y de enfado en su estómago que empezaba a fastidiarlo. Pero así le fuera la vida en ello, no volvería a acercarse a ella ni de broma. La población de Santo Domingo era ya bastante numerosa, así que no tenía por qué cruzarse de nuevo con ella. Y deseaba de verdad que así fuera. Que ella hiciera su vida como le diera la gana, que él haría lo propio con la suya.

Solo la vieja Tonalna sabía lo duro que había sido para él superar el rechazo de su Ángel. Nunca le había hablado a nadie tan abiertamente de sus sentimientos como lo había hecho con aquella madre postiza que había encontrado, y solo ella había sabido ofrecer consuelo a su corazón roto.

No volvería atrás. Nunca más.

Pero las ganas de conversar con su amigo habían desaparecido. No quería que le constase nada de sus intentos de conquista y de los planes que pudiera estar urdiendo para tener éxito en el futuro. Deseaba volver a casa y relajarse. O quizás también podría buscar a una de sus viudas amigas para que calmase la ansiedad que comenzaba a sentir en su interior. Lo único que quería era marcharse de allí.

Así que esgrimiendo una parca excusa, se despidió de su amigo no sin antes darle las indicaciones de dónde podía encontrarlo si necesitaba de él. Le ofreció quedarse en su casa si aún no disponía de alojamiento, pero Salvatierra declinó su ofrecimiento. Junto a la fortaleza principal estaban situadas las viviendas para los funcionarios, y entre ellas había varias reservadas a los capitanes. Y, además, en una de ellas estaría alojada su querida viuda a buen seguro, así que, si no quería perderla de vista, hospedarse allí era una buena manera de mantenerse cerca de ella.

Manuel se marchó con un embrollo de pensamientos en la cabeza. Sin embargo, al pasar junto a los dos hombres de los que un rato antes habían estado hablando, no pudo evitar detenerse para dirigirse al rubio que había estado molestando a su Ángel. Sin mediar presentación alguna, se dirigió a él apuntándolo con un dedo y con tono amenazante:

—Mira guaperas. La próxima vez que te atrevas a tocarle el culo a la señora Alvarado, te vas a enterar de quien es Manuel Espinosa. Y agradecerás que ella te abofeteara con la mano abierta, porque si se te vuelve a ocurrir hacerlo,

seré yo quien te daré con la mano cerrada, y puedes jurar por Dios y por lo más sagrado que no te gustará, amigo. Quedas avisado.

Y sin más, dio media vuelta y marchó camino a su casa, dejando a los dos hombres totalmente perplejos.

Capítulo 19

Un Encuentro Inesperado

Dos semanas más tarde, Manuel tenía intención de volver al puerto a preguntar por la marcha de la siguiente expedición. La vez anterior, cuando se había encontrado con Salvatierra, había dejado a medias sus gestiones, y desde entonces no había vuelto a aparecer por allí para no encontrarse con gente a quien no deseaba ver.

En el trayecto, Manuel no pudo dejar de fijarse en una niña de pelo dorado que, con una muñeca en la mano, miraba con curiosidad de un lado a otro, la entrada principal de la fortaleza donde se encontraban las oficinas administrativas. Estaba sola con lo pequeña que era, y quizás fuera eso lo que más le llamó la atención. A pesar de que no solía sentir curiosidad por los niños, algo en ella le llevó a detenerse y desviarse hasta donde estaba con la intención de ayudarla. Cuando llegó a su lado, se acuclilló para ponerse a la altura de sus ojos, momento en el que comprobó que los de la chiquilla parecían llorosos.

—Buenos días, dulce damisela. ¿Puedo preguntarte que haces por aquí tú sola? ¿Acaso te has perdido? ¿Buscas a alguien? —le preguntó con dulzura.

La chiquilla desvió su mirada hacia los ojos del hombre y lo observó con curiosidad. Manuel sonrió al ver que la niña, que apenas levantaba un metro del suelo, lo miraba con la misma curiosidad con la que él la miraba a ella. Tenía el pelo suelto y ondulado que le llegaba por debajo de los hombros de un precioso color, entre castaño y rubio y un rostro fino con rasgos bonitos y femeninos, a pesar de que no debía tener más de cuatro años, si acaso. Sin embargo, lo que más le sorprendió fue el color de sus ojos, de un verde muy similar a los suyos, aunque enmarcados por unas larguísimas pestañas doradas a diferencia de las oscuras que tenía él. No le cabía duda de que aquella niña, en un futuro, podría llegar a convertirse en una auténtica belleza.

—¿Te has perdido, pequeña? ¿Puedo ayudarte? —repitió con amabilidad.

—Estoy buscando a mi abuelo, señor.

—¿Él está por aquí?

—Sí, señor. Mi mamá me dijo que, si alguna vez necesitaba buscar a mi abuelo, tenía que venir aquí. ¿Me puede ayudar a encontrarlo, señor?

Manuel sonrió.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo te llamas, pequeña?

—Angélica.

—Tienes un nombre muy hermoso, Angélica. Y tu abuelo, ¿sabes cómo se llama?

—Claro: se llama *Abuelo* —contestó con toda la naturalidad del mundo. Qué pregunta tan absurda le formulaba aquel señor...

Manuel se armó de paciencia.

—Bien, Angélica. Necesito un nombre para tu abuelo que me facilite la tarea de buscarlo. Seguramente otras personas lo llamarán de una manera diferente cuando hablan con él.

—Mi mamá lo llama *padre*.

—Entonces, si tu mamá lo llama así, ¿cómo lo llama tu papá? —imaginó que el padre de la niña utilizara el nombre del hombre para dirigirse a su suegro.

—Yo no tengo papá, señor. Pero los señores con los que abuelo se junta lo llaman don Diego. ¿Con eso puede ayudarme?

Manuel le sonrió y le acarició el mentón en un gesto cariñoso.

—Bueno, al menos ya tenemos algo —dijo a nadie en particular—. Anda, vamos dentro y sentémonos en un banco, a ver si, con un poco de suerte, vemos pasar a tu abuelo mientras conseguimos algún otro dato más sobre él, ¿te parece?

La niña se sorbió los mocos, tomó la mano del caballero y se dejó guiar hasta un asiento cercano.

—Por cierto, mi nombre es Manuel Espinosa, joven Angélica.

La niña se separó de él para hacer una reverencia con gracia, tal y como se supone que debía hacer una damisela.

—Es un placer conocerlo, señor Espinosa —le contestó con educación.

—El placer es todo mío, joven damisela. Y mis amigos me llaman Manuel. Ya que nos hemos presentado oficialmente, y dado que he acudido a su rescate, sería un honor para mí que me llamara Manuel, ya que espero que seamos amigos. ¿Te parece bien?

—Sí, señor.

—Perfecto. Entonces, y como somos amigos, ¿puedo preguntarte por qué estabas llorando?

La chiquilla pareció algo ofendida.

—Yo no estaba llorando, señor.

—No era esa la impresión que me he dado cuando me he acercado a ti. ¿Acaso alguien te ha molestado?

La niña meditó si debía contestar, pero aquel caballero tan amable le había insistido mucho en que eran amigos, y su madre le decía que en aquel lugar nuevo al que se habían trasladado a vivir, encontraría muchos de ellos.

—Me he peleado con una niña.

—¿Puedo preguntarte el por qué? No está bien que las damas se peleen.

—Lo sé —suspiró la niña—. Por eso vengo a buscar a mi abuelo, porque si mi mamá se entera, seguro que me riñe.

—¿Y puede saberse qué te ha dicho la otra niña para que te enfades con ella?

—Es que es... tonta —le dijo en un arranque de ira que hizo sonreír a Manuel—. Primero me quiere quitar a Isabel, pero Isabel es mía, porque mi abuela me la regaló —le explicó al tiempo que le mostraba la muñeca que llevaba en la mano, dejándole claro a quién se refería—. Y encima casi le rompe un brazo. La he tenido que empujar para que no se lleve a mi Isabel, y se ha caído de culo, y me ha dicho que se lo iba a decir a mi madre para que me castigase.

Manuel meditó una respuesta lo más correcta posible.

—Bueno, has defendido lo que es tuyo, y aunque no está bien que te pelees con nadie, al menos le has dejado claro que no te dejarás apabullar por ella. Pero la próxima vez que te pase, ¿por qué no se lo dices a tu madre o la madre de la otra niña para que medie entre ambas? Seguro que podréis

solucionar vuestras diferencias sin necesidad de pelearos y sin tener que romper vuestra amistad.

La niña se encogió de hombros.

—Eso me da igual. No me gusta esa niña. No tengo más remedio que soportarla porque mi mamá trabaja en esa casa cuidándola y enseñándola a leer y escribir. Y yo tengo que acompañar a mi mamá mientras esté allí. Pero la señora la llamó y entonces fue cuando esa niña me quiso quitar a mi Isabel.

—Entonces, ¿tu amiga es mayor que tú?

Ella asintió.

—Es grande, pero tonta, tonta. Además, dice que no quiere ser mi amiga porque me voy a convertir en sapo.

—Menuda memez. ¿Por qué habrías de convertirte en semejante bicho? ¿No te parece un poco ridículo?

—Por el color de mis ojos. Dice que los sapos también los tienen verdes.

—Vamos, vamos —tuvo que volver a morderse los labios para no reír—. Tu rostro, incluido tus preciosos ojos, nada tiene que ver con un animal tan poco agraciado como un sapo. Lo más seguro es que esté enfadada porque una niña más pequeña haya sido más fuerte y más valiente que ella. Así que debo darte la razón en lo que has dicho: esa niña es bastante tonta.

Angélica lo escuchaba con atención, sintiéndose reconfortada por sus palabras, por lo que Manuel se animó a continuar.

—Además, no sé si te has dado cuenta de que tú y yo tenemos un color de ojos muy, muy parecidos. Y yo no me considero ningún sapo, ¿o tú crees que sí? —le dijo mientras bajaba la vista para revisar su cuerpo por delante y por detrás.

Aquella respuesta si consiguió arrancar una risa sincera a la chiquilla, que negaba efusivamente con la cabeza.

Manuel suspiró siguiendo la broma.

—Uf, menos mal. Ya estaba empezando a preocuparme.

La niña siguió sonriendo, dejando de lado al fin cualquier atisbo de preocupación o enfado.

—Además, ¿sabes lo que pienso? —Ella negó con la cabeza—. Creo que esa

niña te tiene envidia. Seguro que se ha dado cuenta de que tú eres más bonita que ella y eso la ha puesto furiosa. Por eso te ha dicho semejante tontería.

—Mi mamá me dice que soy la niña más bonita del mundo, pero que no debo convertirme en una niña engreída ni vanidosa.

Él asintió con la cabeza.

—Tu madre es una mujer muy sabia, pequeña.

—Ella también es la mamá más guapa del mundo, pero a veces me riñe mucho.

A Manuel le gustaba aquella niña. A pesar de su corta edad, su desparpajo era más propio de una chiquilla mayor.

—Seguramente será porque de vez en cuando te portas un poquito mal, si no, no te reñiría, ¿a que sí?

Angélica sonrió.

—Bueno, a veces hago cosas que ella no quiere que haga. Pero procuro portarme siempre bien.

—¿Te cuento una cosa? —Ella asintió—. Yo no conocí a mi mamá. Dios se la llevó al cielo cuando nací y no tuve oportunidad de conocerla. Me hubiera encantado haber tenido esa posibilidad, pero no pudo ser. Así que disfruta de tenerla contigo y piensa que, si de vez en cuando te riñe, lo hace siempre pensando en tu bien, preciosa.

—Yo tampoco he conocido a mi papá. Pero mi abuelo es muy bueno y me quiere mucho. Él me riñe menos que mamá, y si me porto mal, no siempre se lo dice a ella. Y luego, si lloro, me da muchos besitos y me dice lo mismo que tú, que debo portarme bien y que a ella no le gusta tener que reñirme.

—Estoy seguro de que tu abuelo tiene razón.

De repente, la niña dio un salto del banco donde ambos se encontraban y salió corriendo tras un hombre que pasaba por un pasillo cercano.

—¡Abuelo!

Al oír la voz de la niña, el susodicho se detuvo y se volvió hacia la voz familiar.

—Angélica, ¿qué haces aquí?

La niña, de un salto, se tiró en brazos del hombre que la cogió dando un

ligero traspiés. Manuel observó la escena con curiosidad, si bien se quedó paralizado unos instantes al ver al *abuelo* de Angélica. Nunca se hubiera imaginado que aquel hombre de quien habían estado hablando fuera nada más ni nada menos que el propio Diego Alvarado. Cuando se recompuso de su sorpresa, se acercó hacia ambos con toda la naturalidad que le fue posible, sin saber si él lo recordaría o no. Cuando apenas estuvo a una decena de pasos de ellos, pudo oír al anciano cómo le decía a la niña:

—Angélica, no debes hacer esto nunca más. ¿Te imaginas lo preocupada que debe estar tu madre en este instante?

—Pero ella me dijo que viniera a buscarte si te necesitaba.

—Sólo en caso de urgencia...

—Es que esto lo era. Me he vuelto a pelear con Cristiana y mamá me va a reñir, lo sé.

—¿Otra vez? Llevamos aquí un par de semanas escasas y es la segunda vez que te enfadas con ella. ¿No te ha dicho tu madre que quiere que os hagáis amigas?

—Pero es que yo no quiero. Es tonta.

Manuel carraspeó para hacerse notar, lo que detuvo la conversación entre abuelo y nieta. Pudo comprobar en la mirada del hombre que no se había olvidado de él, algo que corroboró cuando lo llamó por su nombre.

—Vaya, don Manuel Espinosa —le dijo don Diego—. ¿Qué hace usted por aquí?

Manuel no pudo evitar una media sonrisa.

—¿Acaso olvida que fue usted quien me envió a este lugar?

Don Diego lo observó. No sabía si se lo decía con ironía o no. Por supuesto que se acordaba de cual había sido la pena impuesta, pero no imaginó encontrarse con él en aquella misma ciudad. Sabía que la antigua Isabela había quedado prácticamente desierta, pero nunca pasó por su cabeza el hecho de encontrarse con uno de sus procesados. Además, habían pasado ya unos años y no había vuelto a pensar más en el asunto.

—Abuelo, ¿conoces a mi nuevo amigo?

Don Diego desvió la mirada para centrarse en su nieta. ¿Lo había llamado amigo? Por un momento, sintió un desasosiego interior que no le gustó. ¿Qué

pretendía aquel hombre? Sin embargo, la niña siguió hablando como si tal cosa.

—Manuel me ha ayudado a buscarte, porque no sabía dónde encontrarte, abuelo.

—¿Le ha hecho algo a la niña? —su tono de voz era serio; su mirada, fría.

Manuel no pudo evitar sonreírse aún más. Menudas vueltas daba el destino...

—Absolutamente nada, más que hacerle compañía. Me la encontré perdida y llorando, y solo traté de calmarla y ayudar a buscar a su abuelo. No tenía idea de que se tratase de usted, don Diego. Es más, ni siquiera sabía que estuviera aquí.

—Es verdad, abuelo. Y opina lo mismo que yo: que Cristiana es tonta —intervino Angélica con una sonrisa de suficiencia y un gesto de altivez en la barbilla.

Don Diego suspiró y dejó a la niña de nuevo en el suelo.

—No debe decirle esas cosas a la niña, Espinosa.

—Señor, si tras oír su nombre, la chiquilla de quien habla es quien creo que es, no puedo más que darle la razón. Además, no veo que tiene de malo que se proteja de niñas que la insultan.

Don Diego miró a la niña.

—¿Cristiana te ha insultado?

Ella asintió.

—Me ha llamado sapo.

—Señor —intercedió Manuel—, son solo niñas. Ha tenido un percance con la muñeca y por eso vino a buscarlo. Mi interés en ayudarla fue sincero, y ahora que lo ha encontrado, me quedo tranquilo y sigo mi camino.

Don Diego se relajó visiblemente. Se daba cuenta de que se había precipitado en sus conclusiones. Además, a la niña se la veía bien y tranquila.

—Le debo una disculpa, Espinosa. Le agradezco que haya cuidado de mi nieta.

—No me debe nada, don Diego. Es una niña encantadora y a pesar de lo pequeña que es, se ve que tiene genio y brío, y eso me gusta. Ha sido un auténtico placer conocerla.

Manuel acarició el pelo de la niña con afecto.

—Aunque espero que no te metas más en problemas ni con Cristiana ni con nadie, ¿de acuerdo, dulce Angélica?

La niña se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y cómo te va por estas tierras, muchacho? —le preguntó más calmado el juez.

—No me puedo quejar, señor. Trato de cumplir con mi cometido, aunque a decir verdad no hay nadie que controle si sigo o no las pautas que usted me indicó. Pero para su conciencia y la mía, debo decir que tengo tratos con los nativos y procuro ayudarlos dentro de lo que me es posible. Hace no mucho hubo por aquí algunas revueltas y nuestro buen Almirante Colón —dijo con sorna—, tuvo a bien dar una amnistía a los sublevados, e indirectamente eso ha jugado a mi favor. Así que, salvo por el hecho de que aún no puedo volver a casa, por lo demás tengo una vida bastante normal.

—Mientras no te metas de nuevo en líos y sigas colaborando con la gente de aquí me doy por satisfecho. Al menos con ello demuestras que el arrepentimiento que mostraste en el juicio era sincero.

—Lo era, don Diego.

—Me alegro por mucho por ti, Espinosa.

Angélica, que de momento se había quedado relegada a un segundo plano de la conversación, reclamó su atención de nuevo.

—¿Tú también eres amigo de mi abuelo, señor Manuel?

Éste le sonrió.

—Tu abuelo y yo nos conocimos hace algún tiempo, jovencita.

—Qué bien. Entonces podrá venir a casa a saludar a mamá. Seguro que a ella también la conoce, y también podrá saludarla. Ella no tiene amigos aquí.

—No, no tengo el placer de conocer a tu mamá...

Don Diego volvió a interrumpir.

—Llegamos hace un par de semanas con la última expedición: mi hija, mi nieta y yo. Acompañamos a Bobadilla para ayudar en las funciones judiciales que quiere implantar, y por lo que hemos visto, parece que no va a ser tarea fácil.

—No tenía idea de que usted y su familia estaban por aquí, don Diego. Habría ido a presentarle mis respetos, no lo dude.

—Mi abuelo está enfadado con mi mamá desde que llegamos, ¿sabes? — volvió a interrumpir la niña. Quería participar en la conversación de los mayores a como diera lugar.

—Bueno, quizás porque a tu mamá le ha costado trabajo acostumbrarse a estar por aquí, Angélica. No es un lugar fácil al que habituarse.

—No, qué va. Es porque no quiere que trabaje.

Don Diego suspiró. Esa niña no se iba a callar. Al fin y al cabo, eran cuestiones familiares que no le incumbía a ningún desconocido.

—No preste atención a la cría —le dijo con cansancio su abuelo.

—¿Le ha salido una hija rebelde, don Diego? —comentó con una sonrisa que no pudo disimular—. Parece entonces que la niña ha heredado el carácter de su madre.

—En absoluto, nada más lejos de la realidad. Mi hija es de carácter afable y dulce, pero le ha brotado el carácter en los últimos tiempos, o al menos en esta cuestión. Pero como comprenderá, permítame que dejemos el tema estar, que se trata de un asunto exclusivamente familiar.

—Por supuesto. Disculpe mi intromisión.

De repente, a su espalda, una voz femenina sonó con fuerza y determinación.

—¡Angélica! ¡Angélica! Dichosa cría, vas a matarme de un disgusto.

La madre de la niña pasó como una exhalación por su lado para tomar a la niña en brazos y darle un fuerte abrazo a pesar de que en su voz era clara de reproche.

Manuel quedó petrificado. Si sorprendido se había sentido al encontrarse allí a don Diego Alvarado, la visión de su hija lo dejó totalmente paralizado, igual que hubiera sucedido días atrás.

—¿Por qué te has escapado de la casa? ¿No te das cuenta de que casi me muero de preocupación cuando volví al cuarto y vi que no estabas? No vuelvas a hacerme esto nunca, hija mía...

Manuel estaba saliendo poco a poco de su estupefacción cuando escuchó como la mujer llamaba a la cría. A pesar de estar a un par de pasos escasos a

sus espaldas, ella todavía no se había percatado de su presencia en el grupo.

—Buenos días, Ángel mío.

A Micaela se le paró la respiración. Con la niña en brazos y con los ojos abiertos de par en par, se volvió con brusquedad para corroborar que la voz pertenecía a quien ella recordaba. Sus miradas se enredaron durante unos segundos y poco a poco, fue soltando el aire que había retenido en los pulmones.

De repente, se sintió mareada. Se giró despacio hacia su padre y, con voz temblorosa, le pidió que se hiciera cargo de la pequeña.

Un instante después, caía desmayada en el suelo.

Capítulo 20

Angélica

Manuel alargó los brazos con rapidez evitando que se golpeará en la caída. Se arrodilló junto a ella y comprobó que respiraba con normalidad, así que dio por sentado que se trataba de un simple desmayo. Don Diego se arrodilló junto a su hija y, tomándole de la mano, empezó a pellizcar sus mejillas para despertarla.

—Abuelo, ¿qué le pasa a mamá? —preguntó Angélica asustada.

—No le pasa nada, cariño. Solo es un desmayo, seguro que se recupera enseguida.

—¿Es por mi culpa? ¿Por haberme escapado de la casa?

Manuel trató de tranquilizar a la niña. A pesar de tener en brazos a la mujer, su mirada se centró en esos instantes en Angélica, y de repente, la evidencia empezó a abrirse paso en su cabeza. Ese pelo, esa cara, los labios, los ojos... ¿Qué edad tenía? ¿Tres, cuatro años?

—Claro que no, preciosa. Seguramente ha venido corriendo, y que, con tanto calor, se ha desmayado por falta de fuerzas. Pero ya verás como enseguida se recupera.

La gente cercana empezaba a arremolinarse alrededor, si bien don Diego les pidió que se mantuvieran apartados para que dejaran respirar a su hija, esperando que eso la ayudara a despertar.

—Pongámosla en aquel banco, don Diego —dijo Manuel cogiendo a Micaela entre sus brazos.

Poco a poco, la joven empezó a salir de su aturdimiento, tranquilizándolos a todos.

—Don Diego, ¿puedo preguntarle una cosa? —dijo Manuel.

—Claro.

—¿Qué edad tiene Angélica?

En ese instante los ojos de Micaela se abrieron de golpe.

—¡No contestes a eso, padre!

Don Diego omitió por completo la petición de su hija para interesarse por salud.

—Hija querida, ¿cómo estás? ¿cómo te encuentras? —preguntó con sincera preocupación.

—No le cuentes nada a este hombre...

—Micaela, deberías ser más agradecida. Este señor te ha tomado en sus brazos, te ha depositado en el banco para que no estuvieras tirada en el suelo, y ha estado atendiendo a Angélica mientras estaba sola —afirmó con paciencia.

—No le digas nada de Angélica —su voz sonaba desesperada, algo que su padre no entendía.

Manuel, no obstante, volvió a insistir sin atender el ruego, cada vez más alterado de la joven madre.

—Señor, necesito imperiosamente saber cuándo nació la niña —insistió con firmeza, aunque la actitud de la madre confirmaba de alguna manera sus sospechas.

Don Diego, que en aquel momento no tenía voluntad de negarle nada al joven, contestó sin entender qué le pasaba a su hija.

—En marzo de 1497. ¿Por qué necesita saberlo?

La voz de Micaela resonó baja, pero con fuerza.

—No...

Manuel volvió su mirada hacia los ojos dorados de Micaela, que desvió la vista cuando comprendió que él acababa de realizar sus propias cuentas.

—Señor, mucho me temo que ni el calor ni el susto por la desaparición de la niña han sido los responsables del desmayo de su hija. Me inclino a pensar que el culpable soy yo.

—¿Por qué habría de serlo, Espinosa? —preguntó don Diego perplejo. No entendía nada de lo que estaba pasando.

—Porque su hija se ha dado cuenta de que acabo de descubrir que Angélica es también mía.

Micaela lo miró con auténtica ira. Aquella afirmación, aunque cierta, era muy dura de digerir para alguien que había estado ocultando la identidad del padre de su hija con todas sus fuerzas ¿Quién se creía que él para desvelar su secreto?

—¡No tienes derecho a decirle nada a mi padre! ¿Cómo te atreves?

Sin embargo, Manuel estaba incluso más furioso que ella. El asunto no era baladí y se sentía totalmente engañado.

—¿Tienes la desfachatez de preguntarme que cómo me atrevo?

—¡No tienes derecho! —repitió ésta.

—Me otorgo el derecho al saber que esa criatura es hija mía ¿O acaso me puedes negar que yo soy su padre?

—Angélica es mía y solo mía.

El volumen de voz de los dos era más elevado de lo debido, y los curiosos que aún permanecían merodeando alrededor, estaban disfrutando encantados con la escena. Sin embargo, todos parecían haberse olvidado por completo de la niña, que no perdía puntada de la conversación de los mayores. Y aunque no entendía por qué su madre y aquel señor tan simpático estaban hablándose a gritos, el último comentario de Manuel atrajo tanto su atención que se vio obligada a jalar con fuerza de las faldas de su madre para que le prestara atención.

—Mami, mami...

—Ahora no, Angélica —le dijo ella.

—Mami, mami... —insistió la pequeña.

—Ahora no, cielo.

—¡Madre! —chilló aún con más fuerza.

Ante la insistencia de la niña, Micaela volteó la cabeza hacia ella que la miraba con los ojos muy abiertos.

—Mamá, ¿este señor es mi papá?

Micaela palideció. ¿Cómo no habían reparado en lo que decían delante de la cría? ¿Cómo podía haberse dejado llevar por su ira sin pensar que la pequeña, curiosa y despierta como ninguna, estaba pendiente de todo?

Su madre no tuvo tiempo de responder. Antes de que pudiera articular

palabra, Manuel le tomó de la mano y le pellizcó la mejilla con suavidad.

—Si, preciosa, yo soy tu papá.

Manuel notó que Micaela tomaba aire audiblemente.

—No, cariño, no lo es —intercaló su madre.

—Sí, cariño, si lo soy. Tu mamá sólo está bromeando.

—Y si está bromeando, ¿por qué está tan seria? —preguntó a su vez Angélica.

—No está seria, está sorprendida. Además, tiene un sentido del humor un poco raro. Pero no te preocupes, cielo, que pronto se le pasará.

—¡No le digas eso a la niña! —volvió a interrumpir Micaela.

—Y tú, no mientas más a mi hija.

La cordura de don Diego vino a interrumpir a la pareja.

—Ya está bien de dar el espectáculo aquí. Este no es el lugar apropiado para tratar asuntos de familia. Así que cortad ahora mismo la discusión y vayámonos a casa. Ya estoy cansado de ser el centro de atención de tanto curioso.

Por una vez, ambos estuvieron de acuerdo al desviar la mirada a su alrededor y ver a varias personas observando sin reparo alguno la pelea entre la pareja. Antes de que Micaela pudiera objetar nada, Manuel alzó a la niña en sus brazos y siguió a don Diego de camino a la casa de los Alvarado.

—Angélica sabe andar sola —le espetó Micaela, dispuesta a fastidiarlo a como diera lugar.

Pero la niña parecía encantada y se puso a jugar con el cordón de la camisa de su recién descubierto padre, que no podía apartar los ojos de aquella criatura tan adorable.

—¿Quieres ir andando, pequeña? —le preguntó Manuel a la chiquilla, que se limitó a negar con la cabeza—. Pues marchando...

La vivienda que el funcionario tenía asignada estaba muy cerca, así que apenas tardaron en llegar. Nada más cruzar la puerta, Micaela arrancó a la niña de los brazos de Manuel para entregársela al abuelo.

—Padre, por favor, ¿puede llevarse a Angélica con usted? Necesito hablar a solas con el señor Espinosa.

—¡Pero yo quiero quedarme con mi papá! —protestó ésta.

Don Diego tomó la mano de su nieta y le habló con toda la calma del mundo.

—Vamos, pequeña. Tus padres tienen que hablar cosas de mayores.

—¿Pero mi papá se va a ir luego?

Manuel le sonrió con ternura.

—No, no te preocupes, mi cielo; no me pienso marchar sin despedirme antes de ti.

—Y si te vas, ¿ya no volveré a verte nunca más?

—Por supuesto que me vas a ver. Todas las veces que quieras, dulce Angélica.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Micaela se estaba impacientando. Tenía los brazos cruzados y daba golpes en el suelo con el pie de manera incontrolada. Ahora iba a resultar que aquel hombre se le iba a despertar el instinto paternal... ¡Vamos, hombre!

—Padre, por favor, llévese a la niña —repitió.

—¿Puedo dejaros solos sin que os tiréis los trastos a la cabeza?

—No se inquiete, padre. Ya me conoce y sabe que no soy de carácter agresivo. Solo deseo conversar con él, nada más.

Sin embargo, don Diego no las tenía todas consigo. Nunca había visto a su hija tan furiosa, pero, aun así, decidió confiar en su sentido común y se alejó con la causante de la riña para permitir que aquellos dos conversaran a solas; aunque decidió no alejarse demasiado, por si acaso. Ya le llegaría su turno de decir cuanto tenía guardado y formular todas las preguntas que considerase pertinentes.

Pasaron a una habitación sobria y parca. Se notaba que los habitantes de la casa no hacía mucho tiempo que la habitaban y que aún no habían podido ponerla a su gusto.

Al cerrar la puerta, Micaela no pudo evitar hacerlo con más violencia de la necesaria. Sin embargo, fue Manuel el primero que habló tan pronto como quedaron a solas.

—¿Cómo has podido ocultarme que tengo una hija? —le espetó con tono

enervado.

—No te atrevas a mostrarte enfadado conmigo, Manuel Espinosa. Después de lo que me hiciste, no tienes derecho a reclamarme nada.

—¿Que no tengo derecho? —Su enojo era épico—. Señora, creo que lo tengo y mucho.

—¿Y qué esperabas? ¿Que cruzara un océano para decirte que tus fechorías habían dado sus frutos?

Se acercó hasta ella y puso su dedo índice a escasos centímetros de su nariz.

—No tengas la desvergüenza de llamar fechoría a lo que pasó entre tu y yo. Y no estoy hablando de cruzar ningún océano, aunque años después no veo que hayas tenido ningún problema en hacerlo. De lo que me quejo es de que, por lo menos, debiste ponerme al corriente de lo que estaba pasando. Y no me vengas a decir que no sabías como hacerlo: conocías a mi padre y sabías dónde vivía. Podías haber ido a hablar con él y él me hubiera informado a mí. Aunque aquí las cartas tardan meses en llegar, la correspondencia existe.

Micaela explotó. Levantó los brazos para colocárselos en jarra en su cintura.

—Ah, claro. ¡Qué fácil! Me presento en casa de un señor al que no conozco de nada para decirle así por las buenas que le he hecho abuelo. Y teniendo en cuenta que tú te encuentras al otro lado del mundo y que no puede confirmar la filiación de mi hija, ese buen hombre me va a creer sólo porque yo lo digo...

—Al menos podrías haberlo intentado, ¿no crees? Pero como es propio de ti, te escondes como un caracol para que nada ni nadie te roce.

Aquel comentario la enfureció aún más.

—No te atrevas a hablar de lo que no conoces, Manuel. ¿Tienes idea de lo que fue para mí descubrir que estaba embarazada? Bastante mal me sentía ya por haber permitido que te aprovecharas de mí para que, encima, aquello tuviera consecuencias. Fue... ¡terrible!

—¿Que yo me aproveché? ¿Que yo me aproveché...? Mira preciosa, fuiste tú quien me buscó a mí desde el primer momento. Además, yo no teforcé a nada. Quizás te empujé un poquito, eso lo reconozco, pero tú lo disfrutaste tanto como yo. ¿He de recordarte acaso que siempre devolvías mis caricias? Si no lo recuerdas, con mucho gusto puedo mostrarte como era la atracción

que existía entre los dos.

—¡Te aprovechaste de mis sentimientos por ti y de mi ingenuidad, aún a sabiendas de que yo tenía una vida planificada para el futuro!

Ahora fue Manuel quien elevó los brazos al cielo.

—¡Aleluya! Tres años después por fin te escucho reconocer que sentías algo por mí. Un poco tarde, pero algo es algo.

—Pero, ¿qué te crees? ¿Qué hago cochinas con cualquiera?

—¡Cochinas! Por favor, que manera más ridícula e infantil de llamarlo —dijo elevando los ojos al cielo—. Si quieres, te doy otros nombres para lo que hicimos: copular, retozar, aparearse, follar... aunque yo prefiero, si no te molesta la expresión, hacer el amor. No me hagas reír, hermosura...

—Pues no fue nada divertido tener que hablar con mis padres y confesarles mi falta. Mi madre, que Dios la tenga en su bendita gloria, estaba enferma. Y tuvo que soportar que su célibe hija le dijera que había yacido con un hombre y que estaba esperando un hijo suyo y, además, sin posibilidad de reparación alguna. Gracias al cielo que ella era una santa y, lejos de reprocharme nada, me arropó todo lo que pudo porque sabía que la gente de mi alrededor iba a maldecir contra mí —bajó la cabeza, apenada de repente—, como así fue. Además, me queda el consuelo de saber que Angélica fue para ella un rayo de luz en sus últimos tiempos. Lo que no quita que tuviera que soportar el bochorno de acarrear con una barriga siendo una mujer soltera. No te puedes ni imaginar lo dura que puede llegar a ser la gente... Pero claro, eso a ti es algo que ni te va ni te viene, porque te fuiste no sin antes dejarme un buen regalito.

Manuel la escuchó con atención, disconforme con sus palabras.

—Para empezar, yo no me fui por gusto, lo sabes de sobra. En segundo lugar, por si te has olvidado, te pedí que te casaras conmigo y tú me tomaste por loco. Si hubieras aceptado, te habrías ahorrado esa vergüenza de la que hablas y que tanta aflicción te supuso. Te aseguro que la gente ve este tipo de cosas, que por si no lo sabes te informo que suelen ser mucho más frecuentes de lo que imaginas, desde un prisma muy distinto cuando la afectada lleva el *título* de señora de. Sin contar que mi padre te hubiera protegido hasta que fuera posible reunirte conmigo, tal y como te propuse en su día.

—Ya tenía la protección de mi familia. No iba a buscar la de un desconocido.

—Además —continuó él—, si tanto te abochornaba tu preñez, ¿por qué te quedaste con la niña? Podrías haberte encerrado con tus amigas las monjitas que seguro te hubieran ocultado tras sus muros dando una solución más que válida a tu *gran problema*.

Micaela se puso roja de ira.

—¿Me estás diciendo que debería haberme deshecho de mi niña? Angélica es lo mejor que me ha pasado en la vida. No te atrevas siquiera a dudar ni un minuto de ello.

—No soy yo quien se llena la boca hablando de vergüenza y bochorno. Solo te muestro las soluciones que se suelen dar en este tipo de casos cuando la madre no tiene marido que la respalde.

—¿Y cómo lo sabes tan bien? ¿Acaso tienes algún mocoso más desperdigado por ahí?

—Mira, niña, no me consta que haya vástago mío por ahí pululando, pero me extrañaría mucho que si así fuera, no hubieran ya venido a reclamarme algo al respecto. Y podré haber sido un cabeza hueca durante muchos años, pero hay cosas que son sagradas hasta para mí. He podido disfrutar de las mujeres hasta hartarme, pero hay ciertos límites que respeto, aunque tú no lo creas.

—¡Ja! ¿Piensas que soy la tonta de antaño que era capaz de creer en la bondad del alma de los hombres? No me hagas reír...

—Además, no estamos hablando de mí, sino de tu forma de actuar y de que tú misma pudiste haber puesto solución al problema o digamos, a tu *incomodidad*.

—¡Incomodidad! Óyeme bien, Angélica es consecuencia de mis réprobos actos, pero jamás... óyeme bien, jamás, me arrepentiré de haberla tenido.

—¿Y no te ha dado por pensar que sin mi simiente ella nunca hubiera existido? No vengas a echarme nada en cara, Ángel.

—Lo único que te echo en cara, y que no voy a aceptar, es que vengas ahora a dártelas de padre abnegado. Mi hija no tiene padre, nunca lo ha tenido, y así, ha crecido feliz.

—No ha tenido padre porque tú no lo has permitido. Conociendo ahora su existencia, olvídate si piensas que voy a actuar como si nada hubiera

ocurrido. Pienso estar presente en su vida te guste o no.

—¡No voy a permitir que me la quites!

Manuel la miró con sorpresa.

—No tengo intención de hacer tal cosa. Pero tampoco pienses que voy a desaparecer.

—¿Y desde cuando te gustan los niños?

—No me gustan. Pero es mi hija y eso la hace diferente.

—Pues si no te gusta, no tienes ningún compromiso con ella.

—Cuando te digo que lo hace diferente no me refiero a que me creo un compromiso por obligación. Sencillamente significa que no voy a renunciar a alguien de mi sangre porque, si bien hasta ahora nunca me había planteado tener mocosos a mi alrededor, cuando la criatura es de uno, la cosa cambia.

—Vamos, vas a decirme ahora que te ha nacido el amor fraternal.

—Piensa lo que te dé la gana. Pero desde ya te informo que tengo la intención de ver a mi hija cuando me plazca.

—No tienes derechos sobre ella.

—Los tengo todos. Y si no, lo hablamos con tu padre a ver qué opina al respecto; seguro que en asuntos de justicia sabe más que tú y yo juntos.

Micaela sabía que tenía razón, pero no le agradaba que le impusiera su presencia de aquella manera. Nunca imaginó que su nueva vida pudiera empezar tan mal. Manuel le traía demasiados recuerdos que quería dejar atrás, y sentimientos que le había costado mucho trabajo enterrar, sobre todo porque mirar a su hija era ver el vivo retrato de su padre.

—Que veas a Angélica de vez en cuando no te va a otorgar ningún derecho sobre mí.

—¿Y por qué piensas que deseo tener alguno? —le contestó ofuscado—. Lo único que quiero de ti está relacionado con la niña. Que una vez te propusiera matrimonio no significa que esa oferta fuera a estar vigente para toda la vida. Lo ocurrido en Sevilla pasó hace mucho tiempo y ya quedó atrás. Obviamente, tu vida y la mía han cambiado. No volveré a cometer el error de abrir mi corazón a quien no lo merece.

Aquello dolió. Y mucho. Pero Micaela se mantuvo en silencio.

—¿Estás conforme entonces en que venga a ver a mi hija? —le preguntó viendo que ella no decía nada.

—No, pero, aunque esté disconforme, vas a hacer lo que te venga en gana, ¿verdad?

—Así es.

—Ella no está acostumbrada a ti. No puedes pretender que, de repente, acepte que le ha salido un padre de la nada así por las buenas. Si estás empeñado en verla, no voy a poder impedirlo muy a mi pesar, pero hazlo poco a poco. Lo único que te advierto es que si tienes intención de desaparecer de su vida tan rápido como has aparecido, más te vale que ni lo intentes o tendrás que vértelas conmigo.

—No voy a desaparecer, así que ahora voy a ir a buscarla para hablar con ella.

—¿Qué le vas a decir? —le preguntó asustada.

—Eso es algo entre mi hija y yo.

—Manuel, ¿no te das cuenta de que solo tiene poco más de tres años? La mitad de las cosas que están pasando ni siquiera las comprende.

—No es mi intención confundirla, pero al menos quiero aclararle quien soy sin necesidad de que tenga que estar escuchando gritos entre sus padres.

—Ella no conoce lo que es un padre, solo lo que es un abuelo.

—Doy por hecho que el bulo que he oído por ahí de que eras viuda era un invento tuyo, ¿no?

—¿Cómo sabes eso? —Micaela se dio cuenta de que, con independencia de acabar de descubrir la existencia de Angélica, Manuel sí estaba al corriente de su presencia en la isla.

—¿Lo es?

—¡Tenía que crearme una historia para que no tildasen a mi hija de bastarda también aquí!

—Pues eso se acabó. Ya va siendo hora de que padre e hija puedan reunirse con normalidad, ¿no crees?

—¡No! Nadie debe saber que tú eres su padre. De lo contrario, toda la historia que he creado para protegerla no serviría de nada.

—¿A quién quieres proteger, a ella o a ti?

—Ella es lo único que me importa en esta vida.

—Entonces ve acostumbrándote a la idea de que no pienso renunciar a la niña y a lo que me une a ella.

Y sin más, dio media vuelta para salir de la habitación sin mirar si Micaela lo seguía. Tal y como intuía, don Diego se encontraba merodeando por allí cerca.

—¿Y la niña? —le preguntó aún alterado.

—En su habitación.

—Voy a hablar con ella. O rebusco entre las habitaciones hasta dar con ella, o me la trae usted y así evitamos la molestia.

—¿Qué dice mi hija sobre eso?

En ese momento, Micaela cruzaba la puerta y se acercaba a los dos hombres. Sin decir nada, se limitó a asentir con la cabeza a pesar de que su rictus era particularmente serio y frío.

—Voy a por mi hija. Espérenme aquí —se limitó a decir ella.

Apenas dos minutos después, madre e hija volvían a hacer acto de presencia. Micaela seguía con el mismo gesto adusto, pero a la niña se la veía feliz saltando de la mano de su madre. Al ver a su padre, se soltó y corrió hacia él, que la alzó en brazos.

—Mamá me ha dicho que te tienes que ir a tu casa. ¿Vas a venir a verme otra vez, papá?

Manuel le sonrió y le pellizcó la nariz.

—Por supuesto, mi bella damisela. Vendré todos los días, si quieres.

La niña aplaudió feliz.

—¿Y no vas a irte nunca más?

—Nunca más.

—¡Qué bien! Ahora las niñas no podrán decirme que yo no tengo padre.

—Y a quien te lo diga, me la traes para que vea que es verdad, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Papá, ¿y por qué no vives aquí con nosotros?

Él le sonrió. Aquella niña podía acabar robándole el corazón a poco que dejara pasar un poco de tiempo y se conocieran algo más.

—No, preciosa, no se puede. Pero mañana estaré aquí, ¿de acuerdo?

Angélica asintió.

—Muy bien. Por ahora, me conformo.

Manuel no pudo evitar reírse.

—¿Me das un besito, preciosa mía?

La niña le echó los brazos al cuello con fuerza y dio un sonoro beso en la mejilla de su padre.

¿Que necesitaba tiempo, decía? Definitivamente, ya se había hecho dueña y señora de su corazón.

Capítulo 21

Tonalna

—Así que era él... —le dijo don Diego a su hija en cuanto Manuel se hubo marchado.

Micaela se sonrojó. Nunca le había desvelado a nadie la identidad del padre de Angélica, ni siquiera al Padre Gabriel, que recibió la noticia de su embarazo bajo secreto de confesión. Cuando tuvo la certeza de que una nueva vida crecía en su interior, y ante la desesperación del momento, buscó consejo en el sacerdote para que la guiara en la manera de afrontar la situación. Y a pesar de la insistencia del cura, que le había asegurado una y otra vez que su secreto estaría a salvo con él, Micaela se negó en rotundo a desvelar el nombre de Manuel.

Y lo mismo sucedió cuando anunció su estado a sus padres. Aquello fue un auténtico mazazo para ellos. No podían creer que su hija, su ángel, aquel espíritu dócil e impoluto, hubiera podido sucumbir a la tentación de amancebarse con un hombre fuera del sacramento del matrimonio. Y cuando le requirieron que actuase según lo acostumbrado en estos casos dando el nombre del ofensor, tuvo que sufrir el oprobio de reconocer que era imposible reparar la situación como ellos deseaban. Por eso, siempre creyeron que el padre de la niña debía de tratarse de un hombre ya casado, algo que todavía la degradaba más a los ojos de sus desilusionados padres.

Por más que el disgusto fuera importante, el problema no tenía más solución que tirar hacia delante y afrontar juntos lo que les venía encima. Siempre habían sido una familia unida y no podían juzgar a su hija ni apartarla de su lado por un desliz que, aunque grave, no dejaba de ser puntual en su hasta entonces intachable comportamiento. Salvo por la negativa a desvelar la identidad del responsable, Micaela seguía mostrándose tan cariñosa y atenta con sus padres como siempre lo había sido, y con el transcurrir de los meses, la amargura se fue atenuando hasta diluirse.

Además, cuando Angélica nació, todo en casa cambió. Ella sí que fue un ángel que vino a alegrar la vida a todos. Incluso doña Carmela mejoró notablemente de sus achaques, aunque tiempo después recaería hasta que el Señor decidió llevársela para siempre a su lado. Pero en esos tres años y medio que ya tenía, Angélica seguía siendo la responsable de la felicidad más pura de la familia Alvarado. Y pobre del que osara meterse con la niña, que para eso tenía una madre y un abuelo que velaba por ella por encima de todo y de todos.

Además, a partir de esa mañana, contaba con un padre que había aparecido de la nada. Un padre que reclamaba sus derechos como tal.

—Padre, no podía decírselo, compréndame...

—Ahora alcanzo a entender la insistencia que mostraste durante el proceso de ese hombre. No era el caso el que te interesaba, sino el prisionero y la suerte que debía correr, ¿cierto? —Micaela no contestó; estaba demasiada avergonzada—. Lo que no llego a concebir es cómo pudo ocurrir. ¿Acaso lo conocías desde antes de su cautiverio?

—No.

—No puedo negar el atractivo del señor Espinosa, pero por Dios, Micaela, tú eras consciente de su pasado.

—Lo sé, padre.

—Y aun así no te importó...

—Padre, por favor, dejémoslo estar. Hace años que zanjamos este asunto. ¿No podríamos seguir así?

—No, señorita, no podemos.

Al igual que sucediera antes, ninguno de los dos se percató de que la niña escuchaba atenta la conversación entre su abuelo y su mamá.

—¿Están hablando de mi papá? —preguntó Angélica emocionada—. Mañana voy a decirle a Cristiana que tengo un papá muy grande y muy fuerte; y que, como se atreva a quitarme a Isabel otra vez, se lo voy a decir para que la ponga en su sitio.

Micaela miró a su hija con horror. Aunque el carácter de la niña solía ser dulce, de vez en cuando tenía desplantes de arrogancia que le recordaban demasiado a Manuel. Comportamientos como los acaecidos durante aquel

día, evidenciaban que, en efecto, la pequeña se parecía bastante a su padre y no solo en cuanto al físico.

—No, cariño, no le vas a decir nada a Cristiana; y mucho menos vas a amenazarla con que tu papá va a ir a reñirle.

—¿Por qué no? Mi papá me protegerá de esa tonta.

—¡No la llares así! —la reprendió—. La próxima vez que tengas un problema con ella, vienes a mí y me lo dices para que yo me encargue.

Angélica cruzó los brazos delante del pecho y frunció el ceño, enfadada.

—Pero seguro que no le haces nada. La semana pasada me volví a quitar mi muñeca y le reñiste menos que cuando me reprendes a mí.

En efecto, Micaela se limitó a amonestar levemente a la niña, devolviéndole el juguete a su hija sin más. Era obvio que Angélica había esperado que se la castigara de una manera más severa...

—Yo me encargaré de la situación —volvió a repetirle—, ¿de acuerdo?

La niña frunció la nariz. Estaba segura de que, ahora que tenía padre, la defendería mejor que su madre, que era demasiado amable con todos. Así que alzó el mentón con altivez para dejar claro lo que pensaba.

—Papá me defenderá. Y voy a decirle a Cristiana que tengo el papá más guapo del mundo, para que se muera de envidia.

—¡Angélica!

No tuvo ocasión de reprenderla. Sabiendo lo que venía a continuación, la niña dio media vuelta y salió corriendo hacia su habitación.

—Esta niña... —dijo dirigiéndose a su padre—. No me gusta que tenga estos desplantes.

—Ahora sabemos a quién sale, ¿verdad?

Micaela pareció molesta.

—No lo sé. Tampoco lo conozco tanto.

—¿No lo conoces tanto y tuviste una hija con él?

—Ah, padre, olvídense del tema, por favor —rogó su hija elevando las manos al cielo.

—No, jovencita, no lo voy a hacer. Me he mantenido callado y al margen

durante más de tres años, pero ya va siendo hora de que me des algunas explicaciones. Creo que las merezco.

Micaela no sabía cómo salir del embrollo en el que estaba metida por culpa de la aparición de Manuel.

—Padre, ¿no ve que esto es doloroso para mí?

—¿Por qué? ¿Acaso el señor Espinosa te violentó de alguna manera para que... ya sabes?

Aquella conversación se volvía más incómoda por momentos, sobre todo porque no veía escapatoria.

—Está bien, pero este no es el sitio para hablar. Por favor, entremos en la sala donde tendremos más privacidad. Angélica podía salir de su cuarto y creo que ya ha escuchado demasiadas cosas por hoy —dijo ella, señalando la habitación donde unos instantes antes había estado con Manuel. Entraron, cerrando la puerta a sus espaldas.

—¿Y bien? —le preguntó don Diego con el ceño fruncido— ¿Te forzó Manuel Espinosa de alguna manera? ¿Socavó tu voluntad?

Habría sido muy fácil decir que sí, que él la había obligado de algún modo; pero también hubiera sido una mentira como un templo. Además, aseverar tal cosa delante de su padre podría acarrearle serios problemas a Manuel y eso resultaría del todo injusto.

—¿Vas a responder a mi pregunta? —insistió ante su silencio.

—No, no lo hizo —confirmó al fin.

—Entonces no lo entiendo. Afirmas que no lo conocías con anterioridad a su procesamiento —recapituló—, y sin embargo, mantienes relaciones íntimas con él a pesar de encontrarse preso. Necesito una explicación, Micaela, porque me cuesta creer que eres de una de esas que se van con el primero que se cruza en su camino.

—Padre, coincidí con él un día que lo acompañé al trabajo —comentó con la mirada baja, incapaz de afrontarlo—. Luego volví a verlo varias veces más en la cárcel y hablamos de su situación.

—¿En la cárcel? ¿Es que encima fuiste a verlo allí? —preguntó indignado.

—Pero nunca fui sola —se excusó—, sino con el padre Gabriel. Por aquel entonces oficiaba de capellán en la prisión y era el encargado de dar la misa.

Como usted sabe, mi intención era tomar los hábitos, por lo que creí conveniente ayudar a todo tipo de personas, sin importar ni su situación, ni su condición. Lo que nunca imaginé fue que, durante esas visitas en la que intentaba prestar consuelo a los prisioneros, mis sentimientos acabarían viéndose afectados por ese hombre. Nunca quise que aquello sucediera, pero no lo pude evitar. Sabía que debía alejarme de él, pero también quería ayudarlo al sentir que su arrepentimiento era sincero.

—¿Por qué nunca me hablaste de esas visitas?

—Porque jamás me lo hubiera permitido.

—No, no lo hubiera hecho....

—Lo siento, padre. —¿Qué otra cosa podía decir? —, pero obré según mi conciencia. Al menos pude convencerlo para que le facilitara el listado de nombres que usted requería.

Don Diego estaba realmente enfadado.

—¿Así que fuiste tú? ¿Tú le convenciste para que colaborase?

—Sólo deseaba ayudar a un hombre que lo necesitaba. Merecía otra oportunidad.

—Sí, pero te inmiscuiste en mi trabajo. Por Dios, ¿cómo fui tan tonto para no darme cuenta? ¿Cómo no sospeché que había algo detrás de ese interés tan excepcional?

—Padre, lo siento.

—¿Por qué no me escuchaste cuando te advertí que debías mantenerte alejada de mi trabajo por tu seguridad? Procuraba protegerte para que nunca pudieran relacionarte conmigo. Quería evitar cualquier extorsión de los desalmados con los que me veo obligado a tratar. ¿Fue eso? ¿Él te extorsionó?

—Padre, ya le he dicho que no. Fui yo la que insistió en verlo, a pesar de que no era lo correcto y —desvió la mirada a otra parte de la habitación— a sabiendas de que corría el riesgo de enamorarme. Además, él nunca supo mi verdadera identidad, hasta hoy. Jamás supo de mi relación con usted.

—¿Entonces cómo consiguió que tú...? ¿Cómo consiguió que te acostaras con él?

Micaela se sonrojó todavía más. Le estaba resultando duro abrirle el corazón y revelar sus recuerdos a su padre; aquellos que con tanto empeño y

esfuerzo había intentado dejar en el pasado.

—Manuel me buscó al salir. Quería darme las gracias por haberlo ayudado.

—¿No acabas de decirme que no conocía tu verdadera identidad? ¿Cómo pudo encontrarte?

—Fue casualidad: Acudí a la iglesia donde sabía que encontraría al padre Gabriel y la fortuna hizo que coincidiéramos a la hora de la misa. —Unió los dedos de sus manos y se los quedó mirando—. No le voy a negar que estaba prendada de él. Y por una razón que desconozco, Manuel también se encaprichó de mí. Le aseguro que puede ser muy persuasivo cuando desea algo o a alguien. Una cosa llevó a la otra y... pasó lo que tenía que pasar. Yo no quería que sucediera, se lo juro. Pero no lo pude evitar. Y le prometo que solo fue una vez. Una sola vez.

—Suficiente para que tuviera consecuencias...

—Ni siquiera pensé en ello. En aquel momento, sólo me lamentaba por haberme convertido en una mujer indigna a los ojos de Dios. Sin embargo, después de mucho recapacitar, pensé que la mejor manera de implorar Su perdón era precisamente, dedicando mi vida a servirlo, con más energía si era posible, en cuerpo y alma. Entonces me di cuenta de que Angélica venía de camino... Y todo cambió.

—¿Qué va a pasar ahora, Micaela? —preguntó.

La joven negó con la cabeza, sin convicción.

—No lo sé, padre —reconoció encogiéndose de hombros—. Jamás imaginé que esto pudiera llegar a ocurrir. Él insiste en tener contacto con la niña, y no sé si se lo puedo impedir. Me da miedo que se encapriche de ella y me la quiera quitar de algún modo.

—Como padre, tiene derechos sobre la niña; eso está claro. Pero, ¿y contigo? ¿Va a reparar el daño que te causó? Como imaginarás, no es ni de lejos el hombre que desearía como tu compañero de vida, pero no se puede obviar que tenéis una hija en común.

Micaela no se planteó ni por un instante contarle a su padre que, en su día, había recibido una proposición de matrimonio por parte de Manuel. Había pasado demasiado tiempo desde entonces, y ya no tenía sentido hacer referencia a ella.

—Por lo que a mí respecta, todo permanecerá igual. Él pertenece al pasado y ahí debe continuar. Yo no soy importante para él, ni él lo es ya para mí. Centrémonos en Angélica y respecto a lo demás, debemos hacer como si Manuel Espinosa no hubiera aparecido nunca en nuestras vidas.

Don Diego se limitó a bufar. Mucho se temía que lo que pretendía su hija fuera algo imposible de lograr y que los problemas, tarde o temprano, aparecerían entre los dos.

Cuando Manuel salió de casa de los Alvarado, necesitó buscar un lugar tranquilo donde sentarse a reflexionar. Apoyó los codos sobre las piernas y se tapó la cara con las manos; aspiró hondo y buscó en su interior la serenidad suficiente para asumir todo lo que estaba aconteciendo desde que ella hubiera vuelto a entrar en su vida. Tenía la impresión de que saltaba de sorpresa en sorpresa sin ni siquiera pretenderlo.

En primer lugar, encontrarse con su Ángel, o mejor dicho *Micaela*, lo había afectado mucho más de lo que quería reconocer. Había sido, sin ningún género de duda, la mujer que más había querido, pero también, la que más daño le había causado. Su huella había sido honda, como hondo era el dolor que le provocó su rechazo. Esa fue la razón por la que se negó a acercarse a ella cuando la supo cerca: evitar posibles tentaciones que sólo le acarrearían más sufrimiento.

Su segunda sorpresa había sido descubrir la identidad de la muchacha. Aunque Salvatierra le había dicho que su nombre real era Micaela Alvarado, no se molestó en indagar de dónde provenía aquel apellido, demostrándose a sí mismo su firme intención de no querer saber nada más de ella.

Lo que nunca pasó por su cabeza, fue que tuviera relación con el mismísimo Diego Alvarado. Por fin empezaban a cuadrarle muchas cosas. ¿Cómo no iba a estar al tanto de su proceso si era la hija de su juzgador? ¡Con razón se negaba en rotundo a revelarle su identidad!

Y, por último, estaba el asunto de la niña. Dentro de sí, notaba como dos fuerzas potentes y antagónicas luchaban por tomar el control. Por un lado, se sentía profundamente enojado por haberse enterado de que tenía una hija de aquella manera. Si la chiquilla no le hubiera llamado la atención, si no se hubiera acercado a ella para comprobar qué le pasaba, jamás hubiera sabido

de su existencia. Pero a la vez que rabia, un desconocido sentimiento de complacencia se abría paso con vigor, inundándole el alma de un calor y una sensación completamente desconocida hasta entonces.

Angélica.

Manuel no pudo reprimir una sonrisa. Qué nombre más apropiado para su hija.

Su hija.

Lo repitió una y otra vez y su sonrisa se amplió. La niña era una mezcla perfecta de ambos: el color del cabello y la forma de la cara eran los de su madre; los ojos, la nariz y los labios, los de él.

Aunque sólo había tratado con ella durante unos instantes, le había parecido una niña adorable. Reconoció en ella gestos de sí mismo que nunca hubiera imaginado ver en otra persona. Rió al recordarla enfadada con la tal Cristiana, con el ceño y los labios fruncidos. Y pensó en su padre. En su infancia. En sus juegos. En sus travesuras... Y la sonrisa cada vez creció más y más en su rostro.

Ojalá la niña sacara el carácter dulce y bondadoso de su madre, no el vanidoso y pendenciero que en su día tuvo él hasta que la vida lo puso en su sitio. ¿Sería rebelde o sumisa? ¿O quizás un poco de ambos? Desde luego, no permitiría que tuviera la juventud desbocada de la que había gozado él mismo. Sería una señorita digna de un rey y todos estarían ansiosos por desposar a una mujer como ella, aunque claro, antes tendría que dar su aprobación a cualquier pretendiente que se le acercara. Por supuesto, rechazaría de inmediato a aquellos que no tuvieran intenciones serias...

Imaginando el futuro, su mente cabalgaba cual caballo desbocado. Y lejos de asustarle, le gratificó el corazón.

Tomó aire hasta que se le llenaron los pulmones. ¿Sería lo que sentía aquello que llamaban orgullo de padre?

Nunca se había sentido atraído en especial por tener descendencia, razón por lo que se había cuidado de no dejar bastardos a su paso; aunque tampoco se podía predecir que le tendría preparada la providencia. Prueba evidente de ello era Angélica.

Incapaz de permanecer sentado por más tiempo, se levantó y comenzó a

vagar sin rumbo fijo. Su cabeza, repletas de imágenes del pasado y del futuro, lo guiaban sin prestar atención a dónde se dirigía.

Sus pasos errantes lo llevaron a internarse en el bosque, dando a parar a la cabaña de Tonalna. La anciana le sonrió nada más verlo. Como era habitual en él, y siempre que su mente se dispersaba más de la cuenta, enfilaba rumbo hacia la choza de aquella mujer que siempre le ofrecía palabras de aliento y sabiduría cuando más las necesitaba.

—Hola, hijo. Que alegría tenerte de nuevo por aquí —lo saludó mostrándole una sonrisa casi sin dientes—. Pensé que te habías olvidado de esta vieja.

Manuel le sonrió y se acercó para dejarle un beso afectuoso sobre su cabello canoso. Incapaz de prodigar aquel tipo de gesto con gente tan cercana como podía ser su padre, sin embargo, con Tonalna era diferente. Una vez le dijo que la sentía como si fuera la madre que nunca tuvo, y ella lo acogió en su seno y en su corazón como si fuera su propio hijo. Era la única capaz de reconfortarlo con sus abrazos cuando los demonios le asaltaban, y Manuel siempre encontraba en aquella pequeña mujer de hombros estrechos, la comprensión y el consuelo de los que a veces se sentía necesitado.

—Jamás me olvidaría de ti, pero no siempre puedo venir a verte —se excusó Manuel—. Recientemente han llegado nuevos barcos y hemos tenido más movimiento en la ciudad.

—Ya habían venido otros antes, pero eso nunca te alejó de aquí.

—Este ha sido diferente. Éste ha venido cargado de sorpresas.

—¿Buenas o malas? — La nativa lo miró con curiosidad, pero fue incapaz de hallar la respuesta en su verde mirada. Manuel se sentó en el suelo, y de un golpe seco, se dejó caer hacia atrás con los brazos abiertos. Dejó sus ojos vagar entre las cañas y las hojas que conformaban el techo de la choza.

—Ni yo mismo lo sé, Tonalna... —contestó con un suspiro.

La vieja dejó a un lado el cesto que tenía entre las manos y centró su atención en el joven.

—¿Qué te ocurre, hijo? ¿Acaso tus espíritus han venido a buscarte de nuevo?

Manuel sonrió al recordar a Angélica.

—Tonalna, acabo de convertirme en padre, ¿qué te parece?

Ella se limitó a encogerse de hombros.

—No sabía que tuvieras nada serio con alguna mujer.

—No, ni yo tampoco. De hecho, no lo tengo. La niña en cuestión tiene más de tres años y me la he encontrado esta mañana por casualidad. Ha llegado en uno de los dos barcos de los que te he hablado.

—¿Debo darte entonces la enhorabuena?

—¿Por la niña? Por supuesto que sí. Es una criatura deliciosa y aunque llego tarde a su vida, es mi intención convertirme en un padre de verdad, como lo es el mío. Pienso cuidar de ella y no permitiré que se convierta en otro yo.

—En ese caso, te ofrezco mis sinceras felicitaciones. Y espero que algún día la traigas para que pueda conocerla.

Manuel giró la cabeza hacia la mujer y le guiñó un ojo.

—Claro, al fin y al cabo, acabas de convertirte en abuela también.

—Bueno, como no tengo ni hijos ni nietos propios, la criatura será bienvenida.

Manuel volvió a desviar su mirada hacia la techumbre, sin decir nada más.

—Hijo, veo que esas son las buenas noticias. Ahora cuéntame que es lo que te inquieta y el motivo por el que acudes a mí.

Manuel la volvió a mirar.

—No seas injusta conmigo, Tonalna. Vengo a verte muy a menudo.

—Sí, pero no como hoy. Hoy te siento diferente.

Él suspiró. Aquella mujer lo conocía bastante bien.

—Se trata de la madre de la niña...

—¿Un mal recuerdo de tu pasado?

—Un recuerdo, sin más. Un fantasma que me hizo daño y que pensé que había dejado atrás para siempre.

Tonalna le dirigió una mirada comprensiva.

—¿Se trata de *ella*?

Manuel se giró sobre un costado, alzó la cabeza y la dejó reposar sobre la palma de su mano.

—¿De quién?

—¿De quién va a ser? Te estoy hablando de la mujer que te robó y te rompió

el corazón.

Capítulo 22

Un Trozo de Papel Inútil

Manuel bufó a modo de protesta.

—Aún no ha nacido la mujer capaz de romperle el corazón a Manuel Espinosa —contestó sobrado de sí mismo, a sabiendas de que no decía la verdad.

Sin embargo, Tonalna esbozó una sonrisa franca en su boca mellada.

—Hijo, no te he parido, pero en estos años he llegado a conocerte muy bien. Su rechazo te llenó de ira y malestar, pero tu corazón siempre ha albergado un sentimiento noble por esa joven.

—Quizás —meditó un instante, sabiendo que no tenía sentido mentirle—, pero eso quedó en el pasado y hoy puedo afirmar que no siento nada por esa mujer.

—Entonces, no te molestará si te hago una pregunta, ¿verdad?

—Supongo que no. ¿De qué se trata?

—Hace tiempo me hablaste de un papel que habías escrito para ella, con la intención de dárselo cuando partiste de tu casa. ¿Aún lo conservas?

Manuel frunció el ceño.

—¿Y eso a que viene?

—Respóndeme, hijo. ¿Lo tienes?

—Sí...

—¿Por qué?

Él se limitó a encogerse de hombros sin darle importancia alguna a su respuesta.

—Arrumbé la carta entre mis cosas inútiles y no he vuelto a pensar en ella. ¿Qué importa eso?

Tonalna volvió a reír.

—¿Y jamás has vuelto a leerla?

Él la miró preguntándose a dónde quería llegar la anciana...

—Alguna que otra vez.

—Entonces no la tienes tan perdida como afirmas —contestó con sabiduría.

—Yo no he dicho que esté perdida, sino solo... tirada por ahí. —Cuando la mujer lo miró sonriente, Manuel se decidió a capitular—. Bueno, está bien. Sé perfectamente donde está guardada, aunque no sé a dónde quieres ir a parar con eso. No es más que un trozo de papel inservible.

—Si es inservible, ¿por qué no te has deshecho de él?

—Pero cuanta insistencia —se quejó resoplando—. ¿Qué más da un trozo de papel inútil?

—Si ella te fuera tan indiferente como quieres aparentar, hubieras roto tus palabras hace mucho tiempo, en lugar de conservarlas y mantenerlas a buen recaudo.

Manuel no pudo dejar de sorprenderse de que aquella mujer pudiera llegar a conocerlo tan bien.

—Quizás, si lo hice, fue para tener siempre presente que no puedes fiarte de ninguna fémina. Hay sentimientos que son mejor mantener a buen recaudo para que no te los acaben pisoteando.

—¿Eso también va por mí entonces?

—¿El qué?

—Tu capacidad de confiar en una hembra. ¿Acaso no soy una mujer? Bastante vieja, cierto, pero mujer al fin y al cabo.

—Tonalna, tú eres diferente.

—¿Por qué? También he sido joven; he amado y me han amado, a veces de manera correspondida y a veces no. ¿Acaso por ello no soy digna de confianza?

—Ya te he dicho que no es tu caso.

—Pero sí es el de ella.

Manuel se incorporó hasta quedar sentado con piernas cruzadas.

—¿Te parece digna de confianza una mujer que esconde a una hija de su

padre? Si no hubiera sido por la diosa fortuna, jamás me hubiera enterado de la existencia de Angélica.

—Recuerda que os separaba una gran distancia.

—Pero no una distancia insalvable. Si hubiera querido, podría haberse puesto en contacto conmigo para informarme. Pero doña “*mírame y no me toques*”, consideró que no tenía derecho a saber de mi propia descendencia.

—De acuerdo. Admito que eso estuvo mal, pero supongo que la muchacha tendría sus razones.

Manuel la miró molesto.

—¿De qué parte estás, de la suya o de la mía?

—De la tuya, por supuesto. Pero las cosas nunca tienen un único color; siempre hay matices.

—Eso no me sirve —desechó su comentario con la mano.

—Está bien. Supongamos que ella te hubiera buscado o se hubiera puesto en contacto contigo para comunicarte la noticia. ¿Qué hubiera pasado? Tú ni siquiera podías volver a tu tierra.

—Hubiera tenido la protección de mi casa y la de mi padre. Pero en vez de eso ahora me echa en cara que, por mi culpa, tuvo que soportar la vergüenza de llevar una preñez sin un hombre que la protegiera.

—Protegerla, ¿de qué?

—Allá de dónde vengo, no está bien visto que una mujer se quede embarazada sin haberse casado antes. Son cuestiones religiosas.

—¿Y qué ocurre si eso pasa?

—Pues de todo un poco: Hay quienes se deshacen de las criaturas antes de nacer; otras, después de tenerlas, a escondidas. O si decide a conservar al bebe, bien se compra un marido que cargue con la mujer y el mochuelo, en caso de disponer de fortuna, o acaba siendo considerada como una mujer... digamos de *moral distraída*.

—¿Y no es peor el hecho de deshacerse de un bebé, que tenerlo sola? No entiendo que esté peor considerado una cosa que la otra.

—Es que, si se deshace del crío, la intención es que nadie se entere de que está o ha estado embarazada, ¿entiendes?

Tonalna se encogió de hombros tratando de seguir el razonamiento del hombre.

—Y después nos llamáis a nosotros bárbaros... Si esas son vuestras costumbres, he de reconocer que tu mujer ha sido muy valiente.

—No es mi mujer. Además, se ha inventado que es una señora viuda para evitar que hablen mal de ella o de la cría. Pero una mentira así es difícil de mantener; es cuestión de tiempo que se cruce con alguien que la conozca y la verdad salga a la luz. Y no me parece apropiado que la gente crea que es hija de otro hombre, cuando su verdadero padre está aquí —terminó ofuscado.

La risa de la mujer volvió a resonar en la choza.

—Me da la impresión de que no solo te ha molestado que te haya ocultado lo de la niña. Me parece que hay algo más detrás de tu enojo.

El joven frunció de nuevo el ceño.

—Sé por dónde van tus pensamientos y te equivocas de medio a medio.

—Ah, estos ojos viejos han visto muchas cosas y lo que aprecio ahora en los tuyos no es precisamente indiferencia.

—Mira, lo que ella haya podido hacer desde que nos separamos no es de mi incumbencia. Lo único que me importa es la situación en la que me encuentro ahora.

—¿Entonces por qué te ha molestado tanto el hecho de que ella vaya diciendo por ahí que ha estado casada con otro hombre?

—Bah, no sé de dónde sacas eso. Esa historia es asunto de ella —mintió sin resultar convincente—. Reconozco que me tomó por sorpresa cuando me dijeron que era viuda, pero nada más. Siempre me dejó claro que no podía casarse conmigo porque su compromiso era con Dios. Y enterarme de que era viuda, me descolocó en un principio. Por fortuna, no pudo mantener la mentira delante de mí. Porque si me hubiera dicho que su hija era de otro siendo falso, yo...

—Sabes, la única duda que me surge es saber si te encuentras más molesto por la mentira de ella o por el asunto de la niña.

Manuel pareció molesto.

—Por mi hija, por supuesto —aseveró enfatizando sus palabras.

Sin embargo, desde que Salvatierra le dijera que ella era viuda, la rabia le había estado reconcomiendo las entrañas. Y esa era una verdad que sólo él sabía.

—Si eres tan tonto como para engañarte a ti mismo, es asunto tuyo. A mí desde luego no me engañas. Puedo leer en tus ojos lo que tu corazón trata de ocultarme —le dijo finalmente la mujer.

—¿Desde cuándo te has convertido en mi conciencia?

Ella rió con franqueza.

—Desde que tú me diste permiso para hacerlo, por supuesto. Y ahora, ¿podemos dejarnos ya de afirmaciones absurdas y empieces a contarme qué piensas hacer para recuperar a tu mujer y a tu hija de manera definitiva? Porque supongo que querrás tener a ambas contigo, ¿no?

Manuel volvió a echarse para atrás hasta caer de nuevo sobre su espalda.

—Le dije que sólo estaba interesado en la niña, no en ella.

—¿Y por qué le dijiste esa estupidez? Eres un hombre listo, pero a veces parece que la sabiduría no te alcanza a la cabeza.

Manuel se incorporó otra vez molesto por el regaño.

—¡Estaba ofuscado! ¿Qué querías que hiciera cuando ella misma me había dejado muy claro que no tiene ninguna intención de volver a tener algo conmigo?

—¿Y eso te lo dijo en serio o hablaba su orgullo?

—¡Y qué sé yo! Parecía que lo decía muy en serio. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—¿Dónde está ese hombre que se vanagloriaba de conocer el sentir y el parecer de las mujeres? —Dijo Tonalna sin parar de reír.

—Yo no he dicho nunca tal cosa, Tonalna. —Manuel pareció molestarse—. Sois demasiado difíciles de comprender.

—Sobre todo cuando preferimos no sometemos al juicio de los hombres y optamos por seguir nuestro propio criterio.

Manuel bufó de nuevo.

—¿Vas a estar de acuerdo conmigo en algo? No me estás ayudando en nada, Tonalna.

—No seas infantil, Manuel. Ya te he dicho que solo quiero que recuperes a tu

familia.

—Y, puesto que tanto sabes, ¿puedes darme alguna idea de cómo conseguir tal cosa? Porque no tengo ninguna varita mágica que obre milagros...

—¿Ninguna qué?

—Me refiero a que no conozco de hechizos que puedan conseguir que mi familia, como tú la llamas, vuelva a mí. ¿Acaso tú conoces de alguno?

—Déjate de hechizos y de pamplinas —desechó con la mano—. Eso no son más que engaños para gente poco inteligente. Yo te ofrezco una solución vieja como el día y la noche.

—¿Y cuál es esa? —se interesó él.

La mujer se encogió de hombros.

—Celos.

—¿Celos? —volvió a bufar, removiéndose inquieto—. No creo que esa estratagema sea válida para mis propósitos.

—Vamos, es tan efectivo como el más potente de los afrodisíacos.

—Pero para que lo sea, ella debe sentir algo por mí.

—¿Y acaso crees que no es así?

Esa duda la tenía sembrada en su interior desde el momento en que la conoció. Algo en su interior le decía que sí, pero entonces, ¿por qué lo había rechazado cuando le ofreció matrimonio? ¿Por qué no le dijo que esperaba un hijo suyo? ¿Por qué se negó a buscar la protección de su familia?

Además, después de tanto tiempo, y con todo lo que había pasado entre ellos ¿de verdad quería formar una familia con aquella mujer? Ya le había entregado una vez su corazón y ella lo había despreciado. ¿Para qué arriesgarse a pasar de nuevo por eso? Podría conformarse con tener a su hija consigo y seguir viviendo su vida como hasta entonces.

¿Pero sería eso suficiente para él? Una voz en su interior le decía que no.

Era increíble como una criatura a la que conocía apenas de unas horas, podía hacerle cambiar la forma de ver las cosas con un simple chasquear de dedos.

¿Podría seguir el consejo de Tonalna sin arriesgarse a perder nuevamente?

Aspiró hondo y cerró los ojos. Durante el tiempo que él meditaba todo aquello, la mujer lo observaba y sonreía, dejando que Manuel tomara sus

propias decisiones. En cualquier caso, le había sembrado la duda de si debía dar el paso y arriesgarse, o mirar para otro lado y seguir como si nada hubiera sucedido.

Tonalna quería mucho a ese muchacho. A pesar de todo, sufría por el sentimiento de pesar que albergaba en su interior y pensaba que ya era hora de que al joven empezaran a salirle bien las cosas. Que se había equivocado y mucho en el pasado... Pues sí. Pero también la gente de su pueblo había cometido crímenes con otros congéneres de aldeas vecinas con las que estaban enemistados, y eso no significaba que tuvieran que purgar por sus actos el resto de sus vidas. Obviamente, los extranjeros llegados desde tan lejos utilizaban armas desconocidas para ellos que los colocaban en situación de superioridad en caso de enfrentamiento, pero, al fin y al cabo, eran hombres contra hombres. Y así era la vida. Daba las gracias a sus Dioses por no haber conocido a aquel Manuel, el de las sombras, sino a este otro, que guardaba un alma limpia en su interior. Como todo ser humano, tenía sus cosas buenas y malas, pero ni más ni menos que cualquier otra persona, ya fuera hispana o indígena.

Por fin, Manuel abrió los ojos y comprobó que había sido observado durante todo el tiempo que se había mantenido en silencio. Esa era otra cosa que le gustaba de aquella mujer: que respetaba tanto sus palabras como sus silencios.

—¿Cómo haces para comprender tan bien cosas que ni yo mismo entiendo?
—le preguntó finalmente.

Ella se encogió de hombros.

—Me limito a observarte y a escucharte. Incluso más que tú mismo. ¿Has tomado una decisión?

—Sabes que sí y también sabes cuál es, ¿verdad?

Los hombros de Tonalna se sacudieron por una risa franca.

—Bien hecho, muchacho. Lucha por tu mujer y por tu hija y forma la familia que te mereces. Entenderé si durante un tiempo no te veo por aquí, pero tienes otras prioridades que atender. No obstante, te agradecería que me mantuvieras informada. Estoy deseosa de conocer tanto a la mujer como a la niña.

Manuel le sonrió.

—Y yo que las conozcas a ellas.

—Quiero que seas feliz, hijo, y algo me dice que, si formas esa familia, lo serás. Y si no, dímelo que ya me encargaré yo de buscar a alguien que me dé algún hechizo para ayudarte.

—¿No acabas de decirme no eran más que pamplinas? —Se rió

—Pamplinas de ignorantes —confirmó la anciana—. Así que, demuéstreme que no eres uno de ellos y encuentra la solución a tus problemas.

—¿Un ignorante?

Ella asintió en silencio.

—Gracias, Tonalna. Yo también te quiero.

Capítulo 23

Doña Úrsula

La mañana había amanecido cubierta de nubes. Desde que llegara, un par de semanas atrás, rara era la jornada que no caía algún chubasco, algunos con verdadera intensidad, para luego dejar paso a un sol resplandeciente y a un bochorno asfixiante. Micaela había descubierto así que se trataba de una tierra de contrastes, al menos en cuanto al tiempo se trataba. Aquellas lluvias repentinas no la molestaban; servían para refrescar el ambiente. Pero también le había valido para pillar un par de mojadas considerables al volver de su trabajo en casa de la señora Úrsula Ventura. Y si no se daba prisa en recoger, era probable que le volviera a pasar lo mismo, a la vista del tono que estaba tomando el cielo.

—Angélica, termina de comer rápido y recoge tu pizarra y tu muñeca. A ver si evitamos volver a mojarnos hoy.

—Pero a mí me gusta mojarme. Es divertido.

Micaela sonrió a su hija.

—Anda, termina ya, cariño. Voy a ver si a la señora se le ofrece algo antes de irnos.

La niña asintió y se concentró obediente en su plato. Todos los días comía junto a Cristiana, una vez que las clases habían finalizado. Aunque la hija de su señora era unos años mayor, pretendía que las niñas terminaran congeniando y haciéndose amigas, aunque hasta la fecha no estaba teniendo éxito. Por más que le costara admitirlo, parecía que la antipatía que Angélica sentía hacia la otra chiquilla era sencillamente recíproca. Si al menos no se peleaban y conseguía que comieran en paz y armonía sin que se tirasen la comida la una a la otra, podría darse por satisfecha.

Micaela cerró el cuarto de las niñas para dirigirse al salón donde la señora Úrsula solía ocupar sus horas muertas. El sonido de una voz masculina, que hubiera podido reconocer hasta en el fin del mundo, la detuvo en seco en

mitad del pasillo.

—¿Cómo no habría de quedarme a almorzar contigo, querida? Sabes cuánto disfruto de los manjares que prepara tu cocinera.

La risa de Úrsula sonó coqueta.

—¿Entonces solo vienes para que te alimente? Vamos Manuel, no me partas el corazón. Sería decepcionante que me dijeras que el único motivo de tu visita es degustar las bondades de mi cocina...

La risa de Manuel sonó divertida.

—Por más que me gusten los platos que se sirven en tu mesa, solo puedo apreciarlos si van acompañados de tu belleza y compañía, bella Úrsula.

—Ay, Manuel, tan lisonjero como siempre... —rió con satisfacción.

Micaela aspiró con intensidad, apretando los labios con fuerza. Dudó en interrumpir a aquella pareja tan bien avenida, pero siempre avisaba a la señora antes de marcharse, por si necesitaba algo. Soltó el aire retenido, apretó los puños de manera inconsciente, levantó el mentón y se acercó al salón con resolución. Al llegar, ninguno de sus ocupantes pareció percatarse de su presencia en el vano, por lo que tuvo que carraspear para atraer su atención. Sin remedio, sus ojos volaron a la figura de Manuel, erguida, sonriente y vestido de manera informal, tal y como era habitual allí. Retenía una de las manos de la viuda entre las suyas, como si aquel gesto fuera algo habitual entre ellos. Lo miró a los ojos y pudo ver aquella picardía verde tan característica de su mirada y que tanto le había gustado en el pasado.

—¿Ya se marcha, Micaela? —preguntó Úrsula, rompiendo el cruce de miradas entre Manuel y ella.

Ella se recompuso y fijó sus ojos en la señora. Era una mujer atractiva, de unos treinta años, que había perdido a su marido al poco tiempo de llegar, cuando la precariedad abundaba aún en la Villa de la Isabela. Tenía el pelo negro azabache y unos ojos hermosos, tan oscuros como la noche, labios carnosos y una nariz perfecta. Se había quitado el luto hacía algún tiempo, y aunque sus vestidos eran de corte discreto, lejos de disimular su belleza, parecía que la aumentaba aún más. No era de extrañar que Manuel hubiera posado sus ojos en ella; sin poder evitarlo, una punzada desagradable se instaló en la boca de su estómago.

—Sí, señora. Las niñas están terminando de almorzar y dejaré acostada a Cristiana para su siesta antes de irme, como siempre. ¿Se le ofrece algo más?

—Sí, querida, un par de cosas: Si no le importa, dé aviso en la cocina de que tenemos un invitado para comer, que preparen un cubierto más; y también, que esta noche no es necesario que preparen nada de cena. El señor Espinosa me ha invitado a pasar la tarde en su casa y no creo que vuelva temprano. Ello me lleva a la segunda petición: ¿sería tan amable de volver más tarde para acompañar a la niña? Me quedaría más tranquila dejándola con usted. Por supuesto, la compensaré económicamente por su tiempo.

Micaela volvió a mirar a Manuel, cuyos ojos parecían inescrutables. En cambio, los suyos se habían cubierto de los mismos nubarrones oscuros que amenazaban en el exterior.

—Señora, no me importaría, pero vea como está el tiempo. Angélica tendría que quedarse en casa para evitar que se moje de nuevo. No quiero que pille un resfriado.

—Está bien. Si tiene la posibilidad de dejar a su hija con su abuelo para que pueda venir a cuidar de mi pequeña, le estaría sumamente agradecida. Dígame que lo hará, Micaela.

Ella tomó aire y lo soltó despacio sin darse cuenta. ¡Que encima tuviera que estar cuidando de la hija de su señora para que ésta pudiera ir a pasar la tarde con Manuel!

—Está bien, siempre que me permita regresar a mi casa antes del anochecer.

—Por supuesto. En caso de que me fuera a retrasar, ya encontraré la manera de avisar a mi doncella para que se quede con la niña hasta que llegue.

¿También tiene la intención de pasar la noche con él?, pensó Micaela. ¿Dónde quedaba ese padre abnegado que se suponía iba a ir a ver a su hija todos los días? Si esa era la atención que pensaba prestarle a Angélica, de aparecer y desaparecer a su conveniencia, no le iba quedar más remedio que pedirle que no asomara más la cabeza por su casa para no crear falsas expectativas a la pequeña.

—En tal caso, en cuanto termine con las obligaciones en mi hogar, volveré para ocuparme de Cristiana.

—Gracias, Micaela. Es usted un cielo —le dijo con una sonrisa de alivio que

embellecía su ya de por sí bonito rostro.

Micaela se limitó a asentir y mostrar una sonrisa forzada. Cuando miró de nuevo a Manuel antes de marcharse, éste pudo percibir que sus ojos no mostraban su habitual tono dorado, sino otro más oscuro. Y en su sonrisa, no se adivinaba ni una pizca de la amabilidad que había procurado aparentar.

Aquella tarde, Micaela estaba más pendiente del regreso de Úrsula que de cuidar de la niña a su cargo. Sin ganas de soportar caprichos y berrinches de una cría consentida, se limitó a prepararle un par de tareas para quedar pendiente de las entradas y salidas de la vivienda.

Las horas pasaban y la madre de la criatura no regresaba. Además, la tormenta que había estado amenazando con descargar durante todo el día, no lo hizo hasta que el sol empezaba a decaer. Dio por sentado que Úrsula no abandonaría el cobijo de la casa de Manuel para exponerse a una lluvia torrencial.

No llevaba tanto tiempo trabajando en esa casa como para conocer de las entradas y salidas de la señora. Aquella había sido la primera vez que le había pedido que se quedara por la tarde al cuidado de Cristiana. Pero tratándose de una mujer joven, bella y viuda, no creía que fuera a quedarse para vestir santos durante el resto de su vida. Y la forma en que la había descubierto mirando a Manuel evidenciaba a las claras dónde tenía fijado su interés.

Cansada de esperar que la señora apareciera, se despidió de su pupila, dio aviso a la doncella de que se marchaba y salió de la casa con un humor de perros. No le importó que en aquel momento estuviera cayendo el diluvio; le vendría bien para diluir el mal humor que arrastraba. Al llegar a su hogar, se cambió rápidamente de ropa entre refunfuños y maldiciones, y se dirigió a la cocina a preparar la cena para Angélica y su padre. Ella tenía tal bola en el estómago, que era incapaz de probar bocado.

—Hija, ¿no comes con nosotros? —le preguntó su padre al ver que no ocupaba su sitio habitual en la mesa.

—No tengo apetito, padre. Comed vosotros —le contestó enfadada—. Prefiero ponerme a limpiar la cocina que hace dos días que no me ocupo de ella.

Don Diego, no pudo pasar por alto el tono de su voz.

—Micaela, ¿ocurre algo? —vio cómo su hija metía un trapo en un barreño, hundiéndolo una y otra vez en el agua, como si quisiera ahogarlo—. ¿Has tenido algún problema hoy?

Micaela lo miró seria.

—No. ¿Acaso habría de tenerlo? —le contestó furibunda.

—Pareces ofuscada.

—Estoy bien. Solo cansada, después de un largo día de trabajo.

Don Diego frunció el entrecejo.

—Pues nadie lo diría. Para estar cansada, te veo con mucho brío.

—Padre, ¿hay algún problema en querer dejar la cocina limpia antes de acostarme?

Definitivamente, su hija estaba de un humor de perros. Y como era evidente que mientras estuviera así no iba a poder mantener una conversación razonable con ella, el hombre prefirió dejar las cosas tal y como estaban.

—Como desees, pequeña. Pero no te dejes las manos restregando el suelo, que no creo que sea necesario tanto ahínco.

—No lo haré, padre, descuide —contestó volviendo a su tarea.

No había pasado ni una hora cuando unos golpes resonaron en la puerta principal. Micaela oyó los pasos de su padre mientras se preguntaba quién podía ir a molestarlos a aquellas horas de la noche.

—Buenas noches, don Diego. —La voz de Manuel llegó nítida a sus oídos—. Disculpe las horas, pero quería saber si sería posible ver a mi hija un momento.

Tal y como le hubiera sucedido aquella mañana, Micaela tomó aire con dificultad. ¿Cómo se atrevía a presentarse a esas horas en su casa para ver a Angélica? Soltó enojada el trapo dentro del barreño y se dispuso a enfrentarlo. Su paso airado evidenciaba que su genio estaba a punto de saltar. Don Diego no sabía qué hacer, pero al ver aparecer a su hija por el pasillo, decidió hacerse a un lado y que ella decidiera.

—Pregúnteselo a su madre —le contestó a Manuel que aguardaba una respuesta. Se hizo a un lado y lo dejó pasar, para que lo que tuvieran que

decirse, fuera de puertas para adentro.

—Buenas noches, Ángel —la saludó con amabilidad, a pesar de notar que estaba enfadada—. Querría ver a Angélica.

—La niña ya está acostada —le contestó de malas maneras—. Así que ya puedes dar media vuelta y marcharte por donde has venido. Estas no son horas de venir a molestar a una casa decente.

—Pero le prometí a mi hija que vendría a verla y quisiera cumplir con mi palabra.

Micaela apretó los dientes.

—Haberlo pensado antes. No voy a perturbar el sueño de mi niña por un señor que está más interesado en ocupar sus tardes con otro tipo de compañías.

—Señora, lo que haga con mis tardes es asunto mío —replicó conteniendo una sonrisa—. Insisto en ver a Angélica, por favor.

—Está dormida. ¿No pretenderás que la despierte para satisfacer tus ínfulas de padre?

—Si es así, te prometo que no la despertaré. Solo deseo darle un beso y me marcharé.

Ella golpeó el suelo con el pie con impaciencia.

—¿Acaso no has repartido ya suficientes besos por hoy?

Manuel levantó una ceja con cierto humor.

—A mi hija, ninguno.

A don Diego le tocó en turno de interceder, antes de que el genio de su hija terminase explotando y acabaran discutiendo a viva voz.

—Micaela, deja que le dé un beso a la niña y que se marche. Estoy seguro de que tendrá cuidado de no despertarla. Ya sabes cuan profundo es el sueño de Angélica.

La joven miró con enfado a su padre. Tuvo la sensación de que con aquella pequeña concesión, se estaba posicionando a favor de Manuel. Tal y como afirmaba el anciano, era probable que la niña ni siquiera se diera cuenta de la presencia de Manuel. Y por supuesto, ella tampoco se lo iba a comentar al día siguiente.

—Uno rápido y te marchas —capituló al fin.

—Tienes mi palabra.

—Acompáñame entonces. Y más te vale no hacer ruido.

—No te inquietes; iré con el mayor sigilo posible.

—Ven y que sea rápido.

Micaela se giró y comenzó a caminar por el pasillo oscuro. Al llegar a una de las puertas, abrió con cuidado y cedió el paso a Manuel para que entrase. La habitación estaba iluminada por la luz de la luna que entraba a raudales a través de la única ventana del dormitorio, que permanecía abierta. Manuel se acercó a la cama, abrió la mosquitera que la rodeaba, y se sentó en el borde con el mayor cuidado posible. No pudo evitar que una sonrisa asomara a sus labios al ver la placidez dibujada en el rostro de la niña. Se incorporó para dejar un ligerísimo beso en su frente y una suave caricia en su pelo dorado. Al sentirlo, los ojos verdes de la niña se abrieron apenas una rendija hasta que, al identificar de quien se trataba, se abrieron de par en par.

—Hola, papá —le dijo con voz somnolienta.

Manuel sonrió.

—Hola, mi princesa.

Ella sonrió también y bostezó, aún más dormida que despierta.

—Sabía que vendrías... No quería acostarme sin verte, pero mamá me dijo que ya no ibas a venir.

—Cariño, perdona el retraso, pero te dije que vendría y aquí estoy. Te prometo que mañana llegaré más temprano, ¿de acuerdo?

La niña se limitó a asentir. Se le escapó un bostezo al tiempo que sus ojos volvían a cerrarse poco a poco.

—Y ahora descansa, dulce Angélica.

Volvió a besarla en la frente, tras lo cual, la niña se giró hacia el otro lado para seguir durmiendo plácidamente.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, preciosa.

Al abandonar el cuarto, Micaela lo estaba esperando para acompañarlo a la puerta. Su padre ya no estaba allí.

—Al final, conseguiste despertarla... —le dijo malhumorada.

—No fue mi intención, pero la niña debía estar con los sentidos alerta por si llegaba. Solo hizo falta rozarla para que abriera los ojos.

—Manuel, hoy he sido benevolente y he permitido que la veas para evitar una discusión frente a mi padre. Pero si vas a venir a estar horas, no te molestes siquiera en intentarlo. ¿Queda claro?

—Como el agua. Me hubiera gustado llegar antes, pero me fue imposible. La visita que tuve en mi casa se alargó más de lo pensado.

Imposible... y un cuerno.

Micaela cruzó los brazos delante de sí y lo miró fijo a los ojos.

—Como bien has dicho, tus asuntos personales son solo tuyos, siempre y cuando no afecten a la felicidad de Angélica.

—Que yo haya entrado tarde en su vida no significa que no desee también la felicidad de *mi hija* —contestó remarcando la última palabra.

—Debes entender que la niña puede llegar a ilusionarse con facilidad, así que no la expongas a tus caprichos.

—Jamás haría tal cosa.

—Eso espero. No me fío ni de ti ni de tus bondades paternas.

Manuel se cruzó de brazos imitando la pose de Micaela y dejó caer el hombro sobre el marco de la puerta.

—Ayer reconociste ante mí que hubo un tiempo en el que me quisiste; o al menos, en el que sentías algo hacia mí. En cambio, hoy te empeñas en tratarme con desdén cuando jamás ha sido mi propósito causarte daño alguno. ¿Acaso te he hecho algún mal que desconozca?

—¿Te parece poco el haberme dejado embarazada?

—Lo sería si te hubiera obligado a acostarte conmigo. Pero ambos sabemos que no fue así.

Micaela tomó aire al recordar cosas que ella trataba una y otra vez de olvidar, aunque sus esfuerzos hasta entonces habían resultado infructuosos.

—¿Pretendes que continuemos con la discusión de ayer? ¿No te dejé claro cuáles eran los motivos de mis recelos hacia ti?

—Yo no deseo discutir contigo, Ángel. Todavía me enerva que me ocultaras

la existencia de Angélica, pero precisamente por ella, no quiero que estemos mal avenidos. Si te lo pregunto es porque te juro que no consigo comprenderte. Cuando era un paria, una persona sin honra, preso y condenado, confiaste en mí y nunca me tuviste miedo. Y ahora, en cambio, me tratas como si fuera un apestado.

—Manuel, ¿tan difícil te resulta entender que no te quiero por mi casa? No te quiero cerca ni de Angélica, ni de mí.

—¿Por qué?

—Porque el supuesto padre de Angélica murió, ¿comprendes? Ayer afirmaste que no estabas dispuesto a ocultar que tienes una hija, pero no te paraste a pensar en el daño y las consecuencias que tus intenciones pueden provocar en nosotras.

—¿Pretendes levantar vuestra vida y vuestro futuro sobre una mentira? ¿Acaso no es eso peor?

Micaela trató de razonar con él. Desde que le hubiera manifestado sus intenciones, no había dejado de pensar en cómo podría afectar a la reputación que trataba de crearse que se descubriera que su hija era la bastarda de un sinvergüenza rompecorazones condenado por asesinato. No era difícil aventurar que ninguna de las dos acabaría bien parada. Ante su silencio, Manuel continuó:

—Las mentiras tienen las patas muy cortas, Ángel ¿Quién te asegura que algún día no llegará alguien que conozca tu pasado y revele tu historia?

—Las probabilidades de que eso ocurra son ínfimas. Estamos en la otra parte del mundo y cada vez hay más gente entre las que poder pasar desapercibida. ¿Quién habría de reparar en una simple maestrilla como yo?

—Si yo pude encontrarte y reconocerte el mismo día que llegaste, cualquier persona puede hacerlo.

Por si no lo había dejado claro el día anterior, aquella afirmación le confirmó de manera definitiva que él conocía de su presencia en la isla desde antes del incidente con Angélica. Micaela sintió una punzada en el corazón al saber que, si no hubiera conocido la existencia de su hija, se habría mantenido apartado de su camino para siempre.

—No puedo prohibirte que veas a Angélica, pero por lo menos te pido

prudencia y discreción. Trata de venir a una hora decente, pero en la que no te pueda ver demasiada gente. No sabría cómo justificar tu presencia en mi casa, más teniendo en cuenta que conoces bien a la señora con la que trabajo. No quiero que los chismes lleguen a ella.

—Ángel, vives en el centro de la ciudad, junto a uno de los edificios principales de la villa. Lo que me pides es prácticamente imposible.

La joven puso los brazos en jarra.

—¿Y qué pretendes que les diga a las personas que te vean llamando a mi puerta?

—¡La verdad!

Micaela negó con la cabeza.

—Tu postura es demasiado egoísta; no piensas en el daño que puedes causarnos a nosotras. Ya sé que yo no te importo, pero al menos, piensa en Angélica —le pidió con pesar.

Manuel no pudo evitar levantar la mano y rozar la mejilla de la muchacha. Fue un acto impulsivo pero que no pudo retener y que dejó a Micaela paralizada por la sorpresa.

—Estás tan equivocada, mi Ángel. Algún día te darás cuenta, pero no seré yo quien te convenza de lo contrario. Has de hacerlo por ti misma. Mañana pasaré a ver a Angélica siguiendo tus indicaciones. Pero no puedo prometerte nada respecto a quienes se puedan cruzar en mi camino. Así que solo me resta darte las gracias por permitirme verla y desearte buenas noches, Ángel mío.

Micaela tardó un par de minutos en cerrar la puerta mientras veía, con el ceño fruncido, cómo Manuel se perdía en la oscuridad. Debía pedirle que dejara de llamarla Ángel... aquello le recordaba demasiado al pasado. Y, por supuesto, también le dejaría claro que, bajo ningún concepto, permitiría que se repitiera ningún gesto de "cariño" como la sutil caricia que le había brindado antes de partir. Aquello no estaba bien

Pero, si no lo estaba, ¿por qué suspiraba por dentro? ¿Por qué había removido en su interior sensaciones que pensaba que jamás volvería a sentir? ¿Tan sólo por una simple caricia?

Debía recordar que aquel hombre acababa de pasar todo el día acompañado de una joven y bella señora interesada claramente en sus *cualidades*; no debía dejarse obnubilar por alguien que conocía tan bien el sentir femenino.

Cerró la puerta y se dirigió sin detenerse a su dormitorio. Mucho se temía que antes de que terminase la semana, iba a tener que acudir a su nuevo confesor para que la liberara de pensamientos impropios.

Capítulo 24

Salida Dominical

Una semana después de aquella visita nocturna, Micaela parecía más serena. Manuel no había faltado a su promesa de ir a visitar a Angélica todos los días, aunque siempre lo hacía en horas en que don Diego estaba en casa. No resultó difícil esgrimir como excusa que Manuel iba a visitar a su padre, al tratarse de “viejos conocidos”. Cada vez era más frecuente verlo por allí a la hora del almuerzo, momento en el que muchos habitantes se encontraban resguardados del impetuoso sol isleño en sus respectivos hogares.

En un par de ocasiones Manuel había llegado a compartir mesa y mantel con la familia, y aunque a Micaela le costaba relajarse en su presencia, don Diego parecía sentirse cómodo hablando con el padre de su nieta. Resultaba increíble que apenas una semana atrás le estuviera recriminando por *elegirlo* a él como padre de su hija, y en cambio, en aquellos instantes, compartieran conversación y chascarrillos como si se hubieran tratado de toda la vida.

En cuanto a Angélica, la niña desbordaba felicidad por cada poro de su piel. Aunque solo llevaba una semana disfrutando de padre, ambos se divertían pasando cada vez más tiempo juntos. ¿Quién hubiera imaginado que aquel hombre fuerte y recio se encontrara totalmente a merced de una chiquilla de tres años? Y es que Angélica jugaba con su padre a todo lo que quería; y él se doblegaba feliz a casi todos sus deseos: desde mantener conversaciones y dar de comer a su muñeca favorita, hasta tratar de hacerse imaginarias trenzas y recogidos en el pelo para acudir a fiestas dignas de la realeza. A pesar de que a Manuel nunca le habían atraído los niños, jamás se imaginó que pudiera llegar a disfrutar tanto de aquel pequeño ser que tanto se parecía a su madre y a él mismo.

Le contaba todo cuanto había hecho por la mañana durante sus clases con su compañera de estudios, y él la escuchaba como si fuera la explicación más interesante del mundo. Angélica se sentía importante al tener la atención de

su padre y, cuando llegaba el momento de despedirse al caer la tarde, se quedaba abatida hasta que su madre le aseguraba que él volvería al día siguiente.

En cuanto a ellos dos, su trato se había vuelto menos hostil, pero seguía siendo frío y distante, sobre todo por parte de Micaela. Verlo todos los días le causaba más dolor y desazón del que quería reconocer. Las heridas que creía cerradas volvían a estar a flor de piel, a pesar de empeñarse en afirmarse a sí misma que aquel hombre estaba por completo fuera de su corazón.

Manuel, por su parte, seguía mostrándose cortés, y sus breves conversaciones giraban siempre en torno a Angélica; nada más. No había vuelto a utilizar el apelativo con el que se dirigía a ella, ni tampoco la había vuelto a tocar de ninguna manera. Micaela estaba convencida que era porque Manuel ya disfrutaba del fervor de otra mujer; por consiguiente, nada tenía que buscar en ella.

Sin embargo, sus sentimientos se encontraban tan contrapuestos que se sentía desconcertada. En numerosas ocasiones se había encontrado espiando a Manuel mientras jugaba con la niña, sin poder evitar que alguna que otra sonrisa se le escapase cuando los veía juntos. Se justificaba diciéndose a sí misma que sólo velaba porque todo estuviera en orden, pero en su fuero íntimo, sabía que aquello no era del todo cierto. Aquel hombre siempre había conseguido remover sensaciones inexplicables en su interior, y tenerlo cerca día tras día, no contribuía en absoluto a superar aquella inquietud que volvía a despertarse en su ser. Además, resultaba tan dulce verlo jugar con Angélica. Se daba cuenta de que, a pesar del poco tiempo que llevaba con su hija, se había creado un vínculo estrecho y fuerte. Había una conexión y una sintonía entre ambos imposible de obviar, y ver feliz a Angélica la colmaba tanto de dicha como de miedo.

Miedo porque su mente se encaminaba hacia derroteros que no deseaba volver a cruzar. Por más que su razón le repitiera que debía olvidarse de él, las mariposas que revoloteaban otra vez en su estómago cuando sus miradas se cruzaban, se empeñaban en llevarle la contraria sin remedio. Pero ni él era hombre para ella, ni ella era mujer para él. Lo que había ocurrido entre ambos en el pasado había sido sólo un gran error, con desmesuradas y maravillosas consecuencias.

Por fortuna, al menos tenía la tranquilidad de saber que Manuel no volvería a buscarla como mujer. Era consciente de que, en aquellos instantes, disfrutaba de buena compañía femenina que a buen seguro se estaba encargando de satisfacer sus instintos varoniles.

Al igual que no faltaba ni una sola tarde a visitar a Angélica, tampoco fallaba ni una sola mañana en ir a ver a doña Úrsula, aún a sabiendas de que ella y la niña se encontrarían allí. El temor de sentirse descubierta en cualquier momento seguía estando presente, pero por el momento la señora seguía ignorando lo que sucedía entre ambos. Micaela pasaba todo el tiempo que podía encerrada con las niñas en el aula de estudio, a fin de evitar cualquier encuentro incómodo entre los tres. Y durante ese encierro, a su mente sucia acudían imágenes recurrentes de aquella pareja haciendo las mismas cosas que una vez habían hecho ellos dos. Estaba claro que Úrsula bebía los vientos por él, y que Manuel, que parecía a gusto en compañía de la viuda, no iba a dejar pasar la oportunidad de compartir un buen rato con una mujer tan bella como aquella.

Tan absorta estaba en sus pensamientos que no se percató de los golpes que sonaban en la puerta de la sala donde se encontraba, hasta que oyó una voz a sus espaldas.

—¿Tienes un momento? —le preguntó Manuel—. Me gustaría hablar algo contigo.

Micaela desvió su mirada de la ventana y se centró en el hombre que se encontraba en el umbral. Aunque no solía estar ociosa durante ninguna hora ni del día ni de la tarde, cuando Manuel visitaba a Angélica, se inquietaba demasiado como para concentrarse en nada, temerosa siempre de que algo pudiera suceder. Un algo que no sabía descifrar, porque entre padre e hija la relación era excelente. Aun así, no podía evitar sentir desazón. Sencillamente la presencia habitual de Manuel en su casa la trastornaba más de lo que quería y deseaba reconocer

—¿Le ocurre algo a Angélica? —le preguntó con el ceño fruncido.

Manuel ladeó la cabeza y sonrió, tal y como era habitual en él.

—Nada. Está jugando en su habitación.

—¿Entonces para que me buscas? ¿Qué es lo que quieres?

—Supongo que poner a prueba tu confianza en mí respecto a Angélica.

Micaela bufó.

—Dudo que pudiera confiar en ti en cualquier otro aspecto que no fuera ella.

—No me hieras, Ángel. —Se llevó la mano al corazón como si el comentario le hubiera dolido—. No merezco tanta suspicacia.

—Es sólo que no me fío de los hombres, y mucho menos de los que son como tú. —Algo importante debía querer para que hubiera vuelto a llamarla *Ángel*—. Bueno, ¿vas a decir qué deseas o debo adivinarlo?

Él recompuso el gesto, dispuesto a recobrar la seriedad.

—Me gustaría pasar el próximo domingo con Angélica.

—Ya estás con ella todos los días. ¿Qué tiene de especial el domingo?

—Me refiero a llevármela a mi casa para que pasemos todo el día juntos. Aquí solo dispongo de un rato, y me gustaría que también conociera mi hogar, y que lo considere como suyo.

Micaela frunció el ceño.

—Ella ya tiene un hogar.

—¿Acaso no puede tener dos? Y no empieces a imaginar que deseo arrebatarte a Angélica ni cosas similares, que te conozco... Solo pretendo que pase el día conmigo, nada más.

—¿Le has dicho algo a ella sobre tus planes?

—Sólo le he contado que le he arreglado una habitación en mi casa y que, si alguna vez la necesita, pueda disponer de ella.

—¿Y por qué habría de necesitarla?

—Micaela, solo es una posibilidad. Pero al menos, quiero que sepa que en casa de su padre tiene también su propia casa.

—No debiste decirle nada sin haberlo hablado antes conmigo. Si me niego, la niña se pondrá triste. Has condicionado mi respuesta.

—¿Realmente he hecho eso? —preguntó con inocencia.

—Sabes que sí...

—Entonces, ¿le permitirás que venga conmigo?

—No me gusta que mi hija vaya a sitios que no conozco. Ni siquiera sé

dónde vives...

—Eso tiene fácil solución. Mi casa está en las afueras de la ciudad, pero el camino es fácil. Solo debes tomar la calzada que está detrás de la Iglesia, y sin salirte de ella, llegarás a mi hogar. Es una casa pequeña, sin grandes pretensiones, pero que me gustaría poder ampliar en un futuro próximo si las cosas marchan bien. En cualquier caso, sólo son quince minutos de distancia a caballo, o a cuarenta y cinco si vas andando.

Micaela asintió, asumiendo la información.

—Si permito que te la lleves, ¿cuándo me la devolverás?

—Ya te he dicho que me gustaría pasar todo el día con ella.

Micaela meditó qué hacer. Angélica era feliz con su padre y ella solo deseaba su felicidad por encima de todo. Era cierto que, si bien no confiaba en él como hombre, en los últimos días se estaba ganando su confianza a marchas forzadas al menos como padre.

—Si accedo, tendrás que traérmela de vuelta antes de que anochezca. Puedes venir por ella por la mañana después del oficio religioso.

La sonrisa de Manuel se ensanchó, provocando un vuelco en el corazón de Micaela. No era justo que después de tanto tiempo aún consiguiera acelerarle los latidos de aquella manera.

—Así será. Te lo agradezco, Ángel mío.

El domingo amaneció con un sol espléndido. Angélica estaba excitada ante la perspectiva de pasar un día entero con su padre. Su alegría era contagiosa y su madre no podía dejar de sonreír ante el nerviosismo de la niña. Llevaba en las manos a su inseparable muñeca Isabel, mientras esperaba ansiosa la llegada de Manuel, que pasó a recogerla tal y como habían acordado, en cuanto acabó la misa.

Micaela pasó el día inquieta. No estaba acostumbrada a estar tantas horas sin su hija, y sólo deseaba que llegara el momento de volver a verla entrar. Cuando el sol, que había lucido radiante durante todo el día, empezó a cubrirse con nubarrones amenazadores, su impaciencia se hizo insoportable. Confiaba en que Manuel se diera cuenta de que era muy probable que aquellas nubes descargaran agua más pronto que tarde, y que tuviera la

precaución de llevarla de vuelta antes de que la tormenta se desatara.

Volvió a asomarse a la ventana esperando verlos aparecer. El sol prácticamente había caído en el horizonte y ni Manuel llegaba con la niña, ni el cielo terminaba de descargar lo que parecía avecinarse. Incapaz de soportar más la espera, avisó a su padre que saldría a buscar a Angélica para traerla de regreso. ¿Cómo se había aventurado a confiar en la palabra de un hombre como Manuel Espinosa?

—Hija, ya casi es de noche —comentó su padre—. Estoy seguro de que Manuel aparecerá con la niña de un momento a otro.

—Si es así, solo me limitaré a darles alcance. Le ruego que no me espere para cenar, padre, por si me demorase.

—Si estás decidida a ir, entonces te acompañaré...

—No es necesario. Además, parece que está próximo a llover y no quisiera que usted se mojase sin necesidad. Recuerde que ya no es ningún niño como para ir pillando constipados en esta tierra donde, a buen seguro, las medicinas brillan por su ausencia. Con toda probabilidad tenga razón y me cruce con ellos por el camino; pero me quedo más tranquila si salgo a buscarlos.

—Espera un poco más, hija.

—No puedo, padre. Quédese en casa que enseguida estaré de regreso.

Micaela cogió un candil por si acaso y salió de prisa antes de que su padre insistiera más, tomando el camino que Manuel le había indicado días atrás. Finas gotas de lluvia empezaron a caer nada más tomar la ruta adecuada. Estupendo. No solo tenía que caminar por un sendero semi a oscuras y que no conocía, sino que, además, tenía que hacerlo con lluvia. Perdió un poco del arrojo inicial, pero siguió adelante pensando que se los cruzaría por el camino en cualquier momento. Aceleró el paso cuando el retumbar de los truenos se escuchó en la lejanía junto con los relámpagos, que iluminaban parcialmente el cielo nocturno. Y el caballo de Manuel seguía sin aparecer.

«Maldita sea, ¿dónde se habían metido?», se recitó impaciente.

Al menos en una cosa le había dicho la verdad: La casa resultó fácil de encontrar y la distancia, tal y como había afirmado, no llevaba más que unos cuarenta y cinco minutos recorrerla. Al llegar, golpeó con fuerza la aldaba de hierro, esperando que alguien la oyera entre el retumbo de los truenos que

cada vez sonaban con más intensidad.

Fue el propio Manuel quien le abrió la puerta. Nada más verlo, se sintió enfurecer al comprobar que estaba tranquilo y a resguardo del aguacero. Ella en cambio estaba completamente empapada de pies a cabeza, con el cabello pegado al rostro, el agua chorreando de cada ángulo de su cara, con el vestido totalmente adherido al cuerpo y manchado de barro.

—Dios Bendito, ¿de dónde sales así, mujer? —preguntó nada más verla—. Pareces un pollo mojado. Anda, pasa deprisa y sécate antes de que pilles un mal de pulmones. ¿Se puede saber qué haces aquí?

¿Y encima tenía la osadía de preguntar?

—Maldito seas, Manuel. Vengo a hacer lo que deberías haber hecho tú hace un buen rato: llevar a mi hija a su casa.

Cerró la puerta a su espalda y la condujo hasta la cocina, donde aún permanecían varias velas encendidas dejando la estancia bien iluminada.

—No pretenderías que te la llevara con el tiempo así, ¿no?

—Acordamos que me la devolverías antes del anochecer, y mira lo tarde que es ya.

—Es cierto, pero no me atreví a sacarla sabiendo que era más que probable que nos pillara la tormenta en el camino.

—¿Y no pudiste avisarme de alguna manera?

—La gente que me ayuda en la casa ya se ha marchado; solo quedamos Angélica y yo. No me gustaba la idea de dejarla sola para ir a avisarte. Pensé que te imaginarías que con el tiempo tal y como estaba, si no te la había llevado era porque consideraba que era lo más prudente.

—¿Y cómo quieres que sepa eso? Lo único que sabía era que mi niña no estaba donde debía y que quizás os podría haber pasado algo durante el camino de regreso a la ciudad. Estaba preocupada...

—¿Preocupada? ¿Por quién? ¿Por los dos o sólo por Angélica?

Micaela apretó los dientes.

—Pon Angélica, por supuesto —mintió.

—Por supuesto. —Ladeó la cabeza y le lanzó una sonrisa sesgada—. Anda, siéntate junto al fogón mientras voy a por lienzos para que te seques. Veré si

dispongo de algo de ropa que te pueda servir. En cuanto vuelva te prepararé una tisana caliente para que entres en calor.

—Yo solo quiero ver a mi hija.

—Micaela, Angélica se ha dormido hace apenas un rato, poco antes de que tú aparecieras. Déjala descansar y siéntate al lado del caldero. Allí podrás empezar a secarte. Vuelvo enseguida.

Manuel la dejó sola y ella se aproximó al fuego sobre el cual descansaba una olla de cobre con sobras de lo que debía ser la cena de aquella noche. Al verlo sintió hambre y recordó que no había comido nada desde el mediodía. Además, entre la larga caminata y el temor que había sentido al andar entre penumbras asegurándose de no perder el rastro del sendero, le habían abierto el apetito.

De inmediato pensó en su padre. Debía estar preocupado al ver que su hija no volvía, así que de modo obligatorio regresaría a su casa para tranquilizarlo y ponerle al corriente de lo que había ocurrido. Lógicamente, tendría que dejar que Angélica se quedaría allí, con su padre; ni tenía intención de despertarla, ni tampoco estaba dispuesta a exponerla a la tormenta. Aunque los truenos resonaran cada vez más lejos, la lluvia aún seguía cayendo con fuerza.

Manuel regresó a la cocina con lo que había prometido: un lienzo para secarse y un vestido para que se cambiara. Micaela frunció el ceño al ver este último, pensando que ni loca se pondría un traje a saber de qué otra mujer.

—¿Qué haces que aún no te has quitado ese vestido mojado? ¿Quieres enfermarte?

—No pretenderás que me desnude aquí mismo, ¿no? Además, no deberías haberte molestado. Si no te importa, quisiera ver a Angélica un momento y luego me marcharé. Mi padre debe estar inquieto al ver que no regreso.

Manuel se acercó hasta ella, la tomó de la mano y la obligó a sentarse en uno de los bancos de madera cercano a la caldera.

—Estás loca si piensas que te voy a dejar volver con este tiempo. —Antes de que pudiera replicar, la silenció poniéndole un dedo sobre los labios—. Sacaré el caballo e iré yo mismo a avisar a tu padre. No conoces bien el camino y la noche está muy oscura. Si tan solo estuviera despejado, la luna te iluminaría lo suficiente, pero así, a lo único que te expones es a perderte o a

que acabes rodando por el suelo.

Manuel tomó la tela que había llevado, se puso a su espalda, le quitó el lazo y las pocas horquillas que le pudo encontrar en su desbaratado peinado y empezó a frotarle el pelo como si de una niña pequeña se tratara.

—¿Crees que es prudente salir a caballo con lo que llueve todavía?

—No me importa mojarme, estoy más que acostumbrado. Al fin y al cabo, esta es solo una tormenta más de tantas. En menos de una hora estaré de regreso.

Sonrió sin que ella pudiera apreciarlo, ya que con su pregunta le estaba demostrando que su preocupación no se ceñía exclusivamente en la niña.

—¿Y qué debo hacer yo mientras tanto? —preguntó mientras dejaba que le secara el pelo.

Se estaba empezando a relajar. Y a pesar de que se había repetido una y otra vez a sí misma que nunca jamás volvería a permitir que él la tocara de ninguna manera, no pudo evitar sentirse reconfortada al ser cuidada por alguien... por él. Siempre era ella quien cuidaba de los demás; por una vez, se dejó llevar y consintió que ese alguien, aunque fuera Manuel, mirara por ella, su comodidad y bienestar. Además, empezaba a sentirse cansada, además de hambrienta. Podría reponerse mientras esperaba que él volviera y rogar por que la lluvia cesara. Después, con el cielo despejado, podría marcharse a su casa.

—Para empezar, relájate un poco; debes cambiarte de ropa cuanto antes. Te he traído estas prendas que quizás te puedan valer.

Micaela las miró con más detenimiento y comprobó que no era un vestido, sino una camisa y una falda bastante sencillas. No pudo evitar ponerse rígida al pensar de dónde podrían provenir tales atuendos, cambio que él notó al instante.

—¿Pretendes que me ponga la ropa de alguna de tus amantes? —le espetó con tirantez—. Prefiero quedarme con las mías, aunque estén húmedas. Aquí al lado de la lumbre seguro que se secarán con rapidez.

De nuevo, la sonrisa de Manuel asomó a sus labios sin que ella pudiera verlo.

—¿Por qué eres siempre tan mal pensada, Ángel? Tengo nativos, hombre y mujeres, que trabajan para mí. Una de ellas se encarga de cocinarme todos los

días, porque yo de preparar manjares sé poco o nada. Normalmente lleva sus propios ropajes, ya que a mí no me molestan y ellos se sienten más cómodos.

—Dirás más bien la falta de ellos...

—Cada cual que lleve lo que le apetece. Te repito que a mí no me incomoda, pero hay personas a las que sí. Por eso suelo tener ropas más convencionales, por si necesito que se cubran un poco.

—¿Alguien como doña Úrsula?

Manuel se mordió el labio para no reír.

—Por ejemplo...

—Ya veo.

—Te aseguro que esta ropa no pertenece a ninguna mujer de las que imaginas y que además está limpia y preparada para que te la puedas poner. Sería esto o la mía, pero creo que mis calzas no te quedarían demasiado bien. Te verías un poco *mamarracha*... adorable sin duda, pero *mamarracha*, ya que soy mucho más alto que tú.

—Está bien. La falda y la camisa serán suficiente —le contestó molesta al percibir el tono de humor en él. Y sobre todo, porque tenía la impresión de que sin pretenderlo, había dejado entrever lo molesta que se sentía con sus recién descubiertos celos—. Muchas gracias.

—Muchas de nada. En la olla aún queda comida que debe estar caliente porque hace poco que se apagó el fuego. ¿Has comido?

—No, pensaba hacerlo cuando volviera.

—Entonces sírvete tú misma si no te importa. Yo voy a ensillar el caballo y ahora vuelvo.

Manuel se marchó otra vez y Micaela se giró para comprobar que, en efecto, la había dejado sola. ¿Por qué se mostraba tan amable y atento con ella? Desde que se reencontraran, le había intentado poner las cosas lo más difícil posible, pero en cambio él se comportaba con ella con amabilidad y como si no lo estuviera recriminado siempre por todo cuanto hacía.

Sin embargo, se dio cuenta de que no tenía tiempo para pararse a pensar demasiado en ello, ya que Manuel podría regresar en cualquier momento. Se deshizo con rapidez de sus ropas empapadas mirando continuamente a la puerta, y se puso las prendas que él le había proporcionado. Aunque le

quedaban un poco holgadas, al menos estaban secas y se sentía cómoda con ellas. Buscó un plato y una cuchara, sacó un poco de comida, y se dispuso a comer para saciar los ruidos de su hambriento estómago.

Capítulo 25

No es tan Difícil

Antes de irse, Manuel la había llevado hasta el cuarto de Angélica donde la niña dormía plácida y ajena a la tormenta del exterior. Le indicó también una habitación contigua a la de Angélica, donde podría descansar una vez que hubiera terminado de cenar, ya que se dio cuenta de que estaba más cansada de lo que quería reconocer. Micaela le agradeció el detalle, pero le aseguró que permanecería levantada, al menos hasta que él regresara. Así se quedaría más tranquila si le informaba que su padre sabía lo que había pasado con ella y con Angélica.

Tal y como le había asegurado, Manuel no debía demorarse más de una hora en el peor de los casos. Y si la noche se despejaba, Micaela seguía sin descartar la idea de volver a su hogar, pues al día siguiente debía llegar temprano a casa de doña Úrsula. A Angélica la dejaría allí durmiendo y la excusaría de acompañarla al trabajo alegando cualquier pretexto, pero ella no podía faltar a sus obligaciones.

Había vuelto a avivar el fuego de la cocina con la idea de mantener caliente lo poco que quedaba de comida, por si Manuel regresaba con hambre después de la cabalgada. Y aunque fuera hacía un calor húmedo bastante molesto, no le vendría mal un ambiente cálido en el interior para secarse la lluvia que no dejaba de caer.

Sin embargo, transcurrida ya hora y media desde que se hubo marchado, Manuel seguía sin aparecer. Micaela empezó a inquietarse. Le había asegurado que conocía bien el trayecto y que le resultaría más fácil que a ella ir y volver con rapidez, aun así, un accidente podría ocurrirle a cualquier, ¿no? Hasta el jinete más diestro y experto podría sufrir una caída, y habida cuenta del barro que de seguro habría en el camino y la oscuridad absoluta de la noche, nada se podía descartar. Así que rezó en silencio para que nada malo le ocurriera. No sería justo para Angélica que le pasara algo a su padre

cuando apenas empezaba a disfrutar de él... Y qué diantres, pensando en ella misma, le angustiaba la idea de que algo malo le sucediese.

Por fin, el ruido de cascos aproximándose la sacaron de sus negros pensamientos. Se acercó hasta la puerta y lo vio desmontar para perderse de nuevo con su montura en lo que debía ser un cobertizo o una cuadra para el animal. Apenas cinco minutos más tarde, Manuel cruzaba el umbral de la casa tan mojado como lo había estado ella un par de horas antes.

Se dirigió hacia la cocina, lugar de donde salía la única luz de velas encendidas, y sin importarle la presencia de ella, se deshizo de su camisa mojada y se sacudió el negro pelo para despegárselo de la cara donde lo tenía adherido.

—Dichosa lluvia —protestó—. Hay días en los que parece que no va a parar nunca.

Micaela se acercó a él y le ofreció el mismo paño que él le entregara antes y que prácticamente ya estaba seco.

—Manuel, ¿estás bien? Estaba alarmada.

Él, que había empezado a frotarse los brazos y el pecho para secarse, se detuvo y la miró.

—¿Por mí?

—Claro, ¿por quién si no? Has tardado más de lo que habías dicho y ya me estaba imaginando cosas terribles: que te hubieras caído del caballo, o que hubieras sufrido algún daño...

Él le sonrió.

—Como ves, estoy perfectamente.

—Pero tardaste demasiado.

—El camino no está lo que se dice muy transitable, y apenas se ve nada a pesar de llevar una luminaria.

—¿Entonces no sufriste ningún percance?

—Por tu insistencia, pareciera que te hubiera gustado que así fuera —no era así, pero quiso sondear hasta dónde había llegado su preocupación.

—Por supuesto que no. Yo nunca te he deseado ningún mal, lo sabes.

—Y si algo me ocurriera... ¿te dolería? —se atrevió a preguntarle mientras se

dejaba caer en el mismo banco de madera que antes había ocupado ella.

A Micaela le molestó que le preguntara algo así.

—Claro, eres el padre de Angélica. Ella sufriría mucho si te pasara algo.

—Ah, entonces es solo por ella, ¿no?

—No seas capcioso, Manuel. Me complace que hayas regresado sano y salvo, y eso es todo cuanto podrás arrancar de mis labios.

Él le dirigió una media sonrisa.

—Qué pena... Hay tantas cosas que me gustaría arrancar de esa preciosa boca. Pero, en fin —reconoció encogiéndose de hombros—, tendré que conformarme con eso.

Micaela prefirió cambiar de tema porque aquella frase la hizo ponerse nerviosa.

—¿Pudiste hablar con mi padre?

El suspiró y se echó el lienzo sobre los hombros. Dio unos golpecitos en la banqueta que ocupaba para indicarle que se sentara a su lado. Al igual que ella, parecía cansado y sabía que, si estaba así, era por evitarle tener que regresar sola a su casa en plena llovizna para informar a su padre el motivo de la ausencia de Angélica. Así que no se sintió con voluntad de negarse, sentándose donde él le pedía, a su lado.

—No te preocupes. Ya sabe que tanto tú como la niña estáis en mi casa a buen cobijo. Le he asegurado que velaré por las dos y que os llevaré de regreso mañana por la mañana, cuando el tiempo así lo permita. El pobre quería venir conmigo, supongo que temeroso de que ponga en riesgo tu virtud, pero en mí estaba el no permitirle que saliera en una noche así. Le he asegurado por activa y por pasiva que ambas estáis a salvo, en todos los sentidos posibles.

Micaela se ruborizó y se sintió un poco decepcionada, aunque sabía que no debía. Si antes le había parecido entender que Manuel hablaba con doble sentido cuando le dijo lo que le gustaría arrancar de sus labios, ahora le estaba dejando claro que, en realidad, no tenía ningún interés en ella.

—Agradezco que no lo dejaras acompañarte. A veces puede resultar un hombre testarudo, pero sé que cuanto hace es siempre por una buena razón.

—Sí, eso no lo dudo. Me llevó un buen rato convencerle de que me

permitiera protegeros. Quizás sintiera que estoy ocupando su lugar, pero era lo que debía hacerse.

—Sea como fuere, te vuelvo a dar las gracias por convencerlo. —Micaela señaló la olla que tenían delante de los dos—. He mantenido caliente lo que quedaba de guiso por si regresabas con apetito.

Él la miró de una manera que ella no supo interpretar.

—Lo que deseo tomar no se encuentra en esa cazuela, Ángel. En cambio, me conformaría con un poco de conversación, salvo que estés muy cansada y prefieras retirarte a dormir.

—Yo estoy bien —mintió, sin deseo de romper aquel momento tan sereno entre los dos—. En cambio, tú pareces exhausto.

—No te negaré que estoy cansado, pero como te digo, prefiero un poco de conversación contigo. Han sido muy pocas las ocasiones que hemos tenido para charlar desde que nos encontramos y no me gustaría dejar pasar esta oportunidad ahora que te tengo aquí y que Angélica no está revoloteando alrededor de alguno de los dos.

Micaela sonrió. Ciertamente su hija podía ser muy acaparadora cuando se proponía atraer la atención de alguien.

—¿Y de qué quiere hablar?

Él se encogió de hombros.

—No sé, de cualquier cosa... Sabes, desde que apareciste, he pensado mucho en ti y en cómo nos conocimos. —No desvelaría que nunca había dejado de hacerlo, ni siquiera cuando se separaron—. ¿Te haces a la idea de las vueltas que le di a la cabeza intentando discernir cómo era posible que una desconocida como tú supiera tanto de mi caso?

Ella sonrió.

—Lo imagino. Supongo que debió ser un poco desconcertante para ti.

—Absolutamente. Pensé en todas las posibilidades, o bueno, en casi todas. Hasta se me ocurrió que quisieras buscar mis favores, fíjate de lo que fue capaz de imaginar mi mente calenturienta.

—¿Qué favores?

—Aquellos de carácter íntimo —Dijo mirándola directo a los ojos.

Micaela se sonrojó.

—Vamos, Manuel, eso es lo más presuntuoso que he oído en la vida.

El rió. Y al imaginar la situación, Micaela también pudo apreciar el punto divertido.

—La verdad es que, ahora que lo pienso con serenidad, no puedo más que darte la razón. Suena horrible, lo sé, pero, aunque te cueste creer, solía tener muy buena fama entre las mujeres. ¿Por qué una de ellas no querría algo tan personal como mi cuerpo?

—¿De verdad te estás oyendo? —preguntó tratando de contener la hilaridad.

—No te rías, Ángel. ¡Estaba tan perdido! Me decías que no era por motivos económicos, que no buscabas mi ayuda una vez fuera, entonces, ¿por qué? Según tú, por amor al prójimo, pero yo no me lo terminaba de creer. No podía dejar de darle vueltas una y otra vez a lo mismo, y si te soy franco, supongo que esa idea rondó por mi mente porque era lo que a me hubiera gustado. En mi descargo diré que la imaginación puede jugar malas pasadas cuando se pasa tanto tiempo solo. Y yo te deseaba tanto, soñaba tanto contigo, que te convertiste en una especie de obsesión. ¿Por qué no dejarme llevar por aquellos pensamientos que tanto me consolaban en mi cautiverio?

Aquel reconocimiento tan franco de sus deseos provocó que ella se sonrojara aún más. Aunque a otra mujer aquello pudiera resultarle halagador, no era un tema con el que ella pudiera sentirse cómoda al hablarlo con un hombre, y en especial con este que había sido el único al que había amado en la vida y al que, seguramente, querría hasta que Dios la recogiera a su lado.

Aquel pensamiento, esa confirmación interior de que, muy a su pesar, lo seguía queriendo, hizo que lo mirase de nuevo con los mismos ojos con que lo hiciera aquella mañana en que sus destinos se cruzaron en aquella escalera del Juzgado.

—Sin embargo, una vez estuviste muy cerca de acertar en tus deducciones y sentí pánico de que te estuvieras aproximando demasiado a la verdad — comentó ella, dispuesta a redirigir la conversación a un camino más neutro.

—¿A qué te refieres?

—Un día me preguntaste si yo tenía capacidad de influenciar de alguna manera a quien debía juzgarte. Aunque lo negué en rotundo, porque mi padre

es demasiado íntegro como para dejarse influenciar por terceras personas, incluida yo, sí temí que hubieras descubierto mi identidad. Conocía del trato que te habían propuesto, por lo que nunca dudé en que, si colaborabas, él cumpliría con su palabra.

—Tu padre es un buen hombre, Ángel. Me gusta su sentido de la justicia y estoy seguro de que haría muy buenas migas con mi padre si se conocieran. Me gustaría que alguna vez lo hicieran.

Micaela recordó algo y se rió más para sí que para él.

—¿Qué ocurre? ¿Qué provoca tu risa?

—¿Te cuento algo?

—Por supuesto.

—Cuando mi padre llegaba a casa por la noche, siempre lo hacía cargado de documentos, declaraciones, expedientes y cosas relacionadas con su trabajo. En cuanto tenía ocasión y me quedaba sola, me escabullía a su despacho para buscar cualquier papel que estuviera relacionado con tu proceso. Si él supiera que espiaba su trabajo, se enojaría tremendamente conmigo.

—¿Nunca te sorprendió? —le preguntó mientras sentía que se relajaba cada vez más en su compañía, convencido de que, con aquella simple anécdota, le dejaba claro que él le había interesado desde el principio.

—Por fortuna, no. Y tú tampoco se lo dirás, ¿verdad?

—Mis labios están sellados, dulce Ángel.

Al escuchar eso, Micaela no pudo evitar que sus ojos dorados se posaran en su boca, gesto que no pasó desapercibido a ninguno de los dos.

—Ángel, deja de mirarme los labios si no deseas que incumpla la palabra que le di a tu padre. Ahora mismo siento que me muero por unir mis labios con los tuyos.

Micaela desvió la mirada. Ese hombre era demasiado peligroso y tentador para ella y no deseaba volver a repetir los errores del pasado.

¿No lo deseaba realmente?

Demonios, ¿cómo habían llegado a aquello? ¿Y por qué no se sentía incómoda o enfadada?

—Creo que es mejor que cambiemos de tema.

Ambos permanecieron callados unos instantes.

—Ángel, ¿puedo preguntarte una cosa? Es algo que he querido saber desde hace tiempo, pero no me he atrevido a cuestionarte por temor a que me lanzaras algo a la cabeza. Es respecto a nuestra hija.

La niña era un tema neutral, a pesar del aviso que acababa de hacerle. Así que simplemente se decidió a asentir con la cabeza.

—¿Por qué la llamaste Angélica?

—¿No te gusta?

—Me parece precioso. No hay un nombre que sea más apropiado para ella. Pero teniendo en cuenta que tú para mí eras “Ángel”, no es muy difícil deducir que ese apelativo que te puse tuvo algo que ver en la elección. ¿Me equivoco?

Micaela miró la llama que tenía delante tratando de evadir su mirada escrutadora.

—No, no te equivocas.

—Entonces, si tanto me odiabas, si tanto me maldecías por haberte dejado encinta, ¿por qué ponerle a la niña un nombre que siempre estaría relacionado conmigo, que de alguna manera lo vincularías a mí?

Ella meditó la respuesta. ¿Cómo decirle que era para que su hija llevara una parte de su padre y de los recuerdos que habían compartido? Al nacer, no sabía que tendría los ojos verdes y que se parecería tanto a él, así que ponerle el nombre que eligió fue para mantener siempre el recuerdo de Manuel vivo, al menos para ella.

—No lo sé. Cuando nació y la vi tan pequeña, tan indefensa, tan nuestra, no pude ponerle otro nombre que no fuera ese. Tenía decidido que se llamaría o bien Carmen, como mi madre, o Diego, como mi padre. Pero cuando nació y la tuve en mis brazos... el nombre surgió sin más y comprendí que era el que debía llevar.

—Me alegro que lo hicieras. Cuando la miro, veo un pedacito de ti y de mí, y creo que no se puede tener una niña más perfecta que esta.

—La quieres sinceramente, ¿verdad? A pesar de llevar poco tiempo conociéndola, percibo que tus sentimientos hacia ella son sinceros.

—Lo son, Ángel. Esa chiquilla me robó el corazón el mismo día que la

conocí.

Angélica era su mayor orgullo, y Micaela miró al padre de su hija con una sonrisa y sin rastro alguno de acritud. Que curioso que apenas unas horas antes lo único que deseaba era enfrentarse a él y discutir por no habérsela llevado a tiempo a su casa. Sin embargo, en ese momento, se sentía cómoda y relajada en compañía de aquel hombre que tan profundos sentimientos le inspiraba.

—Tiene tus ojos y tu boca —se limitó a decir a pesar de lo evidente de la afirmación.

—Y tu pelo y tu cara también. Es una niña preciosa.

—Si, lo sé. —Se lo quedó mirando con cierta admiración en los ojos—. La verdad, nunca imaginé que acabaras siendo tan buen padre. Ella te quiere mucho y ahora creo que igual cometí un error al no haber intentado ponerme en contacto contigo cuando supe de su llegada. Pero al menos quiero que comprendas que si no lo hice, no fue por molestarte o fastidiarte, sino porque creía que jamás en la vida volvería a verte y no tenía sentido remover algo que no tenía solución.

—¿Por qué? ¿Tan mala opinión tienes de mí?

—Es que no creí que fueras el padre adecuado para ella. Manuel, yo solo te conozco de tu tiempo en la cárcel, pero no hay más que verte para saber que eres un hombre que va de mujer en mujer sin que nada ni nadie te ate.

—¿Y por qué piensas eso?

—Porque eres demasiado hermoso —el cumplido le salió de manera espontánea.

—¿Y qué culpa tengo yo de haber nacido así? ¿Acaso me habrías aceptado si mi rostro fuera feo y deforme? Es lo más absurdo que he escuchado jamás. Te propuse matrimonio y me rechazaste —dijo con pesar—. Te reíste de mí y me llamaste loco. ¿Y a causa de qué? ¿De que mis padres me dieran este aspecto? Porque si lo llego a saber, me hago un tajo en la cara y me saco un ojo. Quizás así hubiera tenido más suerte.

Micaela no pudo evitar reír al pensar la tontería que estaba diciendo.

—¿Y te habrías sacado los dientes también? Entonces quizás te hubiera tomado más en serio...

—Entonces, también.

—Ay, Manuel, qué cosas dices. Eres como eres y eso nadie lo puede cambiar. Así fue como te conocí y así me enam... —Dejó la frase inconclusa al darse cuenta de lo que estaba a punto de confesar, aunque a él no le pasó inadvertido donde se había detenido.

—¿Por qué no terminas lo que ibas a decir? —alargó la mano y le tocó el pelo que aún llevaba suelto, pero ya seco por completo, colocándole un mechón por detrás de la oreja. Ella no se apartó.

—No te rechacé por desprecio, Manuel. Es que no creí que tu proposición fuera sincera. Nuestra relación fue corta, pero intensa, y en una etapa de mi vida en que tenía planificados todos y cada uno de los pasos que quería dar en el futuro. Y viniste tú y lo desbarataste todo. Además, siempre pensé que te habías creado conmigo una deuda que jamás habría de reclamarte, pues al contrario de lo que opinabas, la única persona que te ayudó fuiste tu mismo. Yo solo te convencí para que dieras el paso que te faltaba.

—Para empezar, ya te advertí que no se puede planificar la vida como pretendías, y el tiempo te ha demostrado que no mentía. Y el hecho de que me ayudaras o no, nunca condicionó que te propusiera matrimonio, ni siquiera después de lo que pasó aquella tarde en mi casa. Ángel, deberías saber que no soy hombre que suela tener remordimientos por casi nada, salvo por aquello que me llevó a prisión. Nunca he tenido que pedir perdón a ninguna mujer por haber estado con ella, ya que nunca jamás forcé a nadie a compartir mi cama.

—De todas maneras, tú y yo no estamos hechos para estar juntos.

—¿Por qué? —quiso saber. Y es que esa era una cuestión que durante mucho tiempo había rondado por su cabeza.

—No podría estar con un hombre en quien no confiara ciegamente. Uno que salga por la puerta y a su regreso dude de si ha estado con otra mujer o no. Opino que el sacramento del matrimonio es algo muy serio que no debe tomarse a la ligera. La confianza es algo muy fácil de perder, pero demasiado difícil de recuperar.

—Juzgas a los hombres por simples conjeturas. Según tú, un hombre que sea más o menos agraciado, no es digno de contraer matrimonio. Por lo visto esa suerte está reservada a los feos.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo das a entender. ¿Acaso los hombres no podemos tener sentimientos? ¿No podemos enamorarnos igual que las mujeres? ¿Por qué no juzgas a estas con la rigidez que nos aplicas a nosotros? No te voy a negar que he tenido un pasado, digamos lleno de divertimentos de todo tipo. También he conocido a bastantes mujeres, entre ellas, a muchísimas casadas que no tenían reparo alguno en dejar de lado los sagrados vínculos del matrimonio solo por satisfacer sus caprichos. En cambio, alguien que, hasta no hace tanto, era como un hermano para mí, y que gozaba de un aspecto agradable para las féminas, se enamoró locamente de la que hoy es su esposa. Y aunque no he vuelto a saber de ellos desde que llegué, estoy convencido de que siguen juntos y felices. Fue una pareja que tuvo sus diferencias, pero una vez que la solventaron, permanecieron juntos. —Sonrió para sí—. De hecho, me consta que se casaron dos veces.

—Es posible que tengas razón, y que mi postura no deje de ser un tanto egoísta, pero no puedo exponer el corazón cuando sé seguro que me lo van a romper.

—¿Otra vez ocultándote tras la coraza? Me gustaría poder mostrarte lo que te estás perdiendo de la vida... Es demasiado bonita y demasiado corta para estar perdiéndola con miedos y celos. Y créeme, sé bien de lo que hablo. Hubo una época que mis desfases eran tan grandes que me condujeron a estar más cerca del más de allá que del mundo de los vivos, pero pude recuperarme y apreciar más que nunca lo que significa la vida. Incluso estoy agradecido de que me pasara aquello, porque me sirvió para madurar como hombre y tratar de convertirme en una mejor persona. Poco después de aquella enfermedad, me detuvieron y me metieron preso, tú ya sabes por qué.

—Si toda aquella experiencia que viviste te sirvió para convertirte en una mejor persona, de verdad me alegro mucho por ti, pero eso no me hace cambiar mi forma de pensar en cuanto a los hombres.

Manuel rió sin alegría.

—Es una pena que tengas una forma de ver la vida tan rígida. ¿No te has parado a pensar que, quien tenga la suerte de compartir su vida contigo, si es que alguna vez le das la oportunidad a alguien, se considerará tan afortunado a tu lado que no querrá buscar a ninguna otra mujer nunca más?

—Es que eso es justamente lo que busco en un compañero, alguien en quien yo pueda confiar, sin dudar en ningún momento.

—Siempre puede surgir ese momento de dudas por la cosa más nimia que te imagines, pero ello no significa que lo convierta en culpable de nada.

—No lo sé... No quiero arriesgarme...

—Debo entender entonces, según tu criterio que prejuzga a las personas por su aspecto exterior, que nunca podré ser digno de tu confianza.

Ella sopesó de nuevo la respuesta. A pesar de todo, no quería ofenderlo.

—En determinadas cuestiones, quizás sí. Pero tratándose de asuntos del corazón, si te soy sincera, no creo que pudiera.

—Lamento mucho oírte decir eso. Nunca sabrás lo que te pudiste haber perdido conmigo y si estabas equivocada o no.

—No puedo contestarte otra cosa. Lo siento.

—Al menos has reconocido que hay algo en lo que sí me brindarías tu confianza. ¿Puedo preguntarte en qué?

Micaela lo miró a los ojos y le habló con sinceridad.

—Me has demostrado que puedo confiar en ti en lo que respecta a Angélica.

Él sonrió.

—Bueno, supongo que es algo por donde empezar. Algún día comprobarás que no soy ni el ogro ni el patán que te empeñas en ver en mí, y ese día, mi precioso Ángel, te arrepentirás de haberme rechazado como esposo.

Micaela no pudo evitar sonreír. A pesar de lo serio que se había vuelto la conversación, él seguía manteniendo cierto toque de humor que contribuía a frivolar la situación.

—Si ese día llega, me tendré que dar patadas en los tobillos...

—Por favor, eso me encantaría verlo...

—Ja, ni siquiera te enterarías.

Manuel ladeó la cabeza y sonrió abiertamente.

—¿Ves como no es tan difícil?

—¿El qué?

—Que podamos estar juntos...

Pasaron el resto de la noche hablando de temas menos personales, pero relacionados con el tiempo en que se conocieron: De la paliza que sufrió Manuel cuando se atrevió a besarla por primera vez, de la visita que Micaela le hizo a don Felipe o de cómo le recriminó que no fuera más a verlo. Incluso hablaron de la vez que se encontraron después de que él fuera liberado y acudió en su busca. Todo ello sin tocar el tema de la única tarde que habían pasado juntos en la casa de Manuel. La tarde en que concibieron a Angélica.

Manuel tampoco sacó a relucir el día de su partida, cuando él esperó ansioso e impaciente a que ella apareciera, y mucho menos, le habló de aquella carta que le escribiera, aquella donde derramaba todos los sentimientos que provocaba en él. Ella tampoco le contó que aquella triste mañana de 1496 lo vio partir hacia el Nuevo Mundo, escondida tras un carro de heno.

Clareaba el alba cuando se dieron cuenta de que había transcurrido la noche y lo rápido que se habían ido las horas en su mutua compañía.

Cumpliendo la palabra dada, Manuel acompañó a Micaela de regreso a su casa. Avisó a una de las nativas que acababa de llegar para que se quedara con Angélica hasta que él regresara. El cielo volvía a estar despejado, y aunque el fango del camino a buen seguro no desaparecería hasta un par de días más tarde, al menos había suficiente luz para someter al caballo a un paso ligero sin temor a sufrir un percance.

Ella se negó a montar con él a la grupa, pero tanto insistió Manuel en que no permitiría bajo ningún concepto que volviera sola y andando, que no tuvo más remedio que claudicar. Era temprano y nadie tendría por qué verlos a esas horas. Así que, antes de arrepentirse, se subió al caballo colocándose detrás de él, se agarró con fuerza a su cintura, y se dejó llevar.

Capítulo 26

Armonía Truncada

Los siguientes días transcurrieron como los previos a la noche de la tormenta. Manuel seguía visitando a su hija cada tarde, tiempo que Micaela aprovechaba para dedicárselo, a veces a sí misma, a veces a las tareas propias del hogar. Sin embargo, muchas de esas tardes, acababa uniéndose a los juegos de Manuel y Angélica, haciéndola sentir que compartían momentos como los de cualquier familia corriente. La conversación que habían mantenido aquella noche había contribuido a que Micaela se relajara en su presencia, de modo que ya no sólo lo veía como a un conquistador de mujeres, sino como un padre abnegado y un hombre con el que se podía pasar un rato agradable sin tensiones de por medio.

Y al igual que Manuel no faltaba un solo día a ver a Angélica, tampoco faltaba a la visita que le hacía a Úrsula cada mañana. Mariana no podía evitar rechinar los dientes cuando los veía juntos, departiendo con humor y camaradería, pero no era quien para hacerle recriminaciones de ningún tipo. Manuel cumplía a la perfección con su papel de padre, y eso debía ser suficiente para ella... Pero no lo era. Tras muchos conflictos y disquisiciones internas, había terminado por admitir que Manuel le seguía importando más de lo que quería reconocer. Lo que conllevaba que los celos que la asaltaban cuando los veía juntos se la estuvieran comiendo por dentro. Por supuesto, ese sería un secreto que se llevaría a la tumba, pero no quitaba que le doliera el pecho al entender que jamás volvería a fijarse en ella como mujer.

Manuel le había advertido en su momento que quizás llegaría un día en que se arrepintiera de no haberlo aceptado. Y ahora que empezaba a verlo con otros ojos, mucho se temía que su profecía se estaba empezando a cumplir.

Una de esas mañanas, antes de que llegara Manuel, doña Úrsula le pidió a Angélica que la acompañara a tomar un refrigerio mientras las pequeñas estaban ocupadas con sus tareas. Empezaron a conversar de temas

relacionados con las niñas, pero poco a poco, fue derivando hacia unos derroteros que provocaron que a Micaela le comenzara a sentar mal la limonada que tenía entre las manos.

—¿Alguna vez ha visto a un hombre más hermoso que el señor Espinosa? — preguntó Úrsula con un suspiro lánguido, que a punto estuvo de hacer vomitar a la institutriz.

Sin saber muy bien que debía contestar, se limitó a contestar con un lacónico: —No, señora...

—¿No piensa que sería un padre perfecto para mi Cristiana?

La joven apretó los dientes. En ese momento, sintió unas ganas tremendas de volcar el contenido de su vaso sobre aquella cabeza tan hermosa. Nadie mejor que ella sabía lo buen padre que podría llegar a ser, pero imaginárselo ejerciendo como tal de otra niña que no fuera la suya...

—No lo sé, señora. Solo conozco al señor Espinosa de vista; no tengo argumentos para formarme una opinión de sus cualidades como padre.

—Estoy segura de que sí. Un hombre que es delicado y dulce con las mujeres, no puede ser malo con los niños...

Un movimiento nervioso empezó a adueñarse de la pierna izquierda de Micaela mientras se mordía la lengua por no contestar una fresca. Que encima tuviera que estar escuchando sobre las exquisiteces del trato de Manuel hacia otras mujeres era ya el colmo.

—Si tan solo se dejara echar el lazo... Ya estuve una vez a punto de *atraparlo* hace un par de años, pero cuando se dio cuenta de que mis intenciones eran más serias que las suyas, dio media vuelta y huyó de mí como alma que lleva el diablo.

—Señora, aunque no tengo demasiada experiencia con los hombres, me consta que aquellos que tienen facilidad en conseguir amoríos, no son partidarios de quedarse con una sola mujer cuando pueden gozar de muchas.

—Ya lo sé —bufó con fastidio—, pero si ha vuelto a mí debe ser por algo. Alguna vez oí decir que Manuel no es hombre de servirse dos veces del mismo plato; que una vez que liquida una relación, lo hace para siempre. Por eso me sorprende que haya vuelto a frecuentarme. Supongo que ha terminado por darse cuenta de que en un lugar como este no abundan las mujeres como

yo, así que está poniendo su empeño en volver a ganarse mi estima. He de decirle, y que esto quede entre nosotras, que él y yo congeniábamos muy bien en la intimidad... ya me entiende.

Micaela sintió que empezaba a enrojecer, sin saber bien si era por vergüenza o por enojo. Aquello ya era demasiado para ella. No estaba dispuesta a tolerar que la señora empezara a contarle intimidades bajo ningún concepto.

—Señora, debo regresar con las niñas. Le agradezco mucho el refrigerio, pero tengo tareas que atender.

—Claro, claro. Disculpe si abuso de su confianza, pero no hay muchas mujeres con quien poder hablar de ciertos temas. Y como usted es joven y ha estado casada, comprenderá las necesidades que siente una mujer que ha perdido a su compañero, ¿verdad?

¿Y pensaba que con ella podría hablar de *esos* temas? Ni hablar...

—Si me disculpa...

Dio media vuelta y salió de la estancia con la cabeza en alto. A medida que recorría los pasillos que conducían a la habitación de estudios, tuvo la sensación de que una horda de demonios la acompañaban a cada paso que daba.

«Manuel no es nada para ti. Solo un recuerdo del pasado. Él tiene otros intereses muy distintos a los tuyos, así que olvídale y sigue con tu vida», se recordó en silencio.

Al llegar a su destino, se detuvo un instante para llenar sus pulmones de aire e ir soltándolo poco a poco. Debía serenarse antes de que, ante cualquier contratiempo, acabara pagando su frustración con quien menos lo merecía. Con el firme propósito de poner su atención en el trabajo que la reclamaba, entró en la estancia para concentrarse en las dos niñas que realizaban su tarea en completo silencio.

Sin embargo, la frágil armonía que consiguió mantener durante el resto de la jornada no duró demasiado. Al terminar las clases, se dispuso a dar de almorzar a las niñas como cada mediodía. Todo parecía ir bien, hasta que oyó ruido de pasos acercándose hasta la puerta donde se encontraban las tres. Reconoció con rapidez el sonido de las fuertes pisadas de Manuel,

acostumbrada como estaba a oír las cada tarde en su propio hogar. Se detuvieron al otro lado, y sin previo aviso, se abrió la puerta de par en par para dejar paso a doña Úrsula que iba acompañada por quien ella ya sabía. Sus miradas se quedaron enganchadas, como les pasaba siempre que estaban cerca el uno del otro, mientras Micaela aguantaba la respiración a la espera de que la situación estallara de un momento a otro.

—Ya verás cómo es una niña adorable... —le decía la señora cuando, en ese preciso instante, el grito de Angélica la interrumpió.

—¡Papá!

De un salto, la pequeña se levantó de su silla y salió disparada en busca de los brazos de su padre que, con la misma sonrisa de todos los días, la recibió feliz mientras la alzaba para abrazarla con fuerza.

—Hola, mi tesoro.

—¿Qué haces aquí papá? ¿Has venido a verme? —La niña giró la cabeza para dirigirse a Cristiana—. Ves cómo es verdad que tengo un papá. Y es muy, muy fuerte.

La cara de las dos mujeres era un poema, cada una por diferentes motivos: una de sorpresa e incredulidad; la otra de absoluta desesperación e impotencia. Micaela se negaba a mirar a doña Úrsula, quien, en cambio, no podía despegar los ojos de ella.

—¿Has venido a verme a mí, papá? —volvió a preguntar la niña.

—Claro que sí, Angélica. Doña Úrsula quería presentarme a Cristiana, y como imaginé que todavía estarías por aquí, no iba a irme sin dejar de ver a mi niña, ¿verdad? —la cría asintió entusiasmada—. Además, quería avisarte de que esta tarde me va a resultar imposible pasarme por tu casa. Pero espero que el domingo, tu madre me deje que te lleve otra vez conmigo para que podamos pasar todo el día juntos. El otro día no tuve ocasión de presentarte a alguien a quien quiero que conozcas.

—¿Quién, papá, a quién?

—Una persona que es muy importante para mí. Ya la verás cuando te lleve con ella.

La niña aplaudió ante la perspectiva de hacer nuevos amigos.

—Sí, sí... ¡Yo quiero ir!

—Depende de lo que diga tu madre, cielo. No quisiera llevarte sin su consentimiento.

De inmediato todos los ojos quedaron fijos en la persona de Micaela, que sólo deseaba que en aquellos instantes se la tragara la tierra. ¿Cómo se atrevía a hacerle esto? Justo cuando empezaba a confiar en él y a pensar que su secreto podría mantenerse oculto, venía a escenificar aquella representación tan fuera de lugar. ¿Dónde había quedado aquella intención de no querer hacerles daño? ¿Acaso era consciente de lo que estaba haciendo? No solo se presentaba como padre de la niña, sino que además daba a entender que la relación entre padre y madre era cuanto menos fluida.

—Mamá, ¿me dejarás ir?

—Ya hablaremos más tarde en casa, Angélica.

—Pero, ¿me dejarás?

—Después, Angélica, después —contesto malhumorada, aunque su rabia no iba dirigida hacia la cría, que ninguna culpa tenía.

Manuel dio un beso a la niña y la bajó de nuevo al suelo.

—Anda, dulce Angélica, termina de comer. Seguro que mañana podremos intentar convencer a tu madre entre los dos.

—¿Vendrás mañana entonces? —le preguntó la chiquilla de forma inocente.

—Claro que sí. ¿Cuándo he faltado yo a mi palabra? ¿Acaso ha habido un solo día que no haya ido a verte?

Con un gesto de asentimiento, la niña volvió satisfecha a la mesa donde la esperaba su plato a medio comer.

Y mientras Micaela estaba que se moría, Úrsula estaba furibunda. Sin embargo, ambas supieron mantener la compostura ante lo incómodo de la situación.

—Desconocía que conocieras tan bien a la institutriz de mi hija, Manuel. Y mucho menos que tuvieras una hija con ella —le dijo con reconcomio.

Aunque el comentario iba dirigido a Manuel, la señora seguía mirando con fijeza a Micaela. El hombre, con toda la simpleza del mundo, se limitó a encogerse de hombros.

—Son asuntos muy personales. No consideré oportuno hablar de ello contigo.

—Ya veo... Bien, creo que es mejor que dejemos que las niñas terminen con sus almuerzos, ¿no te parece? Esperaremos a una ocasión mejor para que conozcas a Cristiana.

—Por supuesto.

Sin embargo, antes de marcharse, Úrsula se dirigió a la otra mujer.

—Micaela, no olvide pasarse por el salón antes de marcharse. Necesitaría hablar unas palabras con usted.

—Sí, señora.

Cuarenta minutos más tarde, Micaela se aproximaba al salón como reo que va camino del patíbulo. Cuando llamó a la puerta y pidió permiso para entrar, comprobó que doña Úrsula estaba sola, por lo que supuso que Manuel se habría marchado.

Cobarde. Había montado todo ese lío para dejarla después sola a los pies de los caballos.

—Micaela, la estaba esperando. Sea tan amable de entrar y cerrar la puerta, por favor.

El tono calmo y en apariencia educado de la señora no se correspondía para nada con su expresión corporal: tenía los labios apretados en una fina línea, sus bellos ojos oscuros evidenciaban la tormenta que había en su interior, así como el ceño fruncido y el rictus serio de su boca. Además, no estaba sentada como en otras ocasiones con su habitual trabajo de bordado entre las manos, sino que se paseaba pausadamente de un lado a otro de la estancia dándose golpecitos con un abanico sobre una de sus piernas.

Micaela cerró la puerta, junto las manos delante de sí y esperó la sentencia que la señora le tenía destinada. Era consciente de que su posición en la casa quedaba muy en entredicho a partir de entonces.

—Debo reconocer que pocas personas consiguen sorprenderme tanto como lo ha hecho usted hoy, Micaela.

Ella no contestó. No sabía qué decirle, porque cualquier reproche que saliera de labios de la señora lo tenía bien merecido.

—Ha debido usted reírse bastante a mi costa cuando, pensando que usted era una persona confiable, le exponía mis sentimientos por el señor Espinosa.

—No, señora, yo jamás haría tal cosa. Estoy muy agradecida con usted y nunca le faltaría a sus espaldas.

—¿Agradecida? ¡Quién lo diría después de descubrir la manera tan miserable en que me ha mentido! Hace apenas un rato, cuando le preguntaba por su opinión hacia mi invitado, me decía que no lo conocía de nada y que, por tanto, no podía ofrecerme una opinión fundamentada. Y una hora más tarde vengo a descubrir, nada más y nada menos, que tiene una hija con él. —La ira de la mujer estaba a duras penas contenida—. No puedo sino pensar en su pobre esposo difunto, que Dios tenga en su gloria... —Se giró súbitamente hacia ella— Porque hubo un marido, ¿verdad? Confío que no me haya mentido también en eso.

¿Y qué le contestaba? ¿Debía hundirse aún más en el fango de la mentira o debía revelar la verdad convirtiendo de inmediato a Angélica en una bastarda de nuevo? Porque al menos, con la historia del marido de por medio, salvaba a su hija de llevar aquel estigma, fuera o no hija de aquel. Doña Úrsula interpretó su silencio de la única manera posible, sacando sus propias conclusiones. De haber existido tal esposo, la respuesta hubiera sido fácil de pronunciar.

—Entiendo... Micaela, como podrá imaginar, esto me deja en una posición sumamente incómoda ante usted, y hay decisiones que debo tomar por el bien de mi hija. No puedo permitir que quien se encargue de la educación de Cristiana no sea una persona íntegra, en la que primen la decencia, la humildad, la sinceridad y la honradez, tanto en su propio comportamiento como en sus valores. Lamento mucho haber descubierto hasta qué punto me he equivocado con usted, pero debido a lo que ha sucedido, he de comunicarle que debo prescindir de sus servicios de inmediato. Le ruego que recoja sus cosas hoy mismo antes de marcharse.

A esas alturas, Micaela estaba roja de vergüenza y de ira. Y lo más triste de todo era que no podía replicar nada que la dejara en mejor lugar y consideración ante los ojos de quien había sido su empleadora.

—Así lo haré señora. Y yo... solo quiero decirle que lo siento mucho. Nunca tuve intención de perjudicarla a usted y mucho menos a Cristiana.

—¿No? ¿Y qué pretendía enseñarle a mi hija con su comportamiento? ¿A mentir sin ser descubierta? ¿Cómo entregarse a un hombre sin haber sido

bendecida antes por el sacramento del matrimonio?

—Señora, puedo entender que se sienta defraudada conmigo, pero jamás inculcaría a su hija valores que no sean dignos de una señorita decente y de bien.

Sin embargo, Úrsula esperaba algo más que una tímida disculpa.

—¿Eso es todo cuánto tiene que decirme? Creo que al menos merezco una explicación de por qué ha actuado con engaños a mis espaldas mientras le abría con total confianza las puertas de mi casa a usted y a su hija.

—Señora, mi historia con el señor Espinosa pertenece a mi pasado y no es algo de lo que me resulte fácil hablar. Sólo he de decir en mi defensa que todo ser humano comete errores, y yo cometí los míos hace mucho tiempo. Pero no creo que deba ser condenada por ello de por vida. La comprendo y de nuevo le pido mil disculpas si mi comportamiento la ha importunado.

—Pues si eso es todo cuanto tiene que decirme, podemos dar por concluida esta conversación. Vuelva mañana para que le pague los emolumentos que se le deben. Daré recado en la cocina para que se lo entreguen allí. Buenas tardes, Micaela.

La joven se marchó de allí en busca de Angélica con un nudo atenazándole la garganta.

Capítulo 27

¿Quién te has creído?

Cuando Micaela salió de la casa, un cúmulo de sentimientos se agolpaban en su interior como si fuera una olla a punto de ebullición: estaba enfadada, molesta, decepcionada, humillada... No entendía por qué Manuel, después de dar a entender que iba a guardar el secreto de su paternidad, finalmente había decidido revelar su relación con Angélica, y, por ende, con ella. Justo cuando empezaba a tranquilizarse y superar sus temores iniciales, venía él a echar por tierra cualquier posibilidad de ganarse su confianza. Aquello no tendría que haber sucedido bajo ningún concepto, y por Dios, que aquel hombre tendría que darle unas muy buenas explicaciones. Antes muerta que dejar el asunto así.

Tomó de la mano a Angélica, apretó el paso y se dirigió a su casa hecha un basilisco.

—Mamá, ¿por qué corres tanto? —le preguntó la niña, sorprendida por tanta prisa.

—Cielo, mamá debe salir un rato. Tengo asuntos muy importantes que atender. Así que tienes que quedarte en casa con el abuelo, portarte bien y no le des trabajo, ¿de acuerdo? —le contestó seria.

—¿A dónde vas? ¿Puedo ir contigo?

—No, Angélica. Voy a hacer cosas de mayores y no puedes venir.

Y si bien la niña no sospechaba ni de lejos que algo malo pudiera estar ocurriendo, don Diego supo que algo no marcha bien nada más verla entrar. Aquella tarde había terminado temprano y había conseguido llegar a casa antes que su hija, algo que Micaela agradeció sobremanera.

—Padre, gracias a Dios que le encuentro ya en casa. ¿Puede quedarse con Angélica un rato y ocuparse usted mismo de la comida? La dejé preparada esta mañana antes de salir y solo hay que calentarla al fuego un rato, no es

difícil. Yo necesito salir.

—Hija, ¿qué ocurre? Te noto alterada —dijo inquieto.

Las aletas de su nariz se abrían y cerraban con fuerza, aunque trataba de controlarse para que la niña no se preocupara.

—Lo peor, padre, lo peor. Doña Úrsula prescinde de mis labores de hoy en adelante. Ahora no tengo nada con qué poder ganarme la vida, y mucho me temo que ninguna familia de bien va a querer darme trabajo cuando se sepa la causa por la que ella me ha despedido. Y todo se lo debo a ese, ese... —se contuvo al ver que Angélica la miraba con curiosidad.

Don Diego se abstuvo de contestar que no necesitaba ese trabajo y que mejor estaría en su casa cuidando de su familia y procurándose un buen esposo que las mantuviera a ella y a la niña. Pero mejor callar que volver a retomar la misma discusión que tuvieron tiempo atrás, así que simplemente se limitó a preguntar:

—Pero, ¿qué ha pasado?

—Manuel fue a visitar a la señora como todos los días, y no han tenido mejor ocurrencia que ir a la sala de estudios a ver a las niñas —explicó en voz baja, intentando que la niña no la oyera—. Doña Úrsula pretendía que conociera a Cristiana, pero te puedes imaginar lo que sucedió en cuanto abrieron la puerta y Angélica vio a su padre. Aparte del hecho de que lo llamó papá delante de todos, Manuel la cogió en brazos y la trató igual que cuando viene a verla aquí. Y para colmo, se quedó tan a gusto diciéndole que hoy no puede venir a visitarla y que mañana sin falta vendrá a casa para no faltar a su cita. Me quería morir allí mismo. Acababa de decirle a la señora que no conocía al señor Espinosa más que de verlo en su casa y él va y publica a los cuatro vientos que frecuenta la nuestra como si de la suya propia se tratara.

—Micaela, debes calmarte. El daño ya está hecho y nada ganas alterándote —afirmó su padre mientras la tomaba del codo y la dirigía mecánicamente hacia el comedor. Por fortuna, la niña, al no poder seguir la conversación que mantenían los mayores, se había marchado a su cuarto a jugar con su muñeca.

—¿Acaso cree que no tengo motivos para enfadarme? —le preguntó visiblemente molesta.

—Hija, un secreto así es difícil de mantener oculto durante mucho tiempo —

trató de hacer que se sentara, pero Micaela no podía poner el trasero en ningún sitio en aquellos instantes. Se limitó a poner las manos en la cintura y mirar a su padre de frente.

—Sí se hubiera podido de no ser porque el señor Espinosa tuvo a bien volver a entrar en nuestras vidas sin mi consentimiento.

—Si el destino lo puso de nuevo en tu camino, ha debido ser por algo. Tú le convertiste en el padre de Angélica, ahora no puedes pedirle que reniegue de ella. Ha estado ajeno a su existencia durante mucho tiempo, y no puedes pretender que se doblegue a tus pretensiones ahora que sabe de la niña.

—¿Por qué los hombres siempre os justificáis los unos a los otros? ¿Acaso yo no tengo nada que decir al respecto? Angélica es mía.

—Y suya...

—Padre, me duele que, desde que Manuel reapareció, no se haya puesto ni una sola vez de mi lado. Agradecería un poco de comprensión por su parte.

—Hija, no quiero ser duro al recordarte que fuiste tú quien se entregó a él cuando no debiste haberlo hecho, sin pararte a pensar en que tus actos podrían tener consecuencias. Yo también soy hombre y padre, y puedo alcanzar a ponerme en su piel solo con imaginar lo que debió sentir cuando descubrió la verdad. Pero a diferencia de él, yo di los pasos correctos con tu madre y tú llegaste cuando debías llegar, es decir, después de nuestra unión antes la Iglesia y con la bendición de un cura.

—Le he permitido que la visite y que tenga tratos con ella. ¿Acaso no es suficiente?

—Pero le estás obligando a que lo hagas a escondidas. No sé cómo has podido pensar que un hombre de su carácter pudiera transigir en ocultarse durante mucho tiempo como si se tratara de un delincuente.

—Es que es un delincuente. —Era lo más grave que alguna vez hubiera dicho de él, pero Angélica era sagrada para ella y en aquellos momentos estaba demasiado irritada.

—Lo fue, aunque eso es algo que a ti no te importó en su momento. Ahora es un buen hombre y tiene derecho a que se le trate como tal.

—Padre, estoy cansada de sus reproches. Hace mucho que no me recordaba mi falta, y hoy me demuestra que aún no me ha perdonado por ello. Por mi

parte, estoy cansada de intentar que usted entienda mis motivos. Le ruego que se encargue de su comida porque yo he de hablar con Manuel; aunque supongo que a usted no le gustará, claro está, puesto que parece que le importa él más que yo.

—Sabes que eso no es cierto, pero debo ser ecuánime.

—Pues ahora no lo está siendo, padre —dijo malhumorada—. Su hija, su familia, debería estar por encima de todo, especialmente de un extraño.

—Tú lo convertiste en parte de la familia.

—Nada me une a él, así que lo que dice no es cierto.

—Las uniones no solo se concertan con un papel escrito. Hay lazos como la sangre que son indestructibles y que duran de por vida.

—¿Se ocupará de la niña en mi ausencia?

Don Diego suspiró.

—No puedo prohibirte que vayas, pero creo que deberías hacerlo cuando estés más serena. Si quieres, puedo acompañarte y tratar de mediar entre ambos.

—No, prefiero ir sola.

—Le pediste a él que viniera a ver a Angélica a horas en que fuera improbable que lo vieran entrar aquí. Y sin embargo ahora es a ti a quien parece no importarte que te vean yendo a su casa.

—Él vive en las afueras, así que no es probable que me cruce con nadie. Y aunque así fuera, ¿acaso cree que no van a hablar de mí cuando esto salga definitivamente a la luz? Dudo mucho que doña Úrsula se guarde para sí un chisme tan jugoso, así que me da igual lo que pase.

—Lo único que conseguirás será alentar a las malas lenguas.

—Estoy harta... cansada y acostumbrada a lidiar con ellas. Pensaba que aquí no tendría que hacerlo, pero parece que Dios sigue queriendo castigarme por mis pecados. Pues si ese es su designio, que así sea.

Don Diego pretendía ganar tiempo para que se tranquilizara antes de marchar. Hablar con ira no iba a ayudarla en sus propósitos, habida cuenta de que ya el daño estaba hecho y que no iba a conseguir nada pidiendo explicaciones.

—Al menos come algo, hija.

—No me pasa ni la saliva, padre. Necesito decirle unas cuantas cosas a ese señor. No se preocupe por mí, estaré bien. Yo me sé cuidar.

Y sin decir nada más, salió de la casa como alma que lleva el diablo.

Tardó cerca de una hora en completar el trayecto que había entre su casa y la casa de Manuel, tiempo suficiente para ir digiriendo lo que deseaba decirle cuando lo tuviera cara a cara. Y a pesar de los muchos reproches que le tenía guardados, el paseo bajo el calor sofocante había logrado apaciguar un poco sus ánimos. Pero necesitaba que le diera una razón del porqué de su comportamiento.

Al llegar a su destino, una casa de una sola planta rectangular construida en piedra, comprobó que tenía un tamaño mayor de lo que le pareció apreciar la noche de la tormenta. La puerta principal estaba abierta de par en par, seguramente buscando la ventilación suficiente que diera a la casa un poco de frescor en aquel clima tan caluroso. No se veía a nadie en las proximidades, así que se adentró un poco en el recibidor en busca de alguien que la atendiera.

—Buenas tardes, ¿hay alguien?

No notó los pasos desnudos de un hombre nativo que se acercaba a ella por detrás, haciéndole dar un respingo cuando le habló.

—Buenas tardes, señora —contestó en un castellano precario.

Iba más o menos vestido, no del todo *decente*, pero al menos sus vergüenzas estaban cubiertas. Aunque no se había encontrado con ningún nativo que frecuentara la ciudad totalmente desnudo, si era cierto que muchos hacían gala de su escasez de ropa.

—Buenas tardes. Desearía hablar urgentemente con el señor Espinosa.

—No es posible. Manuel no está. ¿Quién lo busca?

Encima el cobarde se había quitado de en medio.

—Mi nombre es Micaela Alvarado.

—¿Usted madre pequeña Angélica?

—Así es —afirmó con gesto altivo. Al parecer más gente sabía de la niña...

—¿Cuándo volverá el señor Espinosa?

—No sabe. Ido ver Tonalna. Puede que no volver hasta noche, si volver. Cuando estar con ella nunca saber cuándo regresar.

Micaela suspiró. Evidentemente no tenía suficiente con doña Úrsula, que además tenía que ir a buscar los agasajos de otras mujeres...

—Pues yo no pienso moverme de aquí hasta que aparezca. Es muy urgente que hable hoy mismo con él —le dijo de nuevo, malhumorada.

El hombre se limitó a encogerse de hombros y le indicó una habitación dónde podría guardarlo con comodidad.

—Puede esperar allí si querer. Mejor si sentar, Manuel seguro tardar mucho —le repitió.

Micaela tuvo que esperar más de dos horas hasta que Manuel volvió de su cita con la tal Tona. Tiempo suficiente para que su cabeza lo imaginara retozando con la indígena mientras ella lo esperaba, cosa que contribuyó a que volviera a encolerizarse y a maldecir contra los hombres y sus bajos instintos.

Cuando por fin entró, silbando una canción alegre y con paso tranquilo, lo hizo sin reparar en la visita que lo aguardaba. Micaela lo oyó hablar con un hombre en el idioma nativo, seguramente con el mismo joven que la había atendido a su llegada. De inmediato, Manuel apareció por la puerta de la sala y su cara de sorpresa no pudo ser más evidente, mostrando una sonrisa complacida. Se lo debía haber pasado muy bien aquella tarde, pensó Angélica, ya que se lo notaba feliz y relajado, y desde luego, sin tener ni la más mínima pizca de remordimiento por lo sucedido por la mañana.

—Ángel —su sonrisa se amplió—. Nunca imaginé verte por aquí tan pronto. ¿Has venido sola? ¿Y Angélica?

—Claro que he venido sola. No dispongo de una corte de acompañantes que me pueda seguir allá a donde vaya. Y la niña está en su casa, por supuesto.

Le habían advertido que la mujer no parecía estar de muy buen humor. Él, en cambio, se sentía feliz de haberla encontrado allí a su regreso. Sola además, para que pudieran conversar sin injerencias de nadie.

—¿Y puedo preguntarte qué te trae por mi humilde morada, Ángel mío?

—Para empezar, deja ya de llamarme Ángel —lo reprendió enojada—. Yo no soy tu ángel ni el de nadie. Tengo un nombre y ya va siendo hora de que lo

utilices.

—Nunca pareció importarte que te llamara así, y ciertamente no tengo intención de cambiar mis hábitos. Y no has contestado a mi pregunta.

Ella se puso de pie y se acercó hasta él con un dedo amenazador que acabó clavando en su pecho.

—¿Quién demonios te has creído, señor Espinosa? ¿Sabes lo que me has hecho hoy? —a medida que iba hablando, su tono de voz se iba elevando un poco más—. ¡Por tu culpa, acabo de perder mi trabajo! ¡Nos has expuesto a Angélica y a mí a las maledicencias de terceras personas! ¿Por qué, maldita sea, por qué? Creía que al menos la niña te importaba, y ahora volverán a tildarla de bastarda como hicieron en Sevilla. ¿Eso era lo que querías? ¿Eso era lo que buscabas?

—Ante todo, cálmate —le cogió el dedo que una y otra vez lo golpeaba en el pecho—. No considero haber cometido ninguna falta para que te pongas tan embravecida, Ángel.

Micaela dio un paso atrás, arrancando su mano de la de él con brusquedad.

—¿Acaso no has oído lo que te acabo de decir? —le preguntó incrédula. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no solo no estaba ofendido, sino que además parecía contenerse para no sonreírse—. ¿Piensas que todo esto es cuestión de broma?

—Ángel, te repito que no veo razones para tu enojo. Para empezar, estoy de acuerdo con tu padre en que no es ni apropiado ni necesario que trabajes para nadie. Eres digna de que los demás te sirvan a ti, no de lo contrario.

—¿Y cómo quieres que mantenga a mi hija cuando mi padre falte? ¿Pretendes que vivamos de la beneficencia?

—Mientras yo viva, o viva alguien de mi familia, jamás os hallaréis desasistidas. Me estoy encargando de dejarlo todo arreglado para que así sea.

—No voy a vivir a tu costa ni de la caridad de tu gente. No os necesitamos. Nunca nos habéis hecho falta.

—Además —continuó sin hacer caso a su comentario—, creo que es justo comunicarte que también estoy informándome de los trámites a seguir para que la bastardía de mi hija pase a ser historia. Confío en que dentro de no mucho tiempo, Angélica lleve el apellido que en realidad le corresponde.

—¿Sin mi consentimiento?

—Es mi hija, no lo olvides. Le corresponde llevar el apellido Espinosa.

—¡Ya lleva el apellido correcto!

—¿No decías que para ti Angélica era lo primero? —Preguntó alzando una ceja—. ¿Prefieres que la sigan tildando de bastarda antes que reconocer que tiene un padre dispuesto a dar la cara por ella? ¿Qué vale más para ti: el orgullo o la justicia? Voy a hacer valer que Angélica es mi hija ante todos, tanto si te gusta como si no.

Micaela cada vez se encendía más con las palabras de Manuel. Se volvió a acercar para propinarle un empujón con ambas manos.

—Oh, maldito patán prepotente. ¿Por qué no entiendes que ya no quiero nada de ti? Me diste a Angélica, y con eso copaste todo cuanto podía recibir de tu persona.

Manuel atrapó al vuelo las manos que acababan de empujarlo y acercó a la muchacha hasta él. Hasta enfadada se le veía preciosa. No pudo evitar quedarse contemplando su rostro con deleite, sobre todo aquellos ojos dorados que parecían desprender fuego al mirarlo. Sin tan solo pudiera canalizar esa ira y esa fuerza hacia otra dirección más placentera.

—Cielo, si me lo permitieras, podría darte mucho más de mi persona. —Cerró un brazo alrededor de la estrecha cintura y la acercó aún más hasta que sus cuerpos quedaron pegados—. ¿Me lo permitirás, dulce Ángel?

Aquello era lo último que había esperado de Manuel en aquellos instantes. Había perdido la sonrisa y la estaba mirando de la misma forma que lo hiciera cuando compartieron caricias y besos años atrás. Micaela no pudo evitar que el corazón le diera un vuelvo.

Trató de separarse de él, más por temor a sus propias reacciones al saberse nuevamente deseada por aquel diablo de ojos verdes al que no lograba sacar ni de su mente, ni de su corazón.

—Ni loca —le dijo con voz firme, pero atenuada—. ¿Qué clase de mujer te crees que soy? ¿Acaso no tienes suficiente con Úrsula ni con la tal *Totona* para que vengas ahora a hablarme con ese tono? Que el otro día mantuviéramos una charla amigable no te da derecho a tomarte más atribuciones.

Manuel volvió a sentir la risa en su estómago, pero pudo controlarla antes de que se le escapara.

—¿Con quién?

—Ya sabes con quién. Y ahora suéltame.

—Si te refieres a *Tonalna*, te informo que ella puede tener más edad que tú y yo juntos.

—¿No solo te gustan jóvenes y lozanas? ¿También te acuestas con abuelas?

Manuel ya no pudo refrenar la carcajada por más tiempo, lo que provocó que Micaela volviera a forcejear para que la soltara.

—Dios, eres un cielo, mi Ángel. Nunca pensé que pudieras ser tan celosa.

Aquello al detuvo de inmediato.

—¡Ja! ¿Celosa yo? Debes estar loco. Para eso debe existir un sentimiento puro y noble como el amor, cosa que yo no albergó hacia ti ni por asomo.

El ladeó la cabeza y la miró con los ojos chispeantes de hilaridad.

—¿No me quiere ni siquiera un poquito?

—Deja ya de reírte de mí y suéltame porque me estás enfureciendo cada vez más.

Micaela empezó a forcejear con más vigor, sin obtener éxito alguno. Aquella proximidad la estaba alterando más de lo que debía.

—Bueno, si te sirve de tranquilidad y es suficiente para saciar tu curiosidad, te informo, mi querido Ángel, de que yo no tengo ninguna relación romántica ni con Úrsula ni, desde luego, con Tonalna. Me gustaría que me creyeras. Mis ojos no están puestos en ninguna mujer más allá de la que tengo ahora mismo entre mis brazos.

¿Se estaba burlando de ella? ¿Creía que con lisonjas iba a conseguir que ella volviera a flaquear nuevamente?

—Manuel, suéltame.

—¿Y qué me darás a cambio si lo hago?

—¡Nada, por supuesto!

—Pues entonces seguiremos como estamos. Y deja ya de moverte y refregarte tanto contra mí si no quieres que cometa una locura, muchacha.

Bueno, continuando con lo que te decía, Úrsula no es más que una vieja conocida, y a Tonalna la quiero mucho, sí, pero como a la madre que nunca tuve. Es la única mujer que sabe ponerme los pies en la tierra cuando lo necesito.

—Me da igual lo que tengas con una u otra. Solo quiero decirte que te odio y que no voy a perdonarte lo que me has hecho hoy.

—No, Ángel mío, no me odias —le dijo con un susurro mientras bajaba la cabeza y apoyaba su frente contra la de ella—. ¿Acaso crees que no me he dado cuenta de cómo me miras cuando voy a ver a Angélica? ¿Que no he notado la furia reflejada en tus preciosos ojos dorados cada vez que voy a visitar a Úrsula?

¿Realmente tanto se notaba que se moría de celos y que sus sentimientos por él volvían a estar latentes?

—No tienes idea de lo que hablas. No imaginas lo que tengo que aguantar de la señora cuando te marchas. Ves cosas donde no las hay; ves solo lo que tu deseas ver.

Sin embargo, mientras se lo decía, ella había dejado de luchar contra él. Sentía su aliento fundiéndose con su propio aliento, y su cercanía, su olor, su contacto, la habían bloqueado por completo.

—Si no lo quieres reconocer con las palabras, me lo demostraras con los hechos.

Manuel terminó con la distancia que los separaba y fundió su boca con la de Micaela. Sus labios se movieron con destreza en buscar de una respuesta que no tardó en llegar. Había pasado mucho tiempo desde que la habían besado de aquella manera.... Desde que él la besara así. Sus labios no habían vuelto a ser acariciados desde que Manuel los hiciera. La besó, lamió y succionó, porque una vez probada, ya no podía detener su deseo de embeberse de ella ni tampoco podía parar de tentarla para que reaccionara a sus caricias.

Mariana sucumbió ante la insistencia de Manuel, pero también porque no pudo resistirse a las sensaciones que él removía en sus entrañas. Con piernas débiles de puro deleite, se aferró a la camisa de Manuel, atrayéndole más hacia su cuerpo. Prefería no pensar en lo que estaba haciendo, porque si lo hacía...

Manuel todavía no tenía suficiente con ese ofrecimiento. Con un movimiento maestro, acarició los labios de Micaela con el pulgar, a lo que ella, de forma instintiva, respondió entreabriendo la boca y acercando la lengua a aquel dedo tentador. Paseó la punta de su húmedo apéndice por la yema del dedo de Manuel de una forma naturalmente sensual, pero que provocó un gemido en él, seguido de una invasión de su propia lengua en los confines de la boca de Micaela. La poseyó, la invadió, la hizo suya de una forma desesperada. Hacía demasiado tiempo que soñaba con tenerla en sus brazos, y que ella le devolviera el beso con tanto abandono y frenesí lo estaba volviendo loco.

En ese maravilloso momento, Manuel sintió miedo de detenerse y que ella se arrepintiera de lo que estaba pasando, pero si no empezaba a controlar la situación, acabaría tomándola allí mismo con la puerta abierta y ante los ojos de cualquiera que pasara por delante. La apretó con el brazo con el que la rodeaba por la cintura y la izó hasta ponerla a la altura de sus ojos mientras se acercaba a la puerta y la cerraba de un puntapié. Micaela estaba tan absorta en sus propias emociones que ni siquiera se percató del portazo que dio al cerrarse. Su demonio interior estaba arrastrándola a la perdición, pero ella no podía detenerse.

Con tres pasos largos, Manuel alcanzó la mesa que presidía la estancia y sentó a Micaela sobre la superficie de madera. Ella, desesperada, se aferraba a su pelo y a su espalda como si en ello le fuera la vida. Manuel estaba al borde del abismo. Su deseo pulsaba dentro de sus calzas, alimentado por el entusiasmo que mostraba Micaela. Sin pedir permiso, sus manos comenzaron a recorrer cada pequeña porción del precioso cuerpo de la muchacha que la postura le permitía. Movido por el anhelo de obtener más de ella, la tumbó hacia atrás mientras él abandonaba sus labios, hinchados por sus besos y comenzaba a rendir tributo primero a su cuello esbelto para seguir su lento paseo de besos hasta llegar a sus pechos.

Sus cuerpos, aún cubiertos de ropa, pugnaban por sentir la piel del otro, pero eso no fue impedimento para que Manuel, alcanzara sus senos con las manos y los masajeara con desespero. Micaela exhaló un gemido al sentir sus dedos acariciándola mientras él pensaba que se podría morir de felicidad en ese preciso momento. A pesar de su dilatada experiencia con las mujeres, ella era la única capaz de hacerle perder el control.

Micaela se dejaba envolver por las emociones que le despertaban aquellas

caricias, tanto tiempo olvidadas. Necesitaba que aquel dulce tormento terminara porque dudaba de poder aguantar por mucho tiempo más sin derretirse entre sus manos. Cuando sintió que Manuel le subía el ruedo de su falda hasta dejarla arremolinada en torno a su cintura, creyó sucumbir por la anticipación. Pero cuando Manuel se abrió las calzas y colocó sus piernas alrededor de su propia cintura, su impaciencia fue aún mayor. Jugando a un juego que acabaría quemándolos a ambos, Manuel volvió a posar sus dedos en el talle de Micaela para aproximarla más a él y frotó su sexo contra la entrada de su cuerpo. Micaela, inconscientemente, levantó la cadera y estrechó con sus piernas desnudas el abrazo con el que rodeaba la cintura de Manuel, que no precisó de ninguna otra invitación. De un golpe certero, se perdió en su interior provocando en ambos un suspiro de alivio al que siguió una sinfonía de gemidos cuando empezó a mecerse dentro de ella. La necesidad de ambos no permitió alargar mucho el encuentro de sus cuerpos, pero cuando ambos llegaron juntos al clímax, sintieron que millones de estrellas habían caído sobre sus cabezas.

Manuel se reprochó la urgencia con que su cuerpo la había tomado y su falta de control. Parecía que con ella su paciencia se perdía y no era capaz de desnudarla y hacerle el amor como era debido; pero se juró a sí mismo que la siguiente vez que la tuviera entre sus brazos, le daría lo que ella se merecía.

Porque, por Dios, esa próxima vez existiría así le fuera la vida en ello.

Capítulo 28

No huyas de mí

Cuando los vestigios de la pasión hubieron cesado, el primer pensamiento que cruzó por la mente de Micaela fue: «Oh, no, lo he vuelto a hacer. He vuelto a caer...».

De un empujón, y sin mediar palabra, trató de separar a Manuel para que saliera de ella y la dejara incorporarse; con su cuerpo, satisfecho tras derramar su simiente en su interior, sobre el suyo, era imposible conseguirlo.

—Lo siento, Ángel. —Se lamentó—. Te prometo que la próxima vez será mejor. No sé qué me ocurre contigo que solo consigo comportarme como un patán imberbe; tú mereces más.

«¿La próxima vez? De eso ni hablar. No habrá una próxima vez...», pensó Micaela enfurruñada.

¿Cuántas veces pensaba él que iba a caer sobre la misma piedra? Si de ella dependiera, ni una más. Había sacado una conclusión clara de aquel encuentro: que no podía quedarse a solas con él bajo ninguna circunstancia. Cómo se las arreglaba para manejar, moldear y plegar su voluntad a la de él era algo que escapaba por completo a su raciocinio, así que la única manera de evitar volver a caer era evitarlo a toda costa. Aunque sabía que no tenía más remedio que consentir su presencia a causa de Angélica, nunca más volvería a quedarse a solas con él. Era demasiado arriesgado y ella no sabía cómo contenerse cuando él la llevaba a sobrepasar los límites.

Viendo que él no se movía, volvió a empujarlo con fuerza y esta vez sí, Manuel reaccionó y se separó de su cuerpo antes de dar un par de pasos atrás al tiempo que se recolocaba la ropa. Le ofreció una mano para ayudarla a bajarse de la mesa, pero en vez de aceptarla, se limitó primero a mirarla y luego a levantar la vista hasta los ojos verdes de Manuel. No quería, no podía, volver a tocarlo. De un movimiento brusco, se tapó las piernas con la falda y de un salto se bajó ella sola del mueble.

Aún seguía sin pronunciar ni una sola palabra. Lo único que deseaba hacer era huir... salir corriendo y volver a la seguridad de su hogar tan rápido como sus piernas pudieran llevarla. Aquel estaba resultando un día funesto.

—Ángel...

Pasó por su lado y salió a la carrera de la vivienda. Ni siquiera sabía que aspecto llevaba. Lo único que quería era huir, huir, huir.

—¡Ángel! Maldita sea. No huyas otra vez de mí.

Salió corriendo tras sus pasos y no se detuvo hasta asirla del brazo y obligarla a detenerse.

—Ángel, para ya...

—¡No me toques! ¡No me toques!

Para Manuel fue como retroceder en el tiempo varios años atrás, cuando ella huyó de su casa, allá en Sevilla, después de compartir lo mismo que acababan de disfrutar.

—Otra vez no, Ángel.

—¡No soy Ángel! ¡No soy tu Ángel! Y no te acerques más a mí. La última vez que lo hiciste me arruinaste la vida. No puedo permitir que ocurra otra vez.

—Pero la vez anterior te quedaste sola —la giró para asirla de los dos brazos y la zamarreó con delicadeza y a la vez con la suficiente firmeza como para sacarla de su aturdimiento—. Ahora no estás sola, estoy aquí. Mírame Ángel. No te desatenderé. Ni ahora ni nunca.

Ella levantó los brazos para zafarse del agarre. Estaba más molesta consigo misma que con él, porque nada más tocarla, se había vuelto arcilla entre sus dedos y se había comportado como una perra en celo que solo deseaba que la montasen. Así de sucia se sentía.

—Maldita sea, Manuel. No te estoy recriminando nada. Tú solo te has comportado como... como lo hacen los hombres. Me he dado cuenta de que el problema soy yo, que soy una perdida. Me tengo merecido todo cuanto me dijo doña Úrsula hoy. Soy una mala persona, sin valores ni principios. Me avergüenzo de mí misma. Por favor, deja que me marche y lleve a solas mi ignominia.

—¿Qué fue lo que te dijo Úrsula? ¿Acaso te ha ofendido? —le preguntó

enfadado solo de pensar que alguna persona pudiera herirla con sus palabras o de cualquier otra manera.

—No me ha dicho más que verdades como puños. La verdad nunca puede ofender.

—¿Qué te dijo? Exijo saberlo

—¿Para qué? Ah, Manuel, déjame, por Dios...

Dio media vuelta y salió corriendo nuevamente. Sabía que no aguantaría demasiado ese ritmo, pero necesitaba deshacerse de la tensión y la irritación que la embargaba.

Manuel en cambio no tenía intención ninguna de pasarse corriendo todo el camino tras ella. Soltando una maldición, se dirigió al cobertizo para ensillar su caballo y salir en persecución de su Ángel. Dios, como anhelaba el día en que pudieran yacer relajados después de hacer el amor y poder hablar con serenidad como lo habían hecho la otra noche.

A ella no le dio tiempo a llegar muy lejos. La encontró a varios cientos de metros de donde la había dejado, resoplando y con la mano apoyada en las costillas, tratando de recuperar el aire.

—Ya está bien, Ángel. No podemos dejar las cosas así.

—¿Por qué no puedes entender que no quiero nada de ti? Busca a doña Úrsula o a tu Totona, y déjeme en paz.

—Creo que por hoy he tenido ración suficiente de celos absurdos. Te he dicho que no tengo nada con ninguna de esas mujeres. Ni con ellas, ni con ninguna otra.

—Y yo te he dicho que me da igual lo que tengas o no. Eso es asunto tuyo.

—¿Por qué estás tan enfadada? Lo que ha pasado no tiene nada de malo. Y es absurdo negar que entre los dos siempre ha existido una chispa que nos une. Hoy simplemente la hemos dejado saltar.

—No quiero hablar de tema. Márchate y déjame tranquila.

—Al menos permíteme que te lleve a casa.

—No.

—Dichosa mujer testaruda. O subes al caballo por propia voluntad o te subo yo.

Micaela se detuvo.

—Vuelve a ponerme una mano encima y te juro que empezaré a chillar tan fuerte que mis gritos se oirán en la ciudad.

—Por favor, Ángel. Estoy tratando de ser paciente, de ser razonable.

—Lo sé. Pero yo no puedo ser ni lo uno ni lo otro, al menos en lo que a ti respecta. No entiendo que es lo que me haces para hechizarme y subyugarme como lo consigues, pero todo cuanto se refiere a ti es un error. Un auténtico error.

—¿También es un error Angélica?

Golpe bajo.

—No, Angélica no. Y no te preocupes por ella. Que yo sea una mujer de moral distraída no te impedirá que sigas ejerciendo de padre, si eso es lo que te preocupa. Lo único que quiero es que no te acerques más a mí.

Ella siguió caminando y Manuel comenzaba a irritarse de que no quisiera atenderlo en condiciones.

—Maldita sea, sube al caballo y conversemos esto tranquilos cuando lleguemos a tu casa.

—No.

Micaela se detuvo de nuevo y lo miró fijamente.

—Manuel, si de verdad te importo, aunque sea un poco, te ruego que por favor me dejes volver sola a casa. No me encuentro de humor para hablar ni contigo ni con nadie. No te estoy reprochando, no te estoy juzgando, ni culpabilizando. Al menos ten la amabilidad de que pene en soledad mis sufrimientos.

—Estás siendo muy dura contigo misma. Y no tengo intención alguna de dejarte ir así como así.

Como respuesta, ella emprendió de nuevo la caminata con paso apresurado.

—Mujer obstinada. ¡Quieres dejar de correr de una vez y subirte a la grupa! ¿Por qué siempre tienes que salir huyendo de mí cuando hemos estado juntos? En Sevilla te marchaste corriendo y no tuve el valor de detenerte a tiempo para hacerte entrar en razón. No voy a cometer el mismo error y no permitiré que lo hagas otra vez.

—¿Qué parte de "quiero estar sola" es la que no comprendes?

—¿Y cuál es la que tú no entiendes si te digo que no voy a hacerlo? Quiero que me hables, que te abras a mí, que me grites si eso te consuela o te hace sentir mejor. Pero no quiero que te marches así de mi lado.

—¿Y qué más da? Solo te estoy poniendo más fácil las cosas: te he asegurado que no tengo ningún reproche que hacerte a ti sino contra mí misma, por permitir que mis debilidades me obnubilen y se antepongan a mi sentido común.

—¿Eso es lo que significo yo para ti? ¿Soy tu debilidad?

—¿Acaso importa? Sé bien que solo soy una conquista más para ti.

Manuel frenó su caballo y se bajó de él. Tomó las riendas y las pasó por encima del cuello y la cabeza del animal. Si ella quería ir andando y no había manera de hacerla entrar en razón, pues lo harían juntos. Cuando se puso a su altura la tomó del brazo para detenerla de nuevo.

—¿Cuándo te vas a dar cuenta de que nunca has sido una conquista más, como tú lo llamas? Hubieras sido la última si me hubieras dado la opción.

—¿Pretendes que me lo crea?

—¿Qué debo hacer para que confíes en mí?

—Después de cómo has actuado hoy, dudo mucho que pueda llegar a hacerlo alguna vez. Primero me humillas en el trabajo y ahora... esto.

—Ya te he dicho que no necesitas trabajar. Con cuidar de Angélica es suficiente. Para preocuparme por tu bienestar ya estoy yo.

—¿Acaso pretendes convertirme en tu mantenida? Eso era ya lo último que me faltaba por escuchar.

—Yo no voy a convertirme en nada. Eres la madre de mi hija y eso te hace merecedora de mis atenciones.

—¿Qué atenciones? ¿Las de hoy? Si es así, no las quiero.

Manuel iba a contestar cuando el sonido de varios jinetes acercándose lo distrajo momentáneamente. En apenas unos segundos tres hombres llegaron hasta ellos y se detuvieron a su lado. Manuel pudo reconocer a uno de los hombres con quien había tenido trato en el pasado, pero a los otros dos solo los conocí de vista.

—Espinosa, lo andábamos buscando. Necesitamos hablar con usted de un asunto importante.

Vargas, el caballero que se había dirigido a él, había sido uno de los hombres que apoyaron a Roldán cuando se sublevaron contra los Colón y sus condiciones de gobierno. Aquél era el motivo por el que lo conocía, pero una vez que las aguas volvieron a su cauce, prácticamente no habían vuelto a tener más relación. Y tampoco tenía mayor intención ni interés en mantener una posible amistad.

—Señores, les agradezco su visita, pero tendrá que esperar otra ocasión. Ahora mismo estoy ocupado en otros menesteres.

Tres pares de ojos se posaron de inmediato en la pequeña figura de la mujer, y a alguno que otro se le escapó una sonrisa socarrona. Aun así, no parecían dispuestos a permitir que aquella jovencuela impidiera lo que los había llevado hasta allí.

—Le repito que son temas de suma importancia.

—Y yo le repito...

Micaela no lo dejó terminar. Su voz fina pero firme se impuso sobre la de él cortando lo que iba a contestar.

—Si tan urgente es, no deben preocuparse, nobles señores. Los asuntos que el señor Espinosa debía tratar conmigo ya han sido hablados, así que no les importuno por más tiempo, pues debo volver a mi casa. Tengan todos ustedes buenas tardes.

—Ángel... —la voz de Manuel fue clara tratando de darle a entender que no deseaba dejar la conversación en aquel punto.

—Buenas tardes, señor —repitió con énfasis.

Micaela dio media vuelta y siguió su camino, rogando en silencio para que esta vez Manuel no la persiguiera.

Él la dejó marchar, convencido de que, por lo menos no se trataría de una separación definitiva. Sabía dónde encontrarla y retomarían lo que habían dejado a medias. Una idea se estaba abriendo paso en su mente y si salía bien, podría conseguir que su Ángel lo mirase por fin con otros ojos. Tenía que meditar bien sus siguientes pasos.

Manuel subió otra vez a su montura y les hizo señas a los hombres que lo

aguardaban para que lo siguieran hasta su casa. Al llegar, los hizo pasar hasta una pequeña habitación desde donde llevaba las cuestiones de la finca, invitándolos a que tomaran asiento. Confiaba en que no se demorasen mucho, deseoso como estaba de centrarse en otras cuestiones más importantes para él.

—Y bien señores, ¿en qué puedo ayudarlos?

De nuevo Vargas tomó la palabra.

—Espinosa, usted y yo nos conocemos desde hace varios años. Su compromiso con la causa de Roldán fue, desde mi punto de vista, digna de elogio y valor, habida cuenta de cuál era su situación personal. Y es en base a aquellos hechos y la consideración que usted me merece, el motivo por el cual hoy hemos venido a verle.

—¿A dónde quiere llegar, Vargas? Aquello ocurrió hace tiempo y no tiene sentido remover el pasado.

El hombre se movió inquieto en su asiento.

—¿Qué opinión le merece Bobadilla?

—¿El nuevo? —Manuel se encogió de hombros—. No sé mucho de él, más allá de lo que me han contado. Sé que tiene fama de duro y que ha venido a investigar en nombre de los Reyes la situación de la isla. No me he preocupado de informarme de mucho más sobre él, si le soy sincero. Hay otros asuntos de índole personal que reclama actualmente mi atención.

—Pero no debe ser ajeno al hecho de que otra vez se está complicando la situación en La Española. Este hombre, basándose en las credenciales que presenta, está actuando de manera arbitraria y con total liberalidad. Está admitiendo quejas contra Colón a cualquiera que se las presente y ha apresado al hijo del Almirante. Y en cuanto vuelva éste, seguro que seguirá el mismo camino, al igual que su hermano Bartolomé. Se justifica aduciendo que los Colón no gobiernan a los españoles como deben, atribuyéndose un poder que no poseen.

—¿Me está diciendo que, después de haber participado activamente en la anterior revuelta contra los Colón, ahora se ha cambiado de bando? Resulta cuanto menos irónico, ¿no cree?

—Yo no digo nada. Pero este hombre está haciendo lo que le viene en gana y

muchos opinamos que no debemos permitirlo, como tampoco se lo consentimos en su día a don Cristóbal.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

Vargas se apoyó sobre los brazos del sillón y se adelantó en su asiento para enfatizar sus palabras.

—Estamos planeando una nueva revuelta contra Bobadilla, a fin de liberar a don Diego y restituirle en su puesto de gobernador interino hasta la llegada de su padre. Él es el auténtico y legítimo gobernador de estas tierras. Nosotros detendremos al intruso y él será quien decida qué hacer con el recién llegado, pero hasta que llegue el momento, no causará más inconvenientes.

—Si este hombre realmente tiene nuevas credenciales firmadas por nuestras majestades, pueden meterse en un problema serio si lo que pretenden llevar a cabo no resulta, por no hablar de que están incumpliendo órdenes reales.

—Por eso tratamos de organizarnos lo mejor posible. Estamos contactando con quienes ayudaron en su día a Roldán para que ahora se unan a esta nueva causa.

Manuel tamborileó los dedos sobre la mesa que tenía delante. Instantes después, se levantó de su asiento y se apoyó en su borde.

—Señores, lamento comunicarles que en esta ocasión no estoy disponible para actuar en vuestro favor. Y si quieren mi consejo, deberían replantearse seriamente el proyecto en el que desean embarcarse. Nadie mejor que nosotros para saber lo que ha supuesto las decisiones de Colón para estos pobladores, así que no veo nada malo en que venga un juez a investigar la situación.

—¿No se ha planteado que quizás los beneficios que logró con el armisticio que otorgó Colón a los que siguieron a Roldán pudieran ser revocados? Usted podría resultar muy perjudicado en tal caso.

—¿Acaso eso es lo que les preocupa? ¿Que pierdan sus terrenos, sus bienes y todo lo que recibieron entonces?

—¿A usted no? Pues debería hacerlo.

Manuel volvió a encogerse de hombros.

—Asumiré el riesgo.

—Le ruego que se replantee su decisión, Espinosa. Le daremos unos días

para que se lo piense con más tranquilidad. No le exigimos una respuesta inmediata, pero al menos sí que lo reconsidere.

—Está bien, así lo haré. Por el momento es cuanto puedo decirles. Y ahora, si no les importa, tengo trabajo que atender.

Viéndose despachados por su anfitrión, los tres hombres se levantaron y se marcharon con gesto sombrío. Manuel también se había quedado pensativo una vez que se hubieron ido. Don Diego Alvarado era uno de los hombres de Bobadilla, y no podía permitir, bajo ningún concepto, que cualquier hecho que aconteciera en adelante pudiera afectar o salpicar al padre de Micaela. Sabía lo que tenía que hacer y a quien debía mostrar lealtad. Al fin y al cabo, era la única familia que tenía allí.

Capítulo 29

¿Qué conversación?

Al día siguiente, unos golpes sonaron con fuerza en la puerta de la casa de Micaela y su padre. A pesar de ser muy temprano, a esas horas era normal que ambos se encontraran levantados; don Diego solía marcharse pronto a su trabajo y Micaela trataba de dejar las tareas domésticas preparadas antes de ir a casa de doña Úrsula. Ante la persistencia del llamado, don Diego levantó la vista del plato de su desayuno y le indicó por señas a su hija que él se ocuparía de ver quién lo requería con tanta insistencia.

—Espinosa, ¿se puede saber qué lo trae por aquí a estas horas? —le preguntó sorprendido al verlo—. ¿Acaso ha ocurrido algo?

—Buenos días, don Diego. ¿Puede dedicarme unos instantes?

El hombre mayor se hizo a un lado para dejarlo pasar, indicándole que la familia se encontraba reunida en el comedor.

—Apenas acabamos de sentarnos a desayunar hace unos momentos. Si no lo ha hecho ya, y gusta, siéntese con nosotros y acompáñenos, aunque le advierto que mi hija no se encuentra de muy buen talante. Ayer llegó llorando de su casa y me gustaría que entre los dos me aclarasen de una vez qué demonios está pasando. No puedo tolerar que mi hija sufra por desavenencias con usted.

Angélica, al igual que había hecho la tarde anterior, dejó de lado su plato para salir disparada hacia los brazos de su padre que la achuchó con cariño, provocando las risas de la pequeña. Pero Micaela, no mostró tanto entusiasmo como su hija. Sentada tesa como un palo, no pudo apartar la vista del recién llegado, si bien no fue capaz de mantenerle la mirada por demasiado tiempo. Manuel dejó a la niña en el suelo para que regresara a la mesa y volvió a dirigirse al dueño de la casa.

—Don Diego, si tiene unos minutos, me gustaría hablar a solas con usted. Es importante.

Micaela se removió inquieta y volvió a posar sus ojos en Manuel, que esta vez parecía ser quien le rehuía la mirada. ¿Qué estaría tramando ahora?, se preguntó.

—Si tan importante es, dejemos el desayuno para más tarde y atendamos los asuntos que lo han traído hasta aquí —contestó el funcionario, limpiándose las comisuras de los labios con la servilleta.

—Termine su plato tranquilo, señor. Unos minutos más o menos en nada va a cambiar lo que vengo a contarle.

—En tal caso, siéntese con nosotros y tome algo —volvió a ofrecerle.

Manuel se sentó al lado de Micaela, pero declinó la invitación. A ésta se le pasó por completo el poco apetito con el que se había sentado en la mesa. A pesar de que la noche anterior apenas había probado bocado, en aquellos instantes dudaba mucho que pudiera pasarle algo por la garganta. Por más vueltas que daba a la cabeza, no se le ocurría el porqué del interés de Manuel en hablar con su padre a solas.

La noche había sido dura para ella. No había podido dejar de recriminarse una y otra vez por su comportamiento. ¿Y si las consecuencias de este encuentro acabaran siendo las mismas que la otra vez? Aunque aquello sería tener muy mala suerte, pero ¿y si ocurría? ¿Con qué cara iba a presentarse a su padre para decírselo?

El ambiente en la mesa no era precisamente distendido. Nadie hablaba y parecía que la tensión se podía cortar con un cuchillo. Por fortuna, la situación no duró demasiado. En cuanto don Diego terminó con su plato, depositó la servilleta junto a éste y pidió a Manuel que lo acompañara a su despacho.

—¿Dónde va papá con el abuelo, mamá?

Micaela miró a su hija.

—No lo sé, cielo.

Aunque daría todo lo que tenía por saberlo.

Cuando el juez cerró la puerta, y tras invitar a Manuel a que se sentara, no perdió tiempo en preguntarle por aquello que lo mantenía inquieto.

—Ahora que estamos solos, ¿puedo preguntarle qué demonios pasó ayer con

mi hija?

Manuel estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva, inseguro de saber qué podía haberle contado Micaela.

—¿Qué le ha dicho ella, don Diego? —le preguntó a su vez con cautela.

—Esa es la cuestión: que no me ha contado nada. Solo sé que ayer se marchó de aquí hecha un basilisco, y que cuando regresó, lo hizo con los ojos llorosos y sin querer ver ni hablar con nadie. Pasó por mi lado como alma en pena y se encerró en su cuarto. Aunque he intentado que se abra a mí y me explique cuáles son sus quebrantos, no ha habido forma de sonsacarle ni una sola palabra. No tengo que ser muy observador para darme cuenta de que me elude la mirada, así que no me queda más remedio que preguntarle a usted.

—Don Diego se detuvo unos segundos y lo miró con seriedad—. Mire, Espinosa, bien sabe Dios que nunca hubiera imaginado que usted pudiera tener algo que ver con mi hija; mucho menos que resultara siendo el padre de mi nieta. Y aunque reconozco que descubrir la verdad no fue plato de gusto para mí, no me quedó más remedio que asumirla y aceptarla. Me guste o no, es algo que no se puede cambiar. Por eso, y porque con su comportamiento me ha demostrado que se ha convertido en un hombre cabal, lo he respetado y le he abierto las puertas de mi casa. Pero no debe olvidar jamás que Micaela es mi única hija, y no puedo consentir que se le causa pena o dolor gratuitamente. Así que, de nuevo le pregunto: ¿qué fue lo que pasó ayer para que mi hija llegara a casa tan acongojada?

Manuel no sabía que contestar. Si bien comprendía los argumentos que esgrimía don Diego, no iba a reconocer bajo ningún concepto la causa del desasosiego de Micaela.

—Es cierto que el ánimo con el que su hija se presentó ayer en mi casa no era el más conciliador, pero nunca ha sido mi intención causarle ningún pesar. Usted debe comprender que es absurdo pretender que la relación que mantengo con Angélica se pueda mantener en secreto eternamente. No es justo ni para mí ni mucho menos para la niña, que no puede evitar salir corriendo y venir a abrazarme cuando me ve. Ella no entiende de complicaciones de gente adulta. Lo mismo que ocurrió en casa de doña Úrsula, podría pasar en cualquier momento en plena calle por simple azar. No le negaré que, con mi proceder, he forzado la situación, pero esto es algo que

tarde o temprano habría de suceder. Don Diego, no pretendo que se ponga de mi parte y deje de lado a su hija; por supuesto que no. Pero también deseo salir con Angélica a la calle a plena luz del día y poder pasear con ella agarrada de mi mano. Me gustaría que al menos comprendiera eso.

El otro se recostó sobre el respaldo de su asiento.

—No puedo quitar razón a sus palabras, Espinosa. Mi hija pretende tapar el sol con un dedo y eso es imposible. Pero aun así, mi deber es protegerla de aquellos que quieran hacerle daño.

—En ese sentido, puede quedarse tranquilo, don Diego. Como le he dicho antes, lejos de mi intención está el causarle cualquier pena.

—Entonces, ¿me va a contar qué ocurrió ayer?

—Si su hija no lo ha hecho, no seré yo quien lo haga —alegó saliendo del paso—. Pero le aseguro que a su hija la valoro y la respeto mucho más de lo que ella misma cree.

El juez supo leer entre líneas lo que subyacía en las palabras de Manuel.

—Usted la quiere, ¿verdad?

—Siempre lo he hecho —reconoció sin pudor—. Desde el mismo momento en que la conocí. Durante todo este tiempo que hemos estado separados, he estado engañándome a mí mismo diciéndome que su hija había quedado definitivamente en el pasado. Pero desde que nos volvimos a encontrarnos, todos aquellos sentimientos que creía muertos y enterrados han cobrado más vida que nunca. Le aseguro que no me ha resultado fácil reconocer y aceptar que mis afectos por ella no habían cambiado en lo más mínimo, pero como usted dice, no se puede tapar el sol con un dedo.

—¿Y ella es conocedora de esos... sentimientos?

—Lo fue, pero nunca los creyó sinceros.

Don Diego suspiró.

—¿Y qué va a pasar entonces, Espinosa? ¿Qué intenciones tiene con ella?

Pregunta difícil, sin duda. Pero ya que le estaba hablando con el corazón en la mano, no tenía sentido detenerse.

—Señor, si pudiera formalizar mi situación con ella, ¿usted lo aprobaría? Acaba de reconocerme que no soy, ni por asomo, el hombre que usted

hubiera escogido para ella. Pero me gustaría que me creyera si le digo que ya no soy el Manuel Espinosa de hace cinco años. Quiero pensar que he cambiado lo suficiente como para ser merecedor de tenerla a mi lado para siempre.

—Tienen una hija en común y siempre he pensado que la niña necesita un padre y una madre a su lado.

—¿Aunque su padre tenga el pasado que tiene?

—Quiero pensar que si mi hija lo eligió, fue por algo más que por una cara bonita; que supo ver en usted algo más que lo hacía merecedor de sus sentimientos. Las deudas que pudiera tener con la justicia están saldadas, por lo que salvo que vuelva a meterse en problemas, no tendré impedimento en aceptarlo en mi familia. En ocasiones el destino juega con unas cartas sorprendentes, pero mi sentido de la justicia no sería tal si lo reprobara por cuestiones pasadas que han quedado saldadas ante los ojos de los hombres.

Manuel suspiró aliviado.

—No sabe cuánto me tranquiliza oírle hablar así, don Diego.

—¿Esa era la cuestión que lo traía a hablar conmigo, Espinosa?

—No. Pero puesto que ha sacado el tema a colación, me parece correcto hablarlo con usted de hombre a hombre. No obstante, los asuntos que me traen aquí son de otra índole. Quiero hacerle partícipe de una visita inesperada que tuve ayer por la tarde y que me dejó inquieto. Temo que lo que me propusieron pudiera afectarlo a usted, y por ende, a Micaela y a Angélica. Antes de todo, le advierto que no siento lealtad ni con los Colón, ni con el tal Bobadilla al que ni siquiera conozco, pero sí con los míos, y no puedo mantenerme impasible sobre cuestiones que puedan afectar a mi familia.

—Hable pues, Espinosa. Lo escucho con atención.

Manuel le relató la conversación sin omitir ningún detalle. Don Diego lo escuchaba con seriedad, haciéndose cargo de la relevancia de cuanto le relataba. Al terminar, el juez se quedó pensativo unos instantes antes de volver a hablar.

—Me hago cargo de la gravedad de lo que parece avecinarse. Le agradezco la información que, no le quepa duda, será transmitida a las personas oportunas.

No debe preocuparse de que se sepa de dónde proviene, pues mantendré su anonimato. Lo único que le pido es que se mantenga completamente apartado del tema; nosotros nos haremos cargo, adoptando las medidas oportunas para que no prospere una posible revuelta.

—Don Diego, había pensado que, si me introduzco en el grupo, podría conocer de primera mano los planes que quieren llevar a cabo. Sabré ganarme la confianza de Vargas para conocer cada detalle de la operación.

—No, sería totalmente inconveniente. Una vez que el secreto de su filiación con Angélica ha sido revelado, su participación sólo pondría en riesgo a mi hija y a mi nieta. Por eso, le ruego que se mantenga al margen. Con la información que me acaba de proporcionar, tengo suficiente para mover los hilos oportunos a fin de evitar cualquier conflicto en la isla.

Manuel supo que tenía razón. Y lo último que deseaba era poner en riesgo a los suyos.

—Está bien, don Diego. Aceptaré su consejo, pero no olvide que estoy disponible para lo que necesite.

—Lo tendré en cuenta.

Manuel se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta.

—Solo una cosa más, señor.

—Usted dirá.

—De lo que hemos estado hablando antes... Le agradecería que no le mencionara nuestra conversación a Micaela. Como usted comprenderá, son asuntos que debemos resolver entre ella y yo exclusivamente.

—No sé de qué conversación me habla, Espinosa.

Manuel sonrió y se lo agradeció con un gesto de cabeza, saliendo después del despacho con una sonrisa en los labios.

Micaela lo esperaba al final del pasillo. En cuanto lo vio aparecer, reunió el coraje suficiente para acercarse a él, tomarlo del brazo y llevárselo a la fuerza hasta el comedor, que ahora estaba desocupado.

—¿Se puede saber qué has venido a hablar con mi padre? —le preguntó temerosa.

—Vaya, por fin vuelves a hablarme —le contestó con humor. A pesar de que las cuestiones que le habían llevado hasta allí eran serias, había salido del despacho de su suegro (porque así lo consideraba ya) con muy buen ánimo. No todos los días aceptan a uno en una familia decente y te dan la bendición para cortejar a una hermosa mujer.

—¿De qué habéis estado hablando durante tanto tiempo? ¿Acaso le has dicho...? ¿Le has contado...? —Micaela no era capaz de terminar la frase.

Manuel sonrió. Era tan adorable verla ruborizarse.

—¿Que ayer hicimos el amor? —le preguntó en un susurro cargado de intención.

—Ya sabes a lo que me refiero —masculló entre dientes.

El miró hacia atrás para comprobar que se encontraban a solas. Alargó sus dedos y con lentitud le fue acariciando el brazo con un roce sutil.

—¿Entonces no puedo contarle que su hija ayer se entregó a mí plenamente? ¿Cómo me devolvías todos los besos que te daba? ¿Cómo sus piernas se enroscaban alrededor de mi cintura cuando...

—¡Calla, por Dios!

Manuel rió feliz, y aprovechó su cercanía para rodearla por la cintura y pegar su pecho al de ella.

—¿De verdad me crees capaz de ir contándole a tu padre ese tipo de cosas? —le preguntó con voz grave.

—Después de cómo me dejaste vendida en mi trabajo, puedo esperar cualquier cosa.

Manuel agachó la cabeza y besó la nariz de la joven.

—Pero hay cuestiones que deben quedarse en la intimidad de la pareja, aunque por dentro me sienta tan dichoso que desee gritarlo a los cuatro vientos.

—¡No serías capaz de hacerme tal cosa!

—Por supuesto que no. —De nuevo la risa brotó de sus labios.

Micaela sintió como se le aflojaba el nudo que le oprimía el pecho desde que lo viera entrar por la puerta. Y su proximidad, empezaba también a afectarla. Los recuerdos de la tarde anterior aún estaban frescos y su cuerpo no se había

repuesto del ataque que había supuesto la entrega a sus sentidos y a sus sentimientos. Trató de apartarlo para mantener una distancia decente entre los dos, pero él no estaba por la labor.

—Manuel, suéltame.

—¿Por qué? Me encanta sentirte pegada a mí.

—¡Mi padre podría aparecer en cualquier momento!

—Estoy seguro de que tu padre está ocupado en estos instantes con cuestiones más serias.

—¿Por qué lo dices? ¿De qué habéis estado hablando?

—De cuestiones que en nada te afectan. Despreocúpate, Ángel mío. Eran asuntos que debía tratar en persona con él.

—Pues si ya has terminado lo que has venido a hacer, te agradecería que te marcharas. Tu presencia me inquieta.

Manuel sonrió.

—¿En el buen o en el mal sentido?

—¿Por qué te gusta tanto jugar conmigo?

—No lo puedo evitar —admitió encogiéndose de hombros—. Eres tan dulce...

Antes de que el momento pasara, la sorprendió posando sus labios sobre los de ella, buscando la respuesta que no tardó en llegar, llenándolo de júbilo pues las barreras que ella se empeñaba en levantar iban derrumbándose poco a poco.

Cuando consiguió por fin reunir la fuerza para poner fin a la situación, Micaela echó la cabeza atrás y lo miró a los ojos. En sus ojos verdes no había risa ni burla, sino serenidad y ternura. ¿Podría llegar alguna vez a confiar en él, tal y como le pedía? La verdad, no tenía la respuesta a esa pregunta.

Manuel levantó la mano y le acarició con suavidad el rostro. Dios, adoraba a esa mujer, y si ella se lo permitía algún día, le regalaría el cielo.

—Ángel, no solo he venido a hablar con tu padre. También hay algo que me gustaría conversar contigo de algo que pudiera interesarte y que quizás te sirva para perdonarme por lo que ocurrió ayer en casa de Úrsula.

Micaela tomó aire y trató de aquietar su agitado corazón. Cualquier cosa con

tal de que la distrajera de aquellas suaves caricias que le prodigaba con tanta naturalidad.

—¿Podemos hablar aquí o prefieres que vayamos a otro sitio? —sugirió él, al tiempo que la liberaba de su abrazo.

—Aquí mismo, aunque no entiendo que puedes hacer para compensarme por lo de ayer.

Aquella afirmación podía tener muchas interpretaciones, pensó Manuel, pero se ciñó a lo que quería decirle en esos instantes.

—¿Podemos sentarnos?

Ella asintió.

—Habla pues, pero te agradecería que no te demores demasiado. Debo ocuparme de Angélica.

—Está bien. Me hago cargo de que mi forma de proceder, al revelar mi relación con la niña, haya podido causarte un problema al desaparecer un posible sustento de cara al día de mañana, algo que para ti era de suma importancia. Para compensarte por esa pérdida, vengo dispuesto a hacerte una oferta.

Micaela frunció el entrecejo.

—Ya te he dicho que no voy a aceptar tu dinero. Me niego a convertirme en tu mantenida.

—Y no pretendo que lo seas. Lo que te ofrezco es una ocupación: me gustaría que trabajaras para mí.

Eso sí que logró llamar su atención.

—¿Yo? ¿Qué podría yo ofrecerte a ti?

Micaela no pudo escoger una frase más inapropiada.

—Ángel, de ti deseo muchas cosas, pero en esta ocasión, te necesito para que me ayudes en un proyecto en el que vengo meditando desde hace mucho y que no termino de poner en marcha. En el tiempo que llevas en estas tierras, habrás podido comprobar que, aunque hispanos y nativos empezamos a convivir en cierta armonía, son pocos los que en verdad se han integrado entre nosotros. Aunque entren en la ciudad y tengan tratos con los españoles, sus recelos hacia nosotros aún son muchos. Y la falta de entendimiento a

causa del idioma no ayuda a facilitar la tarea. —Se detuvo un momento para darse cuenta de que había captado su atención por completo—. Me gustaría abrir en mis tierras una escuela para los niños nativos, para que aprendan nuestro idioma y todo cuanto puedas enseñarle. En ese aspecto no me metería. Además, serviría también para que Angélica aprenda a su vez el idioma de los taínos. No sé cuánto tiempo tenéis previsto quedaros en la isla, pero no estaría de más que aprendierais de ellos, al igual que ellos pueden aprender de nosotros. Podría acondicionar de manera provisional el cobertizo hasta que levante un edificio propio para la escuela, pero necesito de alguien que se comprometa con la causa. No te puedo prometer un sueldo elevado por el momento, pero si todo el negocio con la caña de azúcar sigue en auge, podré darte un salario más justo. Creo que es un proyecto interesante y me gustaría que al menos lo tuvieras en consideración.

—Pero, ¿por qué yo? No hablo el idioma local, por lo que veo difícil poder enseñarles algo a esos niños. Y si ellos tampoco hablan el castellano...

—No he dicho que fuera a ser una tarea fácil, pero es un proyecto en que tengo mucha confianza. Al principio, yo podría actuar de intérprete, hasta que, por lo menos, podáis comunicaros de la forma más básica. Una vez que así sea, prometo que me haré a un lado si lo deseas para que puedas desempeñar tus tareas como consideres oportuno.

La muchacha suspiró. ¿Pasar todas las mañanas en su compañía? Aquello no auguraba nada bueno.

—Manuel, no dudo de que sea un proyecto muy interesante además de loable, pero no creo ser yo la persona más adecuada para llevarlo a cabo.

—¿Por qué no? Es un trabajo honrado con el que te podrías ganar la vida.

—No se trata de eso. Es que no creo que pudiera trabajar contigo, a tu lado.

—¿Permitirías que tus prejuicios se antepongan a ayudar a unos críos a integrarse entre nosotros?

—No son prejuicios, Manuel...

—Entonces, ¿qué es?

¿Cómo confesarle que no sabría cómo sobrellevar el día tras día con él después de lo que habían compartido? ¿Quién le garantizaba que lo que había ocurrido el día anterior no volvería a suceder de nuevo? Su debilidad era cada

vez más acusada, y temía acabar claudicando a sus ya afectados sentidos.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero es mejor que busques a otra persona.

—Al menos, piénsatelo, por favor. No necesito que me contestes ahora mismo, pero apelo a tu bondad cristiana para que me ayudes a levantar la escuela; pienso que puede ser muy beneficiosa para esta gente. Y también le vendrá bien a Angélica, estoy seguro. Aunque estés enfadada conmigo, confío en que puedas separar nuestra relación personal de esta propuesta de carácter laboral.

Micaela lo meditó un momento.

—Está bien, lo pensaré. Pero no te prometo nada.

—Con el simple hecho de que lo hagas, me doy por satisfecho.

Capítulo 30

Celos

Transcurridos varios días desde que Manuel realizara el ofrecimiento a Micaela, todavía aguardaba su respuesta. Cada tarde esperaba un gesto por su parte que le diera a entender que había tomado una decisión, pero los días pasaban y seguía sin obtener ninguna contestación. Aquella tarde, sin embargo, algo llamó la atención de Manuel que lo distrajo de los juegos a los que se dedicaba mientras estaba con su hija. Desde el salón pudo oír con nitidez la risa y la voz alegre de Micaela, así como una voz masculina que le resultaba familiar, pero a la que no atinaba ponerle rostro. Comido por la curiosidad, se excusó con su hija y fue a ver qué provocaba la dicha de su Ángel.

—Ya no podía dejar pasar ni un día más sin visitarla, mi señora —le decía el hombre con voz melosa—. He de reconocer que he pensado en usted con frecuencia, pero no me atrevía a llamar a su puerta sin una excusa de por medio.

—¿Acaso ahora la tiene? —preguntó, impregnando a oídos de Manuel un tono de coquería que le irritó.

—Lo cierto es que no, más allá del simple hecho de verla. Espero que no se moleste por mi atrevimiento.

—Por supuesto que no —contestó con una sonrisa cordial—. Usted es y será siempre bienvenido a mi casa. No puedo olvidar que su amabilidad contribuyó a que nuestro viaje resultara cómodo y ameno, dentro de las limitaciones que nos ofrecía su barco.

Manuel frunció el entrecejo al darse cuenta de la camaradería y el buen entendimiento que parecía existir entre Micaela y Salvatierra. A la llegada de ambos, éste ya le había hecho partícipe de su interés en la *viuda*, pero con el transcurrir de las semanas, y con todo lo que había sucedido entre ellos, el capitán había caído relegado al olvido. Sin embargo, verlo allí y comprobar

lo feliz que se mostraba su Ángel con su visita, provocó un pellizco de celos en su interior.

Carraspeó desde la puerta del salón para llamar la atención de la pareja.

—¿Espinosa? —El capitán reflejo de forma evidente su sorpresa.

—Salvatierra...

—Vaya, jamás pensé que pudiera encontrarte en esta casa, amigo. —Miró extrañado a Micaela y volvió a posar sus ojos en Manuel—. ¿Puedo preguntarte qué haces aquí?

—Vengo todas las tardes a visitar a mi hija.

Los ojos del invitado se abrieron como platos.

—Perdón, ¿a quién?

—A mi hija. Creo que ya conoces a la pequeña y dulce Angélica.

Alfonso parecía contrariado, pero la estupefacción ganaba por diferencia a su incomodidad.

—Angélica, la hija de la señora Alvarado, ¿es tu... hija?

—La misma —contestó él con orgullo.

—Había oído decir que tenías una hija con ese nombre, pero no pensé que se tratase de la misma chiquilla. Hace unos días conocí a la señora Úrsula Ventura, y hablando de todo un poco, tu nombre salió a relucir. Ella fue la que me informó acerca de tu paternidad y de lo contrariada que se encontraba porque había tenido que despedir a la institutriz de su hija porque...

Dejó la frase inconclusa. Lentamente, la mirada de Salvatierra buscó la de Micaela, observándola como si la viese por primera vez.

—¿Se trataba de usted?

El sonrojo de la joven fue suficiente respuesta. Se giró de nuevo hacia su amigo, sin entender lo que estaba descubriendo.

—Pero si... —recordó el encuentro con Manuel en el muelle el mismo día de su llegada; la conversación que mantuvieron sobre aquella *viuda* en la que estaba interesado; las cuestiones que le planteó sobre el difunto marido de la señora... — ¿Por qué no me dijiste entonces que la conocías?

—Es una largar historia —fue la escueta respuesta de Manuel.

Salvatierra seguía tan perplejo, que no se paró a medir las palabras que salían de su boca.

—Pero no puede ser... —dijo negando una y otra vez con la cabeza—. Doña Úrsula me contó que la señora que había despedido se había hecho pasar por viuda afligida para ocultar la bastardía de su hija.

Micaela deseó tener un agujero a sus pies para poder desaparecer por él de inmediato.

—Eh —le advirtió Manuel—, mucho cuidado con lo que dices y cómo lo dices. Esa niña no es ninguna bastarda, es mi hija. Y ni se te ocurra tratar a la señora como una cualquiera; ella es mi mujer.

Manuel se acercó a Micaela, que seguía aturdida por lo que acababa de oír, para rodearle la cintura con posesividad.

—Lo siento, no pretendía ofender a nadie —se disculpó sinceramente.

Micaela se sentía tan avergonzada que estaba al borde de las lágrimas. Si Salvatierra conocía su historia, el resto de sus vecinos, seguramente también. Con la imagen que la señora Úrsula estaba ofreciendo de ella, no conseguiría un trabajo en ninguna casa decente en todos los días de su vida. Maldito fuera Manuel y su lengua larga. ¿Por qué tuvo que decir que Angélica era hija suya? ¿Por qué no pudo mantener el secreto? ¿Por qué le había arruinado la vida de semejante manera? Dolida por cuanto estaba pasando, apartó la mano que la rodeaba y lo miró enojada.

—¡Yo no soy tu mujer!

Sin embargo, él no se dejó amedrentar.

—¿Acaso quieres que discutamos eso en público, preciosa?

El rubor de Micaela se incrementó mientras que el capitán Salvatierra parecía mostrarse cada vez más que incómodo.

—Creo que mejor me retiro, pareja. Tengo la impresión de estar aquí de más.

—Por favor, capitán —se excusó ella sin saber muy bien ni qué decir—. Le repito que usted es bienvenido en mi casa. No tiene por qué marcharse. Quien se va es el señor Espinosa, ¿verdad?

—Creo que no, mi vida —contestó con los ojos clavados en Micaela. Con una sonrisa que podía ser digna de un ángel de la corte celestial, se giró lo suficiente para dirigirse de nuevo a su amigo—. En cualquier caso, le

agradecemos su visita, capitán. Y si mi mujer le abre las puertas de su casa, no soy yo quien para cerrárselas...

Eso ya era suficiente. ¿A qué venía toda aquella escena?

—Claro, quizás coincidamos en otra ocasión. Señora, Espinosa —se despidió el capitán, que marchó con la sensación de que había salido escaldado como gato en agua caliente.

En cuanto estuvieron a solas, Micaela le dio un codazo a Manuel en las costillas y se separó de él para enfrentarlo.

—¿Se puede saber qué demonios ha sido eso? No tienes derecho a molestar e incomodar a un invitado mío.

—¿Me estás diciendo que lo has invitado tú?

—El capitán ha venido por voluntad propia, pero sea como fuere, puede venir a visitarme cuando lo desee. Fue muy amable con nosotros durante nuestro viaje y no puedo más que mostrarle mi gratitud por ello.

—Me parece muy bien, siempre que sólo sea una simple cuestión de agradecimiento. Te advierto que sus intenciones hacia ti no son tan inocentes como quizás te crees.

—Dejemos algo claro, Manuel —lo enfrentó con las manos a la cintura—. Para empezar, dudo mucho que el capitán tenga alguna intención conmigo más allá de la de mantener la amistad que surgió entre nosotros durante el viaje. Pero si sus intenciones fueran otras, no debo rendir cuentas más que a mi conciencia. Que yo sepa, no tengo a ningún marido a quien deba responder por mis actos.

—Te advierto que lo que Salvatierra busca de ti no es más que un simple revolcón. Él no es de los que se dejan echar el lazo...

—Vamos, entonces lo mismo que tú, ¿no?

—No me compares con él, Ángel.

—¿No? ¿Acaso no es eso lo que buscas de una mujer? ¿Un revolcón que te satisfaga en el momento y listo?

Manuel acortó la distancia que había entre ellos y la tomó de la cintura de nuevo, pegándola a su cuerpo.

—¿Eso es lo que piensas? —le preguntó con tanta suavidad que sorprendió a

la joven hasta tal punto que provocó que bajara la guardia por un momento —. ¿Acaso no te das cuenta de lo que siento al imaginar que pueda existir otro hombre que te pretenda?

Bajó la cabeza para dejar sus labios a escasos centímetros de los de la joven, permitiendo que sintiera su respiración enredándose con su propio aliento; Micaela alzó la mirada hasta posar sus ojos en aquellos otros verdes que le hacían perder el control con tanta facilidad.

—¿Acaso no te das cuenta de que me muero de celos al pensar que haya alguien que pueda reclamarte para sí? Sí, no me mires así. No me avergüenzo de reconocerlo. Lo que me está comiendo por dentro no son más que unos celos horrorosos hacia Alfonso Salvatierra por hacerte reír como quisiera hacerlo yo. Porque me muero de envidia viendo tu cara de felicidad, sabiendo que no soy yo quien provoca tus sonrisas, sino un payaso que solo quiere robarme lo que tanto anhelo para mí.

Micaela estaba anonadada, subyugada por aquellas palabras, sin que por su mente pasara nada más que el deseo de unir sus labios a aquella boca tan próxima a la suya. Sabía que, si lo hacía, si se dejaba llevar por sus instintos, cometería un error, pero, aun así, no pudo evitarlo.

Tomó la cara de Manuel entre sus manos y dio el paso que él no terminaba de dar. Sin pensarlo un instante, él la apretó con fuerza y con destreza introdujo su lengua en su boca emocionado por poder saborear cada rincón, por la fortuna de haber conseguido que le permitiera empaparse de cada centímetro de aquella cavidad y disfrutando enardecido al succionar sus labios como si deseara comérsela entera.

—Ángel, por Dios, me vuelves loco. Eres la única persona que consigues desbaratar mis defensas, la única que provoca que me sienta vivo como nunca antes. Eres el aire que necesito para respirar, y no permitiré que nadie me lo arrebatte.

Su respuesta fue la de dejarse arrastrar por el momento. Aquello no podía volver a suceder, pero no se sentía con fuerzas, ni tampoco deseos, para evitarlo. Cuando de él se trataba, perdía por completo el juicio.

—Manuel... —lo llamaba entre beso y beso.

Las manos de él estaban en todas partes de su cuerpo, como si nunca antes lo hubiera recorrido. Como si nunca antes lo hubiera palpado. Como si fuera su

primera vez.

—Manuel, por favor... detente —atinó a decir Micaela.

El cerró los ojos y accedió a su petición con un suspiro de desesperación. Sin embargo, las palabras de la muchacha volvieron a sorprenderlo.

—Manuel, aquí no... Vayamos a mi cuarto; la niña podría salir en cualquier momento —le dijo con el corazón latiéndole apresurado.

Sin darle oportunidad a retractarse, la tomó en brazos y con paso acelerado salió al pasillo.

—¿Dónde?

—La segunda puerta, junto al cuarto de Angélica.

Se dirigió hasta allí de la manera más sigilosa que le fue posible, cerrando la puerta con rapidez antes de que la niña pudiera interrumpirlos al escuchar los pasos. La dejó sobre la cama y con un suave movimiento, se separó apenas un centímetro de ella.

—No te muevas de aquí, Ángel mío. En un momento estoy contigo —le dijo en un susurro.

Ella vio como tomaba una silla y la colocaba debajo del picaporte de la puerta, como precaución. Si la niña los buscaba, podrían contar con unos instantes para arreglar la situación. Enseguida, se reunió con ella sobre la cama y sin perder tiempo, se tumbó sobre ella colocando sus brazos alrededor del rostro de Micaela.

—Ángel, mírame y escucha con atención lo que voy a decirte. —Ella así lo hizo—. Quiero que sepas y que seas consciente de que voy a hacerte el amor. Y una vez que empiece, dudo que tenga la fuerza de voluntad necesaria para detenerme si me lo pides. De todas formas, haría un esfuerzo. Y lo haría por ti, solo por ti. Lo que no voy a permitir es que vuelvas a decir que te forcé a algo que no deseabas. Puedo leer en tus ojos que me deseas tanto como yo a ti, y no pienso seguir adelante sin tu consentimiento. Si esto provoca consecuencias, las afrontaremos juntos. Este es el momento en el que puedes pedirme que me detenga, pero por Dios, apiádate de mí y no me niegues lo que tanto necesito.

Micaela lo miró con ternura. ¿Cómo podía engañarse a sí misma diciéndose que el pasado estaba superado y que ya no sentía nada por aquel hombre? Le

estaba dando la posibilidad de elegir, y en aquellos instantes, no existía fuerza humana ni divina que pudiera detener las ansias que sentía por él. Le acarició el rostro y entrelazó sus dedos alrededor de su cuello buscando acercarse nuevamente sus labios.

—Manuel, a veces, hablas demasiado. Ahora mismo me da igual todo: el pasado o el futuro. Solo necesito el presente, y en ese presente estás tú. En este instante soy yo la que te necesito, así que no perdamos más el tiempo cuando el que tenemos es tan escaso. —Miró hacia la puerta con ansiedad—. Angélica puede venir a buscarnos en cualquier momento.

Manuel suspiró de alivio. Se apoderó con frenesí de su boca mientras su mano se perdía bajo el ruedo de las faldas de su mujer. Con la otra, y de forma atropellada, se ocupó de sus propias calzas. Cuando él la rozó en su intimidad, Micaela tuvo que morderse el labio para evitar que se le escapara un gemido. Una pérdida. Eso era lo que era. Pero... ¿y qué más daba ya?

Alzó las piernas hasta enredarlas en la cintura de Manuel, buscando un contacto más intenso y profundo. Estaba tan húmeda que sólo quería que él se fundiera con su cuerpo de la misma manera en que la tenía acostumbrada. Y él, no la decepcionó. Juntos, marcaron su propio ritmo, apresurado como siempre, y, sin embargo, no era más que un reflejo de la necesidad que los embargaba y que los lanzó con rapidez al clímax.

—Maldita sea, Ángel —le dijo aún con la respiración entrecortada—. ¿Cuándo podremos hacer esto de manera pausada?

Micaela sonrió. No tenía sentido decirle que lo ocurrido no volvería a suceder, cuando ni ella misma podía contenerse cuanto él la rozaba. Aun así, su sentido de la decencia le exigía que no claudicara con tanta facilidad.

—Nunca. No pienso convertirme en tu amante, si es eso lo estás imaginando —le dijo sin acritud y con un tono burlón. Incluso una ligera sonrisa asomó a sus labios.

Manuel la miró y le devolvió la sonrisa.

—Esa respuesta me resulta vagamente familiar. De hecho, juraría que la oí no hace mucho, y mira hoy dónde te tengo, hermosura.

—Oh, vamos, ya sabes cuánto me disgusta tu prepotencia.

—Y si no me muestro prepotente, ¿significa entonces que sí te gusto?

La sonrisa de la muchacha se amplió.

—Me derrumbas cuando me hablas con suavidad y me tratas con ternura. Quizás no debería reconocerlo, pero no tiene sentido negar lo evidente.

—Sigue así, cielo. ¿Qué más te gusta de mí?

La risa de Micaela sonó franca.

—Creo que, por el momento, ya he hecho demasiadas concesiones. No pienso admitir nada más.

—Entonces, si te hablo con ternura, ¿aceptarás ayudarme en el proyecto de la escuela?

—No abuses, Manuel...

El sonido de una vocecita interrumpió la conversación entre ambos.

—¿Papá? ¿Dónde estás?

Aquellas simples palabras fueron suficientes para que la pareja saltara de la cama como un resorte, acomodándose la ropa con rapidez. Cuando su atuendo estuvo recompuesto, Manuel dio un beso rápido a su Ángel y se despidió de ella con un simple: "Esto no termina aquí".

Acto seguido, fue hasta la puerta y quitó la silla de la puerta, para abrir lo suficiente para salir al pasillo sin que nadie pudiera ver a su compañera dentro de la habitación.

—Papá, ¿dónde estabas? Te andaba buscando.

—Creo que me confundí de habitación, preciosa.

La niña se rió.

—Ay, papá, pero si ese es el cuarto de mamá. ¡El mío es aquel! —le dijo señalando en dirección a su propia puerta con énfasis.

Manuel se rió y se mostró falsamente contrariado.

—Tu padre se está haciendo mayor, cariño. Menudo despiste el mío.

Angélica lo tomó de la mano y, negando con la cabeza como si comprendiera, lo guió hasta donde quería llevarlo.

—Anda, ven conmigo y no te pierdas más. Isabel tiene hambre y hay que prepararle la comida.

—Vayamos entonces. No podemos permitir que a ninguna damisela le falte

el alimento.

Capítulo 31

Un Nuevo Proyecto

Un par de días después, Micaela empezó a trabajar en el proyecto de escuela. Llena de dudas, le había consultado a su padre su opinión sobre la oferta que Manuel le había hecho. Y para su sorpresa, no sólo le otorgó su beneplácito, sino que la animó a que se embarcara en aquella empresa. Lo que Micaela no sabía era que, tras la conversación que habían mantenido los dos hombres recientemente, su padre anhelaba que la relación entre ambos se formalizara y crearan la familia que deberían haber construido varios años antes, cuando su hija quedó embarazada. Si Micaela lo había elegido como la persona a quien querer entregarle su virtud, algún motivo habría. Además, no era tan lerdo como para no sospechar que los continuos cambios de humor que apreciaba en su hija tenían a Manuel como responsable, lo que le hacía pensar que los sentimientos de Micaela hacia el padre de Angélica seguían tan vivos como el primer día. Lo único que necesitaba esa pareja era alguien que les diera un último empujón. Y aunque nunca se había visto en el papel de casamentero, si ahora se entrometía no era sino por el bien de aquellos seres a los que más amaba en la vida.

Ayudados por algunos hombres nativos, consiguieron convertir el cobertizo, que también hacía las veces de establo, en un aula con varias bancadas dispuestas en paralelo. Aún no disponían de mesas, pero ya se las arreglarían hasta poder hacerse con un mobiliario más completo. Angélica observaba cuanto se hacía con curiosidad, aunque su mayor interés estaba puesto en los juegos que compartía con aquellos otros niños que, con toda probabilidad, se convertirían en sus futuros compañeros de estudios.

Con satisfacción, Micaela pudo comprobar cómo los niños tenían un lenguaje propio; su hija participaba encantada en todos los juegos que le proponían sus nuevos amigos, a pesar de que no hablasen el mismo idioma. La chiquilla se mostraba encantada de jugar en aquel espacio abierto al aire libre, donde

gozaba de plena libertad de movimientos, y Micaela se sentía feliz al verla disfrutar de aquella manera. Ese cambio de aires, el no tener que pasarse todo el día encerrada entre cuatro paredes, le estaban sentando muy bien a la niña, así que dejó de preocuparse por los movimientos de la cría cuando Manuel le aseguró que, con los otros niños, Angélica estaría bien acompañada y a salvo. Aquel era su territorio y los niños se movían por él como peces en el agua.

La relación entre ambos también había cambiado considerablemente. Desde que Micaela había aceptado lo absurdo que resultaba negar sus sentimientos, la tensión entre los dos prácticamente había desaparecido. Y aunque nunca se quedaban a solas el tiempo que a Manuel le hubiera gustado —ella procuraba que siempre hubiera alguien alrededor—, él aprovechaba cualquier ocasión en que gozaban de algunos minutos de privacidad para acercarse a ella y regalarle los besos y abrazos que tanto deseaban. Micaela ya no lo rechazaba, olvidada totalmente aquella odiosa frase de «déjame en paz, Manuel». A veces era la propia Angélica quien los interrumpía. Cuando veía cómo su padre abrazaba a su madre, se unía a la fiesta para reclamar su parte de afecto. Empezaba a ver esos gestos de cariño entre papá y mamá como algo natural, y se reía cuando su padre la tomaba en brazos para achucharla a ella y a su madre al mismo tiempo, provocando incluso que alguna vez acabaran rodando en el suelo entre risas.

Uno de esos días, que estaba resultando más caluroso que los precedentes, Manuel decidió que se darían un respiro y dejarían el trabajo para la mañana siguiente, a la espera de que refrescara un poco o, al menos, que hiciera menos bochorno. Él no tenía problema en quedarse en mangas de camisa o deshacerse de ésta mientras trabajaba, pero Micaela no se sentía tan inclinada a desprenderse de ninguna prenda, a pesar de que su vestimenta sólo consistiera en una sencilla camisa de hilo y una falda ligera. Manuel le había insistido en que sólo se ocupase de los niños y dejara a otros las tareas más arduas y pesadas. Pero cuando empezaron a organizar el cobertizo, no hubo manera de apartarla de allí. Y como aquello suponía pasar más tiempo juntos, Manuel no hizo demasiado por dejar de lado su colaboración.

—Ven conmigo y sentémonos un rato al fresco. Hoy nos hemos ganado un buen refrigerio —le dijo Manuel arrebatándole la escoba y ofreciéndole la mano para que lo acompañara.

Ella le sonrió y tomó la mano que le ofrecía. Lo cierto era que estaba muerta

de calor y sin demasiadas ganas de trabajar, pero eran tantas las ansias por empezar, que prefería ayudar con lo que fuera antes de permanecer pasiva esperando que los hombres terminasen. Por fortuna, tampoco era tanto lo que debían hacer, aunque el calor no estaba ayudando y llevaban ya casi una semana con aquellas tareas.

Manuel la condujo hacia la sombra de un árbol cercano y se sentó en el suelo mullido, tirando de su brazo para que hiciera lo mismo. En cuanto hubo ocupado su sitio, Manuel apoyó la cabeza en el regazo de ella, cerrando los ojos. Como si fuera un acto natural, Micaela empezó a acariciar el pelo negro, lo que le arrancó una sonrisa a Manuel. Era increíble como había cambiado su actitud hacia él en los últimos días.

—Manuel, ¿cuándo crees que podré empezar con los niños? —le preguntó ansiosa.

—Pronto; supongo que en un par de días. Ya no queda casi nada por hacer, o al menos, nada que sea fundamental. Mañana me gustaría pasarme por la villa a comprar algunas cosas. Si quieres, Angélica y tú podéis acompañarme, así se me hará más grata la mañana.

¿Mostrarse juntos en público? Micaela aún no estaba convencida. Una cosa era mostrarse natural ante él, y solo ante él, y otra hacerlo frente a terceras personas. No se sentía preparada.

—La verdad es que tengo cosas pendientes que hacer. Con el asunto de la escuela, he dejado desatendida mi casa, y me gustaría aprovechar para ponerme al día.

Manuel abrió un ojo y la miró.

—Ángel, eso suena a excusa. Pasas aquí menos tiempo del que pasabas con doña Úrsula, y entonces no te quejabas de la falta de tiempo para ocuparte de tu hogar. ¿No quieres que te vean conmigo acaso?

Pero que bien la conocía ese hombre, por Dios.

—¿No contestas, Ángel? —Insistió ante su silencio.

—Manuel, dame tiempo. Ya todo el mundo que te conozca debe saber que tienes una hija y que yo soy su madre, y me da vergüenza. No es por ti, sino por mí.

—No hay motivo para sentirse avergonzada. Por el contrario, yo no me

puedo sentir más orgulloso de ti y de la hija que tenemos.

—Dame tiempo... —repitió.

Manuel volvió a cerrar los ojos y se relajó bajo sus caricias. No la presionaría. No ahora que todo parecía marchar por tan buen camino.

—Está bien, como prefieras. ¿Pero permitirías que Angélica venga conmigo? Nunca he salido con ella a ninguna parte y ya va siendo hora de que la muestre con naturalidad. No es ningún bicho raro para que tenga que estar escondiéndola.

—¡Por supuesto que no es un bicho raro!

—¿Me dejarás entonces que me acompañe?

Micaela suspiró.

—Está bien. Como dices, no tiene sentido ocultarla cuando la niña va presumiendo de padre a poco que le den ocasión.

—¿Eso hace? —Una sonrisa apareció en sus labios.

—Ya sabes que sí. Te adora...

Manuel abrió los ojos y levantó la mano para acariciar el rostro de Micaela.

—Gracias, Ángel.

—Es lo justo.

—No, no es eso. Nunca te he dado las gracias por haberme dado una hija tan preciosa, tan especial, tan, tan... ella.

El pecho de Micaela se hinchó de orgullo materno.

—No me las tienes que dar. Al fin y al cabo, tienes parte de culpa, pues también lleva tu sangre. Se parece mucho a ti, y no me refiero solo al físico.

—Lo sé. Espero que solo saque el lado bueno, y no los demonios que tengo dentro.

—¿Aún los tienes?

—Menos desde que te conocí. La verdad es que andan muy tranquilos últimamente, así que mejor que se queden como están.

—Pues sí, mucho mejor...

Manuel se incorporó lo bastante como para poner su rostro a la altura del de ella. Apenas había empezado a besarla cuando la voz de Angélica vino a

interrumpirles.

—Papá, papá... —dijo jadeante tras llegar corriendo—. Hay un señor que te está buscando.

Manuel suspiró y se lamentó en silencio por la interrupción, pero ya estaba aprendiendo que eso formaba parte de tener hijos; podían llegar a ser, aunque muy queridos, de lo más inoportunos.

—Se acabó nuestro tiempo de descanso... —admitió pesaroso, girándose hacia su hija—. ¿Dónde está ese señor, Angélica?

—Venía detrás de mí, pero es muy lento y se ha quedado atrás.

Manuel ayudó a Micaela a levantarse y le pasó la mano posesivamente por la cintura, aún a sabiendas de que ella se mostraba renuente a que demostraran ese tipo de afecto frente a terceros.

—¿Me acompañas, cielo? Seguramente será el carpintero; lo mandé llamar para los cambios que estuvimos comentando el otro día.

—Prefiero que te ocupes tú. Creo que ya va siendo hora de que me lleve a la niña de vuelta a casa; el camino es largo.

—¿Cuándo te decidirás a llevarte mi montura para no tener que hacer el camino a pie?

—Cuando pierda el miedo a esas bestias tan grandes.

—Por lo menos, toma la carreta.

—Mis piernas están estupendas —dijo mientras las golpeaba con las palmas de sus manos—. Y una buena caminata nunca viene mal.

—Sí, pero no con este calor...

—Te quejas tú más que yo —le reprendió entre risas—. Ya nos estamos acostumbrando a este clima, así que no nos va a hacer daño el paseo.

—Está bien, cabezota. Pero acuérdate de que mañana pasaré temprano a recoger a Angélica.

—No te preocupes. De regreso se lo comentaré para que lo sepa. Seguro que le hará mucha ilusión.

A medida que se acercaban al visitante, el ceño de Manuel se iba frunciendo un poco más.

—Ángel, coge a la niña y vete. Ya me encargo yo de todo.

A Micaela no le pasó por alto el cambio de actitud de Manuel, que no solo se había puesto serio, sino que se había apartado de ella como si estuviera enferma.

—Manuel, ¿pasa algo? —le preguntó preocupada. Al volver la cabeza hacia el hombre que lo aguardaba, Micaela pudo identificarlo como uno de los que se había cruzado en el camino varios días antes.

—Nada, no te inquietes.

—¿No es ese uno de los hombres del otro día?

—Ángel, márchate. Hazme caso y no preguntes —le pidió con voz tensa.

—Está bien —aceptó ella, no sin cierta preocupación.

La mujer tomó a la niña de la mano dispuesta a obedecer. Algo preocupaba a Manuel, y su instinto le decía que no cuestionase lo que le pedía. Sin embargo, cuando Angélica se dio cuenta de que se marchaban, se desasió de la mano de su madre y salió disparada hacia su padre que ya había llegado a la altura del hombre que lo aguardaba.

—Adiós, papá. Hasta mañana —le dijo inocentemente, buscando el beso que todos los días le daba al despedirse.

—Adiós, pequeña. Mañana nos vemos.

Cuando madre e hija se alejaban, Vargas no pudo evitar hacer un comentario al respecto.

—Tienes una familia muy bonita, Espinosa. Una bella compañera y una preciosa hija. Mis felicitaciones.

—Muchas gracias, Vargas. ¿Puedo preguntarte qué te trae de nuevo por aquí?

—¿Acaso no lo supones? Vengo a por la respuesta de aquello que te planteé. Confío en que hayas reconsiderado tu postura.

La voz de Manuel se mostró firme.

—Lamento informarte que mi postura sigue siendo la misma. He decidido mantenerme al margen en esta ocasión, así que te ruego que no vuelvas a importunarme sobre el asunto.

—¿Es esa tu contestación definitiva?

—Lo es.

Vargas asintió. Aquello era un contratiempo para sus planes, seguro como

estaba de que podrían contar con Manuel para su causa.

—Está bien. En tal caso, no te molestaré más. No obstante, confío en tu discreción sobre el asunto.

—Ya te he dicho que es un tema que ni me va ni me viene.

—Eso espero. Sería una pena que lo estropearas todo, ahora que parece haber formado una bonita familia.

—¿Me estás amenazando? —se envaró, mirándole retador.

—Por supuesto que no —contestó haciéndose el ofendido.

—Mira Vargas, te voy a hacer una advertencia y espero que la tengas muy en cuenta —con tono amenazador, se acercó más y le señaló con el índice—: Mucho cuidado con tocar o acercarte siquiera a mi mujer o a mi hija, porque si lo haces, no habrá sitio en el mundo donde puedas esconderte de mí.

La sonrisa de Vargas asomó a sus labios de manera incipiente.

—¿Me estás amenazando? —preguntó, repitiendo la misma expresión que había formulado Manuel.

—Que no te quepa duda.

Capítulo 32

Familia Alonso

Al día siguiente, media docena de barcos arribaron al muelle y Manuel, acompañado de Angélica, aprovechó para acercarse y enseñarle como atracaban. Mientras observaban las maniobras, su padre le contó historias de cuando aquella era su profesión, y recorría los mares a cargo de barcos similares a los que acababan de llegar. Se sentía orgulloso de poder llevar a su hija de la mano, ante la vista de todos, contando además con el beneplácito de su madre. Estaban a punto de marcharse para continuar con sus compras, cuando unos pasajeros que desembarcaban atrajeron la atención de Manuel.

—No me puedo creer lo que ven mis ojos —exclamó con regocijo.

—¿Qué pasa, papá? —le preguntó la pequeña al sentir que su padre se detenía.

Manuel apuró a su hija a que lo acompañara y se acercó hasta el trío en el que había puesto sus ojos, y que aún no habían reparado en su presencia.

—¡Vaya lo que ha traído la marea! Nada más y nada menos que a la familia Alonso al completo.

Javier se giró nada más oír la voz de Manuel a sus espaldas. Hubiera podido identificarla en cualquier parte del mundo, pues a pesar del distanciamiento de ambos en los últimos tiempos, los años de camaradería seguían vivos en la memoria de los dos. Y a pesar de las diferencias que habían tenido, Javier no pudo evitar, no solo sorprenderse, sino también alegrarse al ver al hombre que, a pesar de todo lo malo que había ocurrido en el pasado, había considerado como a su hermano durante gran parte de su vida. Se apartó un par de pasos de su mujer y de su hijo para acercársele.

—Válgame Dios, Manuel —le dijo con una sonrisa sincera mientras alargaba la mano para que el otro se la estrechara—. No esperaba encontrarte aquí nada más bajar del barco. ¿Acaso sabías de nuestra llegada? ¿Alguien te puso sobre aviso?

Manuel soltó a Angélica, que observaba la escena con el interés que siempre mostraba por todo, le estrechó la mano con fuerza y le devolvió la sonrisa con la misma sinceridad.

—No, aquí no llega ese tipo de información con facilidad. Siempre vengo al puerto cuando sé que un barco va a llegar, para buscar información sobre su salida. A veces me encuentro con sorpresas entre sus viajeros, aunque reconozco que hasta ahora ninguna tan grata.

Javier sintió que la alegría de su amigo por el reencuentro era tan franca como la suya propia. Como lo era cuando se volvían a ver años atrás en casa de don Felipe tras haber completado alguno de sus viajes. De manera espontánea, Javier tiró del brazo de su amigo para darle un abrazo de hermano.

—Me alegro mucho de verte, Manuel. De verdad te lo digo.

—Yo también a ti, Javier. Espero que no me guardes aún rencor por lo que pasó hace tiempo entre nosotros.

—Te veo diferente e intuyo que el cambio que ya se vislumbraba en ti cuando partiste de Sevilla, sigue estando presente. Eso significa que no cabe rencor entre nosotros, hermano. Si tus cuentas con la justicia están siendo saldadas, yo no soy quien para imponerte ninguna otra.

Manuel se separó de Javier y sintió un nudo en la garganta. Tenía la impresión de que se estaba volviendo demasiado sensiblero con los años. Se tuvo que aclarar la voz antes de continuar hablando.

—Espero que tu mujer piense lo mismo. Aunque, por su ceño fruncido, me temo que no posee el mismo don del perdón que tú.

Javier giró la cabeza para ver como Mariana los observaba con gesto irritado. Se había mantenido apartada, junto con hijo Javier, que miraba la escena con interés. Y a pesar de saber que Manuel no era santo de la devoción de su esposa, les pidió mediante gestos que se acercaran hasta donde estaban para saludarlo. Sin embargo, Mariana se mantuvo firme en su lugar, sin moverse ni un centímetro siquiera. Manuel fue consciente de que el perdón que le había otorgado Javier no había llegado aún a su mujer, aquella con la que estuvo a punto de casarse mucho tiempo atrás.

—Déjalo, Javier —le comentó al sentir que su amigo se tensaba al comprobar

que Mara no acudía a su llamado—. Sabes que nunca le he gustado. No pasa nada.

Javier miró a su amigo.

—Manuel, tenemos que dejar el pasado atrás tarde o temprano. Si he venido hasta aquí con mi hijo, es para cerrar este capítulo del libro, ya que el niño tiene derecho a conocer sus orígenes. Y si el destino ha provocado que nos reunamos aquí, ha de ser por algo. Debe comprender que el futuro no se construye mirando hacia atrás, sino adelante.

Así que tomó del brazo a Manuel y lo obligó a que acercarse hasta donde estaba su familia.

—Mariana, supongo que recuerdas a Manuel, ¿verdad? —la pregunta no podía ser más absurda, pero la mirada que le dirigió a su mujer fue lo bastante clara como para darle a entender que debía saludarlo, si no con simpatía, si al menos con cortesía.

—Absolutamente imposible olvidarlo, más que me pese.

—Mariana, sigue tan bella como cuando la conocí —la saludó Manuel, haciendo oídos sordos al comentario—. Mi amigo es un hombre afortunado de haber conseguido robar su corazón.

—Desde luego, no fue gracias a usted... —contestó cortante.

—Mara... —el tono de aviso de Javier fue evidente.

—No importa, Javier. Nuestro matrimonio hubiera sido un fracaso de haberse producido. Recuerdo que alguna vez me dio a entender que juntos nunca habiéramos sido capaces de ser felices, y me doy cuenta de que tenía razón.

Mara se quedó callada. No esperaba aquella respuesta y no supo qué contestar.

Manuel no quiso alargar el encuentro, consciente del rechazo que provocaba en Mariana; no tenía sentido forzarla a hablar con él si no lo deseaba. Así que se centró en el pequeño Javier que, aún sin haber pronunciado ni una sola palabra, lo miraba con atención.

—Y tú eres Javier. Madre mía, cómo has crecido. Cuando te conocí eras un pequeñajo que apenas levantabas un palmo del suelo; estás hecho ya un hombretón.

—¿Le conozco, señor? —le preguntó el niño con curiosidad y sin acritud.

—Sí, pero es imposible que te acuerdes de mí; eras muy pequeño cuando te vi por primera vez. Tendrías, ¿cuánto? ¿Dos años? Y ahora, si las cuentas no me fallan, debes andar sobre los cinco o más, ¿no?

—Voy a cumplir seis dentro de poco.

—¿Ves? Lo que yo decía... todo un hombre hecho y derecho.

El pequeño Javier sonrió e hinchó el pecho con orgullo, satisfecho de que al fin alguien lo tratara como un *hombre*.

—Yo también tengo una hija, aunque solo tienes tres años. —Alargó la mano buscando que Angélica se acercara hasta ellos, lo que hizo de inmediato—. Igual podríais ser amigos porque, aunque sea pequeña, es muy lista.

La cara del pequeño dio a entender que la idea no le atraía demasiado. Si ya lo consideraban como a un hombre, no estaba dispuesto a soportar la compañía de una niña tan pequeña. Pero su padre lo salvó de contestar cuando interrumpió la conversación entre Manuel y su hijo.

—¿Tienes una niña? —le preguntó con sorpresa.

—Así es. Esta muchachita tan hermosa que se llama Angélica.

Javier alargó la mano para tomar la de la chiquilla y besarle el dorso de la mano, como si fuese una auténtica dama.

—Es un placer conocerte, Angélica.

—Gracias señor. Me alegra conocer a un amigo de mi papá.

—Nosotros también tenemos una niña pequeña; tiene un año menos que tú.

—¿Y dónde está?

—Se ha quedado en Sevilla, al cuidado de sus abuelos. Igual podrás conocerla en otra ocasión... —Javier se incorporó para dirigirse de nuevo a Manuel—. Mariana no quería dejar solo a Javier en este viaje, como si yo no pudiera cuidar de mi hijo.

—Yo no he dicho que no pudieras, Javier —interrumpió Mariana—, pero es un viaje muy largo y el crío puede necesitar a su madre. Nuestra hija queda a buen cuidado con mi familia.

Javier miró al cielo y se abstuvo de contestar. Ya había discutido una decena de veces acerca de con quién debía quedarse ella durante aquel viaje, si con su hijo ya más mayor, o con la pequeña de la casa.

—¿Entonces no tenéis pensado estableceros aquí? —preguntó Manuel a Javier.

—No, se trata de un viaje breve. En la siguiente expedición que regrese a casa volveremos a la península.

—¿Y os merece la pena un viaje de casi un mes de duración para permanecer tan poco tiempo en estas tierras?

Javier se encogió de hombros.

—Tuvimos noticias acerca del estado de deterioro de La Isabela. Le habíamos prometido a Javier que lo traeríamos al lugar donde había nacido para que pudiera depositar flores en la tumba de sus otros padres. Y mucho me temo que, si dejamos pasar más años, va a ser imposible dar con el lugar donde se encuentran sepultados, antes de que la maleza se lo coma todo.

—En tal caso, lamento informarte que no va a ser tarea fácil. La Isabela ya no existe y teniendo en cuenta como crece la vegetación aquí, os va a costar mucho volver a aquel lugar y encontrar lo que buscáis. No obstante, me ofrezco a ayudaros si me lo permitís. Al fin y al cabo, fui uno de los últimos en abandonar aquel lugar y quizás os pueda servir de ayuda.

—Te lo agradezco, Manuel. Por ahora vamos a empezar a buscar un lugar decente donde poder quedarnos mi familia y yo. Me han hablado de un par de pensiones que hay habilitadas para los recién llegados.

—Podéis alojaros en mi casa si gustáis. No es lujosa, pero es amplia y hay sitio para los tres. Además, está bien provista de alimentos, por lo que nada os ha de faltar. Aquí sigue todo revuelto, y desde la llegada de Bobadilla, que va también de rey y señor de Santo Domingo, el ambiente está otra vez crispado entre los leales a los Colón y los que están conformes con el cambio. Lo cierto y verdad es que cuando no es una cosa, es otra. Pero nunca hay un momento de completa estabilidad.

—Le agradecemos mucho su invitación —contestó Mariana antes de que su marido se le adelantara—, pero creo que será mejor seguir con el plan inicial y buscarnos algo por aquí.

—Es cierto que hay un par de pensiones que acogen a los recién llegados, pero es muy probable que, con todos los que han llegado hoy, estén ya completamente llenas. Además, no se la recomiendo si va con un niño

pequeño. Hay demasiados borrachos en los alrededores pululando cuando llega un nuevo cargamento de vino.

Javier habló antes de que su mujer pudiera volver a meter baza.

—En tal caso, te agradecemos tu invitación y sí aceptamos tu ofrecimiento —contestó desoyendo totalmente la opinión de su esposa. Deseaba que aquellos dos, algún día, pudieran enterrar el hacha de guerra, y aquella podía ser una buena oportunidad para hacerlo.

—Además, así podréis conocer también a mi mujer —que fácil le resultaba llamarla así, aunque legalmente no lo fuera.

La sonrisa de Javier se amplió.

—¿Te has casado entonces?

—Aún no, pero espero estarlo pronto...

—¿Con la madre de la niña?

—Con la misma. Pero es un poco terca y debo ir con pies de plomo para que no salga huyendo otra vez. Aunque creo que poco a poco voy ganando terreno.

—De veras me alegro de que las cosas por fin te vayan bien. Tu padre se alegrará mucho, estoy seguro.

—¿Cómo se encuentra? Hace tiempo que no recibo ninguna misiva suya.

—Está bien. Estuvimos juntos hace un par de meses y estaba como siempre. Parece que el tiempo no pasa por él. ¿Sabe de tu nueva familia?

—Todavía no. Ni siquiera está al tanto de que tengo una hija. Apenas yo me enteré de su existencia hace poco, por lo que no he tenido ocasión de informarle al respecto. Pero tengo una carta escrita que espero que salga en la próxima expedición. Si tú vas en ella, te estaría muy agradecido si se la hicieras llegar. Así no tendría dudas de que la recibe sin problemas.

—Por supuesto, cuenta con ello.

—Bueno, estaréis cansados. Dejádme que deje a Angélica con su madre y vendré para acompañaros a casa.

—No te diremos que no, Manuel; Mariana no ha tenido muy buen viaje y deseo que descanse en condiciones.

—Me encuentro bien —acotó esta de mal humor.

—Claro. Por eso te has pasado la última semana vomitando cada dos por tres. Mariana se abstuvo de hacer ningún comentario. Sospechaba cual era la causa de esos vómitos, pero si se lo hubiera dicho a su marido, jamás le hubiera dejado acompañarlos. Mejor que se enterase más tarde de lo que estaba por venir.

—Mientras regresas, me ocuparé de que nos entreguen nuestras pertenencias lo antes posible; así estaremos listos para partir cuando tú dispongas.

—En tal caso, no se diga más. Mariana, si lo desea, usted y el niño puede venir con nosotros y quedarse reposando en casa de la madre de Angélica hasta que todo esté preparado.

—Gracias, pero prefiero quedarme con mi marido. —Recalcó la última palabra mirándole con altivez.

—No insistas, Manuel —dijo Javier—. Si testaruda es tu mujer, la mía creo que le gana con creces.

—No sabría yo que decirte. Pero bueno, si así lo desea, entonces haré lo que hemos acordado y tan pronto como pueda vendré a por vosotros.

—Gracias, amigo.

—Me ha gustado mucho volverte a ver, Javier.

—Y a mí también, Manuel. Y a mí también.

De regreso a casa de don Diego, Angélica volvió a tomarle la mano a su padre y tiró de ella para llamar su atención.

—Papá, me gusta mucho tu amigo. Parece muy simpático.

—Lo es. Y un buen hombre también. Espero que el día de mañana conozcas a alguien como él para formar una familia. Pero para eso aún queda mucho tiempo.

—No hace falta buscar, papá. Yo ya sé con quién me voy a casar.

Manuel miró a su hija. ¿Se había perdido algo?

—Ah, ¿sí? ¿Y puedo saber quién es el afortunado? Creo que, como tu padre, debo dar la correspondiente aprobación previa, señorita.

—Pues con Javier, el hijo de tu amigo. Creo que es el niño más guapo del mundo.

Manuel contuvo la risa. ¿Qué podría saber una chiquilla de su edad de guapuras?

—¿De verdad te lo ha parecido?

—Sí. No es muy hablador, pero seguro que nos haremos amigos. Y cuando seamos mayores, él se casará conmigo.

—¿No piensas que es un poco pronto para decidir sobre una cuestión tan importante? Apenas acabas de conocer al muchacho.

—Pero lo sé. Tiene el mismo color de piel de mis nuevos amigos y es más alto que yo. Seguro que será un buen marido.

Sin lugar a dudas, unos buenos criterios para elegir pretendiente, pensó su padre.

—Bueno, pues cuando llegue el momento, que venga a hablar conmigo y ya veremos. ¿Te parece?

—Como quieras, papá. Pero la decisión ya está tomada.

Manuel no pudo contener la risa por más tiempo. Desde luego, la inocencia no tenía precio.

Capítulo 33

Mariana

Micaela no conoció a Mariana hasta tres días más tarde. Aunque no había faltado ni una sola jornada a su nuevo trabajo, la recién llegada se había sentido bastante mal y no se encontraba con ánimo para hacer nada ni conocer a nadie. Javier había insistido en que la viera un médico, ya que nunca la había visto así (por fortuna, en su anterior embarazo no había tenido ni un solo síntoma. En cambio, en este, los estaba teniendo todos), pero ella, conocedora de la causa de su malestar, se mantuvo firme en su negativa: no deseaba tener una discusión con su marido a causa de ello.

Micaela sí sabía de los nuevos invitados que Manuel tenía en su casa. No solo le había puesto al tanto Angélica, que le había hablado de su *futuro esposo*, sino que el propio Manuel le informó tanto de quienes se trataba como de la causa de su visita. La joven recordaba a Javier de aquella vez en que hablaron a las puertas de la sala de vistas donde se juzgaba a Manuel. Y en cuanto a ella... Bien, no la conocía en persona, pero sí sabía que estuvo a punto de casarse con el padre de su hija.

Aquella no era una más de sus conquistas. Aquella mujer era la causa de que una vez se volviera loco y cometiera el peor crimen de su vida. Debía haberla amado mucho para que los celos lo empujaran a comportarse de la manera tan vil en que lo hizo. Y el solo hecho de saberlo, la mataba por dentro.

Micaela la identificó nada más aparecer por la puerta de la escuela. Y pudo comprobar por sí misma el por qué *su* Manuel se había enamorado de ella. Era una mujer muy hermosa de ojos oscuros y cabello castaño. Tenía un rostro dulce y un cuerpo agradable, con curvas donde se supone que a los hombres les gustaba que las hubiera. Sonrió al ver a los niños corriendo de un lado para otro, embelleciendo aún más sus finas facciones.

—Buenos días, señora. Usted debe ser Micaela Alvarado, la profesora de estos niños —se presentó con tono animado.

La educación y la cortesía obligaban a Micaela a mostrarse amable, aunque los celos se la estuvieran comiendo por dentro.

—Y usted debe ser Mariana Balboa, la mujer del amigo de Manuel.

La sonrisa desapareció de inmediato al oír el nombre de éste. Micaela llegó a la conclusión que definitivamente aquella mujer no le caía nada bien.

—Así es. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

—El señor Espinosa nos ha puesto al corriente de la tarea que pretende desarrollar aquí. Me parece muy loable su labor, señora.

—Bueno, en realidad el mérito es suyo, no mío, puesto que la idea surgió de él, y ha sido él quien la ha puesto en marcha. Yo solo ayudo en lo que puedo.

Mariana abrió los ojos con sorpresa.

—¿Manuel Espinosa es el promotor de esta escuela para niños nativos?

—Así es. ¿Acaso usted no lo sabía?

—No. Nos dijo que se estaba acondicionando provisionalmente el cobertizo para comenzar cuanto antes y que usted se encargaría de impartir las clases, pero no dijo nada respecto a su vinculación en ella.

—Entonces tampoco está al tanto de que, como yo aún no domino el lenguaje taíno, será el señor Espinosa quien me ayude con las clases; de lo contrario me sería imposible comunicarme con estos chiquillos.

—¿Acaso Manuel también domina el taíno?

—Así es. —Micaela la miró con curiosidad—. Parece usted sorprendida

—Lo estoy. Nunca pensé que el Manuel que yo conocí se implicara en una causa como esta.

A Micaela no le gustó que aquella mujer llamara a su hombre por su nombre de pila.

—Señora, por fortuna, del Manuel que usted conoció ya no queda nada.

Mariana la miró dudando si creerla, pero no contestó nada.

—Tengo entendido que usted es también la madre de Angélica.

Micaela se puso más seria. No toleraría que esta mujer dijera nada malo acerca de su hija bajo ningún concepto.

—En efecto.

—La conocí el otro día y la verdad es que es una chiquilla muy linda.

—Sí, se parece mucho a su padre, ¿verdad?

La tensión entre las dos mujeres, o al menos por parte de Micaela, estaba creciendo por momentos, y Mariana no pudo más que notar que su intento de tratarla amistosamente no estaba resultando provechoso. Sin embargo, prefirió dejar las cosas claras desde un principio.

—Usted sabe que el señor Espinosa no es de mi agrado, ¿verdad?

—Sé que estuvo a punto de casarse con usted.

—Cierto, pero eso fue hace mucho tiempo. Pero mi desagrado hacía él no radica en nuestro compromiso que, por fortuna, fue un problema que pude solventar. La causa de que no lo tenga en consideración fue por su proceder cuando estuvo aquí hace años. Hizo daño a gente que era muy querida para mí. No sé si usted está al tanto de lo que ocurrió.

—Lo estoy, y lamento mucho su pérdida. Pero más lo lamenta él, aunque no lo crea.

—Señora, solo quería advertirle. No deseo que se lleve una sorpresa desagradable si descubre que el pasado de su futuro esposo no es tan humanitario como piensa.

—No tiene que descubrirme nada que yo no sepa ya. Por otra parte, Manuel no es mi futuro esposo, pero, en cualquier caso, es el padre de mi hija y merece mi respeto, puesto que me ha demostrado que como tal es bueno y cariñoso. Así que le agradecería que no me hablara mal de él, y desde luego que se abstenga de hacer ningún comentario al respecto delante de mi hija.

Mariana la observó. Manuel le había dicho que aquella joven era una muchacha dulce y bondadosa, pero parecía que en aquel momento se la llevaban los demonios. Sin lugar a dudas, estaba enamorada de él hasta el tuétano.

—Creo que mi presencia la está incomodando, y no era esa mi intención. Solo venía a decirle que mientras esté aquí, si necesita de algo, puede contar conmigo. Aunque hace mucho que no lo practico, también me manejo un poco con el idioma. O al menos, lo hacía años atrás. No sé si cuanto recuerdo le puede servir de algo, pero al menos, me gustaría ser útil el tiempo que deba

permanecer aquí.

Micaela suspiró. Se estaba mostrando grosera y aquello no era propio de ella.

—No, discúlpeme a mí porque no la estoy tratando con la cortesía que debería. En cualquier caso, le agradezco su ofrecimiento y cualquier ayuda que pueda ofrecer siempre será bienvenida.

—No se preocupe. Cuando los sentimientos están a flor de piel se dicen cosas que no siempre se piensan...

Micaela estaba a punto de contestar cuando Manuel apareció por la puerta del cobertizo.

—Buenos días tengas ustedes, hermosas señoras.

—Buenos días, Manuel — le saludó seria Micaela.

—Señor Espinosa —contestó a su vez Mariana.

—Mariana, no me trate de señor Espinosa. Nos conocemos desde hace demasiados años como para que me llame así. Por favor, con Manuel será suficiente.

Micaela le hubiera gustado darle una patada al ver los ojos de cordero degollado que le ponía a la otra mujer.

—Espero que se encuentre mejor. Javier ha estado muy preocupado estos días al verla enferma.

—Mi marido exagera por todo. Seguramente algo del barco me haya sentado mal y hasta que no he purgado todo lo que tuviera malo en mi interior no he empezado a sentirme mejor. Pero hoy, gracias a Dios, me encuentro más recuperada.

—Me alegro. ¿Ha venido a ver nuestra escuela?

—Así es. Quería conocer también a la señora Alvarado y ofrecer mi ayuda en lo que pueda ofrecérsele.

—Eso estaría muy bien. Se lo agradecemos, Mariana.

—¿Y cuándo espera empezar con las clases?

—Esperamos que en pocos días; una semana como mucho.

—Me alegro. Bueno, pues salvo que se les ofrezca algo, me retiro ya, que ustedes deben tener cosas de las que ocuparse —se excusó Mariana.

—No se preocupe. Mejor descanse que, si no la cuidamos, seguro que Javier acabará trayendo al médico, aunque usted no lo desee.

Mariana frunció el ceño. Qué pesado podía ser en ocasiones su esposo. Aunque sabía que lo hacía por su bien, todavía no había llegado el momento de informarle de que iba a ser padre de nuevo.

—En tal caso, me retiro. Buenos días.

En el momento en que Mariana salió por la puerta, Manuel aprovechó para acercarse a Micaela y abrazarla por detrás para depositar un beso en el cuello.

—Buenos días, Ángel mío. Por fin puedo saludarte como deseo.

La muchacha le dio un codazo en las costillas y se zafó de su abrazo.

—Manuel, últimamente te estás tomando muchas libertades conmigo.

Él se llevó las manos a la cintura.

—Libertades que hasta hace apenas unos días no parecía molestarte. ¿Se puede saber que te pasa?

—Nada —respondió enfurruñada.

—Ángel, ¿qué ocurre?

—Nada. —Repitió, cruzándose de brazos.

—¿Me lo vas a decir?

—Ya te he dicho que nada.

Tres nada eran suficiente como saber que estaba mintiendo. La tomó de la mano y la obligó a acompañarlo a un rincón del cobertizo, donde aún quedaban apilados unos sacos de trigo. La hizo sentarse sobre ellos y él hizo lo propio.

—Me gustaría que me contaras qué es lo que te pasa. ¿Por qué estás molesta conmigo? ¿Acaso he hecho o dicho algo que te haya disgustado?

Micaela se agarraba la falda y se entretenía con los pliegues que formaba entre sus manos, evitando mirarlo a la cara directamente. No estaba dispuesta a reconocer que la presencia de Mariana en su casa la hacía sentirse incómoda.

—¿Por qué no me hablas? Me hubiera gustado que me saludaras como lo has hecho últimamente, y no con esta frialdad. Por suerte o por desgracia, me he convertido en un adicto a tus abrazos y me temo que ya no puedo pasar sin

ellos. Así que, si hay algo que pueda hacer para evitar tu disgusto y volver a tenerte como antes, sólo dímelo y cumpliré tus deseos.

Aquello sonaba tan bien, tan agradable... Pero no podía pedirle que echara a sus invitados de casa. Daría lo que fuera por saber que sucedía en el interior de su corazón desde que se había vuelto a reencontrar con el que seguramente había sido el amor de su vida. Y ahora que además la hospedaba en su casa, no sabía qué pensar o esperar. Sabía que la señora Balboa nunca se había sentido atraída por Manuel, pero saber que iba a estar conviviendo con él, la hacía sentir intranquila.

—¿Acaso Mariana te ha dicho algo que te haya importunado?

Micaela levantó con rapidez la cabeza para mirarlo a los ojos, preguntándose de nuevo como hacía ese hombre para leerle el pensamiento con tanta facilidad. Aunque su disgusto no era a causa de lo que ella le hubiera dicho, si era cierto que ella era el motivo de su abatimiento.

—No, no me ha dicho nada. Sólo ha venido a ofrecer su colaboración, tal y como ha dicho. Aunque no ha perdido la ocasión de lanzarme puyas contra ti y advertirme de tu pasado, como si yo no estuviera al corriente.

—Bueno, no es ningún secreto que no le caigo bien.

—Pero no me parece correcto que venga a decirme eso cuando tan amablemente la has abierto las puertas de tu casa. Pienso que es una falta de respeto hacia ti.

—Tengo hospedada a su familia, no solo a ella. Si bien es cierto que no congenia conmigo, a Javier le sigo teniendo el mismo cariño y aprecio de antes. Al fin y al cabo, fueron muchos años juntos, aunque después acabásemos distanciándonos durante una temporada. Pero tengo la impresión de que aquel desapego ya no es tal y eso me agrada mucho.

—En cualquier caso, no está bien. Y no me gusta que hablen mal de ti en mi presencia.

Manuel sonrió y le tomó la mano para besársela.

—Olvídalo y no le des más importancia al asunto. De verdad que para mí no la tiene. Además, me gustaría que esa relación que parece que estoy recuperando con Javier se hiciera extensible al resto de su familia.

—Eso incluye a doña Mariana.

—Sí, también la incluye a ella.

Micaela meditó un momento antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Y no estás tratando de buscar esa reconciliación para acercarte de nuevo a la señora?

Manuel abrió los ojos con genuina sorpresa.

—¿A Mariana? ¿Y por qué habría yo de hacer tal cosa?

Micaela apartó la mano de entre las de él.

—Vamos, no puedes negarme lo que ella ha significado para ti. ¿Acaso no fue la causa de que cometieras... de que hicieras lo que hiciste?

Una leve sonrisa empezó a asomar a los labios de Manuel.

—¿Eso es lo que te inquieta? ¿Que la ronde? ¿Por eso estás así?

—No. —Sin embargo, su negativa no fue demasiado apresurada, y, desde luego no tuvo nada de convincente.

—Ángel, Mariana es la mujer, la esposa de Javier.

—¿Alguna vez te ha detenido el hecho de que la mujer tuviera un marido para alejarte de ella si de verdad te gustaba?

—La verdad es que no, pero en este caso sería distinto. Mira, aunque la amara, jamás trataría de buscarla. Y no por ella, sino por Javier, a quien considero un hermano, el único amigo incondicional que he tenido a lo largo de mi vida. A pesar de lo que pasó en su día, me perdonó y me brindó su mano, y no lo puedo olvidar. No podría causarle semejante pena ni deshonor sabiendo lo mucho que ama a su mujer.

—¿Me estás reconociendo entonces que la amas todavía?

—Ay, muchacha tonta —dijo acercándose a ella con una amplia sonrisa en los labios—. ¿Cuándo conseguiré que algún día confíes en mí?

—Manuel, no te puedo pedir que dejes de amar a una persona. Sobre los sentimientos no se mandan, bien lo sé yo.

El hombre se levantó para sentarse a su espalda, de manera que ella quedara aprisionada entre su pecho y sus brazos, que la rodearon enseguida sin dudar.

—¿No puedes dominar tus sentimientos, Ángel mío? Espero que esos sentimientos de los que hablas estén dirigidos a mí, y no al bufón de Salvatierra.

Micaela giró de inmediato la cabeza con el ceño fruncido, para ver en el rostro de él una mueca divierta que evidenciaba que estaba bromeando. Así que volvió a darse la vuelta para dejarse caer relajadamente sobre su pecho. Era increíble lo fácil que le había resultado acostumbrarse a estar junto a él.

—¿A qué viene ahora Salvatierra? ¿Acaso crees que me comporto con otros de la manera en que lo hago contigo?

—Claro que no. Y a quien lo intente, que se cuide o puede terminar perdiendo ciertas partes nobles. Yo protejo lo mío.

—¿Te estás desviando del tema?

—¿De la pregunta sobre si amo a Mariana?

Ella asintió.

—No.

—¿No?

—No. Creo que la respuesta es clara y simple.

Micaela se removió inquieta.

—Pero una vez la amaste...

—No vas a parar hasta que te hable del asunto para que te quedes tranquila, ¿verdad? Está bien, no tengo inconveniente en abrirte mi corazón. Solo lo hecho con una persona porque me cuesta hablar de temas tan personales. Pero contigo no tengo problemas; confío plenamente en ti.

—No deseo obligarte a hacer algo que no desees.

—Calla y escúchame, Ángel. Aclaremos esto de una vez y cerremos el asunto para que vuelvas a mí sin dudas.

Micaela asintió.

—Para empezar, no voy a mentirte. Es cierto que Mariana fue otrora alguien que yo creí que iba a ser importante en mi vida. De no ser así, no me hubiera empeñado en conseguir en que se convirtiera en mi esposa. La conocí una primavera, y no puedo negar que me atrajo de inmediato, sobre todo por su carácter y su desparpajo. Era una chica lista y nada remilgosa, pero creo que lo que más me gustó, aunque suene paradójico, fue el hecho de que no se interesara ni una pizca en mí. Por aquel tiempo estaba demasiado acostumbrado a tener a cuanta mujer quisiera. Si me ofrecían *resistencia*, y

aunque suene presuntuoso, desplegaba mis encantos hasta conseguir triunfar como deseaba. Excepto con Mariana. Así que se volvió en un reto para mí. Cuanto más la veía y más la trataba, más me sentía atraído por ella, así que no paré hasta que su padre dio su consentimiento en comprometerla conmigo.

—Es decir, que estabas completamente enamorado de ella.

—Yo no he dicho eso. He dicho que estaba obsesionado con ella, que es distinto. El mismo día en que se concertó el compromiso, me dejó claro que iba a hacer todo lo posible por revertir la situación y que no estaba dispuesta a ponerme las cosas fáciles. Aquello me espoleó aún más y, como teníamos previsto zarpar en breves fechas, traté de que la boda se celebrase antes de marcharme por el simple capricho de doblegar su voluntad.

—Pero ese no es motivo para celebrar un enlace tan importante como el matrimonio.

—No, no lo es. Pero por aquel tiempo tenía todo cuanto me proponía, y ella no iba a ser una excepción. O eso supuse yo. Su padre, condecorador del disgusto de su hija, prefirió concederle la gracia de postergar la unión hasta mi regreso, con la idea de que ella se fuera haciendo a la idea. Pero había conseguido, por lo menos, que el compromiso quedara establecido entre ambas familias, por lo que tuve que conformarme con eso. Con lo que no contaba era con que Mariana se enamorase de Javier y se colara en su barco buscando que él la correspondiera. Cosa que hizo, a la vista está.

—Tuvo que ser duro para ti descubrir la verdad: traicionado por tu futura esposa y por tu mejor amigo.

—No puedo decirte que fue una grata sorpresa, eso está claro. Pero no porque la amara, porque tan pronto como partí, volví a mi vida de desenfreno en el primer puerto que tocamos y, además, sin sentir remordimiento alguno. Ángel, debes tener en cuenta que yo no era una buena persona. Sucedieron varias cosas la vez: el sentirme engañado no contribuyó a mi buen humor; había perdido a un primo cuando los nativos destruyeron el Fuerte de la Navidad; el Almirante nos hacía trabajar a todos por igual en cualquier clase de trabajo, y teniendo en cuenta que yo me consideraba más que nadie, no lo acepté de buen grado. Eso por no hablar de las necesidades que pasamos los españoles nada más llegar, debido a que se perdieron muchos de los alimentos en el trayecto. Los nativos ya no colaboraban como al principio

porque desconfiaban, y con razón, de nosotros. Pero está claro que ser conocedor de lo que consideraba una traición entre Javier y mi prometida fue el detonante. No quiero buscar excusas, pero me volví loco y pagué mis frustraciones con aquellos que no tenían culpa. Aquella aldea no mató a mi primo, no fue responsable de que la comida se echara a perder, no nos puso a trabajar levantando muros. Simplemente acogió a Javier y Mariana y les dio cobijo e intimidad. Y así se lo pagué yo...

Manuel tuvo que detenerse en su relato porque se le había formado un nudo en la garganta. No le era fácil hablar de aquello, pero ella debía saberlo. Micaela se giró y pudo apreciar que Manuel tenía la mirada perdida. Sentía que su dolor era sincero y a ella se le inundó el alma de compasión por él. Quería poder aliviarlo de alguna manera, darle a entender que ya no estaba solo y que podía apoyarse en ella si la necesitaba, pero parecía que Manuel no se encontraba allí a su lado, sino a kilómetros de distancia. Se giró un poco para colocarle una mano en la mejilla intentando darle a entender que todo estaba bien. Que, con ella, estaba bien. Pero Manuel no se inmutó. Sabía que aquella noche volverían las pesadillas. Nunca se lo había confesado a nadie, pero siempre que las imágenes del pasado volvían a su cabeza, por la noche los fantasmas regresaban para atormentarlo.

Viendo que no reaccionaba, Micaela levantó la otra mano para posarla en la otra mejilla y levantarle la cabeza de manera que los ojos de Manuel volvieran a enredarse con los suyos. Micaela no sabía que hacer para aliviarlo, así que sencillamente se dejó caer sobre él y buscó su boca con dulzura, tratando de que abriera los labios tal y como él le había enseñado a hacer.

Aquello sí pareció sacarlo de sus ensimismamientos y casi de inmediato se aferró a ella como si fuera la única tabla de salvación en medio de un inmenso océano. Cuando el beso cesó, lo abrazó como si en ello le fuera la vida. Y él se lo agradeció. No era un nuevo revolcón en una esquina cualquiera lo que deseaba, sino su consuelo. Eso era lo que más precisaba en aquellos instantes. Y con ella, sabía que siempre lo tendría.

—Ángel, no puedes ni imaginar lo importante que eres para mí. Jamás nadie ha ocupado el lugar que tienes tú en mi corazón. Ni Mariana —sonrió ligeramente, desechando la idea—, ni nadie. Te ruego que no vuelvas a dudar de eso.

—No lo haré —le contestó ella henchida de amor, porque supo a ciencia cierta que le estaba diciendo la verdad.

Capítulo 34

La Desaparición

Al llegar el mediodía, Micaela se despidió de Manuel y junto a Angélica, pusieron rumbo a casa. Llevaba una ligereza interior que nada tenía que ver con los negros nubarrones que le habían asaltado un rato antes. Por primera vez desde que conociera a Manuel, tenía la sensación de que podía existir un futuro junto a él. Le había confesado cuán importante era ella en su vida y le había creído sin dudarlo. Esta vez no dudó. Seguramente el hecho de que Angélica estuviera por medio había facilitado las cosas, pero, aun así, sabía que la forma de hablar de Manuel había sido sincera. Por primera vez, se permitió la licencia de imaginarse que algún día podían unirse como una verdadera familia. A pesar de que cuando se reencontraron Manuel le había asegurado que su proposición de matrimonio no estaba ya vigente, tenía la esperanza de que tarde o temprano aquello pudiera cambiar. No estaba dispuesta a ser una concubina toda su vida. Si acaso, solo por un tiempo...

Un ruido procedente de los árboles que delimitaban el camino la distrajo momentáneamente de sus pensamientos. Volteó la cabeza, pero no vio a nadie, así que siguió adelante sin darle mayor importancia. Cuando el sonido se repitió, empezó a inquietarse; al fin y al cabo, no dejaban de ser una mujer y una niña en medio de un camino solitario. Apuró a Angélica en su paso, mientras empezaba a brotar dentro de sí un mal presentimiento. Con un poco de suerte, y si se daban prisa, llegarían pronto a casa.

Había caído la tarde cuando don Diego llegó a casa de Manuel. Había pedido prestada una montura, ya que él no disponía de ninguna propia, y se había acercado hasta allí con gesto de preocupación. Manuel, que se encontraba en el porche sentado junto a Javier, lo vio llegar y se extrañó de que hubiera ido a verlo allí a aquellas horas tan impropias. Se puso de pie y se acercó hasta él.

—Don Diego, ¿pasa algo? ¿Qué lo trae por aquí a estas horas?

El hombre se bajó no sin dificultad. Aunque sabía montar a caballo, prefería caminar a subirse a uno de aquellos animales tan altos. Al igual que su hija, prefería ir a pie siempre que fuera posible, pero la premura de la ocasión lo había decantado a optar por esa elección.

—¿Mi hija está con usted? Me tiene extrañado que aún no haya llegado a casa y que tampoco me haya dejado aviso de que se iba a demorar.

El gesto de Manuel cambió por completo.

—Micaela y Angélica se fueron temprano para casa. Querían estar allí a la hora del almuerzo para comer con usted.

La preocupación del padre se intensificó de inmediato.

—Válgame Dios, ellas no han aparecido por casas desde que se fueron esta mañana.

—¿Y cómo no ha venido antes, buen hombre?

Manuel salió disparado en buscar de su caballo, seguido de Javier que, como no tenía ninguno, tomó el de Don Diego.

—Señor, si me permite su animal, acompañaré a Manuel en la búsqueda —le comentó al darse cuenta de que el hombre no era muy buen jinete.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Mientras Manuel coloca la silla al caballo, daré instrucciones para que le monten la carreta y pueda regresar a su casa. Es mejor que usted vuelva por si acaso Micaela y la niña aparecieran por allí.

—Está bien, está bien —aceptó sin poder mitigar su preocupación.

Sin embargo, Manuel apareció enseguida. No había perdido tiempo en colocar la silla con todas sus cinchas, sino que prefirió montar a pelo para no entretenerse. Javier tuvo que darse prisa para dar las instrucciones pertinentes y salir disparado tras su amigo.

Recorrieron el trayecto observando con detenimiento los bordes del camino, por si hubiera tenido algún tropiezo y hubiesen caído en alguna cuneta. Aunque en condiciones normales, no era un camino dificultoso, no se podía descartar la idea de que hubieran tenido un accidente. Al fin y al cabo, Angélica era una niña y nadie quitaba que en un momento dado pudiera salir corriendo detrás de cualquier animalillo y se hubiera internado en la espesura de la selva donde, ahí sí, habría sido más fácil tropezar con algo. Pero nada

hacía sospechar que fuera así. En la primera observación del camino, no se apreciaba nada fuera de lugar, así que cuando llegaron a la ciudad sin haberlas encontrado, dieron la vuelta para examinar con mayor detenimiento cada zona de la vía. A la mitad del trayecto, se volvieron a cruzar con don Diego que llevaba la carreta que le habían facilitado. Al preguntar si había alguna novedad, Manuel le respondió negativamente, e insistió en que, tal y como le había indicado Javier, volviera a su propia casa por si ellas aparecían por allí.

Sin embargo, Manuel tenía un mal presentimiento, aunque no quiso hacer partícipe del mismo a don Diego antes de tiempo y sin que hubiera descartado que ambas hubieran tenido una simple caída sin mayor importancia, más allá del susto.

Cada cual siguió su recorrido, y cuando Manuel y Javier llegaron de nuevo a la vivienda sin que hubiera tenido ningún éxito en la búsqueda, la cara del primero era ya todo un poema. ¿Dónde podría buscarlas? Un desasosiego interior empezaba a inundarlo peligrosamente. Esa extraña desaparición lo había hecho recordar la última conversación que había mantenido con Vargas, por lo que, de repente, una estela de luz iluminó su pensamiento. Por las informaciones que le habían llegado a través de su suegro, sabía que la noche del asalto estaba próxima, aunque desconocía con exactitud la fecha del mismo. Y esa desaparición repentina de sus seres queridos, le alertaba de que esa misma noche debía ser *la noche*. Cierto era que aquella era una cuestión que no le había vuelto a preocupar; para solventar la situación quedaban los soldados que estaban sobre aviso de lo que se les venía encima. Pero si algo les pasaba a sus dos ángeles, no habría lugar en el mundo en el que Vargas y sus secuaces pudieran esconderse de él. Desde que ocurrieran los hechos de la Isabela varios años atrás, nunca había tenido tanta sed de sangre como la que sentía en aquellos instantes. Mataría al desgraciado que hubiera osado llevárselas; y si además sufrían cualquier daño, por mínimo que fuera, él... él... no quería ni pensar en lo que sería capaz de hacer.

Javier no se separó de Manuel ni un solo instante. Conocía bien a su amigo y su mirada dejaba entrever las ansias asesinas que sentía en aquellos momentos. Pero lo entendía. Si algo similar le ocurriera a su mujer, no habría fuerza humana ni divina que lo detuviera en la búsqueda de Mariana y en sus ansias de causar daño a quien pudiera hacérselo a los seres que más amaba en

la vida.

Micaela y Angélica pasaron a solas gran parte de la tarde. Cuando las asaltaron en medio del camino, las llevaron a un silo en las que la dejaron sin más contemplaciones y sin mayor explicación. Aquella soledad solo se vio interrumpida unos instantes cuando el responsable de su cautiverio apareció unos minutos para comprobar que todo estuviera como quería. Micaela abrazó a su hija y la apretó contra sí, dispuesta a presentar batalla si alguien osaba tocar a su pequeña. Su temor en todo ese tiempo no era por ella, sino por Angélica, aunque ésta, ajena a la sensación de peligro de la situación, pareció envalentonarse cuando vio aparecer al hombre que las había encerrado allí.

—Usted es el señor que vino a ver a mi papá el otro día. ¿Por qué no podemos salir fuera? Mi padre se va a enfadar y vendrá a buscarnos, y le castigará por tenernos encerradas.

Micaela puso su mano sobre la boca de la cría, obligándola a callar. Vargas, en cambio, le sonrió y se agachó a su lado para ponerse a su altura. Acarició su cabello dorado y se entretuvo entrelazando uno de sus dedos entre los mechones.

—Te pareces mucho a tu padre, niña. Angélica es tu nombre, ¿verdad?

Micaela le quitó el pelo de su mano, mirándole con todo el odio y el recelo del que fue capaz.

—Deje a la niña tranquila.

Vargas se incorporó y miró a la madre. Era con ella con quien debía hablar para tranquilizarla.

—Señora, no tiene por qué preocuparse. Esta situación es solo temporal, y si todo va bien, dentro de poco estarán de vuelta a casa. Considérense invitadas en mi casa, mientras tanto.

—¿Invitadas? ¿Y nos mantiene encerradas en este almacén sin luz, sin comida ni bebida al menos para la niña? Señor, su concepto de anfitrión deja mucho que desear —dijo levantando la nariz, indignada—. Al menos dígame por qué nos ha traído aquí. ¿Qué desea usted de nosotras?

—Digamos que son un seguro de vida. —Chasqueó la lengua—. Por si acaso.

—Señor, no comprendo nada.

—Y no tiene necesidad de hacerlo. Confíe en mí, pórtense bien, y dentro de poco podrán olvidar este leve incidente.

¿Olvidarlo? Imposible. No toleraría que nadie hiciera daño a Angélica. Por fortuna, la niña se lo estaba tomando con la ligereza que daba la incomprensión de sus poco más de tres años.

—Señor, yo a usted no lo conozco de nada y no puedo llegar a entender qué sentido tiene que nos mantenga retenidas. Mi padre debe estar buscándonos en este preciso momento, y créame que él conoce a mucha gente. Si nos deja marchar, haremos como si esto no hubiera ocurrido.

—Mientras Manuel y su padre estén ocupados en buscarlas, los mantendré alejados de donde preciso.

—¿Qué tiene que ver ellos en este asunto?

Vargas miró a la joven con curiosidad. Parecía que realmente no tenía idea de lo que ocurría, pero Vargas no podía arriesgarse. Cuando supo quién era la joven, o, mejor dicho, el padre de la joven, y la relación de todos ellos con Espinosa, saltaron las alarmas en su cabeza. Aunque Manuel le había advertido que no tocara a su familia, había llegado a la conclusión de que, si mantenía retenidas a madre e hija, éste no se atrevería a hacer nada que pudiera poner en peligro sus planes; ello supondría ponerlas en riesgo a ellas. Si era inteligente, Manuel se mantendría aquella noche apartado de la ciudad, y en cuestión de horas, todo habría terminado. No había pensado mucho en que hacer después con sus *invitadas*, ya que, si les causaba daño, no dudaba en que se expondría a la ira irracional de Espinosa. Y conociéndole como lo conocía, no deseaba tenerlo como enemigo. Por eso, si sus planes salían bien, o bien las dejaba marchar con la promesa, o mejor dicho, bajo amenaza de causar daño o bien a su padre o bien a Manuel, si no los inducía a creer que su desaparición se debía a un simple despiste en el camino (algo que no terminaba de convencerlo, puesto que dependía de la voluntad de terceras personas, era decir, de ellas dos). O, la otra opción, hacerlas desaparecer definitivamente y asegurarse de que nunca fueran encontradas.

En un par de horas, se harían con el control de la ciudad, quitarían a Bobadilla y su gente del poder, y todo volvería a la normalidad. Solo le

quedaría solventar pequeños flecos como lo eran las dos personas que mantenía allí retenidas.

—Cuanto menos sepa, mejor. Y le repito: no debe inquietarse. Pronto podrán volver a su casa.

—Al menos traiga algo de beber a la niña. Aquí dentro hace demasiado calor. Vargas miró a Angélica, pero no contestó si atendería o no a la petición. Solo dio media vuelta y se marchó por donde había venido, sin dar más explicaciones.

En efecto, el intento de toma de la ciudad y de proceder a la captura de Bobadilla tuvo lugar aquella misma noche. Apenas una veintena de hombres se colaron en el edificio principal dispuestos a asaltar tanto la vivienda del nuevo gobernador, como de las principales dependencias administrativas y gubernamentales de la ciudad. Aunque no eran muchos (al final no habían conseguido reclutar a tantos interesados en promover un nuevo cambio en la isla como hubieran deseado), los sublevados consideraron que la nocturnidad y el efecto sorpresa serían suficiente para tener éxito en sus propósitos. No estaban dispuestos a que, en esta ocasión, la revuelta se prolongara en el tiempo como había sucedido con la rebelión encabezada por Roldán. Debía ser algo rápido y limpio.

Sin embargo, los guardias llevaban varios días sobre aviso. Desde que Don Diego diera la voz de alarma sobre los planes que pretendían llevar a cabo Vargas y sus seguidores, se habían extremado de manera efectiva, pero discreta para no levantar sospechas, los sistemas de alerta ante posibles complicaciones. Bobadilla había modificado ciertos hábitos que podían ponerle en riesgo y había aceptado colaborar de manera activa en la resolución del posible riesgo de insurrección que le habían anunciado. Todos debían pensar que no había cambiado sus movimientos habituales, pero su seguridad se había incrementado considerablemente.

Por ello, la incipiente revuelta no tenía viso alguno de prosperar. Podían haber actuado desde un primer momento, desde que tuvieron conocimiento de que algo se estaba gestando. Pero se prefirió dejar que los planes de los desleales se cocieran y se intentaran llevar a cabo a fin de coger a todos los implicados posibles, tomarles declaración, y ser puestos a disposición de la

justicia. Algunos de ellos serían juzgados y condenados allí, y otros serían trasladados a España para ser enjuiciados por traición a la Corona.

Manuel y Javier comenzaron una nueva búsqueda por la finca de Vargas. Ambos llegaron a la conclusión de que, si Manuel estaba en lo cierto sobre su presentimiento, era el primer lugar por donde debían empezar a indagar. Además de ser el cabecilla, y por lo tanto el único que podía haber dado las instrucciones para que retuvieran a Micaela, era el único lugar que Manuel conocía medianamente bien. Era un terreno grande, otorgado por Roldán cuando le ratificaron como alcalde de Santo Domingo, como pago por los servicios prestados a aquellos que lo habían apoyado en su momento.

Al llegar, comprobaron que la vivienda estaba completamente a oscuras y parecía desocupada. Por suerte, la luna brillaba alta en el cielo y los iluminaba lo suficiente como para ver por donde pisaban. Con cuidado y sigilo, forzaron la puerta de entrada y se colaron en su interior. En efecto, ningún candil iluminaba el espacio. De todas formas, la luz que entraba por las ventanas era suficiente como para ver, una vez que acostumbraron sus ojos, en la oscuridad. Al igual que la vivienda de Manuel, aquella era una casa de una sola planta, por lo que no debería llevarles demasiado tiempo comprobar todas las estancias. Por señas se separaron y se ocuparon de registrar ambas alas de la casa. Tras comprobar que, como habían supuesto, no parecía haber nadie en el interior, se reunieron en la entrada y tomaron el primer candil que encontraron que les proporcionaría una luz más decente.

—Ahora que sabemos que no hay nadie, debemos revisar la casa con más detenimiento —dijo Manuel a su amigo—. Puede que haya algún escondrijo que hayamos podido pasar por alto.

El otro estuvo de acuerdo, y volvieron a separarse para inspeccionar la vivienda en busca de algo que pudiera proporcionar, al menos, una pista de donde podían estar Micaela y la niña. Pero tras más de una hora examinando a conciencia cada hueco, cada rendija de la pared, cada desnivel del suelo, llegaron a la conclusión de que aquel lugar estaba vacío.

—Aquí no hay nada, Manuel. Debemos continuar la búsqueda por otro lugar. ¿Alguna sugerencia? Tú conoces todo esto mejor que yo.

—La finca es tan amplia como la mía. —Recapacitó—. Podría tener más

construcciones en alguna otra ubicación, pero lo desconozco. Deberíamos separarnos y seguir buscando. Quiero pensar que están aquí. Si Vargas es el que se ha encargado de gestar todo esto, y conociéndolo como lo conozco, dudo que haya querido dejar algo fuera de su control. Volveremos a separarnos, tú al norte, yo al sur, en busca de algún silo, cobertizo o... lo que sea donde hayan podido ocultarla.

—No me parece buena idea que nos separemos, Manuel. Si bien es cierto que así cubriremos más espacio en menos tiempo, creo que es demasiado arriesgado. Solo somos dos y no sabemos lo que nos podemos encontrar. Es demasiado temerario que nos encontremos uno solo ante Dios sabe qué. Además, si como dices tiene la extensión de tu terreno, podría llevarnos horas buscar un lugar así.

—No debe ser tan complicado...

—Sería mejor con la luz del día. Por mucha luna que haya, no hay suficiente claridad como para descartar que no se nos pase un posible escondite por alto.

—¿Entonces que propones?

—Volvamos a la ciudad. Busquemos a don Diego y veamos cómo andan las cosas allí. Si los soldados han hecho bien su trabajo, es posible que tengan a Vargas y entonces ya sería nuestro.

Manuel meditó rápidamente. Se sentía tan frustrado...

—Tengo la sensación de estar dando palos de ciego. Pero quizás tengas razón; buscar aquí en estas condiciones es como hallar una aguja en un pajar.

—Pues en marcha.

Capítulo 35

Por las buenas o por las malas

Al llegar a Santo Domingo, Manuel buscó a don Diego que le puso al corriente de la situación, que incluía la captura de los implicados para su puesta a disposición de la justicia. El primero, por su parte, hizo lo propio sobre lo infructuoso de su búsqueda y sus sospechas de quién podía estar detrás de la desaparición de Micaela y Angélica.

—Déjeme hablar con Vargas —solicitó Manuel al juez.

—¿De verdad cree que él pueda saber algo al respecto?

—Estoy casi seguro de que así es. —Se mesó el pelo con nerviosismo—. Cuando me negué a colaborar en sus planes, me advirtió que debía mantenerme callado; por eso tengo el convencimiento de que él está implicado también en la desaparición de mi familia.

—Entonces, no se hable más. Yo me encargaré de llevarlos hasta él.

Don Diego no tuvo problemas en pedir el permiso necesario para que Manuel entrase en la celda donde tenían retenido al prisionero, aunque le llevó más tiempo del que hubiera deseado. La situación en la Gobernación y en la prisión de la ciudad aún andaban revueltas. Y esa demora estaba desesperando terriblemente a Manuel, impotente por no poder hacer nada más. Además, la culpa por no haber protegido a su familia lo estaba ahogando, y no paraba de prometerse a sí mismo que nunca más volvería a pasar. Porque estaba seguro de que ellas se encontraban bien allá donde fueran que estuvieran retenidas. Más le valía a Vargas que así fuera, porque de lo contrario, no se hería responsable de lo que pudiera suceder.

Dos horas y media después, por fin don Diego le dio la noticia que esperaba.

—Ya puedes entrar, Espinosa. Solo he conseguido permiso para ti, así que averigua como sea el paradero de mi hija y mi nieta, por favor. Si lo haces, te estaré agradecido de por vida.

—¿Puedo servirme de cualquier medio para lograrlo? —quiso saber, dispuesto a arrancarle lo que supiera a como diera lugar.

—Por mi parte, sí. Pero yo no lo he dicho.

—Entendido.

Un guardia acompañó a Manuel y a Javier hasta la puerta de la celda. Antes de entrar, este último agarró por el brazo de su amigo para advertirle.

—No olvides que debe ser la justicia quien se encargue de él. No te vuelvas loco.

—Que me devuelva a mi mujer y a mi hija y dejaré el camino libre para que la justicia se encargue de él.

—Si necesitas ayuda, avísame. —Posó su mano sobre el antebrazo de su amigo—. No me alejaré de esta puerta.

—No te preocupes. Con saber que puedo contar contigo me basta —afirmó con seriedad mientras empujaba la reja que lo separaba del reo.

Cuando Manuel entró en la celda pudo distinguir con nitidez, a pesar de la penumbra del lugar, apenas rota por las teas del pasillo exterior, la figura de Vargas sentado en un rincón. Tenía los pies y las manos engrilletados, y su rostro evidenciaban la frustración por el fracaso de su motín.

Al verlo entrar, se incorporó como pudo y lo enfrentó sin importarle la clara situación de desventaja en que se encontraba.

—Has sido tú, ¿verdad? —le preguntó el reo mirándolo con fiereza—. Nunca debí confiar en ti.

Manuel no se molestó en contestar. Lo tomó de la camisa rasgada que llevaba y de un empujón lo golpeó contra la pared donde estaba sujeto.

—¿Dónde están mi mujer y mi hija?

—Eres muy valiente golpeando a un hombre atado que no puede defenderse, Espinosa.

A Manuel le importaba un pimiento que estuviera sujeto o no. Lo único que quería eran repuestas, y si valerse de su superioridad le facilitaba las cosas, mucho mejor. No iba a sentir ningún escrúpulo por ello.

—Contesta a mi pregunta —exigió con la cara a escasos centímetros del preso.

—¿Y qué voy a saber yo? Si no sabes controlar a tu mujer eso no es asunto mío, sino tuyo. Tengo problemas más importantes por los que preocuparme que de una mujer y su mocosa.

—Problemas sí que vas a tener si no me dices que has hecho con ellas. ¡Habla!

—No tengo nada que decir. No tengo ni la menor idea de donde están.

—Mientes —le dijo, volviendo a golpearlo contra la pared.

—Piensa lo que quieras, pero esa es la verdad. Lo juro.

Manuel lo soltó momentáneamente y se separó de él un par de pasos. Estaba seguro de que aquel hombre sabía algo, y por Dios que él se encargaría de averiguarlo, bien por las buenas, bien por las malas.

Media hora después, Manuel salía del calabozo sacudiéndose la mano derecha que llevaba ensangrentada.

—¿Has dejado algo de él? —le preguntó Javier con el ceño fruncido.

—No te preocupes. Será juzgado como tú desees. Ahora volvamos a la finca de Vargas. Debemos ir al sur, donde están las cosechas. Los edificios de almacenaje están allí.

Al llegar a la zona indicada, aún tardaron otra media hora en localizar el cobertizo que buscaban. Aunque no faltaba mucho para el amanecer, todavía era de noche y, al igual que antes, el edificio estaba iluminado sólo por la luz de la luna. Se apearon de sus respectivas monturas e inspeccionaron primero el exterior y luego el interior. Igual que había ocurrido cuando estuvieron allí horas antes, tampoco en ese momento parecía haber nadie que vigilara el lugar, así que no tenían muchas esperanzas de encontrar nada relevante. Encendieron una tea y entraron con el mismo cuidado que antes. No se escuchaba absolutamente nada, así que en un espacio tan diáfano como aquel, no parecía que fueran a encontrar a quienes andaban buscando.

Sin embargo, cuando estaban a punto de salir, una puerta de madera que se encontraba atrancada desde el exterior con un gran trozo de madera y una soga gruesa llamó la atención de Javier, que hizo señas a su compañero para que se acercara. ¿Qué debían guardar allí para que el lugar estuviera tan firmemente cerrado?

Sacaron la viga de su sitio y cortaron la gruesa cuerda con un cuchillo, abriendo después de un empujón la puerta que daba paso a una minúscula habitación rectangular que estaba vacía. Ambos entraron en ella y al levantar la antorcha, un agujero en el suelo a los pies de una pared avivó su curiosidad de inmediato.

No era un hueco demasiado grande, pero sí lo bastante amplio para que pudieran pasar una niña pequeña y una mujer menuda. Aunque no quedaba ningún rastro de que Micaela y la niña hubieran estado allí, Manuel tuvo la certeza de que así había sido. Y obviamente, ante la falta de vigilancia del lugar, Micaela se las debía haber apañado de alguna manera para hacer ese agujero y escapar de allí.

—Vamos —fue su única palabra.

Salieron del cobertizo y buscaron la salida al otro lado de la pared del agujero que acababan de encontrar. Lo que tenían por delante no era más que la oscuridad de la noche y la espesura de la selva. Trataron de iluminar el suelo en busca de posibles pisadas de sus mujeres, hasta que encontraron unas que les indicaron que aquella era la dirección que habían tomado quienes habían salido de allí. Manuel se desanimó cuando comprobó que las últimas huellas visibles se perdían entre el verde follaje.

—¿Qué pasa? —le preguntó Javier.

—¿Sabes rastrear? No tengo idea de por donde han podido tirar. Aquí no hay camino que seguir, y aunque lo hubiera, lo lógico es que se hubieran apartado de él para no ser descubiertas. Pueden haber tirado para cualquier parte, y no sé cómo seguir la dirección correcta. Me da miedo pensar que algo les pueda ocurrir en la espesura de la selva.

—¿No conoces esta zona?

—No demasiado —dijo frustrado—. He estado por aquí, pero me manejo mejor por la parte que está cerca de mi terreno. —Elevó las manos al cielo—. Y desde luego, con esta oscuridad, avanzar en alguna dirección es probar

suerte sin ningún sentido ni orientación.

—Habrá que esperar a que se abra el día y tengamos luz. Seguramente podremos rastrear la zona mejor. Ya no queda mucho para que amanezca.

—Pero no puedo perder ese precioso tiempo. Pueden estar en peligro y si algo les pasa... —No se lo quería ni imaginar.

—Vayamos entonces a por ayuda. Cuanto más seamos, más territorio podremos abarcar.

Manuel no estaba muy convencido, a pesar de saber que su amigo estaba en lo cierto.

—Maldita sea, tienes razón. —Pero le costaba horrores tener que marcharse de all  cuando quizás quienes buscaba se encontraban tan cerca. O tan lejos. No lo sabía. La lógica decía que lo más probable era que se hubieran alejando lo más posible, pero eso no lo podía saber sin conseguir ayuda de alguien que supiera rastrear sus señales. Lo  nico que rogaba, era que el día amaneciera tan limpio y despejado como los días anteriores, ya que lo peor que le podía suceder era que lloviera y que las huellas se borrar n.

Llegaron a la vivienda al clarear el alba. A pesar de que la luz del sol iba asomando poco a poco por el horizonte, las luces del interior de la casa estaban aún encendidas, evidenciando que Mariana todavía permanecía en pie, seguramente expectante y ansiosa por ver llegar a su marido.

Los hombres que se habían encargado de montar la carreta para don Diego, así como sus respectivas mujeres, todos ellos nativos, se habían quedado con ella, ya que se habían negado a marcharse de all  y dejar sola a aquella mujer blanca y a su hijo que estaban bajo la protección de Manuel, a quien consideraban un amigo.

Nada más llegar, Mariana salió rápidamente al verlos apearse de sus caballos, para echarse de inmediato en brazos de su esposo. Tantas horas sin saber de él la habían tenido inquieta.

—Han vuelto —pudo decir por fin cuando se desprendió del abrazo de su marido—. Hace apenas media hora que aparecieron por aquí.

— Est n bien? —preguntó Manuel ansioso mientras entregaba a Javier las

riendas de su caballo.

—Sí, sanas y salvas.

Manuel salió corriendo hacia la casa. Cuando llegó a la sala principal, pudo ver a Micaela sentada en uno de los sofás con Angélica en brazos y rodeada de la mujer que se encargaba de la cocina, una de las que se había quedado allí durante la noche.

Toda la angustia y la preocupación retenida durante tantas horas de vigilia brotaron al exterior en forma de lágrimas al comprobar que, a simple vista, efectivamente ambas parecían estar en buen estado. Sabía que no era muy varonil mostrarse sensible, pero no pudo retener el nudo que se le había formado en la garganta cuando las vio allí sentadas.

—Ángel...

Angélica, que casi estaba ya dormida en brazos de su madre, abrió los ojos al escuchar aquella voz familiar y salió disparada a lanzarse en los de su padre, que la izó con ternura y la apretó con fuerza contra su pecho. Micaela, que se había levantado tras su hija, corrió también tras ella y se fundió en el abrazo que compartían padre e hija.

—Dios mío, Ángel. Jamás en mi vida he sentido tanto miedo como esta noche —le dijo con voz ahogada.

Se separó apenas unos centímetros de ellas para observarlas con detenimiento al tiempo que acariciaba el rostro de Micaela, asegurándose de que no hubieran sufrido daño alguno.

—¿Estáis bien? Dime la verdad. ¿Vargas o alguno de sus hombres os ha hecho algo?

Ella negó con la cabeza.

—Estamos bien, Manuel, aunque cansadas. Angélica se ha portado como una niña grande y no ha protestado en ningún momento, a pesar de no haber comido nada desde ayer por la mañana. Ni siquiera nos dieron un poco de líquido para la niña, que era lo que más me preocupaba; hacía mucho calor en el sitio donde nos tenían encerradas. Pero, aun así, Angélica no se puso quejosa en ningún momento, y ha aguantado hasta que hemos llegado a casa. Tuvimos mucha suerte al encontrarnos con unos nativos que conocían a la niña por haberla visto contigo, y ellos han sido los que nos han traído a casa.

Pero Angélica necesita descansar. Está exhausta.

Manuel miró a la niña que se había dejado caer sobre su hombro y tenía los ojos cerrados. La besó en el pelo con cuidado de no alterarla.

—¿Os han dado ya algo de comer y de beber?

—Sí, sí. Doña Mariana se ha encargado de todo, no te preocupes. Lo único que deseo es llevar a la niña a algún sitio donde pueda reposar. No puede más.

—Claro, enseguida la llevaremos a su cuarto. Y tú también necesitas dormir. Ya habrá tiempo de que me cuentes todo lo ocurrido con más detalle, pero ahora la prioridad es que ambas descanséis.

—Tengo que avisar a mi padre de que estamos aquí. Debe estar muy preocupado.

La voz de Javier sonó a sus espaldas.

—Yo me ocuparé de que tenga noticias de su regreso. Ocúpate de doña Micaela y tu hija, que de lo demás me ocuparé yo.

—Gracias...

Manuel miró a Micaela y posó su frente sobre la de ella.

—Si algo te hubiera pasado, yo...

Ella paseó un dedo por los labios de su amado y después lo besó con dulzura.

—No lo menciones siquiera. Estamos aquí y estamos contigo.

Mariana y Javier algo retirados, observaban la escena, abrazados. No era el momento de interrumpirlos. Javier tiró con delicadeza del brazo de su mujer para llevársela fuera de allí.

—Anda, retirémonos y demos a esta familia un poco de privacidad.

—Sí. Yo también estuve muy preocupada por ti, amor mío.

—Ya pasó. El responsable de lo ocurrido se encuentra preso, así que confío en que esta pesadilla haya terminado. Y la verdad, yo también estoy cansado. Ha sido una noche muy larga.

—Dímelo a mí; las horas se me han hecho interminable hasta verte llegar.

—¿Has pasado toda la noche levantada?

—¿Acaso crees que podría haberme acostado sin más?

—Imagino que no. Anda, vamos a buscar a alguien que pueda dar a don Diego la noticia de que sus seres queridos se encuentran bien y vayámonos también a descansar un rato. Creo que nos lo tenemos merecido.

Capítulo 36

¿Por qué?

Manuel llevó a Angélica hasta su dormitorio y la dejó caer sobre la cama con mucho cuidado para no despertarla; la niña estaba tan cansada que ni se inmutó. Se limitó a suspirar y a dar media vuelta para seguir durmiendo sin más. Después, le dio la mano a Micaela y juntos salieron al pasillo donde estaban ubicadas las habitaciones privadas de la casa. Manuel fue claro al sugerirle:

—Ángel, si lo deseas puedes ocupar alguna de las habitaciones que quedan vacías. Pero preferiría que vinieras conmigo y me hicieras compañía. Después de esta noche, necesito tenerte conmigo. No voy a pedirte que hagas nada que no desees, pero preciso sentir que estás a mi lado.

Micaela apretó la mano de Manuel con fuerza. Sentía que su temor había sido tan sincero y profundo como el que había sentido ella en sus carnes.

—Yo también necesito estar contigo.

Manuel no dijo nada más. Echó a andar hasta detenerse un par de puertas más allá, dejando pasar a la joven dentro de su propia habitación.

Ambos se encontraban exhaustos. La tensión de la noche les estaba pasando factura y la cama que tenían delante se les antojaba a ambos como el paraíso. Manuel no pudo evitar sonreír al imaginar que, para una vez que la tenía donde quería, su intención no pasaba más que por dejarse caer sobre el colchón y dormir plácidamente junto a ella.

—No tengo ningún camisón que ofrecerte, Ángel.

—No importa; tengo mi camisola interior. Además, estoy tan cansada que estaría dispuesta a dormir hasta sin nada. —Se encogió de hombros antes de añadir—. Al fin y al cabo, no verías nada nuevo.

Manuel se abstuvo de comentar que todos sus encuentros no habían dejado de ser algo tan rápido y fugaz que no había tenido ocasión de recrearse en su

cuerpo, por lo que no lo conocía como hubiera deseado.

—Tienes libertad absoluta de dormir como prefieras. Yo tampoco puedo ni con mi alma —le contestó con la intención de que se sintiera lo más cómoda posible.

A Micaela se le cerraban los ojos por momentos. Se quitó la camisa y la falda como pudo (dejándose la camisola, tal y como había dicho) y cayó de bruces sobre la cama. Manuel se quitó rápidamente toda su ropa y la acompañó de inmediato.

Una vez a su lado sobre el lecho, la amoldó a su cuerpo. Parecía que se había quedado dormida en cuestión de segundos. La apretó contra su pecho con cuidado, prometiéndose a sí mismo que nunca, jamás, volvería a dejar desasistidas ni a aquella mujer a la que adoraba, ni a su pequeña; así tuviera que encerrarlas bajo llave hasta que ella aceptara convertirse en algo más que la madre de su hija. Cerró los ojos, y apenas un par de minutos más tarde, Manuel también caía entre los brazos de Morfeo.

Sin embargo, el descanso de Micaela no fue reparador. Habían sido muchas las emociones sufridas, y la intranquilidad del día anterior pasó también a reflejarse en sus sueños, provocándole pesadillas relacionadas principalmente con Angélica, a la que veía arrancada por manos extrañas de su lado sin que ella pudiera hacer nada por protegerla.

Un grito angustioso la despertó e hizo que se sentara en la cama, alarmada. Manuel despertó al oír su desesperado chillido y de inmediato se incorporó para quedar a su lado. De manera natural, Micaela buscó su consuelo y su seguridad, mientras él la abrazaba con cariño para tratar de calmarla.

—Ya está, mi Ángel. No pasa nada. Estás aquí conmigo.

Micaela se agarró a sus hombros con fuerza, a la vez que él poco a poco se tumbaba sobre el jergón y la arrastraba sobre su pecho mientras le acariciaba su pelo dorado.

—Ya pasó, ya pasó..., mi Ángel —repetía una y otra vez, hasta que notó como, poco a poco, su respiración agitada volvía a recuperarse.

—¿Por qué ese hombre nos hizo esto, Manuel? —le preguntó incapaz de comprender el motivo de su secuestro.

—No sé si recuerdas el día en que nos cruzamos con Vargas y algunos de sus hombres en el camino. —Ella asintió—. Ese día vino a proponerme que participara en un motín contra Bobadilla, pero me negué a hacerlo. En cambio, lo que sí hice fue poner sobre aviso a tu padre al día siguiente porque no quería que esto pudiera afectaros a vosotros; al fin y al cabo, él no deja de ser un hombre de confianza del nuevo gobernador. Temía que, si afectaba a tu padre de algún modo, también repercutiría en ti y en Angélica. Y mi lealtad está con los míos. Aunque don Diego me rogó que me mantuviera al margen, cosa que hice, me imagino que creyeron que me podía haber posicionado en el otro bando y que, si os retenían, sabedores como eran de lo importantes que sois para mí, me quedaría quietecito. Pero era lo peor que pudieron hacer. —Manuel cerró los ojos recordando los sentimientos que le habían atravesado en aquellos momentos—. Hace mucho tiempo que no se adueñaba de mí el instinto de venganza como el que he tenido esta noche.

—¿Has hecho algo que pueda perjudicarte? —le preguntó preocupada apoyando la barbilla sobre su pecho para mirarlo.

Manuel la besó en la frente.

—Nada preocupante. Vargas tendrá que pasar por las manos del médico durante una temporada, pero poco más.

—¿Qué hiciste? —volvió a preguntar, inquieta.

—Solo averiguar donde os tenían retenidas, pero cuando llegamos, ya no estabais.

—Bueno, sería una hipócrita si dijera que lamento lo que hayas podido hacerle. Nadie toca a mi niña sin que se lleve su merecido.

Él sonrió sin que ella se percatara de ello.

—Eso no es de muy buena cristiana. ¿Dónde ha quedado tu alma pía?

—Bueno, pasamos tanto tiempo juntos que algo debe haberseme pegado de ti —contestó con ironía, bajando la cabeza y depositando un suave beso sobre una de sus tetillas.

—Supongo que sí. ¿Estás más tranquila? —preguntó, reprimiendo un escalofrío de placer.

Micaela suspiró y se arrebujó entre los brazos de él. Sentía que ese era su sitio, donde debía estar, donde todos sus miedos desaparecían.

—Sí. Ahora que estás junto a mí, y sabiendo que Angélica duerme en la habitación de al lado, me siento mucho más calmada.

—¿Tanto confías en mí? —Todavía temía una negativa.

—Ciegamente.

A Manuel se le hinchó el pecho de felicidad, aunque no le duró mucho ya que existía una duda dentro de él que no le permitía sentirse en paz consigo mismo.

—Pero esta noche te he fallado. Debí haber intuido que Vargas podría hacer algo en vuestra contra y debí protegeros debidamente. Me siento culpable por ello.

Micaela se incorporó un poco y lo miró a los ojos. Le puso la mano sobre la mejilla y le habló con seriedad.

—No es cierto. No tenías por qué saber cómo iba a actuar ese hombre. No le diste motivos para ello, así que no eres causante ni responsable de nada. Lo único que me importa es que fuiste a por nosotras.

—Pero no os hallé.

—Porque tuvimos la suerte de poder escapar. Pero no dudo ni por un instante de que nos hubieras encontrado.

—¿De verdad lo crees?

—Así es.

Micaela acercó su rostro al de él y unió sus frentes, cerrando los ojos.

Lentamente, Manuel deslizó una mano por la delicada espalda de Micaela hasta llegar a su cuello, donde extendió los dedos para acariciarle el mentón.

Micaela le sonrió arrebolada y bajó la cabeza en busca de sus labios. Manuel le devolvió el beso sin pensárselo, profundizando el contacto hasta dejar su alma impregnada en aquel beso. La invadió con su lengua, arrancándole un suspiro de rendición y de entrega que se tradujo en un espejo de la intensidad con que la besaba él.

Por fin Manuel la tenía en el sitio que siempre había deseado y no iba a perder la oportunidad de disfrutar de todo lo que había soñado hacer con Micaela. Con el peso de su cuerpo, la giró para posarle la espalda en el colchón y aprisionarla con su cuerpo.

Durante lo que les pareció un soplo de tiempo, aunque fueron minutos, se besaron, saboreándose, poniendo sus almas en los labios que le entregaban al otro y disfrutando del tiempo que nunca antes habían podido gozar cuando estaban juntos.

Cuando a regañadientes, Manuel abandonó su boca, lo hizo para poder deleitarse con el sabor de su rostro, al que fue besando centímetro a centímetro desde la frente hasta el mentón, aprendiéndose de memoria cada uno de sus recodos y sin darle la oportunidad de devolverle sus caricias.

—¿Sabes cuántas veces he soñado con tenerte así? —Le acarició la nariz con la suya propia—. Estoy hasta nervioso —confesó con una risa ahogada.

—No tiene sentido que lo estés con tu experiencia —intentó calmarlo ella.

Él la miró con intensidad.

—Te equivocas. —La miró con intensidad a los ojos, poniendo su corazón en los suyos—. Me he acostado con muchas otras, es cierto y no me siento orgulloso de confesarlo, pero me doy cuenta de que esta es la primera vez en mi vida que hago el amor.

El corazón de Micaela no podía albergar más amor por ese hombre del que lo llenaba en aquellos instantes.

—Soy tuya en cuerpo y alma. Siempre lo he sido. —Le abrió su alma mirándolo con la misma intensidad que lo hacía él a ella.

Sobrecogido por la inmensidad de lo que descubrió en el fondo de sus iris, Manuel bajó de nuevo la cabeza y posó sus labios en la curvatura del delicado cuello de Micaela donde dio rienda suelta a su avidez. Con desespero, empezó a chuparla y a lamerla para empapar su paladar de ella, aún consciente de que su intensidad acabaría dejándole marca al día siguiente que serían difícil de explicar.

No satisfecho con el manjar de su cuello, deslizó sus labios por la aterciopelada piel en su camino hacia sus pechos. Para su desgracia, se topó con el obstáculo de la camisola que ella aún llevaba puesta.

—Te voy a quitar esto. Necesito sentirte piel contra piel —le informó mientras buscaba el ruedo y empezaba a tirar de él antes de recibir su posible negativa.

Pero ella no le rebatió nada. Simplemente se incorporó para facilitarle el

trabajo de quitarle la prenda. Manuel, una vez consiguió deshacerse de ella, la tiró con un gesto indolente a sus espaldas sin ningún miramiento y siguió en el mismo punto donde se había detenido antes.

—Así está mucho mejor... —dijo admirando su figura desde arriba antes de volver a posar sus labios sobre la fina piel de su cuerpo.

Cuando su boca chocó con los turgentes senos, creyó desfallecer de placer. Alzó la cabeza y los admiró, los adoró, los tocó, antes de introducirse un pezón entre los labios y sentir una explosión de placer en sus papilas gustativas.

Micaela se vio transportada a la gloria. Aquellas húmedas caricias la estaban enloqueciendo hasta el punto de no poder reprimir unos gemidos entregados mientras sus manos se aferraba al pelo de Manuel, incitándolo a continuar. Todo su afán era sentirlo más cerca, más... Sus piernas buscaron la cintura de Manuel, pero la postura en la que estaba él no se lo puso fácil; solo consiguió rodearle la espalda con una de ellas. Pero lo que ella había tomado como un inconveniente, Manuel lo aprovechó; una de sus manos se deslizó por su abdomen hasta encontrarse con la mata de rizos que custodiaban su sexo. Estaba tan preparada para él que no pudo contener la tentación e introdujo primero un dedo y luego dos en su húmedo interior. Micaela reaccionó con un espasmo que le nació en la columna y desembocó en su zona más sensible. Esa rápida respuesta hinchó el pecho de Manuel que, orgulloso, sonrió satisfecho disfrutando de la caliente humedad que envolvía sus dedos.

—Estás lista para mí, ¿verdad? —Susurró sobre el erecto pezón que acababa de mordisquear—. Pero aún no, mi Ángel. Disfrutemos un poco más.

—No creo que pueda soportar esto por más tiempo...

Manuel se rió y le besó de nuevo el pezón.

—Oh, sí. Claro que podrás. Ahora, déjate llevar. Pero ni sueñes que esto acaba aquí, cariño.

Con maestría, empezó a mover los dedos, sabiendo como acariciarla para conseguir que ella se perdiera en las sensaciones que le prodigaba. El orgasmo no tardó en llegar y Manuel se deleitó viendo la expresión de su rostro cuando alcanzó el clímax. Aquello era una prueba de fuego para él, deseoso como estaba de abandonarse al placer como acababa de hacer ella. Pero, a la vez, queriendo disfrutar de ese momento, sabedor de que después

tendría su mayor recompensa.

Esperó unos minutos a que ella recuperara la respiración y aquietara un poco los latidos de su corazón. Le acarició la cadera y le sonrió con cariño. Ella lo miró a los ojos y sintió como se sonrojaba bajo su escrutinio. Aun así, le preguntó:

—¿Tú no...?

—Todo a su tiempo. —Le mordisqueó la barbilla—. No tenemos prisa; aún nos queda mucho por compartir.

Y así, pasó a demostrarle la realidad de sus palabras con nuevas caricias. Se incorporó un poco sobre ella y volvió a centrarse en aquella parte prohibida hasta entonces para él: sus pechos. Micaela creía que después de haber llegado a la cima, todo habría terminado para ella, pero cuando él empezó de nuevo a tocarla de esa manera tan suya y a besarla como si su cuerpo fuera el aire que necesitaba para vivir, la invadió el mismo hormigueo que momentos antes se había adueñado de sus sentidos.

Manuel no se detuvo hasta que su boca alcanzó el punto exacto que poco antes habían ocupado sus dedos, provocando en *su* mujer una exclamación sorda que le cortó la respiración. No se atrevería a...

Pero Manuel sí se atrevió. Por supuesto que lo hizo. Ella, incapaz de permanecer quieta, arqueó la espalda de puro deleite, por lo que él tuvo que sujetarle las caderas para mantenerla quieta y saborearla como deseaba.

—Esto... no puede... estar bien —consiguió decir ella entre jadeos.

—Ya lo creo que sí, cariño mío. —Sonrió sobre su sexo, provocándole un nuevo estremecimiento—. Y espero que algún día tu hagas lo mismo conmigo.

Aquella afirmación llamó poderosamente su atención y como pudo levantó la cabeza para observarlo con la mirada ardiente.

—¿Yo podría? —apenas podía hablar, pero necesitaba saber.

Él volvió a reír. Quedaban aún muchas cosas por enseñarle.

—Oh, sí, amor. Pero hoy no. Me derramaría sobre ti en cuanto posaras tus labios en mí, y ya he hecho bastante el ridículo contigo como para estropearlo ahora. Este es mi momento. Nuestro momento.

Micaela lo dejó correr por el momento, a pesar de haber avivado su

curiosidad. Pero lo que sentía en ese instante era demasiado placentero como para ponerse a cuestionar nada.

Cuando una nueva sacudida de inmenso placer la alcanzó, él reptó por su cuerpo sin detenerse para recoger de su boca los gemidos que se escapaban sin permiso. Esperó a sentirla relajada bajo su pecho para introducir su hinchado miembro en su interior hasta colmarla plenamente. Necesitaba que estuviera totalmente concentrada en el hecho de que la estaba haciendo suya.

Manuel comenzó una danza lenta dentro de ella, consiguiendo que el cuerpo de la muchacha empezara de nuevo a temblar cuando apenas se había recuperado de los espasmos de la vez anterior. Sin necesidad de indicaciones, Micaela elevó las piernas para enredarlas en sus caderas logrando una intimidad aún más profunda.

Poco a poco, la pasión les obligó a acelerar el ritmo hasta que juntos consiguieron llegar a la cúspide mientras se mantenían abrazados y sudorosos.

Les costó recuperar el resuello. Micaela se sentía exhausta, pero tremendamente satisfecha y feliz. Pasado un rato, él se incorporó apenas un poco apoyándose sobre sus antebrazos y le dio un tierno beso en los labios. Tenía tanta necesidad de sentirla junto a él que no deseaba que ella se apartase de su lado ni un centímetro.

—No puedes llegar a imaginarte lo mal lo que lo he pasado esta noche, Ángel mío —le confesó con voz entrecortada—. Ha sido mucho peor que cualquiera de las pesadillas que he tenido a lo largo de mi vida. Porque, a diferencia de aquellas, no era un sueño, era una angustia muy real. —Se humedeció los labios—. Nunca había sentido tanto miedo de perder a alguien como esta noche. Si algo os hubiera ocurrido a ti o a Angélica... —dejó la frase inconclusa.

La opresión en el pecho era tan profunda que le cerraba la garganta con un nudo que le impedía articular palabras. Cerró los ojos con fuerza tratando de evitar que ella llegara a percibir las lágrimas que comenzaban a agolparse en sus ojos. No era masculino dejar fluir el llanto ni tampoco que ella viera llorar, pero su temor había sido tan enorme que aún no conseguía recuperarse del temor de perder a los dos seres que más amaba en la vida. Sin embargo, ella se dio cuenta de su esfuerzo por ocultarse.

Con ambas manos le acarició el rostro al tiempo que pasaba sus pulgares por sus negras y espesas pestañas, enjugando las lágrimas que él se afanaba por esconder.

—Nunca me perderás, Manuel. Ni a mí ni a Angélica—. Elevó la cabeza y le besó con dulzura los párpados, haciendo que volviera a abrir los ojos y la mirara con intensidad—. Jamás.

Manuel bajó la cabeza y la besó otra vez en los labios con suavidad, separándose después, apenas unos centímetros de ella.

—Pues entonces dime lo que quiero oír. Dime que me amas tanto como yo te amo a ti. Que te convertirás en mi esposa y que seremos una verdadera familia. Deseo compartir contigo todos mis días y todas mis noches. Quiero tener tantos hijos como Dios nos permita tener y que nuestro hogar, cualquiera que sea el sitio donde estemos, esté lleno de alegría, amor y mucho ruido de piecitos corriendo de aquí para allá. Que nuestros hijos con sus juegos nos obliguen a escondernos para tener un rato de intimidad. Quiero compartir contigo toda la felicidad que podamos atesorar en cada momento de nuestras vidas. Quiero consolarte en tus pesares y que tú seas mi apoyo en los míos. Pero, sobre todo, necesito sentir que me quieres y yo a cambio haré que nunca te arrepientas de darme tu corazón, porque el mío te lo entregué muchos años atrás en una cárcel de Sevilla.

Micaela le devolvió el beso con la misma suavidad con la que él se lo había dado poco antes y entrelazó sus brazos detrás de su cuello.

—Te amo, Manuel Espinosa. Me casaré contigo y te daré cuanto me pidas. Mis días, mis noches, mi vida, mi amor... Todo es y será tuyo durante el resto de nuestras vidas. Esta noche también me ha hecho ver y darme cuenta de que no podría soportar una vida lejos de ti. El miedo que sentí encerrada en aquel cobertizo, sin saber si volvería a verte alguna vez, sin haberte dicho jamás que me enamoré de ti la primera vez que te vi..., sin poder brindarle a mi hija la seguridad y la protección de su padre... Manuel, yo también he errado a veces en mi comportamiento contigo, y seguramente volveré a hacerlo, pero deseo hacerlo junto a ti. Sin que volvamos a separarnos nunca.

—Ángel, mi Ángel.

Miguel volvió a fulminar los centímetros que separaban sus bocas y la besó poniendo su ser en sus labios, buscando una respuesta que no tardó en llegar.

Estaba dispuesto a sentar desde aquella misma noche, si era posible, las bases de esa numerosa familia que tanto deseaba formar con ella.

Capítulo 37

Mi Querido Ángel...

Unos golpes despertaron a la pareja apenas una hora después. La verdad era que su amor no los había dejado descansado casi nada, pero la insistencia de los porrazos en la puerta dejaba claro que quien los requería no tenía intención de ceder en su empeño de verlos.

—Ejem, pareja, lamento molestar, pero don Diego está aquí preguntando por su hija y dice que no se va a ir hasta que la vea —la voz de Javier sonó clara y fuerte en el corredor, y a poco que alguien hubiera prestado atención, sabría que ambos estaban compartiendo la misma habitación.

Manuel protestó. ¿Acaso su suegro no podía entender que estaban descansando después de la noche agitada que habían tenido? Claro está, que él no estaba al corriente del otro tipo de “agitación” que había los había mantenido despiertos prácticamente desde que habían vuelto a casa.

—¿No puedes gritarlo un poco más alto para que el buen hombre se entere de que su hija está conmigo? —protestó Manuel con la voz aún adormilada.

—Eh, a mí no me cuentes historias. Yo solo soy el mensajero y he cumplido con mi misión. Si queréis ir a la sala o no es asunto vuestro, aunque si quieres, también puedo informarle de que no deseáis ser interrumpidos.

La voz de Micaela sonó más despierta.

—¡No le diga tal cosa, por Dios! Dígale que ahora mismo salgo. —Y en voz más baja, se oyó decirle a Manuel—. Y tú, quédate donde estás. No quiero que ni por asomo nos vea salir juntos de esta habitación.

—De eso nada de nada. Este es mi cuarto y saldremos juntos.

Javier se retiró de la puerta y se fue por el mismo pasillo por el que había llegado, luciendo en la cara una sonrisa juguetona. Aún recordaba cuando una anécdota muy parecida había ocurrido entre él, Mariana y su suegra, aunque ya por aquel entonces, él y su mujer estaban unidos en santo matrimonio.

En la habitación de Manuel, Micaela se vestía a toda prisa con las mismas prendas que llevaba el día anterior cuando ella y la niña desaparecieron. Al fin y al cabo, no disponía de otras prendas allí, así que a su padre no se extrañaría al verla de ese modo. Manuel en cambio, sí tomó unas calzas y una camisa limpia y se dispuso a esperarla para salir juntos de la habitación.

—Adelántate tú, Manuel —le dijo al ver que él ya estaba listo.

—No, te estoy esperando a ti.

—Por favor, me resultaría muy bochornoso que nos viera salir juntos de tu cuarto.

—Vamos, amor mío, que tu padre no nació ayer. Además, tenemos que darle la buena nueva. Seguro que no le importará.

—¿Qué buena nueva?

—¿Cuál va a ser...? —Dijo abriendo muchos los ojos—. La de nuestro matrimonio.

—¿Y no podemos decírselo de otra manera?

—Anda, déjate de chiquilladas y salgamos ya, antes de que Javier vuelva por aquí a aporrear la puerta y esta vez, no lo haga solo.

Micaela sonrió. Sabía que la discusión la tenía perdida, así que no insistió más. Salieron cogidos de la mano y de esta manera los vio llegar don Diego, que frunció el ceño al ver los gestos de complicidad y las sonrisas que ambos se prodigaban hasta llegar hasta donde él se encontraba.

—Vaya, veo que venís muy sonrientes.

—Ay, padre, simplemente estoy feliz —le dijo ella al tiempo que se soltaba de la mano de Manuel y se le acercaba para darle un abrazo.

—¿Cómo es que venís juntos? Pareciera que hubierais compartido habitación esta noche —comentó pensando que su hija desmentiría tal punto.

Y así iba a ser, pero Manuel se acercó a ella y la tomó por la cintura.

—Así es, don Diego. ¿Algún problema?

A Micaela le hubiera gustado darle un codazo a Manuel en las costillas por la poca sensibilidad al reconocer frente a su padre que habían estado juntos la noche anterior. Había que ser bruto...

—Todo depende de lo que vaya a pasar ahora, Espinosa. No puedo permitirle yacer con mi hija en pecado, por más hija en común que tengan.

—¿Aunque ese pecado vaya a ser solventado en breve?

—¿Significa eso lo que imagino? —le preguntó el juez elevando una ceja.

—Le he pedido a su hija que se case conmigo y ella ha accedido.

—Ya veo... Aun así, no me parece correcto que cohabite con mi hija hasta que el cura de su bendición.

—Vamos, don Diego. Como usted dice, ya tenemos una hija en común...

—Como si tienen media docena. No es apropiado y no permitiré que mi hija pierda el poco sentido común, si es que algo le queda, delante de mí.

—En tal caso, habrá que acelerar la boda. No estoy dispuesta a separarme de ella más de lo preciso. Y en eso pienso ser taxativo.

Micaela ya se había cansado de que aquellos dos lo tuvieran tan claro todo y que ninguno le preguntara a ella su opinión.

—Señores, creo que yo debo decir algo en todo este asunto, ¿no creen? Al fin y al cabo, soy la futura esposa.

Manuel volvió a acercarse a ella y tomarla de la mano.

—Claro. Pide lo que quieras porque dudo que pudiera negarte nada. Pero espero que tomes la decisión correcta y que te vengas junto con Angélica a vivir conmigo ya. Si hay algo que sobre por estas tierras son curas, así que podemos organizar una boda rápida para cumplir el trámite.

Don Diego protestó.

—Es la única hija que tengo. No deseo que su boda sea algo que se celebre deprisa y corriendo. Y hasta entonces, ella y mi nieta vivirán conmigo como su familiar directo que soy.

—A ver, no quiero discusión entre ustedes —interrumpió Micaela—. Estoy de acuerdo en celebrar la boda lo antes posible, pues no deseo nada especial, sino por el contrario algo sencillo e íntimo. No creo que haya problemas en hablar con algún sacerdote tal y como dice Manuel. Y hasta entonces, Angélica y yo viviremos como hasta ahora en la ciudad, con mi padre.

—Pero tendrás que estar todos los días yendo y viniendo para acudir a la escuela. No resultaría operativo ni práctico —argumentó Manuel en un

último intento de salirse con la suya.

—Así había estado siendo hasta ahora y nunca me quejé.

—Cierto, pero nunca antes te habían raptado a mitad del camino. No puedo permitir que vuelva a sucederte nada, así que te quedarás aquí y no hay más que hablar.

—No voy a ceder en esto, Manuel. Los responsables de lo que pasó, según tú mismo me has contado, están ya a disposición de la justicia. El problema ha quedado resuelto ya.

—Ayer fue Vargas, el día de mañana puede ser un loco. No quiero que te ocurra ningún percance.

—Solo serán unos días, Manuel.

—Pero no sé de cuantos días estaríamos hablando, Ángel. Mis relaciones con la iglesia no son muy estrechas, e ignoro si algún sacerdote estaría dispuesto a casarnos mañana mismo.

—¡Mañana!

—¿Por qué no?

—¿Qué prisas hay?

—¿Acaso ya te estás arrepintiendo?

—No es eso, es que no entiendo tu premura. Si hemos esperado años para volver a reunirnos, unos días más que menos no importará, digo yo.

—Me importa a mí y es suficiente. Le pediré a Javier que hable con el padre Francisco, con el que tiene más confianza que yo. Ese fue el cura que lo casó a él, y si tenemos suerte y está en la ciudad, podría pedirle que haga lo mismo con nosotros. ¿Te parece?

—¿Aceptarías una negativa acaso?

—Definitivamente no.

—Oh, está bien... —Micaela se dio por vencida, aunque no le importó.

Manuel la abrazó con fuerza.

—Eso es cuanto deseaba oír. Ahora te dejo con tu padre para que habléis tranquilos mientras voy a buscar a Javier.

Cuando Manuel desapareció de la sala donde estaban, don Diego se acercó a su hija y la tomó por los brazos con afecto.

—Cariño, ¿de verdad estás bien?

—Sí, no se preocupe. Lo peor ya pasó y estoy más tranquila, aunque reconozco que el susto fue grande. Pero saberme aquí, protegida y a salvo y, sobre todo, teniendo la certeza de que Angélica no ha sufrido daño, hace que poco a poco mis nervios se vayan calmando. Además, Manuel ha estado muy pendiente de nosotras.

—Sí, eso lo doy por supuesto. Ese hombre parecía que se iba a volver loco cuando las horas pasaban y no podía dar contigo. Y hablando de él, ¿estás segura del paso que vas a dar?

Micaela sonrió.

—Completamente. Padre, lo quiero desde el primer día que lo vi, pero nunca pensé que él pudiera corresponder con la misma intensidad a mis afectos, por eso me negué a aceptarlo antes, algo que lamento profundamente porque nos hubiera ahorrado años de separación. Pero hoy he visto que el temor por perdernos era real y que de verdad su amor por nosotras es sincero. No podría unirme a él si no fuera así, ya que no podría estar con alguien en quien no confiara plenamente.

—Entonces, ¿estás feliz, mi pequeña?

—Lo estoy. Soy feliz, padre, y espero que usted comprenda que solo puedo serlo si él está a mi lado. —Suspiró elevando los ojos al techo—. Pero antes de seguir adelante, debo preguntarle si usted tiene algún impedimento a que se realice nuestra unión. Lo respeto demasiado como para casarme si usted no me da su consentimiento. Y antes de contestar, déjeme decirle que, a pesar de su pasado, Manuel es un buen hombre. Es cierto que su vida anterior era complicada y que no era ningún dechado de virtudes, pero le aseguro que el hombre del que me he enamorado nada tiene que ver con aquel Manuel sin escrúpulos y sin corazón de antaño. —Le miró con un ruego bailando en sus ojos—. Por eso le suplico que no lo juzgue solo por lo que fue en el pasado. Todo hombre tiene derecho a rehacer su vida si endereza el rumbo, tal y como ha hecho él.

—Lo sé, Micaela. Y mi sentido de la justicia no sería tal si no lo creyera yo también. Conozco los sentimientos de Espinosa desde hace algún tiempo y ya

le di mi permiso para que te cortejara y te conquistara de nuevo.

—¿Los conocía? —preguntó extrañada.

—Tuvimos una conversación de hombre a hombre en el que reconoció su interés por ti y su intención de reconquistarte. Y yo le di mi beneplácito. — Le dio unas palmaditas en el brazo—. Y en cuanto a ti, eres tan transparente como el agua. Desde que apareció, te cambió radicalmente el carácter de una manera muy peculiar, dándome a entender que tus sentimientos por el padre de tu hija seguían aún vivos a pesar de tu cerrazón en afirmar todo lo contrario. Además, sería un hipócrita si te dijera que no deseo verte felizmente establecida y formando tu propia familia con la persona adecuada, y no dudo que Manuel sea esa persona, puesto que tú lo elegiste como padre de Angélica.

Micaela lo abrazó con cariño.

—Padre, no sabe cuánto me tranquiliza oírlo hablar así. Temía que, si alguna vez llegaba este momento, usted no comprendiera mis sentimientos por Manuel y no aceptara mi relación con él.

—Hija, mi principal fin en la vida es tu felicidad. Y si me aseguras que tu dicha está con él, no me sentiría con la capacidad moral de negarte la posibilidad de ser feliz. Cuentas con mi bendición, pequeña. Y estoy seguro de que, si tu madre estuviera hoy con nosotros, se sentiría muy contenta de que por fin te unas con el elegido de tu corazón.

El recuerdo de su madre hizo que sus ojos se empañasen de lágrimas.

—No se imagina cuanto me alegra que lo crea así.

—Bien, y ahora, antes de que los dos nos pongamos a llorar, vayamos a ver a mi nieta. Se que no debería perturbar su sueño, pero necesito verla. Esta noche ya recuperará el sueño perdido que le falte, pero ahora mismo, su anciano abuelito precisa de dar un abrazo a su pequeña.

Gracias a la mediación de Javier, Manuel pudo arreglar las cosas con el padre Francisco (que por fortuna permanecía en la ciudad), para que la boda se celebrara apenas cinco días después. Don Diego actuó como padrino del enlace y Javier como testigo. No hubo tiempo para preparar nada especial,

pero ninguno de los dos contrayentes lo deseaba. En el tiempo que ambos llevaban en la isla, Micaela no había logrado hacer amigos (y obviamente, ni siquiera se le había pasado por la cabeza invitarla a doña Úrsula), y Manuel se encontraba más cómodo y relajado con los nativos que con sus compatriotas, así que prácticamente la totalidad de los invitados, a excepción de la familia de Javier, eran indígenas, que sentían curiosidad por ver como se celebraba una boda entre extranjeros.

Entre ellos se encontraba Tonalna, que por nada del mundo se hubiera perdido la unión de su hijo adoptivo con el amor de su vida. Y como aún no había tenido ocasión de conocer ni a ésta ni a la hija de ambos, aquella era una oportunidad estupenda para echar un ojo a quienes, a partir de entonces, compartirían la vida de su Manuel.

La ceremonia fue breve, pero la celebración en el jardín de la casa de Manuel, donde se habían dispuesto mesas y asientos de manera dispersa para que cada cual se sintiera en libertad de moverse a su antojo, sí se alargó durante horas. Los novios estaban felices, tanto que a Micaela no le importó no conocer casi a nadie. Estaba tan radiante que era como si aquellos hombres, mujeres y niños de piel morena fueran amigos suyos de toda la vida. Aunque Manuel se pasó prácticamente todo el tiempo a su lado, Micaela se separó un momento de él para ir en busca de Angélica a quien hacía rato que no veía. Cuando comprobó que no estaba en el jardín jugando con otros niños, fue a buscarla a la casa, donde se la encontró hablando con una anciana.

—Angélica, cariño, ¿estás bien? Me ha extrañado no verte ahí fuera jugando con tus amigos —le dijo su madre cuando se acercó a ella, acariciándole el cabello que llevaba semi recogido en una trenza.

La niña hizo un mohín, dando a entender a su madre que no todo estaba como ella deseaba.

—¿Qué ocurre, cielo? —Micaela miró a la anciana que la miraba con curiosidad, pero en silencio.

—Es ese tonto de Javi. No quiere estar conmigo. Cuando me acerco a jugar con él, sale huyendo y me deja sola.

—Bueno, es que quizás él no tiene ganas de jugar.

—No es así. Juega con otros niños, pero a mí no me deja estar a su lado. ¿Por qué se porta así conmigo, mamá?

—Cariño, no lo sé. Quizás lo estás atosigando y a él no le guste jugar con niñas. Quizás prefiera estar con niños algo mayores, más de su edad.

—Pero él tiene que estar conmigo. Ya le he dicho que algún día nos casaremos y que debe estar a mi lado.

—Angélica, por Dios, ¿eso le has dicho? —A pesar de la seriedad con que hablaba su hija, no pudo evitar sonreír.

—Claro, mamá.

Micaela suspiró. Su hija no tenía caso...

—Bueno, no se lo tomes en cuenta y déjalo tranquilo. Además, Javi no se va a quedar mucho tiempo con nosotros, así que no te haga ilusiones con él. ¿Por qué no juegas con otros críos que sí aprecian tu compañía?

—No me voy a rendir —exclamó decidida, con el ceño fruncido—. Lo volveré a intentar más tarde y lo convenceré de que esté conmigo mientras viva aquí.

—Ay, cariño, eres tan testaruda como tu padre. Hazme caso y disfruta hoy de tus amigos de siempre. Cuando Javi vea que ya no lo persigues, quizás te eche de menos y sea él quien acabe buscándote a ti para que juegues con él.

La cara de la niña se iluminó.

—¿Tú lo crees, mamá? —preguntó la niña con su vocecita aguda y su extraña madurez.

—No lo sé, pero si no lo pruebas, nunca saldremos de la duda.

—Entonces, creo que te haré caso —resolvió decidida—. Me voy afuera.

La niña se levantó de su asiento y le dio un beso en la mejilla a su madre y después a la anciana.

—Adiós, Tonalna. Me voy a jugar.

—Adiós, pequeña —le contestó la nativa.

Micaela la miró con curiosidad. El nombre de la mujer le llamó la atención y recordó perfectamente lo que Javier le había dicho de ella cuando lo acusó de estar liado con la tal “Totona”. Días más tarde, le había descrito con más tranquilidad lo que aquella mujer suponía para él.

—¿Es usted la mujer que Manuel tiene como madre?

La anciana sonrió.

—Lo soy. Tenía muchas ganas de conocer a mi nueva hija y a mi nieta.

—Manuel me ha hablado de usted, y me ha sorprendido verla hablar con Angélica. Tenía entendido que usted no hablaba nuestro idioma.

—Puedo hacerlo si es necesario, aunque no es lo normal. Manuel y yo nos entendemos en mi lengua, así que no veo preciso utilizar vuestras palabras.

—¿Y él sabe que lo habla?

Tonalna se encogió de hombros.

—Ven, siéntate un momento con esta vieja —Micaela así lo hizo, sonriéndole con afecto. Se sentía mal por haber pensado tan mal de Manuel y de ella—. Creo que Manuel ha elegido bien. Veo en tus ojos sinceridad y amor, y en los de tu hija, veo el carácter y la fortaleza de Manuel. Formaréis una buena familia, no me cabe duda.

—Gracias, Tonalna. Sé que su opinión es importante para Manuel, por lo que me gustaría tener la oportunidad de conocernos mejor para llegar a apreciarla tanto como lo hace él.

—Para todo habrá tiempo, no te preocupes. —Le acarició la mejilla con afecto—. Ahora, debéis disfrutar de vuestra unión para que me deis más nietos de los que poder disfrutar antes de irme al más allá. Vuelve con los demás invitados y goza de vuestro primer día en común. Verlo feliz me hace feliz a mí. Pero antes de irte, solo deseo saber una cosa más.

—Claro, dígame.

—¿Te ha entregado la carta?

Micaela frunció el ceño.

—¿Qué carta?

—Nada, no le prestes atención a las palabras de esta vieja. Vuelve a tu fiesta, joven señora —le repitió.

Micaela la obedeció quedándose con la intriga de saber a qué se refería.

Aquella misma noche, cuando Micaela y Manuel habían quedado a solas y se ya se habían retirado a la habitación que partir de entonces compartirían (Manuel se había negado en rotundo a que tuvieran habitaciones separadas

como era lo habitual), Micaela aprovechó la ocasión para comentar su encuentro con la anciana.

—¿Te he dicho que tuve ocasión de conocer a Tonalna esta tarde? —le preguntó Micaela que en aquel instante se estaba cepillando su melena dorada.

Manuel se acercó hasta ella y la levantó del asiento para abrazarla por detrás.

—No lo sabía. Tenía que haber sido yo quien te la presentara, pero como apenas la vi después de la ceremonia, pensé que se había marchado.

—No, estaba dentro de la casa sentada y mirando por la ventana. Supongo que estaría cansada y que allí estaba más tranquila observando todo lo que pasaba en el exterior. Me avergüenza haber pensado mal de ti cuando te acusé de *estar* con ella. En verdad es bastante mayor.

Manuel le sonrió y con una mano, recogió todo el pelo de su esposa para colocarlo sobre uno de sus hombros, dejando la curvatura del cuello al descubierto en el otro.

—Ya te lo dije, pero te empeñaste en pensar mal de mí.

—Sí, y sé que cuando me explicaste que para ti era como la madre que nunca tuviste, tuve mis dudas. Pero hoy he visto que realmente era tan mayor como me decías.

—Eso es para que no vuelvas a desconfiar de mi palabra.

Empezó a depositar ligeros besos en aquella zona de piel que tanto le gustaba.

—Apenas tuvimos ocasión de hablar, pero parecía que con Angélica se entendía bien.

Manuel levantó la cabeza.

—¿Tonalna habló contigo y con Angélica?

—Así es.

—¿Cómo? Yo tuve que aprender su idioma para poder hablar con ella.

—¿No sabías que ella habla castellano?

—Eso es imposible. Siempre me decía que era muy mayor para aprender a hablar una lengua tan complicada. Por eso tuve que esforzarme yo.

—Pues te juro que yo hablé con ella tan bien como lo estoy haciendo contigo.

—Menuda vieja... —rió sorprendido, meciendo la cabeza—. Y bien, ¿de qué hablasteis, si puedo preguntar?

—De nada en particular. Apenas fue un momento. Pero eso sí, me aseguré que quería que le diéramos más nietos.

Manuel volvió a sonreír y abrazó aún más fuerte a su mujer.

—Me parece un sabio consejo. ¿Podemos comenzar ya o tienes algo que objetar?

Micaela se volvió y le echó los brazos al cuello.

—Por mi parte, no tengo ninguna objeción, esposo mío. Además, me tranquiliza que mi padre se haya llevado a Angélica a casa y que nuestros invitados lo hayan acompañado, así podemos gozar de total intimidad, al menos durante esta noche. Seguro que Angélica estará encantada de tener al pequeño Javi hospedado en casa. Dice que va a casarse con él.

—¿Todavía está con eso?

—¿Acaso tú lo sabías?

—Me lo comentó el día que nos cruzamos con ellos cuando llegaron. Bah, no le prestes atención. No son más que chiquilladas.

—Ya lo sé.

Manuel bajó la cabeza, deseoso de besar a su Ángel y olvidarse ya de cualquier otro tema (intrascendente). Pero ella echó la cabeza atrás ligeramente.

—¿Y ahora qué? —quiso saber.

—Tonalna me dijo también algo extraño. Me preguntó acerca de una carta o no sé qué.

—¿Todavía anda con la historia de la carta?

—¿Sabes acaso a qué se refería?

—Sí, claro que sí.

Manuel se separó de ella y fue en busca de un pequeño cofre que tenía en la mesita que había junto a la cama. Lo abrió y le entregó un papel doblado.

—Se trata de esto. Cógela. Al fin y al cabo, siempre fue tuya.

Micaela la tomó y lo miró a los ojos.

—¿Deseas que la lea?

—Haz lo que quieras. Te repito que es tuya. Eras su destinataria, pero no tuve ocasión de entregártela en su momento. Preferiría que lo hicieras más tarde, pero no me importa perder unos minutos si con ello sacio tu curiosidad. Cuando te tenga donde deseo, prefiero que lo hagas centrada en mí en exclusiva, y no elucubrando qué contendrá ese trozo de papel.

Micaela asintió y lentamente procedió a abrir el documento. Se sentó en la banqueta donde un momento antes se había estado peinando y acercó la vela para ver las letras de esbelta caligrafía.

“*Mi querido Ángel.*

Siguiendo el consejo de alguien a quien aprecio, me he decidido a escribirte estas líneas para decirte todo cuanto me hubiera gustado confesarte ayer pero que, por culpa de mi ineptitud, no tuve ocasión de hacerlo como me hubiera gustado. No soy muy bueno en estas lides, quizás porque nunca antes me había enamorado, así que pido disculpas si mis palabras resultan torpes para tus bellos ojos.

Parte de lo que quería transmitirte lo acabo de hacer ahora mismo, pero por si no te ha quedado claro, te lo repito de nuevo: Ángel, estoy perdidamente enamorado de ti. Mi proposición de matrimonio no pretendió nunca ser una ofensa para ti, sino solo la manera de demostrarte lo importante que eres para este que te escribe y lo mucho que deseo poder compartir el resto de mi vida contigo. Lo que pasó entre nosotros me hace ver que yo también significo algo para ti, porque no dudo de que, de no ser así, jamás te hubieras entregado a mí. Entiendo que te estoy pidiendo algo que ahora mismo no alcanzas a concebir, como es que renuncies a tu organizada vida. Pero si tan solo tuvieras la ocasión de mirar en mi interior, verías cuanto significas para mí. Eres mi sol y mi luna, mi luz, mi vida, mi ilusión y mi todo, porque a tu lado, no concibo que pueda existir la nada. Has conseguido iluminar mis días y mis noches, y sé que, a partir de este momento, el recuerdo de nuestro encuentro me acompañará hasta el resto de mis días o, mejor dicho, hasta que nos volvamos a reunir. No me taches de loco. No sabes cuánto daño me hace que dudes de mis sentimientos puesto que nunca

le había abierto mi alma a nadie de una manera tan desgarrada como lo he hecho contigo, aún a sabiendas de que eres escéptica en cuanto a mis emociones. Porque no hay nada en este mundo que tenga más claro que el convencimiento de que mi corazón late y vive por ti. Te he soñado tanto durante estos meses que me doy cuenta de que mi mayor castigo será no poder gozar de tu compañía. Te amo tanto que, si tu desprecio es sincero, desistiré de mis intentos, pues tu bienestar y tu felicidad están por encima de todo. Solo me atrevo a pedirte que no permitas que el orgullo controle o dirija tus actos. Yo te estaré esperando todo el tiempo que precises, porque si estás leyendo estas líneas, significa que has venido a despedirme y que por lo tanto te importo más de lo que quieres admitir ante mí.

Solo me queda reiterarte mi amor incondicional y rogarte que tenga compasión de este corazón que aguarda por ti para poder latir al unísono. Siempre tuyo,

Manuel”

Micaela estaba sobrecogida. ¿Cómo había podido dudar tanto de él y de sus sentimientos?

—¿Por qué no me enseñaste esto antes?

—¿Cuándo? ¿Cuándo me rechazaste? Dudo mucho que te hubiera hecho ilusión recibir tales palabrerías que más parecían ofenderte que congraciarte.

—Pero me habría dado cuenta de que tus sentimientos eran ciertos.

Manuel se limitó a encogerse de hombros restándole importancia.

—Ángel, tenías tantas dudas que en aquel momento incluso hubieras cuestionado lo que te había escrito. No estabas dispuesta a creer que nada que saliera de mí fuera puro. ¿Sabes una cosa? Tenía el infantil presentimiento de que, si venías a decirme adiós el día en que partí, tal y como te había pedido, y a pesar de que nuestra despedida del día anterior había sido tan tensa, significaría que en menor o mayor medida correspondías a los sentimientos que te había declarado unas horas antes. Entonces, tenía planteado entregarte la carta con la ilusión de que todo se solucionaría entre nosotros. Pero no viniste y yo me obligué a mí mismo a olvidarte, aunque he de admitir que nunca fui capaz de hacerlo. Gracias a Dios.

—Pero yo sí acudí aquel día al muelle. Te vi marchar y fue uno de los días más tristes de mi vida porque pensé que nunca más volvería a verte —le dijo en voz baja, recordando con nitidez aquel momento.

—No puede ser. Te busqué por todas partes y estuve pendiente durante cada minuto de que aparecieras, pero no lo hiciste.

—Que no me vieras no significa que no estuviera allí. Me escondí detrás de un carro para pasar desapercibida. Aunque estaba enfadada y avergonzada por mi comportamiento, no podía soportar la idea de que te marcharas sin tener una última oportunidad de verte.

—¿A pesar de haber arruinado tu organizada vida?

—¿Cómo afirmar tal cosa si de nuestra unión nació el milagro más maravilloso que la vida me ha dado? Me diste a Angélica.

Manuel se acercó a ella y la abrazó por la cintura. Le cogió el papel de las manos y lo puso encima de la mesa que tenía al lado.

—Y digo yo, ¿qué sentido tiene ahora hablar del pasado? ¿No es mejor centrarnos en el futuro?

—Pero hemos perdido un tiempo tan precioso en el que podríamos haber estado juntos... Angélica se hubiera criado dentro del seno de una familia como Dios manda si yo no hubiera sido tan ciega y tan tozuda.

—Dejamos que el pasado se quede donde está. Que permanezca en el ayer del que yo me quiero desprender para mirar hacia el futuro junto a ti, junto a Angélica y junto a los muchos hijos que vamos a tener.

—Pero me siento tan culpable...

—Pues entonces, compénsame.

—¿Cómo?

Él le sonrió y ella sintió que se derretía por dentro con solo mirarlo a los ojos.

—Ámame tanto como yo te amo a ti —le contestó con dulzura.

La muchacha lo abrazó y lo besó. El aprovechó para tomarla en brazos y llevarla hasta la cama donde la depositó con suavidad.

—Lo que me pides es demasiado fácil. Nunca he dejado de hacerlo desde que te conocí. —aseguró ella mientras enredaba sus dedos entre las gudejas del oscuro cabello.

—Entonces, ¿por qué no dejamos las palabras y me lo demuestras como Dios manda? No olvidemos que esta es nuestra noche de bodas, querida esposa.

Micaela sonrió. Aún le sonaba tan extraño que se dirigiera a ella de tal manera. Pero no tuvo tiempo de saborear la palabra. Manuel había empezado a desplegar sus artes y ella, con un suspiro de capitulación, ya no tuvo tiempo para pensar en nada más.

Le iba a resultar muy fácil acostumbrarse a su nueva vida...

Epílogo

La Promesa

—Padre, ¿seguro que es aquí? —le preguntó el pequeño Javi al hombre que lo acompañaba.

Él le sonrió con confianza. Habían pasado diez días desde la boda de Manuel y Micaela, y después de descubrir lo que su mujer había tratado de ocultarle desde que habían llegado, había decidido no demorar más el viaje hasta La Isabela con su pequeño a fin de volver a España lo antes posible. Las molestias de su mujer, causantes de que terminara por descubrir cuál era la razón, no terminaban de desaparecer, y deseaba que el nuevo miembro de la familia llegara al mundo en su casa, en El Puerto. Mariana hubiera querido acompañarlos, pero Javier se lo prohibió tajantemente. Así que más le valía cumplir con el motivo que los había llevado a todos hasta allí y regresar en el primer barco que saliera rumbo a la península.

—Sí, muy seguro, hijo. Ten en cuenta que ya hace tiempo que la Isabela quedó abandonada, y por eso la vegetación prácticamente se ha apoderado del lugar. Pero a pesar de los años transcurridos desde que tu madre y yo estuvimos aquí, recuerdo a la perfección el sitio donde estamos. Ven, por aquí estaba nuestra casa, y ese es el camino que debemos seguir para llegar a la aldea de tus otros padres.

Anduvieron un rato más, hasta dar con un pequeño lago que dejaron atrás para continuar por un sendero prácticamente cubierto de maleza pero que aún parecía más o menos transitable. Unos veinte minutos después, llegaron a un claro donde años atrás había estado asentada la aldea que buscaban. Ningún otro poblador de la isla había ocupado aquel solar cuyos restos, al igual que ocurría en el asentamiento hispano, quedaban mayormente cubiertos por la vegetación.

Caminaron unos metros más hasta un pequeño montículo cubierto de piedras donde a duras penas se mantenía en pie una cruz de madera desvencijada.

Javier recordaba el lugar como si ayer mismo hubiera estado allí; él mismo se había encargado con sus propias manos de darle sepultura a los cuerpos de Anani y Cuacthemoc, los padres biológicos de su hijo. A pesar de que éstos no habían llegado a profesar la religión católica, Javier había colocado una cruz sobre el terreno; le parecía muy frío dejar aquel montón de piedras sin ninguna señal de que allí yacían dos personas.

Tomó por los hombros a su hijo y se puso a su espalda.

—Javi, cumplo la promesa que te hice de traerte hasta la tumba de tus padres indígenas. Ahora debes ser tú quien decida qué quieres hacer.

El niño miró con fijeza y seriedad el suelo a sus pies.

—Padre, ¿está mal querer a otra madre y a otro padre teniéndolos a ustedes también?

Javier sonrió.

—Por supuesto que no. Ellos te dieron la vida y las circunstancias provocaron que fuéramos nosotros quienes te estemos ayudando a crecer. Pero nunca dudes de que te queremos tanto como queremos a tu hermana. Para nosotros eres tan hijo nuestro como si por tus venas corriera nuestra misma sangre. Nunca nos ha importado tus orígenes, puesto que siempre te hemos querido y siempre hemos procurado hacer lo mejor para ti. Y así seguirá siendo por siempre.

—¿Y algún día me contará qué pasó? ¿Por qué y quienes mataron a mis padres?

Javier apretó los dientes.

—Sí así lo deseas, lo haré, pero cuando tengas edad suficiente para entender muchas cosas —aunque esperaba sinceramente que ese día no llegara nunca. No era un tema agradable de tratar y no quería que su hijo se llenase la cabeza de imágenes desagradables—. ¿Deseas ahora rezar una oración por sus almas y su descanso eterno?

El niño asintió en silencio.

—Está bien. Te dejaré solo para que puedas rezarles y decirle cuanto desees. Tómate el tiempo que precises; yo aguardaré cuanto sea necesario.

—Gracias, padre.

Cuando el pequeño Javi se quedó solo, se arrodilló delante de la tumba de

aquellos que le habían dado la vida, unió sus manos delante con fuerza y cerró los ojos dispuesto a rezar tal y como le habían ensañado a hacer. Sin embargo, ninguna oración acudió a sus labios.

—Algún día, padres, descubriré a la persona que os hizo daño, y hoy, ante vuestra presencia, prometo que vengaré vuestra muerte, así me cueste mi propia vida.

FIN

EL SENDERO DE LA VENGANZA

(Saga Conquista III)

Sinopsis

La promesa de un niño ante la tumba de sus padres.
La obsesión de una niña por quien cree el amor de su vida.

El pasado une a Javi y a Angélica de manera trágica y desconocida para ambos: mientras él se siente sujeto a su juramento de venganza, intensificado por su sentido del honor, ella no está dispuesta a dejar pasar la única oportunidad que le brinda el destino para enamorar al hombre con el que lleva soñando desde que era una cría.

Javier estaba convencido de que nada sería capaz de apartarlo de su objetivo. Sin embargo, no contaba con que una hechicera de ojos verdes se le cruzase en el camino y que, para su desgracia, se tratase de la única mujer a la que nunca podría permitirse amar; alguien capaz de provocarle, con su dulzura y belleza, un terremoto interior al comprobar como los sentimientos que le mueven en su dirección está fuertemente en oposición con la meta vital que se ha marcado.

Ambos aprenderán que la venganza es un sendero difícil de transitar y que se mueve en ambas direcciones: al igual que tiene un camino de ida, también lo tiene de vuelta. La fatalidad les demuestra que, en cada extremo de esa senda, sólo los espera el dolor y el sufrimiento, a menos que consigan encontrar el equilibrio en algún punto intermedio del camino.

¿Quién ganará la batalla en este enfrentamiento de voluntades en el que los dos pierden de todas formas? ¿Podrán las familias Alonso y Espinosa volver a converger en una sola?

Descúbrelo en esta tercera y última parte de la Serie Conquista: El Sendero de la Venganza.

Sobre la Autora



Mar Álvarez nació en Sevilla, aunque su residencia actual la tiene establecida en El Puerto de Santa María (Cádiz), donde vive con su marido y sus hijas desde hace ya más de diez años.

El primer libro de novela romántica cayó en sus manos siendo una adolescente, y desde entonces, no ha dejado de leerlos. Y aunque siempre había tenido historias que le rondaban la cabeza con la intención de poder plasmarlas algún día en papel, no se decidió a dedicarse a ello seriamente hasta hace relativamente poco.

Hasta la fecha tiene publicada las novelas *Al Sur* (Octubre 2016), *Un Okupa en mi Corazón* (Abril 2017), *Viernes de Pecado* (Febrero 2018) y *Camino al Paraíso* (Noviembre 2018). *En Busca de la Redención* es la segunda entrega de la trilogía *Conquista*, que culminará con la tercera y última parte titulada *El Sendero de la Venganza*, cuya fecha de publicación está prevista para marzo de 2019.

Puedes seguir a la Autora en Facebook (Mar Alvarez), Instagram (@marimar02es), o en Twitter (@Mar_Alvarez_OK).

Página web: www.maralvarez.es